

DIANA A.
HICKS



EL ASCENSO
del CUERVO
— LIBRO DOS —

El Ascenso del Cuervo

LIBRO DOS

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR
LIZ GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es meramente coincidencia.

El Ascenso del Cuervo (Dúo del Cuervo, Libro 2)

COPYRIGHT © 2024 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Historial editorial

Impreso ISBN

Diseño de portada: The Author Buddy

Editora: Becky Barney

Traductora: Elizabeth Garay

[Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones]

Índice

Prefacio

1. Nunca más
2. Ese es el precio
3. A la caza de un asesino
4. Nuestro chico ha vuelto
5. Una subasta de sumisas
6. Sin besos en la boca
7. No hay tiempo para dudar
8. Duerme ya, ángel
9. Una elección imposible
10. Vamos a jugar
11. Ojos al frente
12. Estás aquí para follar
13. Músculos, tinta y cicatrices
14. Dulces sueños, Rose
15. Como un loco
16. ¿Cómo podría olvidar el día de mi muerte?
17. Ella sabía a arándanos
18. Se ha despertado
19. Podrías dejarlo en el suelo
20. Besar a mi esposa
21. La noche es joven
22. El poder es efímero
23. Estaremos esperando
24. Merece ser castigado
25. En el interior del Pandemonium
26. Estabas ocupado muriendo
27. Nuestros sueños y sus pesadillas
28. Una sala llena de vergas
29. Cambia de opinión
30. No mires atrás
31. El cabrón me volvió a disparar
32. Lo peor había ocurrido
33. Un perro con un hueso
34. Te diré una cosa, cariño
35. Solo conozco una forma de matar a alguien lentamente
36. No cierres tu ojos ahora
37. En nuestro mundo oscuro
38. Larga vida al rey
39. Tía Vittoria
40. Epílogo

El Caballero Despiadado

1. [Mi dulce abeja reina](#)
2. [Una 'F' grande y gorda](#)
3. [Había una vez](#)

Queridos lectores:

Estoy muy emocionada de finalmente compartir con ustedes la épica conclusión del dúo “Cuervo Caído”.

Si no han leído “Cuervo Caído (Dúo Cuervo #1), mucho les recomiendo empezar por ahí. De lo contrario, se sentirán algo perdidos.

[¡Descarga Cuervo Caído \(Dúo Cuervo #1\) aquí!](#)

No necesitan leer los dúos anteriores para seguir esta nueva historia. Sin embargo, leer primero los libros del uno al cuatro los ayudará a entender un poco mejor el mundo de la mafia y sus conflictos.

El orden de lectura es el siguiente:

Dúo Rey de las Bestias (libros 1 y 2) - Rex y Caterina

Dúo El Gran Lobo Feroz (libros 3 y 4) - Santino y Luce

Dúo Cuervo Caído (libros 5 y 6) - Enzo y Aurora

Dúo Caballero Malvado (libros 7 y 8) - Donata y Luca

Una última nota: El Ascenso del Cuervo, libro 2 es una novela oscura de multimillonarios con más de 100,000 palabras. Contiene escenas explícitas con situaciones dudosas que algunos lectores pueden encontrar ofensivas y/o perturbadoras. Se recomienda discreción del lector.

Besos,
Diana

CAPÍTULO 1

Nunca más

ENZO

11 años después, ciudad de Nueva York

«Quítale el vestido», proyecté mi voz para que las dos morenas que se besaban en mi cama pudieran escucharme por encima de la música sensual que sonaba en la suite.

Me recosté en el sofá, frente a ellas, y extendí mis largas piernas. Con las tenues luces de la suite principal proyectando un suave brillo sobre su suave piel y las sábanas blancas, la escena estaba preparada. La cama con dosel era el escenario. Aurora y yo éramos los espectadores ansiosos.

A mi lado, Aurora se ajustó la blusa y acercó su cuerpo al mío. Su mirada se movía entre las dos mujeres que montaban un espectáculo para nosotros, para mí. Dios, me encantaba cuando ella se retorció así. A Aurora le encantaba mirar. Pero todavía tenía que admitirlo ante sí misma.

Esta noche, Ruby y Sage se habían ofrecido a venir a casa conmigo. Después de pasar horas en el Crucible, bebiendo whisky para adormecer el dolor que reaparecía cada verano, no podía encontrar una razón para decirles que no. El juego era siempre el mismo, hacer que Aurora mirara hasta el punto de la locura. Mi recompensa era verla correrse en mi mano, mi lengua, mi pene. Vivía para este momento en el que ella se deshacía solo para mí.

Ahora mismo, ella era lo único que importaba. Inspiré profundamente, esperando que el aire en mi pecho se detuviera, que me apretara el corazón, que me doliera. Pero no fue así. Exhalé fácilmente, perdiéndome en la mirada azul de Aurora. Ella era todo el aire que necesitaba. Sus suaves mejillas se volvieron de un rojo brillante mientras seguía mirando, mientras sus dedos se movían poco a poco debajo de sus bragas. Estaba muy cerca, pero por ahora me quedé en mi lado del sofá con los brazos apoyados en las rodillas. Cuando el vestido de Ruby cayó al suelo de mármol y sus enormes tetas finalmente fueron liberadas, Aurora dejó escapar un pequeño grito ahogado.

«¿Te gusta eso, ángel?», pregunté, apartando mechones de cabello de su cara.

Ella asintió, lamiéndose los labios.

Ruby se sentó sobre sus talones y me miró a los ojos, rogándome en silencio que le dijera qué hacer a continuación. Por la forma en que su pecho se agitaba con anticipación, estaba seguro de que estaba desesperada por alivio. Sus pezones tensos parecían dolorosamente excitados. Sage la había besado intensamente durante los últimos quince minutos y ahora Ruby estaba lista para más. Pero yo no estaba listo para que nuestro juego terminara.

Quería que Aurora se rindiera ante ello. Que me dijera qué quería ver a continuación.

«¿Qué piensas, ángel?», me incliné hacia Aurora y le susurré al oído. «¿Qué crees que necesita?».

Aurora negó con la cabeza, masajeando sus propios pechos sobre la tela sedosa de su blusa. «No sé».

«Creo que sí lo sabes», envolví mis dedos alrededor de su garganta y la giré para que enfrentara a las mujeres listas para follarse entre sí sin sentido. Besé el punto suave detrás de su oreja antes de volverme hacia Ruby. «Bésala».

«Joder, sí», Sage se arrastró hacia Ruby.

Su boca descendió sobre el apretado pico de Ruby, chupando con fuerza mientras jugaba con el otro montículo. Cayeron en un montón de piernas y brazos, arrancándose la ropa interior. Sage lanzó una rápida mirada en mi dirección. Cuando asentí una vez, besó el vientre de Ruby y se acomodó entre sus piernas.

Hace once años, Aurora encontró a uno de mis amigos haciendo un movimiento similar con su novia. En lugar de hacer lo que haría la mayoría de la gente, Aurora se quedó mirando hasta que mi otro amigo la pilló en el acto. La escena la había excitado tanto que no podía alejarse de ella. Sonreí ante el recuerdo de hace tanto tiempo. Ese verano, antes del último año en la escuela, no tenía idea de que había conocido a la mujer que amaría por el resto de mi vida.

«Enzo», me llamó Aurora, deslizando sus manos en mi cabello, justo antes de que sus labios encontraran los míos en un beso acalorado.

Cerré los ojos con fuerza y dejé que su voz se filtrara a través de mí. ¿Cómo era posible amar tanto a alguien? Después de todo este tiempo, ¿cómo podía hacer que mi sangre se agitara tan fácilmente?

Tomando su cara con mis manos, pasé de su boca para mordisquear su cuello y los montículos que presionaban contra su parte superior. El deseo revoloteó en mi estómago y rápidamente se abrió paso hasta mi pecho. El anhelo que sentía por Aurora me hizo perderme por completo, junto con el sentido del tiempo. Sin aliento y al borde de la locura, le arranqué la ropa y cubrí cada centímetro de ella con besos, comenzando por sus hermosas tetas y luego bajando hasta su coño. Estaba tan mojada por mí, tan lista.

«¿Quieres sentir lo que ella siente?», froté la barba incipiente de mi mejilla a lo largo del interior de su muslo.

«Sí», me agarró el pelo con un puño y me empujó hacia su necesitado coño.

Se le puso la piel de gallina en los muslos mientras movía las caderas para darme un mejor acceso. Deslicé dos dedos por su entrada mientras me desabrochaba el cinturón con la mano libre. Murmuró una serie de demandas que en su mayoría tenían que ver con cuánto quería que yo estuviera dentro de ella.

¿Quién era yo para negarle a Aurora?

La levanté por la cintura y la llevé a la cama, donde Ruby y Sage convergieron hacia mí tan pronto como la solté. Me pasaron las manos por todo el cuerpo mientras trabajaban juntas para quitarme la camisa y los pantalones. Aurora se sentó en la cama mientras su mirada recorría mi torso de arriba abajo antes de posarse en mi erección.

Podría quedarme así para siempre, con Aurora mirándome como si fuera la única persona en el mundo.

«Tómalo», agarré su nuca y la guié.

Sus labios alrededor de mi polla fueron lo que más me excitó. Me chupó con tanta avidez que apenas podía contenerme. De alguna manera, logré follar su bonita boca con embestidas implacables. Seguí así, sintiendo la punta de mi eje deslizándose por su lengua hasta llegar al fondo de su garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando su reflejo nauseoso apareció, me levanté para dejarla recuperarse. Me sonrió y volví a deslizarme entre sus dientes. Joder, era tan

perfecta.

Mi Aurora.

Cuando estuve segura de que iba a explotar si no me detenía, la acerqué para encontrar mi boca y darle un beso abrasador. Besé su boca con fuerza, saboreando mi líquido preseminal en su lengua. Sus gemidos me tenían al borde. No podía esperar más. Necesitaba estar dentro de ella ahora. La empujé sobre el colchón y luego le di la vuelta. Aterrizó sobre su vientre con una risa sensual que hizo que mi pene se moviera dolorosamente.

«Enzo, por favor», levantó su alegre trasero en el aire.

«Lo sé, ángel», agarré sus caderas y me metí en ella.

Las manos de Sage y Ruby se alejaron de mí. En este momento, éramos solo nosotros. La follé fuerte y sin piedad, sin pausa.

Aurora era mía.

Siempre había estado destinada a ser mía.

«Dios mío, Enzo. No te detengas», agarró la funda del edredón con el puño y levantó las caderas para recibir mis rápidos empujes, uno por uno.

Joder, me encantaba cómo ella me tomaba por completo. Colocando mi mano sobre la de ella en la cama, le di todo lo que tenía. Ella ya estaba allí. Todo lo que necesitaba era un pequeño empujón. Presioné mi pecho contra su espalda, agarrando su cabello en una cola de caballo, para que pudiera ver mejor a Sage, que había estado mirándonos follar desde lo alto de las almohadas, mientras se frotaba el coño.

«Mírala. Ella está tan cerca como tú», jadeé en su oído.

Mi polla se endureció con cada embestida.

Aurora asintió, con los ojos grandes y muy abiertos mientras se concentraba en los breves movimientos de Sage sobre su clítoris. Clavé mis dedos en la mandíbula de Aurora y la hice girar hacia mí. Busqué su mirada hasta que vislumbré todo lo que éramos hace tantos años. Aurora y yo todavía éramos nosotros. Estaba pintado en sus ojos, sus labios, su piel. Me aferré a esa imagen, besándola larga y fuerte mientras bombeaba dentro de ella como si mi vida dependiera de ello.

«Te sientes tan bien, ángel. Mierda».

«No te detengas», ella gritó, extendiendo la mano para apretar mis dedos.

Estábamos conectados de todas las formas posibles. En el siguiente suspiro, sus paredes resbaladizas se apretaron alrededor de mi polla. Ella se tensó bajo mi peso. Los gemidos que hacía cuando tenía un orgasmo eran mi perdición.

La solté, bombeando mi semen profundamente dentro de ella.

Luego estaba en caída libre hacia un abismo donde solo existíamos Aurora y yo. Cintas de adrenalina surgieron dolorosamente debajo de mi ombligo y corrieron hacia el resto de mí. Intenté concentrarme en el clímax de Aurora, pero era muy difícil no perderme en mi propia liberación y en el intenso placer que solo había sentido con ella.

Me entregué a ello.

Sus gemidos fueron amortiguados por mi propio corazón latiendo en mis oídos. Luego la habitación quedó en silencio y a oscuras. Mañana tendría que dejar de lado esta fantasía imposible, pero por ahora quería sentir el suave cuerpo de Aurora debajo del mío. Quería deleitarme en este espacio donde el dolor de perderla no existía. Me incliné hacia adelante hasta que nuestros cuerpos sudorosos estuvieron presionados y pude besar el brillo salado de su labio superior. Mordisqueé su hombro y mi polla se puso dura otra vez mientras todavía estaba dentro de ella.

La quería una vez más. Una vez más y luego...

Nunca sería suficiente.

Diez años no eran suficientes.

Nunca la superaría.

A la mañana siguiente me desperté con la madre de todas las resacas. Sentí la cabeza como si un martillo neumático estuviera taladrando justo detrás de mi ojo izquierdo. ¿Cuánto bebí anoche? Me froté el costado de la sien y dejé caer las piernas al costado de la cama. Me senté e hice una mueca cuando la habitación osciló unas cuantas vueltas.

«Buenos días», una voz suave y aturdida se filtró a través de mi doloroso desconcierto.

Me volví para mirar al otro lado de la cama. Carajo. Los tres extraños me miraban con sonrisas expectantes. Y entonces, todos los acontecimientos de la noche anterior volvieron rápidamente. Un rápido recuerdo de haber conocido a Sage y sus amigos pasó por mi mente. Miré a su amiga rubia.

Cuando extendió la mano para tocar mi hombro, mi cuerpo se sacudió en respuesta. «No me toques».

«¿Por qué? Pensé que podríamos...».

«Pensaste mal», escaneé la habitación antes de que mi mirada se posara en la de ella nuevamente.

Bajo la luz brillante y sin el whisky en mi sistema, era imposible fingir, imposible no ver que ella no era mi Aurora.

«¿Quién es Aurora?», preguntó con una sonrisa muy sensual, como si intentara arrastrarme de nuevo al jodido juego de anoche.

La miré con disgusto creciendo en mi pecho. No por ella. Por mí. Por dejarme caer nuevamente presa de esta fantasía. Lo que había jurado nunca volvería a suceder. Respiré superficialmente y todo mi cuerpo sintió dolor por Aurora. El alivio temporal había terminado. A la luz del día, su ausencia quedaba estampada por todos lados.

«Mi ama de llaves pedirá un servicio de automóvil para ti. Te habrás ido cuando termine de ducharme». Crucé el dormitorio hacia el baño privado.

Detrás de mí, la amiga de Sage resopló mientras recogía su ropa que estaba esparcida por el suelo y el sofá. Cerré la puerta detrás de mí y dejé correr el agua. Mientras esperaba que el vapor llenara la habitación y aliviara mi fuerte dolor de cabeza, le envié un mensaje de texto a mi ama de llaves.

Yo: Mis invitadas necesitan un servicio de auto.

Mollie: No estoy aquí para limpiar tus desastres.

Yo: Tan solo deshazte de ellas.

Arrojé el teléfono sobre el tocador. La pantalla se iluminó de nuevo con su respuesta, un gesto con los ojos en blanco. Dos segundos después, irrumpió en el dormitorio.

«Fuera. Se acabó el espectáculo», ella aplaudió varias veces. «Vamos. Su auto está esperando, pero no lo hará por mucho tiempo».

“¿Quién es Aurora?”, las palabras de la extraña resonaban en mi cabeza.

Entré a la ducha y dejé que el agua caliente aliviara la tensión en mis hombros. Si tan solo pudiera eliminar el dolor de mi corazón. Si tan solo pudiera borrar todos mis recuerdos de ella. Intenté luchar contra la película que empezó a reproducirse en mi cabeza. Pero ya era demasiado tarde: la explosión y la casa ardiendo con Aurora dentro ya habían pasado por mi mente. En el momento en que Rex me dijo que no podía salvarla, todo estaba ahí, claro como el día. Que había llegado demasiado tarde.

“Lo siento, hermano. Ella se ha ido”. Rex estaba junto a mi cama de hospital, mirándome con lástima en sus ojos, como si fuera un cachorro perdido. *“Juro que lo intenté”*.

“La dejaste morir”. Le grité con ira, jalando la aguja en mi brazo para quitar todos los tubos que me tenían cautivo. Me lancé hacia él lentamente. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Todas mis fuerzas se habían ido. Aunque para mí, sentí como si los asesinatos en los Hamptons hubieran ocurrido ayer.

Estuve en coma durante seis meses. Después de eso había pasado un mes entero en el que yo reaccionaba y caía, cargado de drogas. Alguien no quería que volviera a la tierra de los vivos. Pero entonces Rex vino a verme. Literalmente me desperté con la noticia de que nuestros planes para salvar a Aurora se habían ido a la mierda. Yo había sido el afortunado. El que sobrevivió.

Angelo, el imbécil que había comprado y pagado por la virginidad de Aurora, cumplió su promesa. Cuando descubrió que Aurora y yo teníamos planes de casarnos y huir juntos, la mató, quemó su casa en la playa con Aurora y sus padres dentro. Luego me disparó y me dio por muerto.

Durante años, me dije a mí mismo que el equipo de limpieza no podría haber hecho un trabajo tan bueno al hacer desaparecer todos los cuerpos al día siguiente. Quizás ella todavía estaba viva. La busqué. Pero al final me di cuenta de que todo eran solo ilusiones. Que solo buscaba un fantasma.

Aurora llevaba diez años muerta. Y no había nada que pudiera hacer para recuperarla. Follar con tres desconocidas en un estupor de borrachera solo empeoraba las cosas. La extrañaba ahora más que nunca.

Apoyé las manos en los azulejos de la ducha y bajé la cabeza.

Nunca más.

CAPÍTULO 2

Ese es el precio

ENZO

Cuando terminé de vestirme con unos jeans, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero, regresé al dormitorio y lo encontré vacío. Esta era la razón por la que había contratado a Mollie después de que mi antigua escuela la despidiera por perder la cabeza con uno de los estudiantes y arrojarle un plato de arroz al vapor en la cabeza.

“*El pequeño rufián merecía mucho más*”. Me había dicho cuando vino a buscarme para conseguir un nuevo trabajo.

Acababa de regresar de una temporada en Ibiza y acepté la oferta de Rex de convertirme en el próximo Don Alfera. Una semana después de ser contratada, Mollie despidió a la mitad del personal y los reemplazó con personas en quienes confiaba. Ella dirigía la casa, como yo dirigía mi equipo. Sus métodos eran toscos, pero lograba hacer que la mierda se cumpliera. Mantenía la casa impecable. Y para mi sorpresa, su cocina era de primera. No es que alguna vez le reconocería eso. En los últimos dos años, desde que regresé, Mollie se había convertido en mi familia. Pero ninguno de los dos lo decía nunca en voz alta.

En la suite, ya había quitado las sábanas de la cama y tenía un carrito lleno de botellas de limpieza esperando junto a la puerta. Sin duda planeaba desinfectar cada centímetro de la habitación. Negué con la cabeza. Si tuviera el tiempo y la energía para afrontarlo, le diría que nada de eso era necesario. Pero en este momento tenía problemas mayores que las actitudes militantes de Mollie.

Recogí del sofá la chaqueta del traje que había usado anoche y saqué la invitación de Rex del bolsillo interior. Miré las letras en negrita que decían Don Alfera. Luego leí algunas líneas: *Se requiere su presencia. Baile de máscaras. Traje formal. Medianoche en punto*. Dios, era un idiota tan pomposo. Rex era la verdadera razón por la que anoche me había emborrachado en el ‘Crucible’.

Siempre había tenido debilidad por la reverencia y la tradición. Podría haber enviado un correo electrónico para avisar a los Don que nos reuniríamos esta noche. En cambio, enviaba una tarjeta de lino con el sello del rey. Sin duda para recordarme quién era él ahora. Que mi padre, el viejo rey, lo había elegido a él antes que a mí.

«No sé a quién encabronaste hoy, pero hay un ejército esperándote abajo», Mollie entró con un trapeador y una aspiradora y los dejó frente a mí. «Les dije que esperaran en el garaje. No me gustó su tono».

«¿Rex los envió?».

«Eso es lo que dijeron», ella se encogió de hombros.

«Entonces, ¿sabes a quién encabroné esta mañana? ¿O fue anoche?». Arrojé la invitación

sobre la mesilla de noche y cogí mi cartera y mis llaves. «Es probable que le haya dicho que su reunión de la junta directiva y él pueden chuparme las pelotas», me reí. Pensé que había soñado nuestra pelea en la sala VIP. Me alegraba de que al menos esa parte hubiera sido real.

«¿Vas a ir vestido así?, señaló mis jeans. «¿Como un mocoso de dieciocho años?».

«Tengo trabajo que hacer. Por mucho que le gustaría pensarlo, el mundo no gira en torno a Rex», me dirigí a la gran escalera.

Detrás de mí, Mollie murmuró algo acerca de que ya no estábamos en la escuela secundaria y que ya debíamos madurar. Sonaba como mi hermana Caterina, quien también pasó gran parte de su tiempo tratando de que Rex y yo arregláramos las cosas. Lo que no entendían era que lo que Rex me hizo requería más que una curita o un apretón de manos.

Aurora estaba muerta por su culpa. Él podría haberla salvado. Pero fue demasiado cobarde para entrar a la casa y sacarla de ahí. Nunca podría perdonarlo por eso. Si la situación hubiera sido al revés. Habría muerto antes que dejar morir al amor de su vida. Habría muerto por mi hermano.

Odiaba tener que inclinarme ante él. Pero por así decirlo, no todo se trataba de mí. Acepté asumir el papel de Don Alfera porque era mi deber. Nací para continuar la tradición centenaria de la Sociedad. Mi familia me necesitaba. Me importaba nuestro mandato de proteger a los nuestros, de mantener la paz. Pero eso no significaba que Rex y yo volviéramos a ser amigos. Eso nunca podría ser.

De camino al ascensor privado, pasé por la oficina de mi casa y recogí mi 9 mm y la funda para el hombro para usarla debajo de la chaqueta. Como nuevo Don Alfera, mis deberes rara vez me exigían salir a la calle. Extrañaba mis días de soldado. Inmediatamente después de la universidad, volví a casa para unirme al equipo de Nueva York. Me convertí en un muy buen soldado porque no me importaba si vivía o moría. Y porque sabía que algún día Angelo y yo volveríamos a cruzarnos. Y quería estar listo cuando eso sucediera.

Quiso la suerte que ese día pudiera ser hoy. Después de todo este tiempo, tenía una ventaja sólida. Angelo Soprano estaba de regreso en la ciudad de Nueva York.

Angelo había sido el cabrón que había matado a Aurora. Habían pasado tantos años y su asesino todavía estaba ahí afuera. Rex dejó morir a Aurora. Pero fue Angelo quien la dejó ser consumida por las llamas. Me estremecí ante la idea de que ella sufriera así porque Angelo pensaba que era su dueño, por el acuerdo matrimonial que el padre de Aurora hizo con él.

Con largas zancadas, me subí a la cabina del ascensor y presioné el botón del garaje. Tan pronto como se abrió, los hombres de Rex se apiñaron en mi camino, al menos diez de ellos. Podía saborear el sudor en el aire y sentir la tensión en mi piel. El equipo de Rex y el mío estaban listos para pelear. Odiaba la teatralidad de Rex. Si quisiera verme, podría haber llamado.

«Rocco», llamé a mi mano derecha.

«Aquí, jefe».

Vito, un tipo grande con una sonrisa en el rostro, se hizo a un lado para mostrarme a Rocco en el suelo. Rocco tenía instrucciones de tener preparados a los muchachos y mi auto para una vigilancia. Sabía que no podía perder esta oportunidad de encontrar a Angelo. Esa fue la única razón por la que luchaba, sabiendo que iba en contra de la autoridad superior de Rex.

«Deja que se levante», miré a Vito mientras apuntaba con una pistola a la cabeza de Rocco. «Me importa una mierda quién te envió. Rocco es mi mano derecha. Él te supera en rango», di un paso adelante. «Apártate de mi camino».

Había que reconocer que Vito bajó el tono de la sonrisa. «El jefe quiere asegurarse de que asista a la reunión esta noche».

«Sí, él mencionó eso», esperé hasta que Rocco se puso de pie y luego cambié mi atención al tipo que aparentemente estaba a cargo. «Tengo algo que debo hacer primero. Dile a Rex que lo veré cuando termine».

Cuando nadie hizo ningún esfuerzo por moverse, le hice un gesto a Rocco con la cabeza y luego me acerqué a mi Ducati. Si bien el equipo de Rex se sentía perfectamente bien golpeando a mis muchachos, no se atrevieron a seguirme. Tenían mi SUV cubierto, pero no pensaron en bloquear también mi motocicleta.

No tenía tiempo para cuidar a estos imbéciles. Rocco sabía dónde encontrarme. Y no necesitaba un gran séquito para cazar a un cobarde. Pasé mi pierna por encima del asiento. Ajustando mi peso, puse la llave en el contacto y puse en marcha la moto.

«Salgan de mi casa», dije por encima del fuerte ruido del motor y luego salí de allí.

Algunos hombres de Vito corrieron detrás de mí con sus armas apuntando al suelo. Pero eso era más que nada memoria muscular. ¿Qué iban a hacer? ¿Disparar a un Don?

Una vez que los neumáticos de la moto tocaron el asfalto, dejé de pensar en Vito y sus muchachos para centrarme en Angelo y en lo que tenía que hacer a continuación. Cuando Rex me dijo que Aurora se había ido, me tomó mucho tiempo aceptar ese hecho. Perdí años buscándola. Pero tan pronto como recobré el sentido y acepté la verdad, mi objetivo cambió. En lugar de buscar a Aurora, comencé a buscar a Angelo. Para entonces, Angelo ya había pasado a la clandestinidad. Había desaparecido en el aire.

Decisión inteligente, dado que la ascensión de Rex hace dos años dejaba a Angelo desprotegido. El péndulo había oscilado en la otra dirección. Él ya no estaba bajo la protección de la junta, principalmente porque ahora yo pertenecía a dicha junta. Durante años, tuve que dar un paso atrás y dejarlo en paz. Pero el viejo rey, el padre de Rex, estaba muerto. Cualquier acuerdo que Angelo tuviera con él era nulo y sin valor. Eso era lo que pasaba en nuestro mundo mafioso. La buena suerte llega y se va en un abrir y cerrar de ojos.

En el momento en que llegué al final del túnel Lincoln, se me erizaron los pelos de la nuca. Incluso si los equipos de Jersey ahora respondían ante la Sociedad, no se podía confiar en ellos. Seguí mi GPS hasta un motel recientemente renovado que había sido convertido en un club de sexo. Me detuve en la calle lateral y estacioné detrás de un camión de reparto. Me bajé de la moto y me acerqué, manteniéndome oculto. Desde este ángulo, tenía una vista de la entrada trasera y del portero que custodiaba la puerta.

Según mis fuentes, Angelo había regresado para iniciar su propia versión del ‘Crucible’. Un club de sexo llamado ‘Pandemonium’. Este era su nuevo lugar, y no me impresionó. La lúgubre entrada y el pequeño vestíbulo no gritaban exactamente ostentación y glamour. Sin embargo, tenía la vibra grasienta de Angelo. Algo en ese tipo siempre se había sentido espeluznante.

Sin ningún motivo, una imagen de él con sus manos sobre Aurora apareció en mi mente. Habían pasado once años. ¿Por qué no podía superarlo?

Angelo pagaría por lo que nos hizo. Mi mente se quedó en blanco cuando intenté imaginar una vida sin esta sed de venganza. Ya sabía cómo era sin Aurora. Muy pronto, tenía que dejar de lado esta ira que me aplastaba el pecho, día tras día.

«¿Es una Ducati Streetfighter V2?». La pequeña e inocente voz se registró en mi cabeza uno o dos segundos después de que desenfundé mi arma y apunté al rostro del chico. Sus grandes ojos azules me devolvieron la mirada, llenos de confusión y miedo.

«Jesús, maldito Cristo. ¿Tienes deseos de morir, chico? Nunca te acerques así a un adulto. Podría haberte matado».

«Podría haberte matado primero», me mostró su navaja.

Bueno, jódeme. «¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?».

«No sé».

«Sal de aquí, chico. Lárgate», le hice una señal con la mano para despedirlo. Pero luego me di cuenta de que un chamaco fisgón como él podría saber algo sobre el 'Pandemonium'. «Espera», lo llamé. «¿Vives por aquí?».

Su mirada se dirigió hacia el portero al otro lado del camino. «Sí».

«¿Conoces a ese tipo?».

Él se encogió de hombros. «Supongo».

«¿Supones?», crucé los brazos sobre el pecho, inclinándome sobre él.

Sus ojos volvieron a agrandarse. Me miró como si fuera el gigante más grande que jamás hubiera visto. Tragó y juré que podía ver las maquinaciones funcionando en su cabeza.

«Doscientos dólares», apretó los puños y se los metió en la sudadera. «Y un paseo en tu motocicleta».

«Q... ¿Qué?».

«Quieres información. Ese es el precio».

«¿Estás bromeando?», moví mi chaqueta a un lado para que pudiera ver mi arma. «¿Qué tal si me respondes algunas preguntas y, a cambio, no te mato?».

Qué pelotas tenía este chico.

«Pero luego tendrás que encontrar a alguien más que te cuente lo que sucede allí», señaló al portero de nuevo. «Y luego tendrás mucho que limpiar. La tía Sofía dice que cuando le disparas a un hombre en la cabeza, sus entrañas vuelan por todas partes. Es un desastre».

«Tu tí... ¿sabes qué? No importa», solté un suspiro. «Eres todo un emprendedor, ¿no?», cogí mi billetera.

«No sé qué es eso», se encogió de hombros.

Mi plan original había sido sentarme aquí y esperar hasta que Angelo apareciera. Pero este chico tal vez sabía algo que podía aprovechar. Sí, había una gran posibilidad de que estuviera jugando conmigo. Parecía el tipo. Tenía inteligencia callejera. Pero la cautela en sus ojos me decía que sabía algo.

Saqué mi billetera del bolsillo trasero de mis jeans y luego saqué dos billetes de cien dólares. Su rostro se iluminó como un árbol de Navidad. Cuando se estiró para tomar el dinero, levanté la mano para mantenerlo fuera de su alcance.

«¿Conoces a este tipo? ¿Lo has visto merodeando por ahí?», le mostré una foto en mi teléfono. «Su nombre es Angelo. Pero es posible que tenga un nombre diferente».

Se inclinó y frunció el ceño. No tenía ninguna duda de que este chico era mafioso. Hacer que alguien pensara que estaba obteniendo el valor de su dinero era un viejo truco de estafador.

«No. Nunca lo he visto por aquí. Por aquí pasan muchos tipos. Pero este no».

«Bien», le dejé uno de los billetes. «Entonces, ¿qué clase de hotel necesita un puto portero vigilando la puerta trasera?».

«Oh, ese es Danny. Está aquí por las bailarinas», me arrebató el dinero y lo dejó caer en la capucha de su sudadera atrás de su cabeza.

«¿Las mantiene a salvo? ¿O evita que se vayan?», pregunté.

Su mirada se dirigió hacia mí. «Jesús, maldito Cristo. ¿Eres un puto cerdo?».

«Q... ¿qué? No», me acerqué a él. «No soy un maldito policía. Y cuida tu lenguaje».

«¿Por qué? Tú lo dijiste antes».

«Olvídalo», lo miré con los ojos entrecerrados. «Cuéntame de Danny».

«Le da una paliza a los clientes que se ponen espeluznantes», se encogió de hombros.

«Realmente golpea a todos».

Mi pecho se apretó al pensar en ese imbécil golpeando a las mujeres. Y posiblemente también a niños. Miré al niño en busca de moretones. «¿Cómo te llamas, niño?».

«Leo», dijo automáticamente, luego me miró sorprendido. «Quiero decir. No tengo un nombre».

Me reí. «No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. ¿Cuántos años tienes Leo?».

«Diez».

Jesucristo. «¿Tu mamá trabaja aquí?».

«Eh, sí», asintió.

Mentiroso.

Le di el otro billete. «Regresaré mañana. Si ves al chico que estoy buscando», le mostré la foto de Angelo nuevamente, «necesito que vengas a buscarme. Te daré dinero extra».

Sus mejillas se hincharon al considerar mi oferta. «Sí, puedo hacer eso», hizo ademán de irse.

Alcancé su hombro y lo detuve. «¿No eres demasiado joven para ir a lugares como ese?».

«La tía Sofía siempre dice: 'si quieres sobrevivir, tienes que crecer rápido'», se encogió de hombros con desdén, como si pasar el rato en un club de sexo no fuera gran cosa.

Lo solté y salió corriendo.

Me quedé oculto detrás del camión de reparto y lo vi acercarse a Danny, el portero. Sin ningún motivo, el imbécil agarró a Leo por el cuello de su camiseta y lo sacudió. Luego, metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón de Leo y sacó el billete de cien dólares. Leo se retorció hasta que Danny lo soltó, satisfecho ahora de haber aceptado el dinero de Leo. Bueno, la mitad de su dinero.

Chico listo.

El aire se movió detrás de mí. Fue tan sutil que casi me lo perdí. El instinto entró en acción y, en un movimiento rápido, golpeé al hombre detrás de mí en la cara y luego le apunté con mi arma a la barbilla.

CAPÍTULO 3

A la caza de un asesino

ENZO

«¿Qué carajo?», Santino me fulminó con la mirada.

«¿Por qué te acercarías sigilosamente?», enfundé mi arma y le di un puñetazo en el hombro.

«No fue sigilosamente. No quería revelar tu tapadera», hizo un gesto en dirección al motel.

«¿Qué está pasando aquí?».

«Nada», me pasé una mano por el cabello con frustración.

Nada era exactamente lo que había encontrado. Toda esta vigilancia había sido un fracaso. Le creí a Leo cuando dijo que nunca había visto a Angelo. Si el club de sexo 'Pandemonium' perteneciera a Angelo, querría estar aquí todos los días para asegurarse de que funcionara sin problemas. Este era un callejón sin salida.

«Espera. ¿Cómo supiste que estaba aquí?».

«Mollie», me guiñó.

Sí, la anciana gruñona tenía debilidad por los encantos de Santino. «¿Ella te llamó?».

«No. La llamé yo. Pensó que podrías necesitar refuerzos, dado que te fuiste sin tu equipo».

«Puedes agradecer a Rex por eso».

«Bueno, entonces ya sabes por qué estoy aquí. ¿No?», se ajustó la chaqueta del traje y señaló hacia la calle principal, donde estaba estacionada su camioneta. «Mis chicos pueden encargarse de tu moto».

«¿Así es como pasas tus días ahora? Rex dice que saltes y tú...».

«Vete a la mierda», me alejó de él. «Vine aquí porque necesitabas refuerzos. Entiendo que quieras venganza. Pero venir aquí solo fue una estupidez, y lo sabes».

Santino no estaba equivocado. Los años seguían acumulándose y todavía tenía que hacer que Angelo pagara por lo que nos había hecho. Él la había asesinado. Odiaba que él hubiera seguido adelante con su vida, mientras que yo me había quedado sin nada. Me había vuelto imprudente en mi búsqueda. Lo quería muerto. Joder, pensé que hoy sería el día.

«Viniste aquí porque pensaste que Angelo estaría aquí, ¿verdad?», Santino se apartó de la pared para tener una mejor vista del motel. «¿Qué descubriste?».

«Un chico», señalé a Leo que acechaba en las sombras. Ajustando mi peso, escudriñé los alrededores para ver qué había llamado la atención de Leo. Había llegado un nuevo equipo y parecían jodidamente sospechosos. «Rusos. ¿Qué diablos están haciendo aquí?».

«Eso no puede ser bueno», Santino sacó su teléfono del interior de su chaqueta.

Hice lo mismo y luego le envié un mensaje de texto a Rocco. Ya debería estar aquí. A menos que esta noche, Rex ordenara a sus chicos mantener a Rocco y al equipo lejos de Jersey. A Rex le importaba una mierda Aurora y todo lo que había pasado. Para él, todo era historia, agua

pasada, por así decirlo. Por otra parte, ¿por qué haría todo lo posible para bloquearme de esta manera?

Yo: ¿Cuánto tiempo lleva decirle a Rex que se vaya a la mierda?

Rocco: No nos dejan salir, jefe. ¿Empezamos a disparar?

Yo: No, déjalo. Santino está aquí.

«¿Alguna idea de por qué Rex está demorando a mis muchachos?», le mostré a Santino mi pantalla con los mensajes de Rocco.

«Él piensa que estás perdiendo el tiempo».

«Me importa una mierda lo que piense Rex», miré a los hombres que entraban al motel por la puerta trasera. Mi mirada se movía entre Leo escondido en el costado del edificio y Danny, el portero que hacía entrar a los nuevos invitados. ¿Estaban los rusos aquí por entretenimiento o por algo más? Entonces lo vi, Chase Rossi. Últimamente, dondequiera que mirara, allí estaba él. Tenía que lidiar con él y sus mentiras pronto, pero no esta noche.

«Putra madre», me incliné y apoyé la mano en el costado del camión de reparto.

«Lo veo», Santino frunció el ceño. «No confío en ese tipo. Parece demasiado agradable».

«Sí. Muy agradable».

El año pasado, Chase Rossi, a falta de una palabra mejor, había heredado la facción de su abuelo. El nieto pródigo había regresado después de toda una vida en la que no le importaban una mierda los negocios de su familia. En cuestión de semanas, tenía todo en sus manos. Pero su movimiento culminante se produjo cuando obligó a una jefa de Jersey a casarse con él y, al hacerlo, duplicó el tamaño de la facción de Nueva York de la noche a la mañana. Poco después, su abuelo fue asesinado a tiros. Chase entró y tomó al equipo de su abuelo. Para los soldados de la calle, él era el jefe más poderoso de la ciudad.

¿Había asesinado a su propia familia para ascender? Estaba cien por ciento seguro de que así había sido. No confiaba ni un poco en el tipo, incluso si había jurado lealtad a la Sociedad y a las originales familias del crimen. Algo en él no me sentaba bien. Nadie tenía tanta suerte.

«Eso podría ser obra de Rex. Quiere que esté cerca para que podamos vigilarlo», Santino dejó escapar un suspiro. «Rex ha hecho un buen trabajo desde que asumió el cargo de rey. Tarde o temprano tendrás que aceptar eso».

«Ya lo he hecho», me froté la barba de varios días. «Es bueno en lo que hace. Por supuesto, puedo darme cuenta. Pero eso no significa que me tengan que gustar sus métodos. U olvidar lo que hizo. Ser rey no le da derecho a controlar mi vida».

«Estoy contigo en eso», Santino miró su teléfono. «Tenemos que irnos. Dos de mis muchachos pueden quedarse e informar».

«Bien. Pero necesito saber por qué están aquí los rusos. Y por qué de repente se han vuelto tan amigables con Chase Rossi».

«Tú y yo, hermano».

En contra de mi buen juicio, dejé que la mano derecha de Santino se hiciera cargo de mi Ducati. Me subí al asiento trasero de su todoterreno y me preparé para el viaje de cuarenta y cinco minutos de regreso a la ciudad. Estiré las piernas frente a mí y me volví para mirar a Santino. La gran sonrisa en su rostro era un claro indicativo de que se estaba enviando mensajes de texto con Luce, su nueva esposa.

«Mierda», gimió y se ajustó los pantalones.

«Algo bueno», me incliné hacia él. «Déjame ver».

«¿Qué? No, vete a la mierda», su mierda permaneció en la pantalla un poco más, luego dejó caer su teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta.

«Supongo que las cosas van bien con la chica irlandesa».

«Su nombre es Luce».

«Claro, Luce».

«Sí, está feliz trabajando para Donata. Si fuera por mí, estaría en el hospital ahora mismo para asegurarme de que esté a salvo», relajó su cuerpo contra el asiento de cuero. «Algún día seré su muerte. Lo sé. ¿No es así como siempre termina?», le ofrecí una media sonrisa.

Cuando la avalancha de recuerdos de Aurora inundó mi mente, me di la vuelta y me concentré en las luces que parpadeaban en la distancia contra el cielo oscuro.

«Mierda, no quise decir eso».

«Lo sé. Estoy acostumbrado», la presión en mi pecho era una constante en mi vida. «A veces, cuando bebo suficiente whisky, el dolor desaparece un poco».

«Bueno, eso es algo que puedo prometerte esta noche. Habrá mucho whisky».

«Gracias, amigo», me reí.

Al menos quise reírme, aunque salió triste y patético.

Condujimos el resto del camino en silencio. Cuando me sentía así por Aurora, lo mejor que podía hacer era sumergirme en el trabajo. Mi instinto me decía que el ‘Pandemonium’ era mucho más de lo que parecía. Dos bandas rivales que se portaban bien siempre eran una receta para el desastre. Los únicos cabrones que la mafia italiana odiaba más que a la irlandesa era la de los Bratva.

La mafia rusa en Nueva York no tenía un territorio per se. Pero sus negocios en la zona parecían emplear a un número ilimitado de adolescentes para hacer su trabajo; desde talleres clandestinos hasta clubes de sexo. Después de conocer a Leo esta noche, no tenía ninguna duda de que el ‘Pandemonium’ era más que un lugar para beber y entretenerse. Apestaba a trata de personas. Algo que habíamos decidido hace mucho tiempo que no toleraríamos.

Tenía que llegar al fondo de todo este lío. Porque eso era lo otro que me decía mi instinto. Incluso si Angelo no hubiera estado allí físicamente, la operación tenía su espeluznante hedor por todas partes.

Cuando doblamos la esquina, las letras gigantes y brillantes que formaban el letrero del club ‘Crucible’ colorearon todo de un rojo suave. Esta era mi vida. Dondequiera que volteara, todo lo que tocaba tenía un tinte de sangre y peligro. Santino no se equivocaba cuando dijo que algún día sería la muerte de su bella esposa. Los inocentes no pertenecían a nuestro mundo.

El auto se detuvo en la entrada privada. Quizás esta reunión no fuera tan mala idea. Si quería descubrir qué estaban haciendo Rossi y los rusos, necesitaría la ayuda de Rex. El mero pensamiento de ello me provocó un nudo en la garganta. Tosí para despejar el bulto y alcancé la manija de la puerta del auto.

«Oye», Santino golpeó mi pecho con el dorso de su mano. «Es bueno tenerte de regreso, hermano. Lo atraparemos. Lo prometo. No me importa cuánto tiempo lleve».

«Brindaré por eso».

La Sociedad fue fundada hace más de cien años por mi familia, los Alfera, junto con la familia Valentino, que puso orden en las pandillas de Nueva York. No pasó mucho tiempo para que las familias se dieran cuenta de que, para tener realmente el control de la ciudad necesitaban a la familia Buratti, así como a las familias Salvatore y Gallo. Se establecieron estatutos para garantizar que su legado perdurara. Todo funcionaba como un reloj hasta que mi padre, el difunto rey, decidió abdicar.

Esa era mi dicotomía cuando se trataba de Rex. Había sido mi mejor amigo durante muchos años antes de que mi padre decidiera alejarse de todo y dejar a la familia Valentino a cargo de

nuestro mandato centenario.

En todos los años que había estado alejado, nada había cambiado. El edificio donde se reunía la Sociedad desde el principio había sido objeto de muchas renovaciones. Pero el piso cuarenta y uno, donde se encontraba la sala de juntas, tenía exactamente el mismo aspecto. Al salir del ascensor, las paredes de seda color carmín y los muebles viejos hacían que el pasillo pareciera como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

El lugar olía a whisky y a cuero viejo. Y como Rex estaba enamorado de la tradición, incluso los Don parecían los mafiosos de antaño con sus esmoquin y vestidos largos. Yo, por otro lado, parecía en lo que me había convertido después de que mi padre se había salido. Era un extraño vestido con jeans y una camiseta.

Tan pronto como entré al vestíbulo que conducía a la sala de conferencias, mi hermana Caterina me miró. Cuando se dio cuenta de que no iba vestido con la etiqueta requerida, miró por encima del hombro, sin duda buscando a Rex, y luego se dirigió directamente hacia mí.

«Vamos, Enzo», besó mi mejilla. «¿Te habría matado usar traje?».

«Tenía toda la intención de volver a casa y buscar algo más que ponerme. Pero tu esposo envió a Santino a buscarme. No me dio tiempo para cambiarme», examiné su rostro.

Odiaba que ella pareciera tan feliz. Odiaba que Rex y su matrimonio arreglado con él fueran la razón principal de esa felicidad. Mierda, Santino tenía razón. Un día tendría que aceptarlo.

Aunque hoy, no era ese día.

«Te ves bien», le sonreí.

«Parece que no has dormido en días», me acarició mi cara.

«Estoy bien», le quité las manos de encima.

Un segundo después, Rex apareció en mi campo de visión. «Puedes subir y cambiarte si quieres. Hay tiempo».

«No, comencemos», escaneé la habitación en busca de un carrito de bar. Entonces recordé que las bebidas estaban en el salón de al lado. «Necesito una bebida».

«En eso puedo ayudarte», me ofreció una sonrisa.

Un gesto que hizo que mi hermana se derritiera a su lado antes de hablarme. «Pórtate bien».

«Estoy aquí. Un paso a la vez», seguí a Rex a la sala de juntas.

Dejó caer un par de cubitos de hielo en dos vasos y luego se sirvió dos dedos de ‘Pappy’, la botella de whisky más cara que tenía en el carrito del bar. Cuando me entregó el vaso, su mirada se detuvo en Caterina, que ya estaba sentada en la mesa de Don. «Gracias por haber venido».

«No me diste otra opción».

«La paz es una amiga voluble. Esto solo funciona si todas las familias trabajan juntas. El año pasado casi nos aniquilaron porque...».

«Ahórrate el sermón», levanté la mano. «No me salté las otras reuniones de la junta directiva por mezquindad. Tenía algo importante de qué ocuparme, como hoy».

«Todavía persiguiendo a un fantasma», había que reconocer que parecía realmente acongojado por mí.

«No. Ya no. Ahora estoy a la caza de un asesino».

Dejó escapar una risa entrecortada, frotándose las arrugas de su frente. Conocía a Rex de toda mi vida. Sabía que ya no estaba buscando a Aurora. Sabía que yo estaba en los muelles buscando a Angelo. ¿Por qué intentaba disimularlo?

«Pero tú ya sabías eso», levanté una ceja.

«Hice que mis hombres te detuvieran porque caminabas a ciegas hacia una situación peligrosa».

«Si ya sabías lo que estaba haciendo, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué crees que puedes controlar a todos los que te rodean?».

«No tenía suficientes detalles», se quedó mirando el líquido ámbar en su vaso. «Necesitaba tiempo. No estaba tratando de detenerte. Simplemente de demorarte».

Cuando éramos amigos, podíamos anticiparnos a los pensamientos del otro. Trabajábamos bien juntos. Ahora, seguíamos sin entender el punto entre nosotros cada vez que hablábamos. ¿Estaba tratando de ayudarme? ¿O era esto otra de sus tretas para conseguir que le debiera un favor? De cualquier manera, esta noche era su noche de suerte porque estaba lo suficientemente desesperado como para seguir su juego.

«Bien. Cederé. ¿Qué sabes del club de sexo ‘Pandemonium’?».

«Tomemos asiento», hizo un gesto hacia los Don.

Bebí un sorbo de mi vaso y luego lentamente desvié la mirada hacia la enorme mesa de conferencias con el emblema de la Sociedad tallado en el centro. Todos ya habían tomado sus asientos. Caterina a la izquierda de Rex. Santino frente a ella. Y la Signora Vittoria y Donata en el extremo opuesto. A la derecha de Rex, vi una cara familiar que no pertenecía a este lugar.

«¿Qué diablos hace aquí Chase Rossi?».

«Yo lo invité».

«No confío en él», me incliné para que solo Rex pudiera oírme. «Entiendo que tienes un puesto de Don que ocupar, pero él no es tu hombre. Hay muchas posibilidades de que se esté acostando con la Bratva».

Sus ojos se abrieron con sorpresa. ¿En serio? Don Rex Valentino, el rey de una sociedad criminal centenaria, ¿no sabía que Chase Rossi estaba negociando con los rusos? ¿Cómo carajo era eso posible? Chase no era tan bueno.

«Escuchémoslo. Si no me gusta lo que tiene que decir, tal vez sea hora de que te escuche a ti y a Santino», puso su mano sobre mi hombro.

Por instinto, intenté hacer lo mismo, pero en lugar de eso le quité el brazo de encima. Rex era el rey de la manipulación. Esta era la razón por la que me quería en la reunión de esta noche. Sabía que Rossi tenía algo que yo quería. La adrenalina me recorrió porque estaba seguro de que Rex sabía dónde encontrar a Angelo Soprano.

CAPÍTULO 4

Nuestro chico ha vuelto

ENZO

Caminé hacia la mesa, permitiéndome una rápida mirada a la silla del rey. La reunión de esta noche no había sido sobre mi problema con Rex. Había estado muy cerca de encontrar a Angelo. No podía permitir que viejos agravios se interpusieran en mi camino.

Con un gesto de asentimiento hacia Chase, tomé asiento junto a Caterina. Nuestro hermano Massimo estaba de viaje por negocios, así que ella estaba aquí como mi segunda, en representación de la familia Alfera. Una regla de mierda que Rex inventó porque la quería aquí. No me importó. Caterina era una buena barrera entre Rex y yo. Todavía tenía que acostumbrarme a la idea de ver a mi ex mejor amiga y a mi hermana pequeña juntas y actuar como una pareja enamorada.

Nunca perdonaría a papá por dejarnos a Massimo y a mí abandonados. Pero la verdad es que Caterina se llevó la peor parte. Tenía que casarse con Rex. Claro, ahora estaba feliz. Pero hubo un momento en que ella lo odió a muerte.

Caterina inhaló profundamente como si hubiera estado conteniendo la respiración todo este tiempo. No tenía ninguna duda de que ella era la única razón por la que Rex se esforzaba más por mantener la paz entre nosotros. Él se lo había prometido. ¿Qué significaba eso? ¿Rex realmente la amaba?

«Enzo Alfera», la voz de fumadora de la signora Vittoria era como uñas en una pizarra. «Me alegra ver que Rex ha logrado convencer a todos los niños Alfera».

Me aclaré la garganta. En el siguiente suspiro, Caterina me apretó el muslo. «No respondas», susurró.

El problema de vivir una vida larga era que, después de un tiempo, vivías lo suficiente como para ver crecer a los niños que te rodeaban y controlarlos. La signora Vittoria alguna vez tuvo influencia sobre todos los Don, incluido mi padre. En la actualidad, ella ejercía mucho poder. Pero nada comparado con lo que tenía cuando era más joven.

Ella había sido la mente maestra detrás de la abdicación de mi padre. Nunca hubiera obtenido la aprobación del Don sin la ayuda de Vittoria. Rex estaba ahora en la cabecera de la mesa porque ella lo permitió.

Pude verlo en sus ojos. Sentía mucho desprecio por esta reunión y por el hecho de que ahora Santino, Rex y yo estábamos dirigiendo las cosas. Estos días, Donata era la segunda. Incluso si no tenía interés en ser la próxima Don Salvatore, Donata no tenía otra opción. Un día no muy lejano, tendría que desplazar a su tía.

La signora Vittoria era una mujer inteligente. Ella no había mantenido su asiento como Don actuando amablemente. Pero los tiempos habían cambiado. Le gustara o no, tenía que aceptar el

nuevo reinado de Rex. Ya no éramos niños. Yo no era Enzo. Yo era Don Alfera. Rex no era Rex, él era el puto rey. Nos debía respeto a los dos. Decoro, como lo llamaban los estatutos. Ella sabía todo eso. Entonces, ¿para qué pinchar al oso?

«Es bueno ver que tú también viniste a la reunión, Vittoria», sonreí y luego cambié mi atención hacia su sobrina, Donata. «¿Rex te hizo arrastrarla hasta aquí también?».

«Ella me arrastró», Donata me sonrió mientras su mirada oscilaba entre la mía y la de Rex. «¿Qué tal si seguimos adelante mientras todavía somos jóvenes?».

Me reí. Si alguien pudiera discutir con alguno de nosotros, esa sería Donata.

«Así que lo tenemos claro», Rex arrojó una carpeta sobre la mesa, «continuaré usando todos los medios necesarios para traerlos a todos aquí todos los meses. Gracias a Santino, los irlandeses están ahí afuera al acecho, esperando que demos un paso en falso».

«Gracias a mí», Santino arqueó una ceja, «los irlandeses te deben un favor. Te juraron lealtad debido a mi matrimonio con Luce».

«Eso no significa que podamos sentarnos en los laureles. La paz requiere mucho trabajo». Rex hizo un gesto hacia Chase Rossi.

«Así que entremos en materia», señalé a Rossi. «¿Qué diablos está haciendo él aquí?».

«Yo lo invité», Rex se inclinó hacia adelante y tomó la mano de Caterina. Ella le apretó los dedos y él relajó la mandíbula. «Creo que todos necesitamos escuchar lo que tiene que decir».

«Apuesto que tiene mucho que decir», me recosté en mi silla.

Hace una hora, ese imbécil estaba en Jersey, lidiando con los rusos. ¿Qué tenía esto que ver con Angelo?

«No estaría aquí si esto fuera un asunto local. ¿Armas? Puedo manejar eso, no hay problema. Al FBI no podría importarle menos. Pero ahora estamos lidiando con algo más grande», la cara bonita de Rossi me estaba poniendo de los nervios.

Cada movimiento que hacía, cada palabra que salía de su boca, parecía ensayado. Santino lo había llamado demasiado amable. Pero resultaba más que eso. Estaba mintiendo.

«Sí, sí, sí. Solo dínos por qué esta noche estuviste en los muelles». No tenía toda la noche. «Me pareció que estabas entreteniendo a invitados en el ‘Pandemonium’». Cambié mi atención a Donata y a la signora Vittoria. «Eso es un club de sexo en algún motel de apariencia barata».

«Por supuesto que lo es», Donata intercambió una mirada significativa con su tía.

«Yo estaba en el lugar siguiendo una pista. ¿Qué estabas haciendo tú allí?», miré a Rossi.

«Antes de que llames al pelotón de fusilamiento», Chase levantó ambas manos como si le estuviera apuntando con un arma, «déjame explicarlo. Hace dos años, mi abuelo hizo un trato con el cartel venezolano. Estaban traficando gente al país. En su mayoría mujeres y niños. Algunos querían estar aquí, otros no. En pocas palabras, el FBI intervino y perdimos a muchos hombres en el proceso, incluido a mi abuelo».

Hace dos años me había marchado a Ibiza lamiendo mis heridas después de que mamá muriera de cáncer. La mitad del tiempo la pasaba borracho en mi yate, navegando sin rumbo por el mar Balear. La otra mitad la pasaba buscando a Aurora. Aunque sabía que estaba muerta.

Miré a Rex. Las palabras de Chase no lo sorprendieron porque él había estado allí cuando sucedió toda esa mierda. Cuando el FBI logró encontrar y matar a todos los miembros de la familia Gallo. Miré hacia la mesa y luego me volví hacia Donata. Ella también había perdido a alguien. Luca Gallo murió en la redada del FBI. Yo no estuve ahí para ella, a pesar de que ella me había tratado de contactar muchas veces.

Quizá Rossi no fuera el único imbécil en esta mesa.

«Lamento lo de tu abuelo», ofrecí.

«Era un asesino a sangre fría», Rossi tragó.

Era difícil pasar por alto el odio en sus ojos.

«Aquí todos somos asesinos a sangre fría, Rossi», lo corrigió Santino.

Nunca me molesté en prestarle mucha atención a Rossi, ni siquiera después de que Rex me dijera que quería que la familia Rossi ocupara el asiento de Gallo en la mesa. Pero ahora, mirándolo, podía ver cuánto no quería estar aquí. Si no recuerdo mal, su abuelo habría matado por tener la oportunidad de ser una simple mosca en la pared. Rossi tenía un maldito asiento.

Lo miré fijamente. «Si pasas suficiente tiempo con Rex, te hará pensar que somos los buenos. No es así».

«La facción de Nueva York es mi derecho de nacimiento. Asumí el papel de mi abuelo porque realmente creía que podíamos hacerlo mejor. ¿Quién puede decir qué es el bien y el mal?», Rossi inhaló y exhaló lentamente. «No soy mi abuelo».

«Creo que has tocado un punto doloroso ahí, Enzo», Santino se rió entre dientes.

«Parece que sí», le hice un gesto a Rossi para que continuara. «¿Nos estás diciendo que el cártel venezolano está en esto otra vez?».

«Sí», se aclaró la garganta, «esta vez hicieron un trato con la Bratva, con un tipo llamado Ivan Belov».

«¿Los rusos?», Donata parpadeó lentamente. «¿Qué quieren ellos?».

«Lo mismo de antes. Quieren poder vender gente fuera de Jersey. Los muelles son un lugar ideal: fácil acceso y controlamos a la mayor parte de la fuerza laboral allí». Apretó la mandíbula. «Si fueran armas, no habría problema. Pero con trata de personas es donde yo trazo el límite. Le dije a tu chico exactamente eso. Y no le gustó».

«¿Nuestro chico?», fruncí el ceño y me volví hacia Rex. Sí, aquí todos éramos delincuentes, pero como había dicho Rossi, trazábamos el límite de vender gente como si fuera ganado. «Nuestro mandato es proteger a los nuestros. Somos las fuerzas de paz».

«No envié a nadie para hacer un trato con Rossi», Rex colocó una mano sobre la carpeta y la deslizó hacia mí.

El contenido se derramó al mismo tiempo que Rossi mencionaba el nombre. «Angelo Soprano».

Su voz resonó en mi cabeza. Ver las fotos de vigilancia de Angelo fue como un puñetazo en el estómago. Habían sido tomadas fuera del edificio de Rossi. Por eso Rex no me quería en los muelles esta noche. Mis fuentes eran correctas. Angelo tenía algo que ver con el ‘Pandemonium’. Lo que no me dijeron era que la mafia roja lo estaba ayudando. O él los estaba ayudando. De cualquier manera, lo teníamos.

«¿El FBI sabe sobre esto?», le pregunté a Rossi.

«No, Rex ha podido mantener a la policía al margen. Pero no pasará mucho tiempo antes de que el FBI se entere de lo que está pasando. Me gustaría poner fin al negocio antes de perder a más de mis muchachos».

«Nosotros protegemos a los nuestros. No necesitamos a los cerdos en nuestro negocio». Rex apoyó ambas manos en los apoyabrazos de su silla. «Necesitamos poner fin a esta mierda del club de sexo. Me encabrona que Angelo haya tenido las agallas de empezar algo como esto delante de nuestras narices».

«¿Angelo vino en persona a hablar contigo? ¿Cuándo?», señalé las fotos.

«Sí, me reuní con él el mes pasado. Ya tenía la operación en marcha. El club de sexo es donde él está...», hizo un gesto con ambas manos mientras luchaba por encontrar las palabras, «a falta de un término mejor, procesando personas».

Pensé en Leo y en cómo habló de una tía Sophia y luego mintió acerca de que su madre trabajaba en el club. «Conocí a un niño allí esta noche. Algo no se sentía bien en él. Actuaba como si fuera un mafioso, pero al mismo tiempo, parecía fuera de lugar».

«El plan de Angelo es más sofisticado que lo que hacía antes mi abuelo. Las mujeres que conocí esta noche tenían la impresión de que aquí eran trabajadoras sexuales para ganar un salario honesto. Angelo les prometió una casa y un trabajo una vez que pagaran el pasaje. Pero les hace imposible ahorrar. Algunas de ellas llevan más de un año realizando pagos. No quieren estar allí. Creen que todo terminará pronto, pero Angelo no tiene intención de dejarlas ir jamás».

«Sí, eso suena muy propio de Angelo», Donata sacudió la cabeza con disgusto.

«No sé ustedes», Santino se recostó con ambas manos en puños, «pero me alegro de que nuestro chico haya vuelto».

«Estaba pensando lo mismo», Rex me ofreció una media sonrisa. «Lo tenemos».

«Él tiene que saber que vamos por él», miré alrededor de la mesa. «¿Qué le hace pensar que no lo haremos?».

«¿Supongo que ustedes han tratado con este tipo Angelo antes?», Rossi enarcó ambas cejas.

«Así es. Hace mucho tiempo», me imaginé a Angelo en su casa de la playa en los Hamptons. Vi el fuego claramente en mi mente. Vi esa sonrisa en su rostro y un arma en su mano justo antes de dispararme. «Quiero que tenga una muerte lenta y dolorosa».

«Ahora entiendes por qué necesitaba que actuaras con cuidado esta noche», Rex terminó el resto de su bebida, luego se puso de pie para servirse otra ronda. «Entonces, ¿cómo atrapamos al hijo de puta?».

«Tú no», la signora Vittoria se puso de pie y caminó hacia Rex y el carrito del bar. «Yo también necesito uno de esos. Si esperas, la hermandad se hará cargo de él. Lo están usando. Cuando tengan lo que necesitan de él, lo matarán por ti. Los rusos no están dispuestos a compartir ganancias con los italianos. Angelo es un bendito idiota. Siempre supe que su ego inflado haría que lo mataran algún día».

«Sí, tía Vittoria», Donata se pasó una mano por su cabello rubio, sonriéndome como si pudiera leer mis pensamientos. «Eso sería lo más inteligente que se podría hacer. Pero Enzo no quiere ser inteligente. Quiere dolor. Además, según Chase, vamos contrarreloj».

«Todas esas mujeres y niños lejos de sus hogares. No es justo», Caterina miró las fotografías de Angelo y luego me apretó los dedos. «Sé lo que te hizo. Finalmente ha llegado su momento».

«He esperado mucho tiempo por esto», tomé su mano entre las mías y volví mi atención a Rossi. «Tú y yo regresaremos allí más tarde. Si él está allí, todo terminará esta noche».

«Él estará fuera de la ciudad hasta mañana», cogió su teléfono, «déjame organizar algo con Ivan. No puedes simplemente presentarte. Necesitas una invitación, pero puedo conseguirte una».

«¿Pensé que les habías dicho que estabas trazando una línea?», Santino miró la pantalla de Rossi con los ojos entrecerrados.

«Lo hice», se frotó un lado de la cara. «Pero, luego mi esposa Mia pensó que sería mejor si considerábamos la idea por un tiempo. Tenía razón. Si no le hubiera seguido el juego, no tendría nada con qué seguir».

«Bien», señalé su teléfono. «¿Qué tan pronto puedes hacerme entrar?».

«Dame un día», dejó escapar un suspiro mientras tecleaba un mensaje. «Eso se ocupa de Angelo, pero todavía necesito hacer que los rusos se echen para atrás. Por lo que he oído, hay un nuevo...», se atragantó con las palabras nuevamente, «un nuevo cargamento que llegará esta semana. Eso tiene que terminar... antes de que aparezca el FBI».

«Bien. ¿Algunas ideas?», me volví hacia Caterina y Donata.

«Odio la idea de una guerra entre pandillas», Caterina sacudió la cabeza, «eso también podría ponernos en el mapa del FBI».

«Cierto», la mirada de Donata permaneció sobre Caterina. «Todo lo que podemos hacer es desmantelar la operación de Angelo nosotros mismos. Quiero decir, lo hemos hecho antes».

«No, no lo hicimos. Lo intentamos y fracasamos», me tragué el nudo en la garganta. Ahora que tenía una posibilidad muy real de llegar hasta Angelo, no quería perder el tiempo pensando en el pasado. «Pero muchas cosas han cambiado desde que estábamos en la escuela. Ya no somos niños».

«Tenemos habilidades», Santino me sonrió.

«Y recursos ilimitados», Rex volvió a sentarse en su silla. «Así que pongamos a Angelo en su lugar de una vez por todas».

«Si por su lugar te refieres a su tumba. Estoy dentro», bebí el resto de mi bebida. «Rossi y yo visitaremos el club de sexo mañana. Quiero saber a qué tipo de clientela atienden. Luego, podremos idear un plan para acabar con todo».

«Esto parece como en los viejos tiempos», Donata me sonrió. «Llegamos un poco tarde, pero finalmente aquí estamos».

«Supongo que tienes razón».

CAPÍTULO 5

Una subasta de sumisas

ENZO

Al día siguiente, Rossi cumplió su promesa. Logró que Donata y yo fuéramos invitados al evento más grande hasta el momento del ‘Pandemonium’. Se venderían cinco niñas con contratos de hasta seis meses. La subasta debía comenzar a medianoche, partiendo de doscientos cincuenta mil por sumisa.

«Una subasta de sumisas», me quedé mirando el boleto grabado con letras doradas. «¿Dijo que estas mujeres estaban dispuestas?».

«Eso es lo que él dijo», Rossi movió su cuerpo en el asiento del pasajero para mirar a Donata y luego a mí. «Algunas de ellas necesitan el dinero. No estoy seguro de cuánto les permitirá quedarse y cuántas veces las sacará a subastar».

«Deja de darnos detalles», Donata exhaló ruidosamente. «Se me revuelve el estómago cada vez que pienso en Angelo y su idea de un buen negocio. ¿Cuál es su problema? Pagó por Aurora hace un millón de años y perdió. ¿Y ahora cree que puede vender mujeres a su antojo?».

Mi cuerpo se tensó cuando dijo el nombre de Aurora en voz alta. Esa sola palabra era como un golpe a mi sistema. «Él siempre fue un pedazo de mierda...», tragué, «que Aurora lo haya dejado no tiene nada que ver con su falta de respeto por las mujeres».

«Ivan Belov me aseguró que estaría allí esta noche», Rossi señaló el camino lateral.

Su conductor puso la señal y giró hacia la izquierda. Maniobró entre los baches lo mejor que pudo, pero fue inútil. La camioneta nos empujaba de un lado a otro mientras nos adentrábamos en la parte de los muelles anclada por el motel con un montón de tiendas a cada lado. Esta parte de Jersey era una zona pequeña en la que la gente rara vez pensaba. Aquí, mucho dinero cambiaba de manos. Si entraban mercancías a la ciudad era porque los trabajadores de los muelles mantenían el lugar en funcionamiento.

En su época, papá había estado bien relacionado con los equipos que trabajaban en los muelles. Por supuesto, al salir, había quemado todas esas conexiones. Lo sabía porque estuve allí el día que mató a cinco hombres con sus propias manos. Ese fue el día en que abdicó. Durante un largo minuto, mientras le cortaba el cuello a un hombre, estuve seguro de que él también me iba a matar a mí.

«¿Estás bien?», Donata me apretó el hombro.

«Sí. Estoy bien», le tomé la mano y le apreté los dedos. «¿Segura que quieres hacer esto? No dejes que el brillo y el glamour te engañen», le mostré la invitación. «Este es un lugar peligroso. Angelo es un cabrón peligroso».

«Lo sé. No eres el único que se siente culpable por Aurora. Quiero ayudar. Por ella, no por ti», me dio una palmada en el hombro. «Has sido un amigo de mierda. No te he visto desde

Navidad. Eso fue hace dos meses».

«Lo sé. El trabajo ha estado de locos», me ajusté la chaqueta del traje.

«Trabajo en un hospital. Conozco las locuras. No te justifiques así. Envié mensajes de texto muchas veces».

«Las cosas mejorarán después de esta noche. Lo prometo».

Quién sabía si matar a Angelo me ayudaría a superar finalmente a Aurora, pero tenía esperanzas. Y estaba más que dispuesto a darle una oportunidad. Pasé toda la noche pensando en cómo lo haría yo también. El fuego era lo que él merecía.

«Lo espero, de verdad». Se pasó una mano por el pelo.

«Hemos llegado», Rocco anunció tan pronto como estacionó el auto.

«Bien. Manténgase cerca. Quizá necesitemos una escapada rápida», le di unas palmaditas en el hombro.

«Seguro, jefe», su voz resonó en el auto antes de bajar para abrir mi puerta.

Salí del auto e inmediatamente vi a Leo arrastrándose entre las sombras. «Tengo que encargarme de algo», dije a Donata y luego salí tras el niño. Cuando llegué al callejón oscuro, él estaba agachado y de cara a la pared de ladrillos. ¿Estaba llorando? Caminé hacia él. Una parte de mí quería alejarse y dejarlo en paz. ¿Qué diablos sabía yo sobre los niños? Pero el chico estaba en problemas. Sabía de primera mano lo mierda que pueden ser los adultos.

«¿Qué te pasó, chico?», me estremecí porque no había querido que mi tono sonara tan duro. «¿Danny te lastimó?».

«No», se secó la cara. «Me quitó mi dinero», se puso de pie y luego señaló un agujero en la pared. «Encontró mi escondite y se lo llevó todo. Me llevó un mes entero ahorrarlo. Nunca la volveré a ver».

«¿Ver a quién?».

Él me miró. Incluso en las luces tenues, las gruesas lágrimas en sus ojos hacían que sus ojos parecieran zafiros azules. «A mi mamá».

Oh, chico. Sus palabras fueron un puñetazo en mi estómago. «¿Dónde está ella?».

«No importa», sollozó.

Mi teléfono sonó con un mensaje de Donata.

Donata: ¿dónde estás?

Yo: solo un minuto más.

Donata: está empezando. Tienes que entrar aquí antes de que cierren las puertas.

«Mierda». Metí el teléfono en el bolsillo interior de mi traje. «Tal vez haya algo que pueda hacer por ti. Tengo que entrar allí y ocuparme de algo. ¿Me esperas?».

«Sí, de acuerdo».

«Aquí mismo», señalé al suelo. «No te muevas. ¿Entiendes?».

«Sí».

Tomé otro momento para ver sus facciones. ¿Habría sido secuestrado de alguna manera? «¿Cómo terminaste trabajando para Danny?».

Se encogió de hombros, evitando mi mirada. «Me escapé de casa. Fue una tontería».

«Bueno. Hablaremos de ello por la mañana. No te muevas», lo señalé y eso me ganó una pequeña sonrisa de su parte.

De camino a la entrada trasera del motel, le envié un mensaje de texto a Donata para informarle que estaba en camino. Dos segundos después, llegó su llamada.

«Oye, nos vamos. Encuéntranos en la acera».

«¿Qué? ¿Por qué?».

«Ya no quiero estar aquí».

«Está bien. Rossi puede llevarte a casa».

«No, quiero que tú me lleves a casa».

Miré mi teléfono. ¿Tan mala era la subasta? Vinimos aquí para husmear y tener una idea de qué tipo de personas apoyaban las subastas de Angelo. Necesitábamos información para idear un plan para acabar con Angelo y sus nuevos amigos. Esta noche no podría resultar en otro fracaso. «Lo siento Donata. Tengo que ocuparme de esto. ¿Está Rossi contigo? Le mostré al portero mi boleto dorado».

«Señor Alfera», asintió mientras comparaba el nombre con su lista. Cuando estuvo satisfecho, se hizo a un lado para dejarme pasar.

«Enzo, ¿dónde estás?», la voz de Donata se quebró en el altavoz del teléfono. Había bajado a dos barras en el momento en que crucé el umbral.

«Estoy dentro».

«Enzo. No». Fueron sus últimas palabras antes de que muriera la llamada.

«Sin teléfonos, Sr. Alfera», me dijo Danny.

«Lo entiendo», lo metí en mi bolsillo.

El interior del ‘Pandemonium’ tenía un aire a bar clandestino. El aspecto deteriorado del exterior era una cubierta que ahora me daba cuenta de que tenía como objetivo disuadir a la gente. ¿Qué era lo que no le había agradado a Donata de este lugar? Si no supiera cuál era el objetivo principal del club de sexo, quedaría impresionado. El largo pasillo apenas estaba iluminado por los apliques de pared que quemaban un aceite dulce a cada lado de mí, mientras que el humo blanco que parecía ser bombeado a la habitación desde algún lugar arriba permanecía contra el papel tapiz de seda negro.

La música se escuchaba desde la otra habitación donde podía ver mesas redondas y gente vestida con sus vestidos de los locos años veinte. Toda la escena tenía sentido. Si Angelo quería que sus clientes olvidaran que estaban tratando con humanos, la mejor manera de hacerlo era dándoles una distracción, una fantasía a la que aferrarse.

Continué por el pasillo. La habitación parecía sacada de la novela “*El gran Gatsby*”. Mi mirada se movió de mesa en mesa, hasta que aterrizó en el escenario donde una mujer estaba en plena exhibición.

«Oh, no, Enzo», Donata corrió por el pasillo y prácticamente chocó contra mí.

«¿Qué demonios es esto?», parpadeé para aclarar mi visión y pude ver a una mujer con un vestido de abalorios, estilo flapper, sin fondo. «Ella no puede ser».

«No lo sé, Enzo», Donata jaló mi manga. «Sea lo que sea esto, Angelo lo hizo por ti. Para llegar a ti. Ni siquiera está aquí».

«¿Ella es real?» miré a Donata. «¿Puedes verla?».

«Jesús, Enzo. Por supuesto que puedo verla».

El agujero en mi pecho, el que había estado tratando de tapar durante años, se abrió por completo. Miré hacia abajo para ver el dolor, casi esperando estar sangrando. Esa era la única manera de describir mi estado desde que había muerto Aurora. Había estado sangrando todo este tiempo.

Inspiré y caminé hacia ella.

«Enzo, espera. Esto tiene que ser una trampa. No sé cómo, pero tiene que serlo. Vamos. Regresaremos con un ejército completo si quieres», Donata me hablaba rápido y suavemente al oído.

«No, te lo dije; esto se termina esta noche», no podía apartar los ojos de Aurora.

Mi mirada bajó hasta sus tensos pezones. Estos se asomaban a través de la tela transparente de su vestido. Pero todo esto no podía excitarla. Los hombres la miraban como si estuvieran dispuestos a devorarla. Ella no quería esto. ¿Por qué estaba ella aquí? ¿Estaba realmente aquí? Me volví para mirar a Donata una vez más, solo para asegurarme de que no estaba imaginando cosas. Pero la mirada de horror de Donata lo decía todo.

Aurora estaba viva.

¿Cómo era esto posible?

Zigzagueé entre la multitud, mientras permanecían allí hipnotizados al verla. Apartando las sillas del camino, logré llegar al borde de la plataforma elevada. Ella no estaba a más de tres metros de mí. Si pudo verme, no me reconoció. Aunque yo sí reconocí cada centímetro de su cuerpo: la hinchazón de sus senos, la curvatura de su cintura, sus mejillas rojas y esos brillantes ojos azules. Ella no había cambiado en absoluto.

Todavía tenía la misma inocencia. Tan dulce y tan frágil.

Dejé caer la mirada hasta el mechón de pelo entre sus piernas. Ese vestido transparente no dejaba nada a la imaginación. Mi pene reaccionó ante ella. Todo mi cuerpo la ansiaba con un hambre que había estado latente durante más de una década. Un zumbido se instaló debajo de mi ombligo y recorrió el resto de mí. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Eso solo podía significar una cosa. Sin lugar a dudas, la mujer frente a mí era Aurora, mi Aurora.

«Aurora», dije en voz baja, y la presión que aplastaba mi pecho se levantó.

«Novecientos mil». Una voz profunda y masculina me devolvió a la realidad. «¿Tengo novecientos cincuenta?».

Escaneé la habitación y encontré la fuente de la voz en el extremo izquierdo del escenario. Señaló con el dedo en mi dirección general. «¿Qué pasa con este lado de la habitación? ¿Alguien quisiera superar la oferta?».

«Nueve cincuenta», alguien gritó desde el fondo de la habitación.

«Nueve cincuenta. ¿Tengo un millón de dólares?». Hizo un gesto hacia ella. «Ella es una visión, ¿no? Suya para conservarla durante seis meses completos. Para hacer realidad todas sus fantasías».

«Un millón», una mujer a mi derecha gritó.

«¿Señor?», el subastador señaló a un hombre de esmoquin.

«Uno punto uno», se encogió de hombros, como si no pudiera evitarlo, como si Aurora fuera una obra de arte a la que no pudiera resistirse.

«¿Señora?», el subastador hizo un gesto a la mujer. «¿No? ¿Tengo uno punto dos millones? ¿No? Digo a la una, digo a las dos. Vendido al elegante caballero de atrás.

¿Qué demonios acaba de pasar? Sacudí la cabeza una vez para concentrarme en Aurora y luego en el hombre que aparentemente la había comprado en el lapso de treinta segundos. Cuando volví mi atención al escenario, una nueva mujer había reemplazado a Aurora. Y nuevamente tuve la extraña sensación de que lo había imaginado todo.

¿Lo había imaginado?

Parpadeé y me pasé las manos por el pelo.

«Enzo», Donata entró en mi campo de visión. Era difícil pasar por alto la lástima en sus ojos. «¿Estás bien? Jesús, ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que no estás bien. Estás todo pálido, como si hubieras visto un fantasma. Salgamos a que tomes un poco de aire. Tomó mi mano y me llevó hacia el oscuro pasillo que conducía a la entrada trasera.

«A veces la veo», confesé cuando estábamos afuera. Respiré profundamente y me presioné los ojos con las palmas de las manos. «Por lo general, cuando eso sucede, estoy perdido. Donata,

creo que me estoy volviendo loco. Loco por el dolor. Han pasado años y no puedo evitarlo. No puedo dejarla ir».

«¿De qué estás hablando?».

«La mujer. Pensé...».

«Oh, ahora lo entiendo. Estás en shock. Jesús», cambió su tono al de médico, luego comenzó a preguntar mi nombre, su nombre, año. «¿Recuerdas dónde estás?».

«No me golpearon en la cabeza, Donata. Por supuesto que sé dónde estoy. Y por qué». Me tomé un minuto para aterrizar. Cuando pensé en quién había visto dentro del club de sexo, el dolor en mi pecho volvió.

«¿Se encuentra bien?», el portero me tocó el hombro. «Necesitamos mantener esta área despejada».

«Él está bien. ¿Nos permite un momento?», Donata apoyó las manos en las caderas mientras el espacio entre sus cejas se hundía profundo. «¿Mejor?», Donata preguntó después de varios segundos.

Asentí. Aunque no era lo mejor que sentía en absoluto. Mi cabeza estaba atrapada en un lugar oscuro. Tenía un millón de preguntas que no estaba preparado para hacer. Este deseo crudo que me recorría tampoco había disminuido todavía. Aparte de querer volver a entrar y tocar a Aurora, para asegurarme de que era real. Una gran parte de mí quería declarar esta noche un fracaso y largarse de aquí.

«Bien», Donata me alejó más de la entrada, lejos de los oídos indiscretos del portero. «Porque ahora tenemos que descubrir cómo vamos a recuperar a Aurora».

«¿Qué?».

«¿Hablas en serio ahora?», ella golpeó mi hombro. «Anímate. No estás alucinando. Esa era Aurora en persona».

«Es casi imposible», toqué mis labios. El momento en que todavía podía sentir su boca sobre mí había quedado atrás. Pero esta noche casi podía saborearla de nuevo.

«Y, sin embargo, ella está aquí», Donata ahuecó mis mejillas. «Vamos, Enzo. Tenemos que movernos. Aurora te necesita. ¿No lo entiendes? Ella está de camino a la casa de ese viejo para hacer solo Dios sabe qué. ¿Qué carajo te pasa?», me golpeó directamente en el pecho con los puños.

CAPÍTULO 6

Sin besos en la boca

ENZO

«Te quedaste ahí como un idiota», me golpeó de nuevo. «Comiéndola con los ojos como el resto de los imbéciles de allí. ¿De verdad no pensaste en pujar por ella o subir hasta allí y echarla sobre tu hombro y alejarla de todo esto?».

«¿Es esto lo que ha estado haciendo todo este tiempo?», esta fue la primera pregunta que escapó de mis labios y luego fue una avalancha de todo lo que había reprimido en mi mente desde que vi a Aurora por primera vez. «En lugar de venir a mí, ¿ha estado con Angelo? ¿Fingió su propia muerte para estar con él? ¿Por qué? ¿Por qué me haría esto? ¿Por qué fingir que me amaba si quería estar con él?».

«No hagas esto. Enzo, no sabes qué la trajo aquí».

«Tú la viste. Ella no era una víctima secuestrada. Ella quería estar aquí. Con ese vestido». Levanté la voz, señalando en la dirección general de Aurora. «Ella fingió que yo no estaba allí. ¿O quién sabe? Quizás después de todo este tiempo, ella se olvidó por completo de mí, de cómo me veía, de lo que teníamos. Podría haber pedido mi ayuda en ese mismo momento, pero decidió no hacerlo».

¿Qué estaba haciendo ella allí ahora? ¿Preparándose para ese viejo que la había comprado? Apreté mis manos en puños. La adrenalina corrió a través de mí, bombeando con fuerza cada centímetro de mí. Cuanto más pensaba en ella y Angelo juntos, riendo, besándose, follando, más quería quemar el lugar hasta los cimientos.

Cuanto más los imaginaba en mi cabeza, más sentía esta ira en mi creciente pecho, transformándose en este feo monstruo que solo entendía la rabia y el dolor. Dejé que se hiciera cargo y plantara aún más imágenes en mi mente, hasta que lo único que pude pensar fue en venganza. Aurora me debía todos los años que había pasado buscándola, amándola hasta el punto de la locura.

«Santino, ¿dónde estás?», la voz de Donata me devolvió al presente. Tenía su teléfono en altavoz mientras le contaba a Santino todo sobre Aurora.

«Mierda. No sé qué decir», Santino sopló en su teléfono.

«Solo ven y ayúdame. Enzo tiene esa expresión que aparece cuando está a punto de hacer una locura». Donata alcanzó la solapa de mi chaqueta y buscó mi mirada. «Enzo, sea lo que sea que esté pasando aquí, estoy cien por ciento segura de que no es culpa suya. Estás asustado. Has estado enamorado de un fantasma durante tanto tiempo que no sabes cómo amar a la verdadera. Esta rabia que sientes es solo un mecanismo de defensa.

«Ella ha estado con él por Dios sabe cuánto tiempo. Por eso Angelo desapareció. Porque consiguió lo que quería», agarré su muñeca y hablé por el altavoz. «Santino, ¿qué tan rápido

puedes llegar hasta aquí?».

«Ya estoy en camino».

«Pasa por mi casa y tráeme todo el efectivo en mi caja fuerte. Conoces el código», le dije.

«Pensé que Donata había dicho que la subasta ya había terminado».

«Ya lo veremos», respiré uniformemente para calmarme. Si iba a volver allí y negociar con Ivan Belov, iba a necesitar algo más que dinero y un arma.

Solté la mano de Donata y caminé hacia donde estaba el portero. Él asintió una vez cuando me vio y luego se hizo a un lado para dejarme pasar. Las subastas ya habían terminado, pero la fiesta seguía en pleno apogeo. La música se filtraba por el largo pasillo mientras me dirigía hacia el mesero con el corazón latiendo con fuerza.

Aparte de mí no quería volver a ver a Aurora nunca más. Obviamente a ella no le importábamos nosotros ni lo que teníamos. Entonces, ¿por qué debería hacerlo?

Dejé caer un billete de cien dólares sobre el mostrador y luego me incliné. «Whisky solo», esperé hasta que el mesero sirvió mi bebida y tomó el dinero antes de preguntarle, «¿Ivan está aquí esta noche?».

«Él está aquí todas las noches».

Podría decirle quién era yo. Pero no podía permitir que mi negocio con Aurora arruinara los planes que teníamos para el ‘Pandemonium’. Todavía necesitábamos derribar todo el lugar y aún no teníamos información para poder seguir adelante. «Esperaba gastar mi dinero aquí esta noche. Su selección fue limitada».

«Vuelva el próximo martes. Tenemos barc... sumisas que llegan todas las semanas».

«Me interesa la mujer rubia de penetrantes ojos azules», bebí un sorbo del vaso. «Me gustaría hacer un trato con Ivan».

«Le gustó Rose», me sonrió, como si ahora tuviéramos algo en común. «Ella es nuestra mejor chica. La mitad de los hombres aquí aparecen solo por ella. Para probar suerte con la chica. Puede volver a intentarlo dentro de seis meses, cuando finalice su contrato actual. Quizá tenga mejor suerte entonces».

«¿Su nombre es Rose? ¿Ella sigue aquí? Quiero verla. No puedo esperar meses».

«No se puede», señaló hacia el fondo de la habitación. «Parece que el señor Smith está ansioso por llevarla a casa. Es uno de nuestros mejores clientes».

«Acaban de abrir. ¿Cómo es posible que ya tengan mejores clientes?».

«Cambiamos de ubicación con frecuencia, según sea necesario», él arqueó una ceja para enfatizar lo que quería decir.

Cambié mi peso para encontrar a Smith. El anciano se abrió paso entre un par de gorilas y desapareció detrás de las pesadas cortinas de terciopelo en el extremo opuesto de la gran habitación. Quienquiera que fuera ese Smith, no importaba. Lo que él quisiera no importaba. Lo seguí por el pasillo poco iluminado con varias puertas a cada lado. Probé la primera puerta y asomé la cabeza. El vestuario tenía varios tocadores y un montón de vestidos brillantes colgados junto a un gran espejo.

Por un momento, consideré recorrer cada habitación hasta encontrar a Aurora. Pero no tenía tiempo que perder. Especialmente porque Smith parecía saber adónde se dirigía. Si él llegaba a ella primero y se marchaba, yo volvería al punto de partida: buscándola y enojado como el infierno. Cuando llegó a la última suite, llamó una vez y entró.

Corrí a través del largo pasillo con solo un vago plan a medio elaborar en mi cabeza. Santino estaba en camino con el dinero que necesitaba para recuperar a Aurora. Pero primero, tenía que convencer a Smith de que la entregara y que Ivan se ocupara de mí. No me importaba cómo, pero

Aurora no se iría de aquí esta noche con ese imbécil.

«He esperado bastante», Smith levantó la voz. «Tienes tu dinero. Ahora tráela».

Sus palabras me hicieron ver rojo. Este idiota no tenía ningún derecho sobre Aurora. Un millón de dólares no la hacía suya. ¿No fue eso lo que Angelo pagó por ella cuando estábamos en la escuela? ¿Eso estaba pasando? ¿Angelo le hizo ver lo crédulos que eran los hombres? ¿Qué tan fácil era hacerles pagar tan solo por estar con ella?

Bueno, consiguió lo que quería. Estaba aquí dispuesto a comprar la parte ganadora de la oferta. Pero no para estar con ella, para hacerla pagar por todo el dolor que me causó.

Abrí la puerta. Cuando ambos voltearon a mirarme sorprendidos, hablé lentamente y con un tono letal. «Antes de que concrete eso, estoy aquí para hacer un mejor trato». Entré en la oficina y me encontré cara a cara con Ivan Belov. Había visto una foto de él y Angelo en una de las fotos que Rex me mostró anoche. «Estoy dispuesto a duplicar la oferta ganadora».

Smith exhaló una bocanada de humo. «Compré y pagué por esa chica. Estoy aquí para llevármela. Mejor suerte la próxima vez».

«Caballeros», Ivan levantó las manos en señal de paz. «Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Señor...», hizo un gesto hacia mí. «Lo siento, no escuché su nombre».

«Enzo Alfera».

Las cejas de Ivan se arquearon un poco. Si no lo hubiera estado mirando, me lo habría perdido. Su garganta se agitó, y eso me hizo preguntarme si tal vez él sabía exactamente quién era yo y el tipo de recursos ilimitados que tenía a mi disposición. ¿Angelo le había hablado de mí? ¿Sobre la Sociedad?

Cuando volvió a hablar, su tono era más amistoso y vacilante. «Señor Alfera, tenemos una gran selección de sumisas. Estaríamos más que felices de que les echara un vistazo».

«Quiero a Rose».

«Su contrato termina en seis meses», Smith se humedeció los labios. «Puedes tenerla entonces».

«Quiero a Rose ahora. Y no me importa si tengo que pasar por encima de tu cadáver para llegar hasta ella».

Estaba perdiendo la paciencia. Tenían que conocer sus contratos y toda esa cortesía era para encubrir un negocio siniestro. Ivan Belov vendía gente. Y Smith era un usuario frecuente. No tenía ningún interés en jugar su juego.

«Devuélvele a Smith su dinero», miré a Ivan. «O tú y yo vamos a tener un problema».

Smith abrió la boca y agitó levemente su puro en mi dirección. Las cenizas salieron de su mano. Pero antes de que dijera una sola palabra, tiré su cubano al suelo y lo arrastré por la solapa de su chaqueta hasta que chocó con la pared con un fuerte golpe. Me levanté sobre él con mi antebrazo presionado contra su garganta. Según su reacción, supongo que Smith tenía dinero y suficiente gente besándole el trasero todo el día, no solo no esperaba mi respuesta, sino que también estaba indignado por ella.

«Toma el puto dinero, viejo», apreté la mandíbula.

Tan pronto como dije esas palabras, Ivan apareció a mi lado con una carpeta gruesa. Le ofreció el dinero en efectivo, pero Smith no lo aceptó. «Quédatelo. La chica es mía».

«Crees que estoy exagerando», me burlé de él. Mi cuerpo estaba tan herido que, si sacaba mi arma ahora, dispararía solo para alejarlo de mi vista. «No estoy fanfarroneando. Solo estaba esperando el momento oportuno hasta que llegara mi amigo». Señalé detrás de mí hacia donde Santino estaba apoyado contra el umbral. Luego agarré el sobre y se lo metí en el pecho. «Ahora toma tu maldito dinero antes de que te dispare en las pelotas».

«Ivan», murmuró Smith entre dientes.

Le di un puñetazo en la cara y lo dejé caer al suelo. Cuando se giró para mirarme, desenfundé mi arma y presioné el cañón contra su frente. «Si estuviéramos en otro lugar, ya estarías muerto. No sabes con quién estás tratando. Lárgate de aquí. Ella es mía», apreté la mandíbula porque no había querido decir que su cuerpo y alma fueran míos. Ella no me pertenecía. Rose simplemente vendría a casa conmigo. No significaba nada más que eso.

Ivan agarró a Smith del brazo y lo ayudó a alejarse de mí. Cuando encontró su camino para salir, empujó a Ivan. «Has perdido a tu mejor cliente. No olvidaré este insulto».

«Nuestras disculpas, señor Smith. Mis manos están atadas», la mirada de Ivan se movía entre Santino y yo. «Nos estoy haciendo un favor a ambos. Lo juro».

Con burla, Smith se arregló el traje y se fue furioso.

Ivan hizo un gesto de despidio y soltó una risa nerviosa. «Él estará de vuelta».

Me encaré a Santino, buscando un motivo para calmarme. Odiaba la idea de que existieran personas como Smith, que Ivan tuviera razón y que Smith volviera a hacerlo la semana siguiente. No habíamos solucionado nada. Bueno, no nada, ya que Aurora vendría a casa conmigo esta noche.

«Tengo tu dinero», Santino me mostró un maletín que reconocí como mío y luego lo dejó en el suelo, en medio de la oficina de Ivan.

«Dos millones, como prometí», hice un gesto hacia el dinero en efectivo. «¿Dónde está Rose? Y lo pensaría dos veces antes de jalar mi cadena como lo estabas haciendo con Smith. ¿Estabas tratando de sacarle más dinero?».

«Claro. No, claro que no», se aclaró la garganta mientras el color desaparecía de sus mejillas. «Ella va a necesitar un minuto».

Miré el arma que todavía tenía en la mano. «Ya tuvo mucho tiempo para prepararse. Quiero verla ahora».

«Sí, seguro. Excepto que mis chicos me dicen que... ella, eh».

«¿Ella qué? Escúpelo, por el amor de Dios». Me acerqué a él.

Levantó ambas manos en señal de rendición. «Ella se escapó. Después de la subasta. Ella se asustó y se fue. Prometo que esto nunca sucede. Estamos dirigiendo un negocio legítimo aquí. La estamos buscando ahora. Ella firmó un contrato con nosotros. Haremos de ella un ejemplo si es necesario».

Me volví lentamente para mirar a Santino. No necesitaba decir lo que estaba pensando. Él lo sabía. Aurora me había reconocido antes, durante la subasta. Y en lugar de enfrentarme, ella se escapó.

«Guarda el arma», Santino pasó su mano sobre mi arma. «No es así como arreglamos las cosas. Quiero decir, normalmente lo es, pero no esta noche». Dejó escapar un suspiro. «¿Solo soy yo? ¿O también te mueres por dispararle a este imbécil en la cabeza?».

«No eres solo tú», tragué y luego desvié la mirada hacia Ivan.

En el siguiente suspiro, sonó su teléfono. Cuando lo alcanzó, sus ojos se iluminaron. «Son ellos ahora mismo», presionó el dispositivo contra su oreja. «Dime. Sí. No, lo entiendo. Lo enviaré ahora mismo».

Cuando terminó la llamada, estaba listo para atravesar la pared y encontrar a Aurora. Di un paso hacia él. «¿Está de vuelta?».

«Sí. Todo fue un malentendido». Rápidamente revolvió los papeles en su escritorio hasta que encontró una carpeta con el nombre de Rose impreso en el frente. «Este es su contrato de sumisa. Le pedimos que respete tus deseos. Y si estás de acuerdo, solo tienes que firmar». Habló rápido

mientras me contaba los aspectos más destacados de lo que ella estaba dispuesta a hacer y lo que no. «Sin besos en la boca. Sin quemaduras en ninguna parte del cuerpo. No habrá juego con cuchillos, donde saque sangre. Sin fetiches alimentarios. Ya sabes, no la obligues a comer mierda y esas cosas».

«¿Cómo es eso siquiera una puta cosa?». Avancé hacia él con ojos asesinos, listo para dispararle.

«No lo es. Nos gusta ser minuciosos», Ivan usó la página para protegerse. «Está todo aquí. Queremos que nuestras sumisas estén a salvo».

Se me aflojó la mandíbula al pensar en Aurora haciendo todas esas cosas con Smith. Y luego con Angelo. ¿Por qué no besarse? ¿Estaba reservando eso para Angelo?

«Sí, estás de acuerdo», señaló el maletín tentativamente, luego deslizó la página sobre el escritorio para que quedara frente a mí, «firma aquí. Y te acompañaré hasta su vestidor».

Toqué con el dedo la firma de Aurora junto al espacio en blanco donde debería estar mi nombre. Por alguna estúpida razón, pensé en la noche en que casi nos casamos. Este acuerdo estaba lejos de ser un contrato matrimonial o las promesas que nos hicimos hace tanto tiempo.

Ya nada de eso importaba. No estaba buscando una esposa. Por lo que a mí respecta, Aurora había muerto hace once años en el incendio. Con una última mirada a Santino, tomé el bolígrafo que me ofreció Ivan y firmé el contrato.

Tenía planes diferentes para Rose.

CAPÍTULO 7

No hay tiempo para dudar

AURORA

11 años atrás, Los Hamptons

Parpadeé para aclarar mi visión. Pero sin importar cuántas veces lo hiciera, la forma de Angelo se alejaba cada vez más hasta que ya no pude verlo. No estaba tratando de asustarme para que me sometiera, de lograr que me fuera con él. Me quería muerta.

Él no iba a retractarse.

Este era el final del camino para mi familia y para mí. Nadie vendría. Apreté los dientes para aliviar el escalofrío que me atenazaba la columna. El esfuerzo hizo que mis pies se sacudieran y todo mi cuerpo se agitara como un pez fuera del agua. No tenía idea de dónde venía el agua helada. ¿Habría alguna fuga en alguna parte? Lo único que podía sentir era que el aire sobre mí era fuego. Había comenzado en la puerta principal después de que Angelo saliera. Luego lamió las cortinas y subió hasta el techo.

Mi cuerpo se agitó de nuevo, salpicándome agua fría en la cara, la ropa y entre los dedos. Ahora podría mover mis dedos. Sollocé, cerrando los ojos con fuerza para ahuyentar las imágenes borrosas de esta jodida pesadilla.

Si no me levantaba. Si no me movía pronto, las llamas sobre mi cabeza seguramente llegarían hasta mí. El agua que corría por el suelo no podría ayudarme para siempre. En todo caso, ya hacía humo donde mis padres estaban sentados como zombis en el comedor.

¿Estarían todavía vivos? El aire caliente parecía absorber todo el oxígeno de mis pulmones. No podía imaginar que todavía pudieran respirar el humo. Angelo les hacía esto por mi culpa. Su trabajo consistía en matar a cualquiera del círculo cercano a Don Alfera. Pero no tenía por qué hacerlos sufrir así. Estaba enojada conmigo por rechazarlo a él y a su estúpido contrato, por enamorarme de Enzo.

Enzo. Te amo.

Hacía solo unas horas, estaba lista para huir con Rex, para que Enzo y yo finalmente pudiéramos estar juntos. ¿Dónde estaba Enzo? ¿Iba de camino a Canadá como había planeado Rex? ¿O estaba de camino a Ibiza? Me dolía la cabeza por las drogas que me había dado Angelo y me hacía imposible aferrarme a un solo pensamiento coherente. ¿Este había sido siempre el plan? ¿Rex nos había traicionado para ayudar a Angelo? Parecía que habían pasado meses desde que me senté en el asiento trasero del auto de Rex, haciendo planes para quedarme con él hasta que Enzo pudiera reunirse con nosotros.

Pero entonces su chofer se detuvo y dejó que Angelo me llevara. Angelo ni siquiera se había sorprendido ni enojado al ver a Rex. Simplemente me agarró y no miró dos veces a Rex. ¿Era porque Rex había hecho lo que le pidieron? ¿Por qué había confiado en él? ¿Porque era amigo de

Enzo? ¿Porque era miembro de la realeza? Vivíamos en un mundo mafioso. Tenía que aprender de una vez por todas que era difícil tener amigos, especialmente cuando estaba en juego el asiento más alto de una sociedad centenaria. Había más de miles de millones en juego. Lo único que buscaban era poder. Incluso Rex. Incluso Enzo.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Por instinto, me enrosqué en posición fetal. Pero mi movimiento muscular aún no había llegado a su fin. Entonces, en lugar de hacerme una bola, de alguna manera terminé boca abajo. Leí hace mucho tiempo que los bebés se podían ahogar en cinco centímetros de agua. Principalmente porque no podían mantener la cabeza erguida, que resultaba ser mi caso en este momento.

El pánico me invadió incluso antes de que me quedara sin aire. Tosí burbujas en el suelo de baldosas mientras agua helada me subía por la nariz, la boca e incluso los ojos. ¿De dónde venía el agua? Inhalé más. El congelamiento del cerebro me hizo olvidar por un momento dónde estaba y el poco tiempo que me quedaba.

«Mmm». Hice una mueca contra las manos que agarraban con fuerza mis brazos.

«Shh», susurró contra mi oído mientras presionaba su pecho contra mi espalda congelada. «Te tengo».

El sonido del agua que goteaba se hizo más fuerte. Luego la temperatura en la habitación bajó. Un lado de mí estaba frío, mientras que el otro no podía soportar el calor que lo lamía.

«¿Qué?», murmuré. Aunque lo que quería decir era ¿quién eres? ¿Estás aquí para ayudarme?

«Shh», me abrazó con más fuerza, tan fuerte que me pregunté si tal vez él también estaba atrapado aquí conmigo.

Me senté en los cinco centímetros de agua, usándolo como apoyo y calor. Después de unas cuantas respiraciones, me di cuenta de que parte del motivo por el que no podía moverme era porque estaba temblando incontrolablemente, algo así como la aparición de hipertermia.

«Estás helada», se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros. «La nieve derretida te mantuvo a salvo».

«Ayúdame», debería estar muerto.

Él lo sabía. Y yo también.

«No puedo entender lo que estás diciendo. Voy a sacarte, pero necesitas relajarte. ¿Puedes hacer eso?».

Asentí. No tenía sentido intentar hablar. Mi lengua se sentía pesada y con hormigueo. Y no podía dejar de temblar. Mis piernas se arrastraron por las baldosas mientras él enganchaba sus brazos detrás de mis rodillas y me levantaba. Aterricé de nuevo sobre su pecho como un muñeco de trapo. El calor de su cuerpo se sentía bien. Por mucho que quisiera creer que Enzo había venido a rescatarme, sabía que no era cierto.

Sabía que tan pronto como levantara la mirada, vería los intensos ojos azules de Rex y no los de Enzo. ¿Qué había pasado? ¿Había cambiado de opinión acerca de traicionar a su mejor amigo? Me sacudí en sus brazos. Para mi sorpresa, logré hacerle perder el equilibrio. Se detuvo para levantarme y me abrazó con más fuerza.

Había traicionado a su amigo. Lo odiaba. Odiaba que el calor de su cuerpo estuviera dando vida a mi propio cuerpo. «Suéltame».

«Si lo hago, morirás».

«No me importa».

«Pero a mí sí», apretó la mandíbula. Cuando me miró, relajó sus rasgos. «Deja que te ayude. Estás en este lío porque confié en la persona equivocada».

«Mamá. Regrésame», mis dientes castañeteaban por el frío intenso. Me sorprendió poder

formar palabras que él entendiera.

«Se han ido, Rory», acomodó mi cuerpo en sus brazos. Yo era un peso muerto; ni siquiera podía agarrarme de su cuello.

«Por favor. Inténtalo».

«Lo hice. Lo siento, no estaban respirando. No había nada que pudiera hacer», clavó sus dedos en mi carne. Me había estado cargando por un tiempo.

«¿Adónde?», inspiré profundamente. «¿Adónde me llevas?».

«A un lugar seguro».

Varios minutos después, me dejó sobre un trozo de nieve. Apreté mi mano en un puño, solo para sentir la hierba y la tierra debajo. Cada vez más, estaba recuperando el movimiento. Sin embargo, incluso si pudiera levantarme y salir corriendo, no tenía idea de adónde ir. Enzo me había dejado. Mis padres estaban muertos. No tenía más remedio que hacer lo que decía Rex. Porque en el momento en que Angelo se dio cuenta de que yo no estaba entre los escombros, vino a buscarme para terminar lo que había comenzado.

Rex sacó una llave del bolsillo trasero de sus jeans y abrió su SUV. Tenía que estar cansado por la caminata y mi peso, pero aun así me levantó como si nada. Cuando colocó mis extremidades en el asiento trasero de su SUV, cerró la puerta y se subió al asiento del conductor.

«¿Por qué no has preguntado por Enzo?», Rex puso el auto en marcha y se alejó.

A través del techo corredizo, el cielo tenía un tinte naranja, como si pudiera reflejar el fuego furioso de la casa. Enterré mi cara en el asiento de cuero. Enzo me había dejado. No podía pensar en él ahora mismo. No quería.

«Es mejor si sabes la verdad», me miró por encima del hombro por un momento. «Angelo le disparó. Tiene mala pinta. Está de camino al hospital».

«¿Había venido por mí?». Cuando intenté juntar mis piernas contra mi pecho y estas respondieron, me hice una bola y lloré. Lloré por mamá e incluso por papá. Porque, incluso si él mismo se hubiera provocado esto, asfixiarse en un incendio no era forma de morir. Angelo era un monstruo. Había prolongado sus muertes, ¿y para qué? ¿Venganza? Porque pensaba que yo le pertenecía y que de alguna manera mis padres eran responsables de mis decisiones.

O tal vez ese era el punto. Quería que me sintiera culpable por cómo murieron mis padres. Y lo logró. Todo era mi culpa. Creer que Enzo me había dejado era más fácil. Quería creer que estaba en casa, a salvo. Pero ahora sabía con seguridad que estaba entre la vida y la muerte por mi culpa. Por su amor por mí. «Esto fue un error».

«Sí, lo fue», Rex dejó escapar un suspiro y luego cambió de carril. «Pero no tenemos tiempo para pensar en cosas que no podemos cambiar. Necesito sacarte de aquí».

«¿Qué quieres decir?».

«Nos atenemos al plan original. Volamos a Canadá esta noche», me lanzó una mirada de pura preocupación.

¿Qué pensaba que iba a hacer? Salir volando del auto. Partirme en un millón de pedazos. No creía que pudiera romperme más. Me acurruqué más fuerte formando una bola. Todo esto era mi culpa. Tenía que ver a Enzo. No podía dejarlo. Él me necesitaba.

«Llévame de vuelta. Necesito estar con él».

«Si hago eso, morirás. ¿No lo entiendes? Es posible que Enzo no sobreviva la noche. Cuando él se haya ido, seré la única persona a la que todavía le importa una mierda si vives o mueres», agarró el volante y miró fijamente la carretera.

¿Cuándo?

Mantuve mi mirada en su perfil, esperando que dijera más. Pero no lo hizo.

Condujo en silencio durante un largo rato. En este punto, estaba segura de que nos dirigíamos a Teterboro, según nuestro plan original de hoy. Los neumáticos daban contra el pavimento y rompían el ritmo adormecedor de la camioneta, empujándome contra la puerta del auto. Extendí la mano por instinto para no caer al espacio de los pies.

«Las drogas finalmente están desapareciendo», Rex me miró a través del espejo retrovisor mientras yo me sentaba.

«Sí», me froté el costado de la cabeza. Todo me dolía ahora que no estaba entumecida. «Dime qué pasó».

«Enzo hizo lo que siempre hace. Después de la explosión, fue tras Angelo. Donata me dijo que Enzo recibió varios golpes. Entonces, Angelo le disparó».

«Pero Enzo es el hijo de un Don. Angelo no puede hacer eso».

«Ya no lo es. Michael Alfera no puede hacer nada para ayudar a su hijo. Honestamente, incluso antes, no sé si a su padre le hubiera importado», sacudió la cabeza. Cuando los autos que venían en dirección contraria encendieron sus luces, se iluminó la expresión de disgusto en el rostro de Rex. «Tendrás que cambiarte esa ropa mojada. Casi hemos llegado». Metió la mano en el asiento del pasajero y agarró una bolsa de compras.

La tomé y la abracé contra mi cuerpo. Si me iba con Rex esta noche, no sabía cuándo volvería a ver a Enzo. Antes, estaba bienirme porque sabía que Enzo estaba justo detrás de nosotros. Pero ahora, Rex no estaba seguro de que Enzo sobreviviría a sus heridas de arma.

«No puedo ir contigo. Tengo que verlo».

«Le prometí que te mantendría a salvo. Si lo amas, tienes que hacer esto por él. No hay nada que puedas hacer por él en el hospital», encendió las luces intermitentes y entró en el estacionamiento del aeropuerto. Cuando el auto se detuvo, apagó el motor y se volvió hacia mí. «No hay tiempo para dudar».

«¿Cómo nos encontrará?».

«Donata se lo dirá».

«Si se despierta y yo no estoy allí. Él me odiará», me limpié las mejillas. «Sé que lo hará».

«No es un completo bruto como todo el mundo piensa. Aquí hay un panorama más amplio. Tendrá que entender por qué nos fuimos». Alcanzó mi barbilla y me hizo mirar hacia arriba. «Ponte tu ropa».

Esperé hasta que salió de la camioneta para buscar en la bolsa. Había un par de jeans, una camiseta ligera y un suéter de cachemira. En algún momento del camino había perdido mis zapatos. Pero Rex también había pensado en eso. Giré mi brazo detrás de mi espalda hasta que pudiera alcanzar la cremallera. De ninguna manera iba a pedirle ayuda a Rex con eso.

Cuando el vestido cayó a mis pies, no pude evitar pensar en mamá. Ella había elegido este vestido para mí. Cuando me ayudó a vestirme, sabía que no la vería en mucho tiempo. Nunca hubiera imaginado que nuestra despedida sería para siempre. Arrojé el vestido a un lado y traté de no pensar que yo también debía casarme con Enzo con ese vestido. Tenía sentido que yaciera allí hecho pedazos embarrado sobre la alfombra, completamente arruinado.

Me quité el sostén frío y mojado. Antes de tomar mi ropa interior, busqué a Rex afuera del auto. Él estaba hablando por teléfono y aparentemente no se daba cuenta de lo desnuda que estaba a solo unos metros de él. Miré de nuevo en la bolsa de compras y encontré un par de ropa interior y un sostén. Me puse toda la ropa y luego terminé con las botas. Cuando alcancé la puerta, no encontré nada más que aire.

Rex se me había adelantado. «¿Todo te quedó bien?»., me ofreció una sonrisa y su mano mientras él mismo evaluaba el atuendo. «Hay un abrigo en la parte de atrás».

«Gracias», tomé su mano y dejé que me ayudara a bajar del auto. Todavía me temblaban las piernas y sentía náuseas. Dejar atrás a Enzo literalmente me daba ganas de vomitar. «No quiero ir». Se me quebró la voz.

«Oye», tocó mi mejilla con su cálido dedo índice y luego me rodeó con sus brazos. «Verás a Enzo otra vez. Muy pronto. Lo prometo».

«¿Es ésta realmente la única opción? Canadá suena muy lejano».

«¿Confías en mí?».

¿Confiaba en Rex Valentino para mantenerme con vida?

Era como él había dicho. A pocas personas en este mundo les importaba si yo vivía o moría. Él era uno de los pocos. En ese momento, había más personas intentando matarme que personas que no lo quisieran. No podía ir a ver a Enzo. No hasta que supiera con certeza que Angelo ya no era una amenaza para él. Si Angelo pensaba que estaba muerta, que había muerto en el incendio, no tendría motivos para volver a perseguir a Enzo. Si me fuera ahora, Enzo tendría una oportunidad de sobrevivir. Pero para eso necesitaba confiar en su mejor amigo.

«Sí», lo miré. «Ya lo extraño».

«Yo también».

CAPÍTULO 8

Duerme ya, ángel

AURORA

11 años atrás, Toronto, Canadá

Una parte de mí quería salir corriendo por la puerta y morir ya. Pero le prometí a Rex que haría lo que me pedía. Todo lo que había hecho desde que salimos de Nueva York había sido mantenerme a salvo. Repetí esa última parte unas cuantas veces más en mi cabeza porque, en ese momento, una parte más grande de mí quería golpear su cara engreída.

Sabía que odiaba el clima frío. Odiaba estar sola en este apartamento. Odiaba estar lejos de Enzo. Había pasado un mes entero desde la última vez que lo vi. Me dolía el cuerpo de tanto extrañarlo. Todo el tiempo, todos los días, no pensaba en nada más que en él, en una cama de hospital, muriendo lentamente. Me imaginé que así era el coma. Su cuerpo estaba acabado, pero su alma quería aferrarse a la vida un poco más, para mí, para nosotros.

Cada vez que Rex venía a ver cómo estaba, le pedía el mismo favor. Quería ver a Enzo. Quería que escuchara mi voz y supiera que no estaba lista para rendirme. Que él tampoco debería darse por vencido. Pero no, Rex pensó que sabía más. Como él dijo, si alguna vez saliera del apartamento, estaría muerta en una hora.

Si le importaba tanto, ¿por qué no había regresado? Habían pasado semanas.

En los días malos, como hoy, realmente pensaba en salir por la puerta y probar suerte por mi cuenta, sin que Rex me dijera qué comer, qué ponerme y básicamente qué pensar. Tenía que estar exagerando sobre las habilidades de Angelo. Angelo era bueno matando. Por algo era el jefe del equipo de limpieza del rey. Pero estaba en un país completamente diferente. Estaba a salvo.

Caminé hasta la entrada y giré el pomo. Cuando la puerta se abrió, miré hacia el pasillo. Mi mirada siguió el patrón floral en verdes y rosas hasta la ventana. Rex no había reparado en gastos para alojarme. El edificio era antiguo pero elegante y con un aire muy europeo.

Unos pasos hicieron crujir el suelo no muy lejos de mí y el corazón se me subió a la garganta. Tragué para no gritar y luego cerré la puerta de golpe. Después de echar ambas cerraduras, presioné mi frente contra la puerta, temblando incontrolablemente. Las posibilidades de que quienquiera que estuviera allí fuera uno de los hombres de Angelo eran quizás una entre cien. Nunca había sido del tipo que se asustaba fácilmente, pero Rex me había jodido la cabeza. Sin mencionar que casi ser quemada viva también me había dejado un grave daño mental.

Todavía me dolía la garganta por el humo. Rex había dicho que eso desaparecería con el tiempo. Las pesadillas, la sensación de estar paralizada, eso se quedaría conmigo para siempre.

Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. Era pasada la medianoche. Otro día y Enzo no aparecía. Aunque últimamente esperaba a Rex con la misma anticipación. Odiaba que mi vida

dependiera tanto de él ahora, pero no podía evitarlo. Lo necesitaba.

Con el corazón todavía latiendo con fuerza en la garganta, caminé penosamente hasta el dormitorio y me metí en la cama. No me había molestado en quitarme la pijama en todo el día, así que eso me ahorra unos minutos. No es que me importara ahorrar tiempo. Eso era todo lo que tenía estos días. Recogí las sábanas a mi alrededor y las subí hasta mi cuello. Las pesadas mantas me daban una sensación de seguridad.

«Duerme ya, ángel», la voz de Enzo rozó mi oído.

«Por favor, no mueras», giré la cara hacia un lado y dejé que la suave funda de la almohada acariciara mi mejilla. Cuando abrí los ojos, me encontré con la mirada tranquilizadora de Enzo. Le sonreí, observando las motas marrones y verdes de sus iris, las arrugas alrededor de sus ojos cuando me sonreía y su nariz recta. «¿Por qué tienes que ser tan hermosa?».

«Duerme ya», repitió.

Negué con la cabeza y eso provocó un brillo en sus ojos. Lentamente, buscó debajo de las sábanas y tomó mi mano. Solté un suspiro tembloroso porque sabía lo que haría a continuación.

«Duerme ya», se llevó las yemas de mis dedos a los labios.

«No».

Cuando chupó mi dedo índice en su cálida y húmeda boca, un gemido gutural escapó de mis labios. Los latidos de mi corazón se aceleraron mientras él giraba su lengua alrededor de las yemas de mis dedos, sin dejar de mirarme. En el siguiente momento, me quitó bruscamente la mano y la metió entre mis piernas.

«Mmm», me incliné hacia él. Su olor era embriagador. Su calidez y la fuerza de su cuerpo eran lo único que me impedía flotar hacia la nada. «Más».

Usó mi mano para dibujar pequeños círculos alrededor de mi clítoris, luego uno más ancho arriba y abajo de mis labios vaginales. Asentí varias veces, aunque él no me había preguntado nada. No había preguntado si podía invadir mi cuerpo. Él simplemente lo tomó. Era lo mismo todas las noches. Enzo haciendo lo que quisiera con mi cuerpo.

Ni una sola vez se me había ocurrido decir que no. Era demasiado codiciosa para dejar ir este oscuro placer. Lo deseaba tanto. Cuando su boca encontró la mía, cerré los ojos con fuerza y presioné mi cuerpo con más fuerza contra el colchón, dejándolo ejercer su loca y ardiente magia en mi coño.

«No te detengas», pasé mis manos por sus abultados bíceps y luego por su pecho.

«Nunca», profundizó el beso y luego bajó hasta mi cuello.

A la blusa de mi pijama le faltaba el primer botón, un recuerdo de nuestra primera noche en este apartamento. Sacó fácilmente la tela y cubrió mi pezón dolorido, jugando con él con movimientos bruscos de su lengua. Prácticamente me derretía a su lado. El calor envolvió nuestros cuerpos y ardió tanto que tuve que quitarme el edredón de una patada. No sentir frío durante unos minutos fue el paraíso.

Enzo era mi paraíso.

«Córrete por mí», cambió a mi otro pecho mientras aumentaba el ritmo.

Ardiente. Cada poro de mí ardía de deseo y de mi necesidad de encontrar la liberación. O un escape, en realidad. Me tomó con su mano, me masajéo y presionó su palma justo sobre mi clítoris. Y esa fue mi perdición. Mis caderas se alzaron para enfrentar sus ansiosos y calculados movimientos. Vi estrellas detrás de mis párpados mientras el fuego en mi vientre se deshacía y se extendía hasta mis piernas, subía hasta mi pecho y luego regresaba a mi necesitado coño.

«Enzo, te amo», moví mi cuerpo para ponerme frente a él. «No mueras».

«Duerme ya, ángel», me sonrió mientras metía mi cabeza en el hueco de su cuello y hombro.

Su aliento en mi cabello me consoló y me dio una extraña sensación de esperanza. Enzo no podía morir. Él era el príncipe enigmático. Él era más grande que todo esto. Él era más grande que la vida. Él era mío.

«Estaré en casa pronto».

Sus palabras me adormecieron hasta un estado de inconsciencia. Estaba despierta, pero de alguna manera soñaba. Soñaba con Enzo y cómo podría ser nuestra vida si aguantáramos un poco más. Rex también estaba allí. Tan pronto como su rostro apareció a la vista, el aire a nuestro alrededor se enfrió. Luego, se volvió más y más frío, hasta que ya no pude sentir ni ver a Enzo.

«Ah», me senté en la cama con un grito y luego entrecerré los ojos ante la luz brillante que entraba por la gran ventana de la habitación. «Por favor», moví mi cuerpo y retiré las sábanas. «No», pasé mis manos por las sábanas blancas. «Un día más. Y nada». Tragué para mantener la compostura, pero mi frustración me venció. Enterré mi cara en la almohada y grité. Y grité. Y grité un poco más, hasta que me dolieron tanto la garganta y el pecho que ya no salió ningún sonido.

El Sol volvió a salir. Técnicamente, este era un nuevo día. Pero para mí no lo era. Era solo una extensión de los últimos treinta días. Haciendo un gesto, dejé caer mis pies al costado del colchón. Con movimientos mecánicos, me levanté y caminé hacia el baño para orinar y lavarme los dientes. Me quedé mirando mi reflejo desaliñado. Por unos segundos, mientras me ajustaba el lazo del cabello para alisar mi moño, consideré ponerme ropa limpia, pero luego descarté la idea, igual que ayer. ¿Qué caso tenía?

«Damos vueltas y vueltas», le dije a la chica en el espejo. «Te ves patética». Hice ademán de alejarme, luego me di la vuelta. «No, ¿sabes qué? Eres patética. Sabes lo que está pasando aquí y no lo admites. Dilo», la miré fijamente. «Dilo», negué con la cabeza. «Cobarde».

De camino a la cocina para preparar el café, la puerta principal se empujó. O, mejor dicho, alguien estaba trabajando con la cerradura. Corrí de regreso a mi habitación y agarré el arma que Rex me había dado cuando me dejó. La busqué a tientas durante un segundo, luego logré agarrarla correctamente y apuntar hacia la entrada.

Me quedé allí como una idiota, con el corazón palpitando en mis oídos, el arma en la mano, y esperé al intruso. Luego llegó. El golpe que había estado esperando durante semanas.

«Dios mío», me metí la pistola debajo del brazo y me puse a trabajar en las dos cerraduras, lo cual no era fácil de hacer con las palmas húmedas. Cuando finalmente abrí la puerta, me encontré con la mirada melancólica de Rex.

«Ya era hora, carajo».

«¿Qué?».

«He estado tocando la puerta durante una hora».

«¿Por qué no usaste tu llave?», apreté los dientes. Me sentí eufórica al verlo. Y también enojada.

«¿Será por eso?», señaló mi arma y luego lentamente dio un paso para quitármela de la axila. «Esta no es la forma correcta de manejar un arma».

«Te habías ido», le grité. «Han pasado semanas. Pensé que estabas muerto».

«¿Por qué estaría muerto?».

«No lo sé, Rex. Todos son unos putos mafiosos. Dímelo tú. ¿Por qué muere alguien?».

«Está bien, es justo», levantó ambas manos en señal de rendición fingida, todavía sosteniendo mi arma.

Cuando relajé mi postura, soltó un suspiro y colocó el arma en la pequeña mesa auxiliar, al

lado de las llaves de mi apartamento. Las que nunca llegué a usar porque no me permitía salir. Me encontré con su mirada. La lástima en sus ojos hizo que mi ira se desmoronara. Corrí hacia él y le rodeé el cuello con mis brazos. Estaba acostumbrado a mis lágrimas, así que ni siquiera intenté ocultarlas. «¿Qué te tomó tanto tiempo?».

«Esperaba traerles buenas noticias», me abrazó con más fuerza.

«¿Y?».

«Te compré tu favorito. Bollos de limón de esa cafetería que te gusta. ¿Recuerdas?». Metió la mano en su bolso de viaje y sacó una bolsa marrón grasienta.

«¿Así de mal está?», le quité los panes. «¿Qué pasa? ¿Cuánto tiempo más necesita para sanar? Debería estar despierto. Déjame ir a verlo. Por favor. Sé que, si escucha mi voz, la reconocerá. Él volverá a mí».

«¿Qué tal café primero? Tuve una noche infernal», me dejó allí parada y se dirigió a la cocina.

Dejé escapar un suspiro. Volví a querer darle un puñetazo en la cara. ¿Por qué tenía que ser tan controlador? Siempre estábamos en su horario. Apoyé mis manos en mis caderas mientras consideraba mis opciones, que eran las mismas de siempre: irme por mi cuenta o confiar en Rex. Estaba a su merced. Con un resoplido que me hizo sentir como una niña, saqué su equipaje muy liviano más allá del umbral y luego abrí la cerradura.

«Parece que no te quedarás mucho tiempo», hice un puchero en su dirección, aunque él no podía verme.

Hizo una pausa por un momento, pero aparte de eso, no ofreció ninguna respuesta. Bien. Tenía cosas más importantes que discutir con él hoy que la duración de su estadía. Ayer por la mañana estaba decidida a decirle algo. Mi determinación casi se hizo pedazos a medida que avanzaba el día y me di cuenta de que él no vendría. Pero él estaba aquí ahora. Tenía que decírselo.

«Te estás quedando sin café. Te conseguiré un poco antes de irme», me sonrió mientras presionaba el botón de preparación de la cafetera.

«Ni siquiera sé por qué lo bebo. No es que necesite permanecer despierta por nada». Caminé hacia las puertas francesas que conducían a un pequeño balcón. «No es que pueda salir y hacer cosas que hace la gente normal. Ni siquiera puedo reunir el valor para salir al patio». Golpeé con la frente el cristal de la ventana.

«¿Por qué?», se me acercó.

La profunda preocupación en su voz era la razón principal por la que yo todavía estaba aquí, jugando a ser su prisionera voluntaria.

«¿Francotiradores? No sé», me encogí de hombros. «Tú eres quien conoce las mil y una formas en que puedo morir».

«El balcón es seguro», me rodeó y abrió las puertas. El aire fresco era a la vez vigorizante y nauseabundo. «Vamos». En dos zancadas, estaba afuera, ofreciéndome su mano como si estuviéramos a punto de saltar de un avión por diversión.

Tomé su mano y lo seguí hasta la barandilla. «Estoy temblando. Soy tan tonta. Sigo esperando que llegue una bala».

«¿Ves? Sin balas. Pero aquí...», me rodeó con sus brazos, protegiéndome con su cuerpo, «estás a salvo. Primero tendrán que pasar por mí. Lo prometo».

Asentí contra su pecho, absorbiendo su aroma. Era el olor equivocado, pero aun así me sentí segura. Me sentí más fuerte y segura. Mordíéndome el labio inferior, levanté la mirada. A través del cristal tenía una vista perfecta de mi cama con las sábanas y mantas arrugadas. Miré la ropa

de cama blanca.

«Estoy embarazada», dije dentro de su camiseta, más que nada para mí. Desde hacía días me despertaba esperando ver señales de que me había llegado la regla. Cada vez que iba al baño revisaba mi ropa interior. Nunca llegué a consultar el calendario porque era demasiado cobarde para descubrir la verdad. Pero seguro que el pensamiento persistente había estado ahí durante las últimas dos semanas. Una parte de mí, la parte que no había perdido el contacto con la realidad, lo sabía desde el primer día que me faltaba la regla. «Estoy embarazada», repetí las palabras.

Esta vez las dije un poco más fuerte porque eran para Rex. Pensé que me habría escuchado la primera vez. Pero ahora me preguntaba si tal vez ni siquiera había dicho esas palabras en voz alta. Di un paso atrás y encontré su mirada. Abrí la boca para decírselo de nuevo. Ahora que el secreto había salido a la luz, no había vuelta atrás.

Él acunó mi mejilla y sacudió la cabeza. «Enzo está muerto».

CAPÍTULO 9

Una elección imposible

AURORA

11 años atrás, Toronto, Canadá

«Señorita, creo que sería mejor si espera adentro», el guardaespaldas de Rex sonaba exactamente igual que su jefe mandón.

«Rex dijo que el balcón era seguro».

«Me pidió que la mantuviera adentro. Por favor». Hizo un gesto hacia la acogedora sala de estar.

Lo miré, lentamente poniéndome de pie. Claro, las temperaturas eran heladas esta noche, pero ese no era el punto. En el momento en que le dije que estaba embarazada, me lanzó una bomba. Luego se negó a hablar conmigo en absoluto. Simplemente se fue y me dejó, literalmente, afuera, en el frío. Estaba tan entumecida; ni siquiera podía llorar. O tal vez no creí sus palabras. La verdad aún no se había asentado del todo.

O tal vez finalmente se me habían acabado las lágrimas por Enzo Alfera.

Rex había dicho que lo arreglaría. O al menos, pensé que eso había sido lo que escuché cuando esta mañana salió corriendo por la puerta. Regresó un minuto después con uno de sus guardaespaldas. El tipo grande se quedó fijo en mi pequeño vestíbulo y no se había movido hasta ahora.

¿Cómo podría Rex arreglar este nuevo giro en mi condición actual? Ahora, no solo estaba huyendo de un mafioso vengativo, sino que también estaba embarazada del bebé de un príncipe caído. Hace unos meses, nunca hubiera sabido qué significaba todo eso o cuán grave se había vuelto mi situación.

Incluso si estuviera vivo, Enzo y su familia no podrían protegerme. Mi estómago se revolvió. Al principio no pensé en nada. Y luego, no pude aguantar más. Corrí al baño y apenas llegué al lavabo. Allí, atragantándome con mi propio vómito, finalmente encontré las últimas lágrimas que le quedaban a Enzo. ¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Cómo pudo dejarme sola para lidiar con este bebé?

«¿Señorita?», el guardaespaldas me llamó.

«Estoy bien». No sabía cuánto había compartido Rex con él. Pero por la expresión de seria preocupación en su rostro, tendría que adivinar que no sabía que estaba embarazada. «No debí comer una bolsa entera de bollos en el desayuno». Dejé correr el agua y me salpiqué la cara un par de veces.

El frescor ayudó a calmar las náuseas que, ahora me daba cuenta, llevaban allí más de un mes. Apparentemente, era muy buena mintiéndome a mí misma; todas esas veces pensé que papá cambiaría por nosotros, que mamá me salvaría de Angelo de alguna manera, que Enzo

sobreviviría a tres disparos en el vientre, que yo no estaba embarazada.

Era una jodida lista larga de todas las cosas que me negaba a aceptar como un hecho porque tenía miedo. ¿Sobre qué más me estaba mintiendo? ¿Por qué Rex me estaba ayudando? Si se pudiera llamar así. Yo era básicamente su prisionera. Y ahora había traído refuerzos, lo que significaba que ya no estaba aquí como su invitada, como antes.

¿Qué significaba para él un bebé? ¿A su nuevo estatus como futuro rey? No tenía idea de cómo funcionaba la sucesión dentro de la Sociedad. Una cosa era segura, si el padre de Enzo no hubiera abdicado en diciembre pasado, mi bebé habría sido el sucesor de Enzo. ¿A Rex le importaba eso? Seguramente eso ya no importaba.

Este no era el momento de empezar a ver enemigos por todas partes. Por supuesto, estaban en todas partes, pero Rex no era uno de ellos. Me mantuvo viva todo este tiempo. Si me quería muerta, lo único que tenía que hacer era dejarme en cualquier esquina. Angelo haría el trabajo sucio a partir de ahí.

«¿Qué? ¿Dónde está?», la voz de Rex retumbó en la sala de estar. Dos segundos después, irrumpió en el baño. «¿Estás bien? Manny dice que estás enferma».

«Se llaman náuseas matutinas», me sostuve del lavabo. «No estoy enferma. Estoy embarazada».

«Mierda». Se frotó la sien como si esas dos palabras fueran su kryptonita. Se había puesto pálido, así que tal vez la kryptonita sí funcionaba.

«¿Por qué él está aquí?», apoyé mi cadera en el lavabo. «Quiero decir, un poco de compañía es agradable. Pero ¿por qué tengo la sensación de que ahora he pasado de huésped a prisionera?».

«Tengo algo que preguntarte», tragó. Por primera vez desde que lo conocí, Rex Valentino, uno de los miembros de la realeza de Midtown High, el futuro rey de una sociedad secreta, se quedaba sin palabras.

Parecía tan cansado. ¿No había dicho que había pasado una mala noche?

«Bueno. ¿Puedo cepillarme los dientes primero?», señalé mi boca.

«Claro», miró a su alrededor como si acabara de darse cuenta de que estábamos hacinados en el pequeño baño. «Esperaré en la sala de estar. Tómate tu tiempo».

Esperé hasta que la puerta se cerró detrás de él y luego procedí a recomponerme. Me cepillé los dientes. Luego, por capricho, me metí en la ducha. Habían pasado al menos tres días desde que había tomado un baño, tal vez un poco más que eso.

Tener a Rex de vuelta en el apartamento me traía algo de tranquilidad. Ya no sentía que me estaba volviendo loca. Pero el dolor de perder a Enzo todavía persistía en el fondo de mi mente. Al parecer, el llanto llegaba a borbotones. Tan pronto como me relajé bajo el cálido rocío, las lágrimas comenzaron de nuevo. Me senté al final de la bañera y lo dejé salir todo. Sabía que eso no lo traería de regreso. Y que tampoco me haría sentir mejor. Pero ahora mismo no podía detenerme.

«¿Rory?», Rex llamó a la puerta. «¿Puedo entrar?».

«No», me limpié la cara. «Solo un minuto».

Me levanté, me enjuagué la espuma que quedaba en mi cabello y luego salí de la ducha. Me sequé el pelo con una toalla y me puse una bata de baño. Cuando abrí la puerta, Rex estaba afuera, como un perro guardián.

«Necesitaba una ducha».

«Sí, está bien».

«Me vestiré».

«Estaré justo afuera». Me miró fijamente, como si quisiera decir más. Pero no lo hizo. Simplemente se dio la vuelta y se fue.

Cogí una camiseta y un par de pantalones de franela. Un nivel por encima de la pijama era lo máximo que podía soportar en este momento. Tan pronto como crucé el umbral, me di cuenta de por qué Rex tenía prisa. Había traído a una mujer con él.

«Rory», se puso de pie tan pronto como me vio. «Ella es la Dra. Reyes. Mmm...», tragó. «Ella es obstetra».

«¿En serio? ¿Es por eso que estuviste fuera todo el día?».

«En parte, sí».

«¿Dónde encontraste un médico aquí?».

«Ella voló desde Nueva York. Es una de los nuestros».

Claro. Porque la mafia tenía obstetras y ginecólogos de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Nunca me iba a acostumbrar a los recursos que tenían los Reales. Ni siquiera había pensado en ver a un médico, y mucho menos en hacer que uno viniera a verme.

«Ella está aquí para lo que sea que necesites», puso énfasis en ‘lo que sea’.

«¿Qué?»., me volví para mirar a la extraña sentada en el lugar que había sido mi jaula dorada durante más de un mes. Era joven y tenía esa mirada en sus ojos que decía que sabía lo jodidamente inteligente que era. «¿Para qué estás aquí exactamente?».

«Tienes opciones, querida».

Me senté lentamente en la silla tapizada frente a ella con la boca ligeramente abierta. El pragmatismo de Rex podría resultar insultante. Pero, como siempre, no se equivocaba. Tenía opciones. Y no había considerado ninguna. Era una idea romántica tener al bebé de mi novio muerto. Pero yo apenas era una adulta. No podía asumir la responsabilidad de un bebé mientras huía de la mafia. Levanté la vista para mirar al mafioso y a la médica sentados frente a mí.

«Es una elección imposible», Rex rompió el silencio. «Pero es solo tuya».

«Me parece que ya has decidido lo que debo hacer», señalé a la médica y no me importó si se ofendía porque había hablado como si ella no estuviera en la habitación. «No puedes soltarme esto. Necesito tiempo. Apenas acabo de admitirme a mí misma lo que está pasando. Tomar una decisión así de grande, es...», busqué entre todas las palabras de mi vocabulario, pero ninguna de ellas podría describir el tipo de mierda en la que me encontraba, «es grande».

«Lamento lo que estás pasando. Pero el tiempo no es un lujo que tengamos ahora. Necesitamos movernos. Esta noche».

«¿Qué?».

«Mis fuentes dicen que Angelo ahora ha ampliado su búsqueda a Canadá. Él sabe que no estás muerta. Y creo que lo sabe desde hace un tiempo».

«¿Cuándo planeabas contarme todo esto?».

«Esta mañana», se frotó el cuello. «Junto con los bollos de limón».

«Excelente. Simplemente genial. Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí la buena doctora? Confirmar mi embarazo, darme algunas de esas vitaminas prenatales o ¿está aquí para asegurarse de que no tenga este bebé? Debo asumir que este bebé representa algún tipo de amenaza para ti y tu estúpido trono».

«Ella está preparada para ambas situaciones», me miró fijamente. «Estás esperando el bebé de mi mejor amigo. Le prometí que te protegería. Esa promesa ahora se extiende al bebé. Si es lo que quieres. Al diablo con el futuro estatus de rey».

«Lo siento», agité mi mano en señal de que lo olvidara. La verdad era que sabía lo que quería, pero tenía mucho miedo de decirlo en voz alta. Dejaría que Rex me sacara de mi zona de

confort nuevamente. «Este bebé es una parte de él. Lo último que tengo de él. ¿Pero es esa una razón para tener un bebé?».

«No necesitas una razón, cariño», Rex relajó sus rasgos. Parecía tan joven cuando hacía eso, se veía menos amenazador. «Para lo que decidas, no necesitas una razón. Es lo que quieras. Estoy aquí para ti».

Por tercera vez hoy rompí a llorar. «Tengo miedo. Solo sé que voy a ser una madre terrible».

«Lo dudo», se rió entre discretamente y luego buscó algo detrás del cojín. Una caja de terciopelo negro. «Enzo me dio esto. Se suponía que yo sería su padrino». Abrió la caja y miró fijamente el diamante azul.

En el siguiente suspiro, se levantó y luego se arrodilló a mi lado. Mi boca se abrió. No era posible que Rex estuviera pensando en hacer lo que yo pensaba que estaba a punto de hacer. Esto era una locura.

«Estás loco. No».

«Enzo no quería nada más que casarse contigo. Quiero cumplir su promesa. ¿Te casarías conmigo?».

«Ah», exhalé ruidosamente y me sequé la cara. No tenía ninguna duda de que parecía un saco de boxeo con lágrimas secas en las mejillas y ojos grandes e hinchados. «¿Qué?».

«Me temo que esta parte también debe suceder esta noche», Rex frunció el ceño como si realmente sintiera pena por mí. «La Dra. Reyes puede officiar la boda. Si quieres. De cualquier manera, nos vamos esta noche. Cuando salgas por esa puerta, quiero que tu bebé esté protegido de Angelo. Esta es la única manera de hacerlo».

Por supuesto, él estaba en lo cierto. Mi bebé necesitaba un padre. Si quería que sobreviviéramos, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. «Odio cuando tienes la razón. Enzo también odiaba eso, ¿sabes?».

«¿Es un sí?», él sonrió y sacó el anillo de la caja.

«Sí», asentí.

Deslizó el diamante en mi dedo y luego me ayudó a levantarme del asiento. Cuando él se volvió hacia la Dra. Reyes, ella también se puso de pie e hizo un gesto hacia el dormitorio. «Primero deberíamos quitarnos el examen de encima».

Cierto. Si iba a casarme con el futuro rey, tenía que estar absolutamente segura de estar realmente embarazada del bebé de Enzo. Y pensar que hace solo unos meses, mi mayor dolor era que mi antiguo equipo de animadoras me echara por algo que mi madre había hecho. Ahora todo parecía tan mezquino, tan insignificante.

La Dra. Reyes comentó acerca de cómo Rex había mencionado que había tenido relaciones sexuales con Enzo la primera semana de diciembre. Hace poco más de dos meses. Hice los cálculos mentalmente y luego asentí. ¿Cómo podría olvidar ese día? El día que perdí mi virginidad con el amor de mi vida.

«¿Y cuándo fue el primer día de tu último período?», cerró la puerta detrás de ella.

«Día de Gracias. ¿Creo? No soy muy buena recordando cosas así».

«Podemos partir de ese día. Eso significaría que llevas aproximadamente nueve semanas. Trabajaremos con eso», me hizo un gesto para que me acostara mientras desempaquetaba su maletín médico.

«¿De verdad crees que Rex me habría dejado abortar hoy?».

«Me pidió que viniera preparada», sacó una caja de pastillas. «Realmente quiere ayudarte. Acabo de conocerlo. Pero veo que tiene buenas intenciones».

«Lo sé».

Después del examen, la Dra. Reyes confirmó que estaba embarazada. Luego fue al baño a lavarse. Todavía tenía una cosa más que hacer por Rex. Ella tenía que casarnos. Por alguna extraña razón, fui a mi armario y escogí una blusa y unos pantalones blancos. No tenía vestidos, pero quería al menos hacer el esfuerzo de lucir bien.

«¿Estás lista?», Rex se encontraba junto a la pequeña chimenea de la sala de estar.

Servía de telón de fondo para nuestra rápida ceremonia. Incluso trajo mis flores favoritas y encendió varias velas. Sin duda, quería que toda esta terrible experiencia pareciera menos como una transacción. Él no estaba enamorado de mí. Y yo tampoco. Esto era por Enzo y nuestro bebé.

La Dra. Reyes salió del baño unos minutos después, sin molestarse en absoluto por lo que estaba a punto de hacer. Ella era obstetra y ginecóloga a punto de casar a dos adolescentes fugitivos en Canadá. Pero eso era lo que pasaba con Rex y el resto de la realeza; no eran adolescentes normales. Tenían poder y dinero.

Y ahora, a través de mi matrimonio con un mafioso, yo tenía lo mismo. Bueno, tal vez no el poder. Pero ciertamente dinero y todas las protecciones que conlleva ser la esposa de un futuro Don. Casi no presté atención a las palabras de la Dra. Reyes. No significaban nada para mí. Ella estaba leyendo desde su teléfono, así que todo esto era solo un obstáculo más que teníamos que superar. Muy pronto, llegó a la parte en la que tenía que decir 'sí'. Me volví hacia Rex. Me sorprendió ver cuánto confiaba en él ahora. Porque confiaba en él, de todo corazón.

«Sí», le sonreí.

Cuando llegó su turno, repitió las mismas palabras, «Sí, quiero».

«Puede besar a la novia», ella nos sonrió.

Rex se rió discretamente y luego se acercó para presionar sus labios en mi frente. «Ahora firma», señaló el certificado de matrimonio que estaba sobre la mesa de café.

La Dra. Reyes garabateó en la página y añadió su sello. Rex intervino y añadió con cuidado una firma que parecía elegante e importante. Por supuesto que sí. Cuando llegó mi turno, me quedé mirando la página con lágrimas en los ojos. «Estoy bastante segura de que esto es ilegal».

«¿Por qué? Tienes dieciocho años. Puedes elegir por ti misma. En cuanto a Enzo, si estuviera aquí, esto es exactamente lo que habría hecho».

«Lo sé», tomé el bolígrafo y firmé con mi nombre.

Enzo, te amo. «Ahora tu bebé está protegido».

CAPÍTULO 10

Vamos a jugar

AURORA

En la actualidad, Nueva Jersey

«No. Está bien. Está bien. Puedo intentarlo de nuevo mañana. ¿De acuerdo?», dejé de caminar por la habitación para mirar a Polina.

Cuando ella me miró horrorizada, hice una mueca. Mierda, en mi desesperada necesidad de encontrar a mi hijo, la metí en serios problemas. Ella fue quien me dijo dónde dormían los niños por las noches. Ella fue quien dejó mi puerta abierta para que yo pudiera ir a mirar.

«Lo siento. Me enojé mucho cuando encontré las habitaciones vacías. Me fui y no pensé en ti».

«No es eso. Ivan es amable conmigo», ella se encogió de hombros.

Sí, lo había notado. Ivan, Jr., tenía una debilidad por ella, por lo que había decidido arriesgarme y pedirle este gran favor. Polina conocía mi historia. Ella sabía por qué estaba allí, exhibiéndome prácticamente desnuda frente a toda esa gente. Sabía que yo estaba desesperada, como yo sabía que ella también lo estaba.

Nos habíamos conocido hace apenas unos días cuando llegamos aquí. Dios, ni siquiera me había dado cuenta de que estábamos en Estados Unidos hasta que comencé a hablar con ella. Como le agradaba a Ivan, ella parecía estar al tanto. Según ella, estábamos en Nueva Jersey, cerca de la marina. Cuando entró corriendo en nuestro vestidor compartido para darme la buena noticia, de que ya estaba en casa, mi corazón había dado un salto mortal. Nunca en un millón de años hubiera pensado que el destino me traería de regreso a él.

El hombre que juré olvidar.

Sí, ese había sido el precio por seguir con vida y conservar a mi bebé, dejar ir mi amor por Enzo Alfera para siempre.

Estaba bien. De verdad, estaba bien. Apenas viva, pero bien.

Pero eso fue cuando yo estaba a miles de kilómetros de distancia, cuando teníamos un gran océano entre nosotros. Ahora estaba literalmente en su patio trasero. Y no solo eso. Él estaba aquí. Después de once años, de alguna manera estábamos en el mismo edificio. Intenté no pensar en las implicaciones de eso. Si Enzo estaba aquí, era porque se había convertido en todo lo que era su padre, todo para lo que había sido entrenado, un ser despiadado, cruel y codicioso. En resumen, un Don.

Llevaba cinco minutos en el edificio y los camerinos ya estaban llenos de historias. Enzo era el epítome de un rey de la mafia. Pasaba los días matando gente y las noches follando mujeres. Su papá estaría muy orgulloso.

En cierto modo, esta nueva información me facilitaba las cosas. Esta versión de él era fácil de

descartar. Era un mafioso. Estar cerca de él significaba la muerte. Todo me recordó por qué dejé de amar a Enzo Alfera hace un millón de años.

Bueno, tal vez no hace mucho. Pero definitivamente en las proximidades de una década. Estaba ocupada siendo mamá. Más que ocupada, estaba feliz. Estaba completa. Tenía una familia por la que luchar. Una razón para seguir con vida.

Ese mundo pacífico se detuvo hace aproximadamente un mes, cuando mi hijo pidió ver a su papá. Intenté mentir. Pero no era buena en eso. Incluso un niño de diez años podía darse cuenta de cómo mis respuestas seguían cambiando. Maldita sea, ese chico era inteligente. Llevaba un diario con todas mis respuestas y así se daba cuenta de cómo cambiaban, dependiendo de mi estado de ánimo.

Muy pronto, descubrió que su padre estaba vivo. Que vivía en Estados Unidos. Y que él no sabía de nosotros. Lo que mi hijo desconocía era lo peligroso que era el mundo de Enzo. Incluso pronunciar su nombre ponía en peligro nuestras vidas. Pensé que lo olvidaría y entonces podríamos volver a ser una familia feliz, solo nosotros dos. Porque éramos felices. Tenía el dinero de Rex, un trabajo en el museo local y una casa limpia. No era un gran penthouse en la Quinta Avenida, pero era bonito y era todo mío. Estábamos a salvo.

Estábamos a salvo hasta que mi pequeño decidió que era un hombre. Y que ese hombre merecía conocer a su papá. Dios, debería haberle dicho la verdad cuando tuve la oportunidad. Toda la verdad, no solo las partes que me hacían parecer una buena madre y no la mayor cobarde.

Ahora, estaba metida hasta las rodillas en esta red de tráfico sexual porque cuando mi pequeño se escapó de casa para encontrar a su padre, cayó en una trampa peligrosa. Un mes después, estaba en la misma madriguera del conejo, rodeado de reyes de la mafia y hombres dispuestos a pagar mucho para tener a una niña en su cama. Ésa fue mi promesa a Polina cuando le conté mi historia y ella accedió a ayudarme. Le prometí que se iría de aquí conmigo.

Excepto que mi hijo no estaba aquí. Un anciano con reputación de pervertido acababa de pagar un millón de dólares por mí, y yo había puesto a Polina en una mala situación con la única persona dispuesta a darle un poco de gracia.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Perder a mi hijo me había vuelto descuidada, egoísta y ahora suicida. Suicida en el sentido de que ya no me importaba mi propio bienestar. Lo quería en casa. Si vender mi cuerpo durante unos meses a hombres ricos y locos fuera la forma de recuperarlo, lo haría; no me importaba. Pero carajo, Polina no se merecía esto. Ella era tan joven e inocente. Sabía de primera mano lo que le gustaba hacer al mundo con mujeres jóvenes como ella.

«Saldremos de aquí. Lo prometo», tomé ambas manos entre las mías. «Solo necesito un día más».

«Oh, Rose. No tienes un día más», dijo en un inglés entrecortado.

Tenía la inteligencia de un director ejecutivo de tecnología y el cuerpo de una diosa y, sin embargo, estaba allí atendiendo a hombres que estaban muy por debajo de ella. Eso incluía a Ivan. Incluso si sus ojos se volvían suaves y pegajosos cuando dijo su nombre. Los hombres eran todos iguales. Tomaban, usaban y tiraban. Eso era todo lo que podía esperar de Ivan, Jr.

«¿Qué? La subasta literalmente terminó, ¿qué? ¿Cinco minutos antes?».

«Hace una hora».

«Bueno. ¿Así que qué? Necesito tiempo para revisar el contrato que firmé y descubrir cómo

voy a drogarlo el tiempo suficiente para escapar. ¿Conseguiste las gotas de las que me hablaste?».

«Sí», ella me mostró el vial. «Pero Rose, más despacio. Tienes que pensar en esto».

«¿Qué hay que pensar? Mi hijo no está aquí. No puedo perder ni un día más. No *podemos* desperdiciar un día más. Salimos a primera hora de la mañana, cuando todos estén dormidos». Por costumbre, porque vivir con un niño de diez años implicaba pasar mucho tiempo recogiendo juguetes y ropa del suelo, llené mis brazos con un montón de cosas: una boa de plumas rosa, el vestido que me había puesto para la subasta y una bata de baño. Cuando terminé, dejé todo sobre la cama y luego me volví hacia Polina. «¿Qué? ¿Por qué me miras así?».

Ella era cinco años menor que yo. Pero había estado aquí por mucho más tiempo. Sabía qué era qué, y eso me aterrorizó porque el ceño entre sus cejas me indicaba que algo andaba mal. Algo andaba muy mal.

«Ha habido eh, como una pelea», agitó su mano frente a ella.

En las últimas semanas había aprendido que el gesto normalmente significaba que la palabra que ella había dicho no era la correcta. «¿Qué quieres decir con una pelea? ¿Te gusta dar puñetazos?».

«Un poco más que eso. Pero también, una...», siguió haciendo gestos, «disputa. No, lo siento. Un reto».

«¿Y eso qué significa? Este no es el puto Coliseo. Es una subasta», me detuve para tomar aire. «Lo siento, continúa».

«El señor Smith ha perdido su ofrecimiento».

«Bueno. ¿Qué diferencia hace eso? Nunca planeé acostarme con ese viejo. ¿Qué es otro viejo más? Son todos iguales. Solo dame el vial».

«Rose».

«¿Qué?», moví mis dedos frente a ella. «Solo dámelo».

«Lo siento mucho, Rose», las lágrimas corrieron por sus mejillas. «El chico nuevo. Él lo sabrá».

«¿Saber qué?».

«Que no eres virgen. Y quiero decir, eres preciosa, pero no tienes dieciocho años».

«Les dije que no dijeran todas esas cosas sobre mí. Me escuchas. Pero no, Ivan tenía que conseguir las mayores ganancias».

Allí estaba otra vez. La cara pegajosa porque dije Ivan. Dios, Polina necesitaba darse cuenta de que los hombres eran escoria. Anoche me había aconsejado que atendiera a su mejor cliente, el señor Smith. Era un anciano al que le gustaba creer que todas las mujeres eran inocentes y dóciles. Ella pensaba que él era mi mejor opción si quería pasar más tiempo en el ‘Pandemonium’ para buscar a mi hijo.

Sí, este era el lugar donde se vendían muchas mujeres durante la semana. Pero el resto de la semana, la principal fuerza laboral eran los niños. Mi corazón me decía que éste tenía que ser el lugar. Principalmente porque ya había pasado un mes entero desde que salí de España y todavía no sabía dónde estaba. Ni una sola pista.

«¿Quién en su sano juicio creería que soy una virgen de dieciocho años? Vamos».

«El señor Smith estaba contento con la fantasía. Pero, Rose, don Alfera no será fácil de engañar y no le alegrará el engaño».

«Espera. ¿Qué?».

«El pleito del que te hablé. Ese era don Alfera».

Mi corazón se aceleró porque, aunque sabía que el padre de Enzo estaba muerto, escuchar

esas palabras en voz alta, Don Alfera, todavía me provocaba un escalofrío. El Don Alfera que conocí hace una década era insensible, egoísta y asesino. ¿Cuánto de eso estaba vivo y coleando en el nuevo Don Alfera?

«No te preocupes, Rose. Quizás al nuevo comprador no le importe. Quiero decir». Sus ojos se movían de un lado a otro. Me estaba mintiendo. Sabía que al nuevo comprador definitivamente le importaría. «Mírate. Eres perfecta. Lo prometo, a él no le importará que no seas virgen».

Mentirosa. Yo era una mamá de veintinueve años. Cualquiera podría ver eso. Incluso el señor Smith pudo ver que yo no era una niña. Simplemente le gustaba fingir.

«Tienes razón. Al nuevo comprador no le importa», su mirada verde se centró en mí con una intensidad tan fuerte que me dejó sin aire.

Cuando tomé aire, me mareé. Su olor. Dios mío, su olor. Ese mismo olor de hace tanto tiempo. Enzo. ¿Por qué él haría eso? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? A pesar de mi promesa de odiar a Enzo Alfera para siempre, lo acepté, todo él; su calor corporal, su mirada intensa, su energía cruda amenazando con devorarme, como un agujero negro, de un solo trago. ¿No era eso lo que hacían los Reales cuando estábamos en la escuela secundaria? Eran el agujero negro. Cualquiera que se acercara era devorado.

Mi boca se abrió. Y por alguna estúpida razón, mi mente reprodujo una vieja película. Un carrete que había enterrado en lo más profundo de mi cerebro. Mi primer día de clases, cuando irrumpí en el baño de niños por error y vi la gran polla de Enzo por primera vez.

¿Lo sabía? ¿Podría leer mi mente y saber que eso era exactamente en lo que estaba pensando? Basándome en su exasperante sonrisa, diría que lo sabía.

Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Ya no llevaba ese vestido transparente, pero la bata que llevaba ahora no era mejor. Podía sentir mis pezones duros asomando a través de la tela de seda. Sin ropa interior significaba que podía sentir la humedad entre mis piernas. Literalmente había estado en la habitación durante cinco segundos y yo ya estaba allí, en su espiral de deseo.

No, detente.

Tú me odias.

Enzo Alfera es despiadado.

Enzo Alfera es un asesino.

Enzo Alfera es un monstruo.

Enzo Alfera no es el padre de mi hijo.

Polina emitió un sonido a mi lado, algo así como un chillido. Sí, yo también lo sentí. Ese magnetismo que su presencia en la habitación había creado. Incluso sabiendo lo peligroso que era, cuánto dependía mi vida de mi capacidad para mantenerme alejada de él, sentí la atracción hacia él.

«Déjanos», su voz resonó en la pequeña habitación.

«No se puede simplemente entrar aquí y dar órdenes a la gente», me entrometí para proteger a Polina.

«Sí, puedo».

Polina me apretó la mano. Por un momento, pensé que era una disculpa por dejarme aquí para defenderme del gran Don Alfera. Pero cuando la encontré a los ojos, vi lo que quería decir. Ella quería que lo enfrentáramos y escapáramos.

Negué con la cabeza.

Si no hubiera intentado escapar antes, tendríamos el elemento sorpresa de nuestro lado y la posibilidad de luchar para salir. Pero ahora todos los guardias estaban en alerta. No pasaríamos

del estacionamiento. Y entonces, el nuevo comprador se enojaría muchísimo. E Ivan olvidaría lo mucho que le gusta la compañía de Polina.

«Está bien», susurré.

«Ahora, niña», su voz profunda la sobresaltó.

Pero aún así, esperó mi tranquilidad. De alguna manera logré decir las palabras. «Ve. Estaré bien».

En el momento en que la puerta se cerró detrás de ella, mi corazón saltó a mi garganta. Hizo algo salvaje donde latía rápido y luego no latía en absoluto mientras yo esperaba que Enzo dijera algo. Si un poco de lo que solía ser Enzo todavía estuviera ahí, diría que estaba enojado conmigo. No, estaba furioso. La mirada asesina en sus ojos era por mi culpa.

¿Qué diablos hice? Él fue quien me dejó. No al revés.

«Tú sabes quien soy. Y no te sorprende verme», chasqueó los dientes. Juré que esta conversación era consigo mismo. Como si estuviera tratando de entender qué significaba que los dos estuviéramos, una vez más, en la misma habitación. «Sorprendida. Pero no impactada por ver que estoy vivo». Su humor se ensombreció. «No como yo lo estuve».

Abrí la boca para preguntarle qué quería. Pero eso era fácil de adivinar. Había venido al ‘Pandemonium’ a comprar una sumisa. Me vio y pensó que sería divertido volver a meterse conmigo. Como lo había hecho hace tantos años. Dios, algunas cosas nunca cambiaban.

«¿Es eso lo que haces estos días? ¿Comprar jóvenes vírgenes para tus juegos?».

«Sí», su risa me heló hasta los huesos. «Pero ambos sabemos que no eres ninguna de esas cosas», puso una mano sobre su corazón. «Yo estuve allí personalmente cuando perdiste tu virginidad».

Miré hacia atrás, aunque sabía que estábamos solos en la habitación y no tenía otra salida. «¿Qué?».

«Ya veo. Te han entrenado para jugar ese juego», señaló la habitación en general, que era, a falta de una palabra mejor, una habitación de sumisas. Con una sonrisa mortal en su rostro, tomó mi vestido estilo flapper y frotó sus dedos índice y pulgar sobre las cuentas. «Entonces, vamos a jugar. Por los viejos tiempos, Aurora. Juguemos el puto juego».

CAPÍTULO 11

Ojos al frente

AURORA

Esto no era un juego. La vida de mi hijo estaba en juego aquí. Enzo nunca entendería eso. Había venido a la subasta de esta noche para entretenerse, no para ayudarme. Por la ira en sus ojos, pude ver que todavía estaba en shock por verme con vida, lo cual era malo. Muy malo.

Se suponía que nunca se enteraría. Ahora nuestras vidas volvían a estar en peligro. Pero eso no importaba. En este momento, lo único que importaba era que no podía quedarme y ser el juguete del Don. Ya no estábamos en la escuela. Mi hijo me necesitaba. Cada minuto que pasaba en esta habitación con Enzo, estaba perdiendo un tiempo que no tenía.

«Me gustaría poder decir que fue un placer verte de nuevo. Pero no fue así. Ahora...», hice un gesto hacia la puerta. Su gran cuerpo era lo único que se interponía entre la libertad y yo. «Si me permites, me gustaría irme ahora», hice ademán de pasar junto a él.

Dos pasos después, me agarró del codo y me golpeó contra su pecho. «¿Estás decepcionada de que sea yo y no ese viejo? ¿Por qué? Porque pensaste que sería más fácil engañarlo. ¿Eso es lo que hacen Ivan y tú? ¿Estafar a los viejos con su dinero?».

«Sí, Enzo. Eso es exactamente lo que hacemos. Nos atrapaste. Puedes hablarlo con Ivan. Tal vez te reembolse su millón de dólares», jalé mi brazo, pero él lo apretó con más fuerza. «Me lastimas».

«Fueron dos millones».

Mi boca se abrió un poco. Los Reales tenían cantidades ilimitadas de dinero. Siempre lo supe, pero ¿pagar dos millones de dólares por una joven virgen que conocía no era ninguna de esas dos cosas? Eso era excesivo. Incluso para el gran Don Enzo Alfera.

«Habla con Ivan», apreté los dientes. «Y déjame ir».

«No», sacudió la cabeza una vez mientras su mirada se posaba en mis labios. «Tengo un contrato aquí que dice que eres mía durante los próximos seis meses. Estoy aquí para cobrar por lo que pagué».

Tragué. «¿Por qué? Obviamente no soy el motivo por el que viniste aquí. Lo dijiste antes. Estuviste allí cuando perdí mi virginidad. Así que ve a buscar a alguien más».

«Yo podría hacer eso. Pero te quiero a ti».

«¿Por qué?».

Él frunció el ceño. «Porque pagué. Y firmaste un contrato». Sus dedos se aflojaron alrededor de mi codo mientras sacaba un juego de papeles enrollados del interior de su chaqueta. Lo colocó sobre el tocador y luego me giró para poder verlo pasar las páginas. «Veamos qué aceptaste», pasó un largo dedo por las diferentes cláusulas sobre arreglos de vivienda. «Seis meses en un lugar de mi elección. Creo que te gustará mi mazmorra sexual».

Jadeé antes de que pudiera detenerme. ¿Medio año? No podía pasar ese tiempo lejos de mi hijo. Y definitivamente no podría gastarlo haciendo cosas de mazmorras sexuales con Enzo. Dios, ¿cuándo fue la última vez que tuve relaciones sexuales? Había sido hace tanto tiempo; ni siquiera podía hacer los cálculos. ¿Ahora Enzo quería que yo fuera su sumisa?

«¿Qué más hay aquí? Oh, sí. Firmaste sí a los juguetes sexuales, al bondage y al anal». Él se rió entre dientes. «Buena chica».

Había firmado esas cosas para que mi contrato fuera atractivo para Smith. Honestamente, ni siquiera lo había leído completo, principalmente porque no tenía ninguna intención de cumplirlo. Polina ya me había dado un brebaje para dormir al viejo y así poder escapar. ¿Funcionaría eso con alguien como Enzo? Lo miré para ver su tamaño. Era más alto de lo que recordaba: más ancho de pecho y musculoso. Más que cualquier otra cosa, era más letal.

«¿Sin besos en la boca?», deslizó su mano desde mi codo izquierdo hasta mi nuca y me acercó a él, de modo que mis senos quedaron presionados contra él. «¿Por qué es eso?».

Se me puso la piel de gallina desde donde sus dedos me mantenían en mi lugar y luego hasta mis tensos pezones. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien me miraba así? Había tanta ira en sus ojos, pero también lujuria.

¿Enzo me deseaba?

«No me gusta», mi mirada cayó a sus labios por sí sola.

Besé esa boca hace tanto tiempo que ya no recordaba cómo se sentía. Aunque mi cuerpo parecía tener alguna idea porque cada centímetro de mí ahora estaba en llamas. Pasó la yema de su pulgar por mis labios entreabiertos. ¿Podía ver cuánto deseaba besarlo otra vez?

«Tal vez podamos arreglar eso», se inclinó hasta que nuestras narices se tocaron. «Después de que tome ese hermoso trasero tuyo», apartó la mano de mi cara y hojeó rápidamente el resto del contrato.

Evidentemente, Ivan tenía un contrato de servicio que utilizaba con todos sus clientes. Él mismo me lo dijo. Enzo parecía bastante familiarizado con los términos. Rápidamente lo escaneó para ver dónde había puesto mis iniciales aceptando, deteniéndose de vez en cuando para mirarme por decir sí a algo perverso. Cuando su dedo se detuvo en el último párrafo, me incliné para leer.

Voyerismo.

Sin consentimiento, con consentimiento.

¿Había dicho que sí a eso?

Su mirada se alzó hacia la mía. Y casi podía ver las imágenes fugaces en su mente. Recordé el momento en la biblioteca cuando me tocó, mientras mirábamos a otra pareja tener sexo unas filas más abajo. Eso sucedió hace cien años. ¿Por qué estaba pensando en eso ahora? Todo era inútil. No podía quedarme con él.

«Es una oferta convincente. Ahora entiendes por qué no pude decir que no», él me sonrió.

«No haré ninguna de esas cosas», le devolví la mirada.

¿Entendería si le dijera por qué estaba realmente aquí? Si le dijera que tenía un hijo, eso lo sería todo para mí, ¿un hijo por el que estaba dispuesta a morir? ¿Me ayudaría? ¿O me lo quitaría por despecho?

Su suave risa me devolvió a la realidad. ¿Por qué le importaría a Enzo? Tenía todos los motivos para odiarme. Yo lo había abandonado. Le hice pensar que estaba muerta. Pero él me dejó primero.

«Ya estuviste de acuerdo con todo, ángel», se quitó la chaqueta del traje.

Nuevamente, sin querer, jadeé en voz baja y di un paso atrás. No estaba preparada para ver a

Enzo desnudo. La mera idea de ello me excitó y me mojaba. ¿Qué diablos me pasaba? No podía hacer esto.

«No lo haré».

«No tienes otra opción», miró alrededor de la habitación, como si intentara decidir algo. Después de unos cuantos momentos, dijo, «No necesitarás tu ropa», me puso su chaqueta sobre los hombros y puso su mano en mi espalda baja, guiándome hacia la puerta y la abrió.

Mi corazón dio un vuelco al ver el rostro sonriente de Santino. «No podía creerlo cuando Donata me contó la buena noticia», dio un paso hacia mí.

Enzo extendió su mano izquierda y efectivamente detuvo a Santino en seco. «Ella será mi sumisa durante los próximos seis meses. No se le permite hablar con nadie».

Santino parpadeó lentamente mientras se hacía a un lado. «Pensé que tú...».

«Pensaste mal. Ella tiene un contrato que cumplir conmigo. Nada más».

Santino se frotó las arrugas de la frente y luego me miró con ojos llenos de lástima. «Dale tiempo».

«Vamos», Enzo volvió a agarrarme del codo y me obligó a caminar a su lado.

«¿Qué pasará con Ivan? ¿Y este lugar?», Santino le preguntó.

«Dile a Rex que estoy trabajando en ello», dijo por encima del hombro y luego apartó las cortinas de terciopelo carmesí de un golpe.

Polina le había explicado a qué venían a hacer las chicas aquí. La mayoría de ellas estaban lo suficientemente desesperadas como para acudir a Ivan y pedirle la oportunidad de participar en las subastas. Era una manera rápida y fácil de ganar dinero. Por supuesto, dado que Ivan proporcionaba la plataforma y los clientes, se quedaba con el noventa por ciento de las ganancias. Aunque el diez por ciento de dos millones seguía siendo mucho dinero. Pocas chicas rechazaban la oferta. Acepté esperar el momento oportuno y encontrar una manera de escapar. Ahora, gracias a Enzo, mis posibilidades se arruinaban.

Pavlo, el barman y otros miembros del personal observaron cómo Enzo prácticamente me arrastraba fuera del 'Pandemonium'. Para ellos, todo era lo mismo de siempre. Pavlo parecía aliviado de que ya no fuera responsable de asegurarse de que no volviera a salir del edificio. Le fruncí el ceño para descargar toda mi frustración. Él había sido quien me encontró en la cocina y luego me arrastró de regreso a mi vestidor. Estaba en camino a la guarida de Enzo gracias a él.

No tuve la satisfacción de verlo avergonzarse. Simplemente se encogió de hombros y se movió para comenzar con su siguiente pedido de bebidas. Al mirar alrededor de la habitación, nadie pareció darse cuenta de que me estaban sacando a rastras de aquí en contra de mi voluntad. Odiaba que existiera un lugar como este y odiaba que Enzo fuera parte de todo eso.

«¿A dónde me llevas?», pregunté cuando me empujó a la parte trasera de una camioneta y luego se subió detrás de mí. De alguna manera, logró hacer todo eso sin soltar mi brazo. El calor de su cuerpo junto a la fina y sedosa tela de mi bata me derritió en el asiento. «¿Puedes al menos decirme eso?».

«Un lugar familiar», me acercó más a él y luego se inclinó para tocar a su chofer en el hombro. Este asintió. Con un suave empujón, el auto se alejó de la acera. El aire alrededor de los muelles tenía una calidad viciada que me hizo querer contener la respiración. Pero tan pronto como llegamos a la carretera principal y las luces parpadeantes del horizonte de la ciudad de Nueva York aparecieron en la distancia, mi cuerpo se relajó un poco, sin más motivo que el de sentir que había vuelto a casa. No tenía sentido porque solo había vivido en la ciudad unos meses.

Cruzamos el túnel y mi corazón se aceleró. No debería estar aquí. Enzo y yo tuvimos una

historia de amor hace mucho tiempo. Pero había terminado. A los Reales les gustaba jugar en la escuela. Enzo tenía que saber que no había manera de que este nuevo juego terminara bien. Ya no éramos niños. Y Angelo todavía estaba ahí afuera. Claro, Enzo ahora era un Don. Nada podría tocarlo. Angelo, desde luego, no. Pero tenía mucho que perder. Mis secretos eran lo único que nos mantenía con vida.

Agaché la cabeza para mirar por el parabrisas. Las calles no me parecieron familiares al principio, hasta que vi una tienda que recordaba. Y luego fue como ver la película “*El Mago de Oz*”, pasando del blanco y negro a todo color. Recordé cada olor, cada sonido, cada vista. Nos dirigíamos al antiguo penthouse de Enzo.

Nunca lo había dejado.

Todas esas conversaciones sobre huir juntos nunca fueron reales.

Lo odié durante tanto tiempo por elegir este mundo. Pero en el fondo, sabía que no tenía derecho a pedirle que lo dejara todo atrás. Enzo tenía un legado que cumplir. Él estaba atrapado aquí, mientras a mí, no se me permitía regresar.

«¿Vives en la antigua casa de tus padres?», lo miré.

Su intensa mirada fue como un shock para el sistema.

«Siempre fue más mío que de ellos», él se encogió de hombros.

El todoterreno se detuvo frente a su vestíbulo privado. La última vez que estuve aquí, habíamos hecho planes para escaparnos, casarnos y encontrar nuestro final feliz para siempre. ¿Cuál era su plan ahora? ¿Desatar toda su ira sobre mí? Porque para mí, este lugar estaba desenterrando una gran cantidad de recuerdos. Recuerdos que había reprimido solo para seguir con vida, para seguir adelante. Estando aquí, pude sentir toda mi ira volviendo a la superficie.

Él me dejó primero.

Él me dejó primero.

Él me dejó primero.

Lo repetía en mi cabeza una y otra vez. No podía sentir cosas por Enzo. No podía quedarme. Aunque escapar de él tendría que esperar hasta mañana, hasta que encontrara una manera de salir de esta fortaleza que él llamaba un lugar familiar.

Tan pronto como las puertas del ascensor privado se abrieron hacia su enorme sala de estar, me soltó el brazo. «Ponte de rodillas».

De un solo golpe, me quitó la chaqueta de los hombros y la arrojó sobre la silla colocada al lado de la gran escalera. Mi mirada siguió hacia donde él estaba señalando. La enorme chimenea de piedra que ocupaba la mayor parte de la pared lucía exactamente como la recordaba, menos el retrato de su madre sobre la repisa.

«Cuando esté en la habitación, ese será tu lugar. De rodillas», repitió.

Fruncí los labios y caminé hacia el lugar donde él me quería. Bajé hasta que mis manos tocaron el frío suelo de mármol. «Enzo», lo miré.

«No más charla. Ojos al frente, apoyó las manos en las caderas. «Y quítate la bata».

Vacilante, puse mi mano sobre los hilos que sujetaban la fina prenda en su lugar. Sabía que estaba desnuda debajo. Ya no tenía dieciocho años. Había tenido un bebé desde la última vez que me vio sin ropa. Odiaba a Enzo. Odiaba que me obligara a hacer esto, simplemente porque podía hacerlo. Pero, sobre todo, odiaba que me importara lo que él pensara de mí. Ya no era una adolescente estúpida con estrellas en los ojos. Entonces, ¿por qué todavía me importaba? ¿Por qué quería la lujuria en sus ojos más que el aire?

«Ahora, Rose», dio un paso hacia mí y lentamente se desabrochó el cinturón.

¿Me iba a hacer daño?

Mi mirada se posó en la suya.

«Mira hacia adelante, Rose», su voz resonó por los techos tan altos.

Este lugar era como un museo. Y lo estaba usando para castigarme por algo que no había hecho. El sonido del cuero deslizándose sobre la lana de sus pantalones provocó un escalofrío por mi espalda. Es mejor terminar con esto de una vez. Podía verme, saciarse de lo que quisiera hacer. Y tal vez entonces me dejaría ir.

Con manos temblorosas, tiré de la seda que mantenía mi último fragmento de dignidad en su lugar y dejé que la tela tirara de mis rodillas. Su respiración se entrecortó. Y por el sonido que hizo no pude saber si estaba disgustado o complacido. ¿Qué estaba pensando? Mantuve mi mirada fija en el sofá de gran tamaño que anclaba la habitación. No porque quisiera obedecerlo, sino porque no quería mirarlo a los ojos y recibir mi respuesta. Era demasiado mayor y no era la virgen que era la primera vez que puse un pie en este lugar.

«Mírame», se puso en mi línea de visión, por lo que su entrepierna bloqueó mi vista de la sala de estar.

Sacudí la cabeza una vez.

«'Sí, señor' es la única respuesta que quiero de ti», acunó mi mejilla y clavó su pulgar en mi mandíbula hasta que hice lo que me pidió.

El deseo en sus ojos absorbió todo el aire de mis pulmones.

CAPÍTULO 12

Estás aquí para follar

ENZO

Dios mío, ella era real. Si estuviera borracho, dejaría que la fantasía que tenía delante se desarrollara. Ya era muy bueno en eso. Pero la cuestión era que estaba terriblemente sobrio. Sin mencionar que Donata y Santino también la habían visto. Confirmaron que no estaba perdiendo la cabeza. Esta era Aurora Vitali, la mujer que había perseguido mis sueños durante años.

La dicotomía dentro de mí me estaba matando.

Una parte de mí quería saber por qué estaba ella en el ‘Pandemonium’. Quería saber dónde había estado todo este tiempo, por qué se había mantenido alejada. Pero no podía dejar de pensar en todos esos hombres pujando por ella, mirándola con los ojos como si fuera su última comida. Así que sí, una parte mucho más grande de mí estaba furiosa por los celos y la ira.

La deseaba. Y, sin embargo, lo único en lo que podía pensar ahora era en venganza; en hacerla sentir como yo me sentí todos los años, meses, días y minutos que estuvo fuera. Por pura casualidad, el contrato que ella había firmado, ahora estaba en mi poder. Pero antes de esta noche, antes de que decidiera irrumpir en la oficina de Ivan, ella tenía toda la intención de volver a casa con ese viejo Smith y hacer todas las cosas mencionadas en su contrato.

Deslicé mi mano hasta su largo cuello y envolví mis dedos alrededor de él. El calor de su piel era un doloroso recordatorio de que estaba viva. Que durante los últimos once años había estado viviendo su vida como si yo no existiera.

Ella me había hecho una promesa. Y la había roto.

¿Qué diablos se suponía que debía hacer con todo este dolor que ella había causado? No estaba listo para dejarlo. Había sido parte de mí durante más de una década. Había aprendido a vivir con ello. Incluso si toda su historia sobre cómo murió fuera mentira, los años que pasé buscándola, apenas vivo, enterrado en mi propia miseria, eran reales.

«¿Cuántas veces has sido la sumisa de Smith?».

«¿Quién?», su mirada azul se elevó para encontrarse con la mía.

«El anciano que ganó la subasta».

«Esta sería la primera vez».

«¿Pero no es tu primera vez en el escenario?».

«No», su garganta se movió contra mi palma.

«¿Cuántas?», parpadeé lentamente.

«Tres».

En mi cabeza, me imaginé un puñado de escenarios en los que ella estaba desnuda con diferentes personas, haciéndole todas las cosas que quería hacerle en ese momento. Sus labios carnosos se abrieron como si quisiera decir más. Esperé a que ella me explicara, pero no lo hizo.

En cambio, bajó la mirada. En esta posición, de rodillas con su hermoso cuello en mi mano, ese fue el único acto de desafío que pudo realizar. No tenía ninguna duda de que, si la dejaba, ella saldría corriendo por la puerta y nunca volvería.

Este hecho insuperable fue como un puñetazo en el estómago. Quería capturar su boca con la mía, devorarla como había imaginado hacerlo durante tantas noches. ¿Cómo era posible desear tanto a alguien después de todo este tiempo?

Me desabroché los pantalones y liberé mi erección. Ella no podía moverse, así que la punta de mi eje rozó sus labios y mejilla. La adrenalina recorrió mi cuerpo como un reguero de pólvora. Y fue todo lo que pude hacer para no dejar escapar un gemido de placer. Ella se comió con los ojos mi polla con una mezcla de curiosidad y deseo en sus ojos.

«Tómala», apoyé mi mano libre en la repisa.

Esperaba que ella volviera a negar con la cabeza y me rechazara. Pero las palabras que ya había planeado decirle, para que obedeciera, murieron en mis labios cuando ella envolvió su mano alrededor de mi espesor y, sin un momento de vacilación, la llevó a su boca.

«Fóllame», dejé escapar un sonido gutural.

Ella me miró y ajustó su puño más abajo en mi pene. La forma en que me bombeó mientras lamía desde la base hasta el eje hizo que mis bolas se apretaran con tanta fuerza que casi me corrí. Cuando repitió el proceso dos veces más, con sus ojos fijos en los míos, el calor se encendió en mi centro. Cintas de placer subieron por mi pecho y bajaron hasta los dedos de mis pies, imitando los remolinos que su lengua pintó en mi piel demasiado sensible.

Y solo porque era un bastardo codicioso, di un paso adelante para obligarla a tomar más de mí. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero aparte de eso, no intentó retroceder. En cambio, me agarró con más fuerza, lamiendo y chupando más fuerte que antes. Como si estuviera aceptando mi desafío. Como si esta fuera su respuesta a todas las preguntas que no le había hecho porque era demasiado cobarde para expresarlas... para escuchar la verdad.

Había hecho bien en marcharse. Había sido egoísta por mi parte pedirle que fuera parte de este mundo mafioso, un mundo empeñado en verla muerta.

La habitación se oscureció a nuestro alrededor, hasta que todo lo que pude ver fue a este hermoso ángel de rodillas, chupándome como si su vida dependiera de ello. Mis dedos se aflojaron alrededor de su cuello. En ese momento, estaba seguro de que ella estaba aquí para quedarse. Tal vez no más allá de los seis meses que teníamos de contrato, y ciertamente no para siempre, pero al menos, por ahora, Aurora volvía a ser mía.

«Así, ángel. Tómallo todo», apoyé ambas manos en la repisa e incliné las caderas hacia adelante.

Se le escapó un gemido silencioso. Por el rabillo del ojo, vi su mano moverse desde mi muslo hasta entre sus piernas. Mi pene se puso aún más duro. Pero este pequeño ejercicio no era para ella. Era solo para mí.

«Ambas manos sobre mí, Rose», apreté la mandíbula y no me importó si ella podía oír la tensión en mi voz.

Ella hizo lo que le pedí, encontrando mi mirada desafiante mientras tomaba mis pelotas y extendía la humedad de sus dedos sobre mí. Y joder si eso no fuera lo más excitante que jamás hubiera presenciado: sus propios jugos sobre mí. Tomé nota mental de hacer más de eso más tarde. Aurora bebiendo sus propios jugos de mi polla estaba en lo más alto de mi lista para esta noche.

Pero ahora mismo, necesitaba correrme, o iba a arder.

Bombeé en su bonita boca. Ella respondió abriéndose más y encontrándome a mitad de

camino. Después de unos cuantos latidos, no podía decir si me estaba follando su boca o si ella me estaba chupando. Se convirtió en un tira y afloja mientras peleábamos por el control de mi pene. Al final, no me importaba quién hacía qué.

Ella se sentía tan bien.

Enterrando mi mano en su cabello, la alejé de mí. Su boca me soltó con un pop húmedo. Ella tragó mientras sus tetas subían y bajaban, mientras jadeaba por aire. Cuando encontré mi mirada, la decepción en sus ojos me mató.

«Eres una chica tan buena», acaricié su mejilla con mi mano libre. Cuando sus rasgos se suavizaron, jalé su cabello hasta que su cuello y su pecho quedaron expuestos a mí. Se me hizo la boca agua ante sus pezones tensos pidiendo ser chupados. Pero ella tenía que saber que estaba aquí para mí, y no al revés. «Estás lista para mí».

Ella asintió, aunque no le había pedido permiso.

Agarré mi pene, ajustando mi postura. Como en mis fantasías, sus grandes ojos azules se abrieron como platos mientras me veía bombeando. La inocencia en su mirada fue mi perdición. Unos cuantos esfuerzos más y salí disparado, formando largos hilos de semen en su cuello y los montículos de sus pechos. El gemido que escapó de mi garganta ahogó sus propios gemidos. Me quedé allí, disfrutando del errático jadeo de su cálido aliento sobre mi piel.

«Levántate», acuné la parte posterior de su cuello y la levanté para encontrar mis labios. Pero justo antes de que hiciéramos contacto, ella me dio la espalda. Todavía estaba drogado por el orgasmo alucinante que acababa de tener y, en lugar de enojarme, me reí entre dientes. «Sin besos. Me olvidé».

Ella se lamió los labios lentamente. «¿Me dejarías ir ahora?».

Mi mirada recorrió su cuerpo desnudo. «¿De verdad crees que una mamada saldaría nuestra deuda? Te equivocas. Te guste o no, eres mía durante seis meses completos. Y planeo aprovechar cada minuto de ese tiempo contigo», me hice a un lado y señalé hacia la gran escalera. «Camina».

«¿Qué?».

«Necesitas limpiarte. Y yo necesito quitarme esta ropa», apreté mi pene semierecto y lo metí en mis pantalones. No me molesté con la cremallera. «Me vas a ayudar con eso».

«¿Qué?».

«Sí, señor», sostuve su mandíbula entre mi dedo índice y pulgar para que me mirara. «Dilo»

«Sí, señor».

«Camina», le mostré las escaleras nuevamente.

Con un suspiro de resignación, caminó hacia los escalones de mármol. La dejé ir unos metros delante de mí, para poder disfrutar de la vista. Jesús, era más hermosa de lo que recordaba. Pensé que había memorizado cada centímetro de ella, pero estaba equivocado. Antes de que terminara la noche, planeaba tener esas piernas tonificadas alrededor de mi cintura.

«Al final del pasillo», señalé las altas puertas dobles.

«Sí, señor», su tono estaba mezclado con todo tipo de desprecio.

Por extraño que parezca, su exhibición no me disuadió de mis planes para ella esta noche. Le sonreí. «Buena chica», giré la manija y dejé que ambas puertas se abrieran.

La suite principal era al menos el doble del tamaño de mi antiguo dormitorio. Cuando me mudé, cambié todo, las cortinas, el papel tapiz, los muebles. No había nada en esta habitación que me recordara a mis padres. Me gustaba de esa manera. Mantuve una visión clara de ellos. A diferencia de mi hermana Caterina, a quien le gustaba fingir que papá era un santo. No lo era. Ni siquiera cerca. Recibir una bala por Rex no fue exactamente lo que yo llamaría redención. El

viejo había tomado el camino más fácil para salir.

Me quedé junto a la entrada, contemplando la piel suave y la energía tranquila de Aurora. Mi deseo por ella no había disminuido ni un ápice, pero después de nuestro intercambio abajo, me sentí más yo mismo. Su presencia siempre había sido un refugio para mí. Todavía lo era.

«¿Ahora qué?», levantó la mirada de esa manera inocente que conocía.

«Ahora follamos».

«¿Qué?».

«Sí, señor», entramos y cerré las puertas detrás de mí.

«Enzo», levantó las manos. «No puedo estar aquí. Por favor. Tienes que dejarme ir».

«Puedes ir al baño y limpiarte. Luego vuelve y ayúdame con mi ropa».

El espacio entre sus cejas se convirtió en una arruga profunda mientras fruncía los labios. Se moría por decirme que me fuera al infierno. Pero por alguna jodida razón, el contrato que firmó tenía peso. Estaba dispuesta a mantenerlo. Eso me enojó y me excitó.

Mierda.

«Ahora, Rose».

Con burla, se dirigió al baño y cerró la puerta de golpe. Me quité los zapatos y me senté en el sofá frente a mi cama. Todo mi cuerpo zumbaba de anticipación y deseo insatisfecho. En los últimos años, había estado con muchas mujeres. Siempre empezaba igual. Buscaba esa mirada inocente en sus ojos. Buscaba pequeños recuerdos de Aurora y míos, cualquier cosa que pudiera parecerse a lo que éramos cuando nos teníamos el uno al otro.

Cada vez, borracho como una mierda en cuartos oscuros, encontraba a mi Aurora para pasar la noche.

«Ella es real», apoyé mis antebrazos en mis rodillas y pasé una mano por mi cabello. Entonces me di cuenta de que la habitación se había vuelto inquietantemente silenciosa. Me puse de pie y caminé hacia el baño. Golpeando la puerta, la llamé. «Rosa».

Cuando ella no respondió, abrí la puerta con el hombro y la encontré parada en medio de la habitación con una toalla de baño envuelta alrededor de su cuerpo. Agarraba ambos extremos de la toalla sobre sus senos para mantenerla en su lugar mientras miraba en ambas direcciones. Si estaba buscando una salida, rápidamente se dio cuenta de que no la había.

Los golpes en mi pecho me dificultaban respirar. Había olvidado cuánto disfrutaba verla retorcerse. «No me gusta que me hagan esperar».

«Sí, señor».

«Tu tono necesita mejorar», hice un gesto hacia la puerta.

Ella dudó por un segundo, pero luego caminó hacia el colchón. Cuando se detuvo, jugueteó con las mantas, cambiando su peso de un lado a otro.

«No te pongas nerviosa», cubrí su mano con la mía y presioné mi pecho contra su espalda.

Ella suspiró y no intentó alejarse. Esto era lo que había entre nosotros. Nuestros cuerpos eran como imanes, siempre luchando por unirse. Me incliné y aspiré el aroma de mi gel de baño en su piel húmeda. Cuando dejé que mis labios quitaran las gotas de agua, ella apretó mis dedos con más fuerza.

«No estoy nerviosa», un rastro de piel de gallina cubrió su nuca. «Tengo que irme».

«Esto es para lo que firmaste, ¿recuerdas?». Di un paso atrás. «Puede ser tan fácil o tan difícil como quieras. Estás aquí para follar».

Ella se giró para mirarme. «¿Esto es lo que haces? ¿Traes mujeres aquí para torturarlas? ¿Así es como te diviertes?».

«Sí, Rose. Compro mujeres y luego las llevo a mi guarida para hacer lo que quiera con ellas.

En eso me convertí después de que te fuiste», dije con los dientes apretados.

¿Cómo podía creer eso de mí? A la gente le gustaba creer ciertas cosas sobre mí. No me importaba lo que pensarán. Si querían verme como un asesino despiadado, un monstruo, ¿quién era yo para disuadirlos? Yo era todas las cosas horribles que veían en mí.

Pero Aurora conocía un lado diferente de mí. Ella lo sabía porque la dejé verlo cuando éramos niños.

«Quítame la ropa».

«¿Qué?», sus ojos se abrieron con sorpresa.

«Sí, señor», levanté la voz.

El repentino cambio de tono la sobresaltó. Por un momento, se olvidó de su toalla y me dio una buena vista de sus hermosas tetas.

Joder, la deseaba.

«Sí, señor», se acercó más a mí. Y con la mano temblorosa comenzó a desabotonar mi camisa de vestir.

«Usa ambas manos. De lo contrario, estaremos aquí toda la noche».

Encontró mi mirada. Y allí estaba de nuevo: hambre cruda y pura en sus ojos. Conmocionaba mi cuerpo con adrenalina infundida de deseo. Mi piel se calentó bajo su toque cuando soltó la toalla a la que se había estado aferrando como si fuera una armadura y comenzó a desabrochar la camisa.

Cuando la tela cedió y ella tuvo una vista completa de mí, jadeó.

CAPÍTULO 13

Músculos, tinta y cicatrices

AURORA

Músculos, tinta y cicatrices. La parte superior del cuerpo de Enzo estaba cubierta por todo eso. Sabía que tendría cicatrices de los disparos que casi lo matan la noche que habíamos planeado huir juntos. Hacía mucho tiempo que no pensaba en esa noche. Durante los últimos once años, Enzo había estado constantemente en mi mente. Pero con el tiempo, los detalles de lo que pasamos ese invierno se desvanecieron en los rincones más profundos de mi cerebro, hasta que lo que quedó de nosotros fue una imagen mental pintada una y otra vez con detalles desgastados que ya no dolían.

Esta noche, parecía que Enzo estaba empeñado en hacerme recordar cada aspecto de los pocos meses que habíamos pasado juntos cuando estábamos en la escuela. E iba ganando, poco a poco, todo volvía a mí.

Con el corazón latiendo en mis oídos, ignoré la toalla a mis pies junto con mi desnudez y me concentré en lo que Enzo quería que hiciera. Si quería humillarme por fingir mi muerte, obedecerlo era la forma más rápida de salir de este lío. Mañana encontraría una manera de escapar y continuar mi búsqueda. Eso era todo lo que me importaba.

Aunque si fuera honesta, sentía curiosidad por Enzo, por el hombre en el que se había convertido. Cuando Enzo era más joven, cuando era mío, era increíblemente apasionado y exigente. Pasé la mayor parte de mi vida adulta buscando a alguien como él, buscando al hombre trágicamente hermoso que en este momento estaba frente a mí. Pero nunca lo encontré.

Solo había un Enzo Alfera.

Para salvar la vida de mi hijo, había prometido mantenerme alejada de él. Planeaba seguir cumpliendo esa promesa. ¿Pero qué daño me haría si probaba una vez más?

Enzo Alfera siempre fue y será parte de la realeza inalcanzable.

Caminé en un amplio círculo a su alrededor y estiré la mano por encima de sus hombros para quitarle la camisa de vestir. Se enderezó y una avalancha de músculos se esparció por su espalda. Mi mirada pasó de un detalle a otro: el tatuaje de una isla en su flanco derecho y otro de una mujer con alas. Estaban colocados estratégicamente, para que no cubrieran las largas cicatrices blancas que, estaba segura, le quedaron de los años en que su padre lo golpeaba con un cinturón.

La primera vez que estuve con Enzo, noté las lesiones recientes en su espalda. Le pregunté a Donata y me lo explicó. Mi tiempo con Enzo había sido tan corto que nunca pude preguntárselo. Ahora, las cicatrices parecían viejas y descoloridas. Aunque estaba segura de que el daño que el padre de Enzo le infligió había sido más que superficial.

Quería besar cada centímetro de él, pero ¿de qué serviría eso? No éramos amantes. Estábamos exactamente como antes. Era el Don de una antigua y poderosa familia mafiosa. Y yo

era una don nadie.

Quién sabía cuánto tiempo estuve allí mirando sus músculos moverse bajo su suave piel. Pero en un momento estaba mirando las alas de ángel de su tatuaje, y al siguiente, estaba perdida en sus ojos verdes. La luz en esta habitación hacía que sus ojos parecieran más verdes en lugar de su color avellana habitual. «No olvides los pantalones».

La adrenalina mezclada con el timbre de su voz viajó hasta los dedos de mis pies. Fruncí los labios para ocultar cuánto me afectaba, cuánto me dolía todo el cuerpo por él. Si bien mi cerebro todavía estaba bastante seguro de que este encuentro estaba mal, mis manos parecían tener un plan propio. Vi como mis manos bajaban la cremallera y luego le empujaban los pantalones hasta las caderas. Me ayudó con ellos, enganchando sus pulgares en la cintura, de modo que tanto su pantalón como su bóxer cayeron al suelo al mismo tiempo.

Dios mío. El hombre era formidable. No era justo. Aparté mi mirada de su enorme erección. Pero por mucho que lo intenté, seguía volviendo a ello.

«Dime que me vaya al infierno», salió del charco de tela a sus pies y me guió hacia la cama.

«¿Qué?».

«Di las palabras y serás libre», me sonrió. «Enzo. Vete. Al. Infierno».

«No lo dices en serio. ¿Qué pasa con tu juego? ¿No es por eso que estoy aquí?». Lo empujé, pero fue como intentar mover una montaña. Agarró mis dos muñecas y las colocó detrás de mi espalda. La maniobra hizo que mis pechos aterrizaran contra él. Ay, joder, se sentía tan bien. «Querías torturarme, jugar tus juegos como siempre. Adelante. No me importa. Ya no puedes hacerme daño».

«Creo que sí te importa», su boca descendió sobre mi cuello. «Y prometo que esto no dolerá».

Besó un punto suave detrás de mi oreja hasta que la piel se sintió amoratada. Luego bajó hasta mis pechos, donde mis doloridos pezones morían por su atención. Era una auténtica masoquista al dejar que Enzo me volviera a hechizar. Me dije a mí misma que esta vez era diferente porque no tenía intención de quedarme.

Él no es mío.

Repetí el mantra unas cuantas veces más en mi cabeza.

Nuestra situación era solo temporal.

Para cuando la parte posterior de mis rodillas tocó el borde del colchón, mi cuerpo ya había decidido que el sexo con Enzo estaba ocurriendo en ese momento.

Él no es mío.

Cambió al otro pezón. Olas calientes de placer se extendieron desde la punta al resto de mí.

Él no es mío.

Mientras tuviera ese hecho claro en mi mente, podría irme por la mañana. Repetí las palabras en mi cabeza mientras él me empujaba sobre la cama y me acariciaba el coño. Me hizo trabajar frenéticamente hasta que todo mi cuerpo se calentó con tanto deseo que olvidé qué año era y dónde estábamos. Estaba al borde mismo del precipicio. Y ni siquiera tenía miedo. Quería saltar. Ya quería correrme.

Tan cerca.

Alcancé sus hombros musculosos y pasé las uñas hacia el polvo de vello de su pecho. La chispa en mi vientre se encendió. Moví mis caderas hacia él y luego se detuvo.

«Te correrás cuando te diga que puedes, Rose», me susurró al oído.

«No», jadeé, parpadeando varias veces para volver a enfocar su rostro y toda la habitación.

«Tengo hambre», se levantó de la cama y, en dos zancadas, desapareció en el baño. Cuando

regresó, tenía una corbata. «Muéstrame tus muñecas».

Hice lo que me pidió, mirándolo con los ojos entrecerrados, con la boca ligeramente abierta, todavía tratando de descubrir qué diablos acababa de pasar. Hizo un nudo para unir mis muñecas y luego pasó ambas manos sobre mi cabeza para atarme a la cama con dosel. Mientras me ponía de puntillas para mantener el equilibrio, parpadeé varias veces para concentrarme mientras bajaba de la altura a la que me había llevado hace un minuto.

«No te muevas», besó mi mejilla y salió de la habitación.

«Vete al infierno, Enzo», le grité.

La única respuesta que recibí a cambio fue una risa irreverente que resonó en el pasillo fuera de su enorme dormitorio. Mi coño palpitaba con necesidad frustrada, pero cada vez que intentaba apretar mis piernas para aliviar el dolor, perdía el equilibrio y eso realmente lastimaba mis muñecas. Entonces, en lugar de eso, hice lo que solía hacer todas las noches cuando mi deseo por Enzo me envolvía como llamas, lloré por un rato y luego me concentré en mi respiración.

Rex me había mostrado ese truco una noche cuando estaba en mi punto más bajo. Sacudí la cabeza para ahuyentar el recuerdo. No quería recordar nada.

“Inhala. Incluso si todo lo que puedes tomar es un poco de aire”, la voz de Rex hizo eco en mi cabeza.

Lo hacía por costumbre e inhalé profundamente, sosteniendo el aire en la parte superior: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuando solté el aire, conté hacia atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno. Con un suspiro, incliné mi cuerpo para poder alejarme de la puerta. La nueva suite de Enzo era muy como él. Ahora que lo pensaba, él también había cambiado todo abajo. Por supuesto, había continuado con su vida, mientras que yo pasaba la mía huyendo. Bueno, no exactamente huyendo, sino más bien en el exilio. Incluso si Nueva York no fuera mi hogar, todos esos años que pasé lejos me parecieron como si me hubieran expulsado.

«Eres todo un espectáculo, Rose. Como de un millón de dólares».

Me puse de puntillas para mirarlo apropiadamente, luego mi respiración se cortó ante la vista frontal completa de él. ¿Había bajado las escaleras completamente desnudo?

Sonriendo, como si supiera algo que yo ignoraba, se acercó a mí con un plato en la mano. «¿Cuándo fue la última vez que comiste?».

Justo en ese momento, mi barriga retumbó tan pronto como me preguntó. Con Ivan nada era gratis. Después de que me quitó la mayor parte del dinero que llevaba cuando salí de España, no tenía dinero para comer.

«Responde».

«Ayer por la mañana».

«Come», sacó una mini quiche de su plato y me la dio.

Era el cielo. Tan pronto como terminé, siguió con un bollo de limón. Puso pequeños bocados en mi lengua, dejando que sus dedos se demoraran. Me encantó cómo se sentían en mis labios y cara. No pregunté por qué estaba siendo amable. Lo único que me importaba era que ya no tenía hambre. Me dio de comer un trozo de queso que tenía un sabor suave que reconocí como manchego. Siguió con albaricoques secos y luego algunas nueces. Con cada pieza, se propuso dejar sus dedos en mi boca mientras examinaba mi mirada.

«Qué buena chica», se alejó y luego regresó con una copa de vino que acercó a mis labios para que pudiera beber.

Unas cuantas gotas se derramaron sobre mi barbilla y mi vientre y luego corrieron hasta mi coño. Cuando su mirada se centró en el lugar donde el vino había desaparecido, los aleteos en mi estómago se salieron de control. Por un momento, pensé que iba a arrodillarse y beber de mí.

Pero en lugar de eso, bebió del vaso, mirándome fijamente.

Qué fácil caía en su perverso juego cada vez.

Todo mi cuerpo estaba a punto de explotar de necesidad. Lo deseaba tanto. Y ni siquiera me importaba que estuviera haciendo todo esto para castigarme.

Su pecho subía y bajaba mientras bebía más vino. Luego, con la sonrisa más exasperante, se sentó frente a mí y dejó que el líquido rojo se derramara de su boca y por todo mi coño. «Quédate muy quieta», agarró mis caderas. «No quieres nada de eso dentro de ti».

«Enzo», lo miré mientras pasaba su lengua por el interior de mi muslo y luego por los labios de mi vagina. «Oh».

Apreté mis dedos alrededor de sus musculosos hombros para estabilizarme, pero fue inútil. Enzo tenía el control total. Si quería que me acercara o me alejara de él, todo lo que tenía que hacer era empujar mis caderas en cualquier dirección. Probé mi teoría apretando las piernas, aunque me dolían las muñecas.

«Rose», su tono era letal, una clara indicación de que no podía negarlo.

Separó mis muslos hasta que apenas pude mantenerme en pie, luego volvió a la tarea de lamer cada gota de vino de mi piel. Cuando terminó, se movió hacia donde realmente lo quería. Su lengua era el paraíso en mi clítoris necesitado. Y así, estuve cerca de llegar al clímax de nuevo. Me mordí el labio para sofocar los gemidos que esperaban en mi garganta. Si hacía un sonido de placer, estaba segura de que se detendría como lo había hecho antes. No pensé que podría soportar pasar por eso otra vez.

«Muéstrame cuánto te gusta», me miró desde entre mis piernas.

Negué con la cabeza.

«Rose».

«Mmm», me mordí el labio inferior con más fuerza hasta que saboreé la sangre.

«Te corres cuando yo diga. Córrete por mí», con un suave aliento en mi piel húmeda, se zambulló y chupó la carne sensible alrededor de mi clítoris.

Fue insoportable. Todo lo que podía pensar era en mi vagina palpitante y en lo cerca que estaba su boca de ahí, en lo cerca que estaba yo de correrme.

¿Lo había dicho en serio? ¿Quería que me corriera?

Como si pudiera leer mis pensamientos, sonrió y presionó sus labios donde más los necesitaba. «Enzo», gemí.

«Lo sé», deslizó un pulgar a lo largo de mi entrada. «Vente por mí».

Sacudí la cabeza, pero luego cometí el grave error de mirar hacia abajo. Su mirada hambrienta se encontró con la mía mientras insertaba dos dedos en mi entrada. Con sus ojos puestos en mí, mantuvo el ritmo con besos suaves, pulgares, dedos, una y otra vez, continuó la dulce tortura hasta que no pude aguantar más. Llegué al clímax gloriosamente en toda su cara y mano.

En ese momento, las luces se atenuaron y la habitación quedó en silencio hasta que solo pude escucharme llamando a Enzo. Cerré los ojos con fuerza y pude vernos claramente en la oscuridad. Yo, suspendida en el aire y Enzo acurrucado entre mis piernas. Me aferré a esa visión, guardándola en mi memoria, para que las olas de placer que surgían por mi cuerpo no se detuvieran, pero también porque nunca quería que este recuerdo se desvaneciera.

Enzo se alejó primero y una ráfaga de aire frío entró para calmar mi coño. Mi corazón todavía latía en mis oídos, pero el éxtasis del momento ya había comenzado a hervir a fuego lento. Cuando abrí los ojos, todo se enfocó y cada centímetro de mi cuerpo zumbaba, sintiéndome saciada y viva. Jalé mis ataduras. La tela sedosa de la corbata que envolvía mis

muñecas se hundió en mi piel, dejándola en carne viva y expuesta como el resto de mí.

«Qué buena chica», Enzo se puso de pie y me soltó.

Tropecé hacia él y él me atrapó. Agarró mi cabello por la nuca y me hizo mirarlo. Nuestras bocas estaban a centímetros de distancia. En el momento en que se acercó para besarme, me aparté. Él no esperaba eso, pero era la única razón por la que pude alejarme de él. Aunque no llegué muy lejos, ya que todavía me tenía atrapada entre su cuerpo y la cama.

Si nos besábamos, no pensaba que podría irme por la mañana.

«Claro, sin besos», presionó su cuerpo contra el mío, jadeando en mi oído y masajeando mi pecho. «Acuéstate».

Mis mejillas ardieron. ¿Por qué se sentía tan íntimo? Dejé que el chico me tocara mientras estaba atada a su cama. Pero lo que pedía ahora era demasiado. Quería mi rendición.

«Ahora, Rose».

«Enzo, ¿no has hecho ya suficiente?».

«Ni siquiera cerca».

CAPÍTULO 14

Dulces sueños, Rose

ENZO

Ella se quedó allí, con los ojos bien abiertos, las mejillas sonrojadas y respirando erráticamente. En resumen, el epítome de una presa que sin lugar a dudas había decidido que se la habían llevado, que había perdido y ahora tenía que rendirse.

Jesús, joder.

Esta era la razón por la que todos los hombres del ‘Pandemonium’ habían elevado sus ofertas a un puto millón de dólares. Querían su inocencia. Querían esa energía casta e ingenua que emanaba de cada poro de ella. Lo querían tanto como yo.

Envolví mis dedos alrededor de su cuello. Sus pupilas se dilataron hasta que solo quedó una pequeña pizca de color en su lugar. Tomé su nalga y pasé mi mano arriba y abajo por su espalda. En el siguiente latido, todo su cuerpo se suavizó junto al mío. Cuando me acosté en la cama, ella cerró los ojos y me dejó guiarla para que se acostara boca arriba.

«Eso no fue demasiado difícil, ¿verdad?», pasé mis labios por su mejilla y por el punto blando detrás de su oreja. «Abre tus piernas para mí».

Ella jadeó y luego se mordió el labio.

«Apuesto a que estás mojada por mí otra vez. Hazlo».

Empujé hacia arriba, apoyando mis manos a cada lado de ella. Cuando miré hacia abajo entre nuestros cuerpos, obtuve la vista más perfecta de su vagina y de su completa rendición mientras yacía abierta de piernas. Todo su cuerpo se volvió de diferentes tonos de rojo mientras su pecho se expandía debajo de mí. Mi pene empujó hacia su entrada y un miedo profundo se apoderó de mi pecho. Si me la follaba, ¿se iría por la mañana? ¿No era así como siempre terminaba?

Durante años, me follé a innumerables mujeres, pensando que eran ella, solo para ver la verdad por la mañana. No quería que terminara mi noche con Aurora.

«¿A dónde estuviste todos estos años?».

«Enzo», desvió la mirada.

«Respóndeme», empujé dentro de ella. «Ay, joder».

La sensación de sus paredes apretándose alrededor de mi pene era tan intensa que dejé caer la mayor parte de mi peso encima de ella mientras me recuperaba. Mi polla tomó el control a partir de ahí. Cuando quiso tocarme la cara, agarré ambas muñecas y las coloqué sobre su cabeza. No podía soportar su toque en este momento. Estar dentro de ella era todo lo que podía soportar.

Bombee su vagina como si mi vida dependiera de ello. Y tal vez así era. Moría un poco por dentro cada vez que despertaba y encontraba a una extraña a mi lado.

«Joder, ángel, te sientes tan bien».

«Enzo», se retorció debajo de mí cuando salí por completo.

«Estoy aquí. No voy a ninguna parte», entrelacé mis dedos con los de ella y me preparé para el arrastre de sus paredes resbaladizas sobre mi polla. «Aurora».

A medida que se acercaba a su clímax, me arrastró con ella. Derramé en ella todos los años que pasé llorando su muerte, todas las noches de desesperación y pérdida. La monté fuerte y sin piedad, como si ella fuera responsable de todos los minutos que pasé extrañándola.

«Dios mío», se mordió el labio inferior, pero cuando su orgasmo terminó, lo dejó ir. Incluso si no hubiera sido su intención, llegó al clímax y gimió con abandono. «Enzo. Dios, te extrañé».

«Yo nunca...», gemí y presioné mi frente contra la de ella mientras el placer me desgarraba mientras la llenaba con mi semen. Y ni siquiera me importaba haber pagado por ella, para poder tenerla aquí esta noche. Ella era mía. El mero pensamiento de ello envió otra descarga de adrenalina a través de mí. Bombeé unas cuantas veces más hasta que se agotó el último momento de mi orgasmo. «Eres mía. ¿Lo entiendes?», me levanté de encima para mirarla a los ojos. «A partir de ahora, hasta que finalice tu contrato, no saldrás de esta cama».

«Enzo», sus ojos se llenaron de lágrimas.

«¿Lo entiendes?», me incliné para chuparle los pezones. «Eres mía. Dilo».

Una lágrima corrió por su mejilla mientras consideraba algo. Entonces, finalmente, sus labios se abrieron y dijo las palabras que tanto anhelaba escuchar. «Siempre he sido tuya, Enzo».

Me aparté de ella y sonreí al techo. No podía recordar la última vez que mi pecho se llenó de tanta serenidad. Respiré hondo y no me dolió. El dolor desapareció. A mi lado, Aurora se hizo un ovillo con los ojos cerrados y las rodillas apoyadas a mi lado. Cuando le aparté el pelo con los dedos, me di cuenta de que se había quedado dormida.

«Dulces sueños, Rose», besé su frente. Por un segundo, consideré besar sus labios también. Pero pensé que había tomado suficiente por una noche.

Coloqué mi antebrazo sobre mis ojos para bloquear la luz y me concentré en la respiración uniforme de Aurora. Tumbada allí, esperé a que se reprodujera en mi cabeza la película habitual: el tiempo que había pasado con Aurora seguido de la oscuridad. Excepto que esta vez no llegó. No había nada más que la luz brillante de la mesita de noche.

«No», Aurora daba vueltas y vueltas. «Rex. Por favor».

¿Qué carajo?

Me senté y aparté su cabeza del camino. Estaba profundamente dormida y hablaba en sueños. Hablando con, precisamente, el maldito Rex.

«¿Qué pasó?», le pregunté, tocando su mejilla, a pesar de que todavía estaba atrapada en su pesadilla.

«Rex», murmuró.

La única palabra en sus labios fue como una patada en el estómago. ¿Por qué Rex estaría en la pesadilla de Aurora? Estudié sus rasgos, la humedad de sus pestañas y la profunda arruga entre sus cejas. Sacudió la cabeza y volvió a llamar a Rex.

«Shh», acaricié su cabello suavemente. Si despertaba ahora, tendríamos que hablar de Rex.

La idea de que pudiera haber algo entre ellos hizo que mi estómago se revoliera de ira. Rex dejó que Aurora muriera en el fuego porque decidió usar los pocos minutos preciosos que tenía para conseguir que alguien me ayudara. Él me salvó a mí en lugar de a ella. Lo había odiado por eso durante tantos años.

«Rex. El bebé. Tanta sangre».

Sus palabras no tenían ningún sentido. Y no podía quedarme aquí y escuchar más. Pasé una mano por mi cabello e inhalé profundamente para calmarme. Rex y Aurora juntos eran un pecado que nunca perdonaría. Salí de la cama y agarré mis calzoncillos del suelo. Aurora dio

vueltas y vueltas nuevamente mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Tan pronto como entré furioso a la cocina, Mollie se volvió hacia mí, para nada sorprendida de verme muy enojado o solo en ropa interior o levantado a las cinco de la mañana.

«Noche difícil», no era una pregunta. Sabía que todas mis noches terminaban más o menos de la misma manera: con una resaca infernal y yo enojado con todos nuevamente. «Bebe», dejó una taza de café negro en la isla de la cocina.

La infusión era fuerte y amarga y exactamente lo que necesitaba. Por una vez no tenía resaca. Pero sí tuve la sensación de que necesitaba despertar. ¿Qué diablos había pasado anoche? Me senté en el taburete del mostrador y me pasé ambas manos por el pelo. «Aurora está viva».

«¿La desamparada?» chasqueó los dientes. «Santa mierda. ¿Cómo ocurrió eso?».

«Ni idea. No quiere hablar conmigo. Al parecer, me odia. ¿Qué hay sobre eso?». Levanté la voz. Mollie ni siquiera se inmutó. En cambio, esperó a que continuara. «Ella está enojada conmigo. Ella mintió acerca de estar muerta. ¿Y yo soy el malo?».

«Bueno, ¿no es ese tu trabajo? Ser el malo».

La miré. «Ese no es el punto», bebí más café, frotándome el pecho. «Y como siempre, Rex está involucrado. ¿No se cansa de entrometerse en la vida de la gente? Quiere controlar a todos y a todo».

«¿Qué vas a hacer?».

Me puse de pie y apoyé ambas manos en el mostrador. Mi hermana Caterina tenía razón. Esta cosa entre Rex y yo no podía continuar así. Tarde o temprano, él y yo tendríamos que discutir las cosas. «Es hora de que Rex y yo hablemos», me di vuelta para irme y me encontré cara a cara con Aurora.

«Dios mío», se detuvo en seco y agarró la parte delantera de su bata de seda, como si la fina tela pudiera protegerla de mí. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo dos veces antes de darse cuenta de que no estábamos solos. Le ofreció a Mollie una sonrisa vacilante. «Hola».

«Hola, desamparada», Mollie le sonrió. ¿Se alegraba la anciana de ver a Aurora?

«Eh. No sabía que esto era la cocina».

«Déjame adivinar», di un paso hacia ella. «Intentaste salir por la puerta principal y te topaste con tu nuevo guardaespaldas. Entonces decidiste probar con la puerta trasera».

Sus ojos se agrandaron por la sorpresa. «Enzo. Por favor».

Mollie se aclaró la garganta. «Supongo que no necesitas que me deshaga de esta».

Sí, desde hacía un tiempo ella había estado sacando a las mujeres de mi dormitorio.

«No. Esta no», me encontré con su mirada. «Desayunaremos en la terraza. Aurora va a necesitar fuerzas para esta noche».

«Prepararé un omelet grande con todo. Está hecha una flacucha», hizo un gesto hacia Aurora y luego se dirigió al refrigerador.

«Ella también va a necesitar ropa. Y un vestido para esta noche».

«Oh», Mollie ni siquiera se molestó en ocultar su gran sonrisa.

Agarré a Aurora por el codo y la llevé de la cocina hacia las escaleras. En mi cabeza, seguía escuchando las palabras «Rex. Por favor». ¿Qué estaba pidiendo? ¿Por qué estaba rogando? Una infinidad de imágenes de ellos dos besándose y tocándose pasaron por mi mente.

Un gemido gutural escapó de mis labios. No podía soportar la idea de que los dos estuvieran juntos. Angelo primero. Ahora Rex. ¿Qué demonios? Tan pronto como llegamos a mi suite, cerré la puerta y la atraje hacia mí. «Te dije que no debías salir de esta habitación».

«Me desperté y ya no estabas. Lo pensé».

«Pensaste mal», jalé el cordón de su bata.

Ella dio un paso atrás y yo la seguí. Cuando llegamos a la cama, deslicé mi mano alrededor de su cintura y con la otra aparté la tela sedosa de sus hombros. Ella era una jodida visión. Tomé sus pechos y me incliné para besar su boca. Se movió justo a tiempo y mis labios se posaron en el borde de su mandíbula. De repente, el único pensamiento en mi cabeza era cuánto quería estar dentro de ella y follarla hasta que se olvidara de Rex y de todos los demás.

Pasé mi lengua por el largo de su cuello, usando mi cuerpo para guiarla de regreso a la cama. «Te sientes tan jodidamente bien», froté mi erección en su coño mojado.

Con solo mis calzoncillos separándonos, podía sentirla por completo. Clavó sus uñas en mi trasero y luego pasó sus manos por mi espalda. Su toque me llevó al límite. Liberé mi polla y entré en ella.

«Sí», echó sus brazos alrededor de mi cuello.

«Si follarte las veinticuatro horas del día es la única manera de mantenerte aquí, estoy bien preparado para hacer precisamente eso», la embestí, fuerte y rápido.

No tenía autocontrol cuando se trataba de ella. Besé su cara, cuello y pecho hasta que me detuve en sus deliciosos pezones. Hace diez minutos, ella estaba buscando una salida. Ahora ella estaba aquí, rogando por más, pasando sus manos por todo yo, enfrentando mis embestidas una a una. Sus mejillas se pusieron rojas, justo cuando sus paredes resbaladizas se apretaron alrededor de mi pene.

«¿Ya, ángel? No he dicho que pudieras correrte», besé su cuello y salí.

Ella me recompensó clavándome las uñas en la espalda. Jadeando, levantó la cabeza para mirarme. Luego sus rasgos se suavizaron. Lentamente, metió su mano entre nosotros y, mientras sostenía mi mirada, comenzó a frotar su bonito coño. Parecía cómoda con la idea de que yo la viera jugar consigo misma, como si ya hubiera hecho esto antes.

Fóllame.

La dejé trabajar hasta el punto en que sus piernas se tensaron. Luego le aparté la mano. «Aún no», puse sus manos sobre su cabeza y me deslicé dentro de ella. «¿Has hecho esto antes?».

«No», su voz tembló.

«Mentirosa», acaricié su cuello.

«Termínalo. Por favor».

«Vente por mí, Rose», tomé su trasero y la levanté para que pudiera llevar mi eje a la base de un solo golpe.

En esta posición, ella no podía moverse. Estaba a mi merced para hacer con ella lo que quisiera. Aumenté el ritmo, follándola crudamente con todo lo que tenía. Un minuto después, sus jugos se derramaron por toda mi polla y sobre las sábanas.

«Qué buena chica», le susurré al oído, dejando que mi propio orgasmo se apoderara de mí. Este viaje fue como ningún otro. Una vez que el zumbido acalorado explotó debajo de mi ombligo, no había nada que pudiera hacer para detenerlo. Se filtró en mis venas y me sacudió hasta lo más profundo. Acariciando mi rostro en el rincón de su cuello y hombro, dejé escapar un largo suspiro mientras mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho. «Jesús. ¿Qué me estás haciendo?».

«Podría preguntarte lo mismo», su voz sonaba ronca y sexy. «Enzo, estamos arriesgando demasiado estando aquí».

«¿Por qué?», levanté la cabeza para mirarla. «Dime. Puedo decir que estás ocultando algo. ¿Por qué no hablas conmigo?».

«Porque no puedo», ella acarició mi mejilla.

«¿Es por Rex?».

«¿Qué?», ella me empujó para alejarse de mí, pero la abracé más, empujando mis caderas para mantener mi pene dentro de ella. «¿Qué tiene... Rex... que ver aquí?».

«Si no hubieras dudado en decir su nombre, te habría creído», apreté los dientes. Y aunque lo último que quería hacer era soltarla, salí de ella y de la cama. «Comerás tu desayuno. Y te prepararás para esta noche. Mollie te ayudará».

Me dirigí hacia la puerta. No podía estar en la misma habitación que ella.

«¿Qué hay esta noche?», me preguntó.

«Un baile de máscaras en el ‘Crucible’», con la mano en el pomo de la puerta, me volví hacia ella. «Rex estará allí».

Su rostro palideció. «No puedes hacer eso», se puso de rodillas.

Mi pene se movió en mis calzoncillos cuando ella me mostró una vista perfecta de sus tetas y su coño. La deseaba de nuevo. Pero necesitaba tener la cabeza despejada para resolver este enigma. «Rex y yo tenemos una conversación pendiente. Vas a venir conmigo».

«No, no iré», levantó la barbilla.

«Prepárate a las siete en punto, Rose», puse énfasis en su nombre de sumisa. Ella estaba aquí para que yo hiciera todo lo que le pidiera. «Te gustará. Todos usarán máscaras», cerré la puerta de golpe.

CAPÍTULO 15

Como un loco

AURORA

«¿Cuánto tiempo llevas con él?», me encontré con la mirada de Mollie en el espejo de cuerpo entero.

Durante la última media hora, había estado trabajando en hacer ajustes a un vestido que Caterina me había enviado para usar esta noche. Era un hermoso vestido negro con un corpiño que me ceñía la cintura. Ella había dicho que sería más fácil colocar las alas oscuras si me pusiera el vestido. No tenía ninguna duda de que Enzo la había enviado a hacer preguntas.

Yo estaba de acuerdo con eso. Yo también necesitaba respuestas. Sabía que su madre había fallecido hace cuatro años. Supe que su padre hizo lo mismo dos años después. Pero no conocía los detalles de su vida diaria. ¿Tenía esposa? ¿Una novia? ¿Una amante?

Claro, había estado aquí sola con él. Pero tal vez, su mujer vivía en Brooklyn, como su madre.

«¿Te trata bien?», pregunté.

«Le gustan las desamparadas», se rió con cierta burla. «Pero tu ya lo sabías», sus dedos frotaron un lugar en mi espalda mientras sujetaba la tela para insertar otro alfiler. «Vine a trabajar para él cuando regresó».

«¿Adónde fue?», mantuve un tono informal, como si no me hubiera muerto por preguntarlo.

«Ibiza».

Mi cabeza se levantó de golpe para mirar a Mollie en el espejo. «¿Ibiza? ¿Estás segura?».

«Sí, estoy segura. Dejó la ciudad después de la muerte de su madre. Estuvo allí hasta hace dos años, cuando Rex asumió el cargo de rey». Se ajustó las gafas de lectura en la nariz y empezó a coser las alas.

«¿Sabes acerca de la Sociedad?».

«No soy idiota. Lavo su ropa, limpio su oficina, le cocino la comida. Siempre supe que era mafioso. Simplemente no sabía qué tan profunda era la madriguera del conejo», arqueó las cejas como diciendo, *“ya sabes a lo que me refiero”*.

Y sí, lo sabía. Cuando mi familia se mudó por primera vez a la Quinta Avenida, tuve que aprender rápidamente de qué se trataba realmente este mundo mafioso. «La muerte de su madre debió haberle dolido».

«Había muchas cosas sucediendo. Imagínate despertar de un coma de seis meses y descubrir que tu novia está muerta. Déjame decirte que las cosas no mejoraron a partir de ahí», chasqueó los dientes. «Te ves diferente. Todavía tienes estrellas en los ojos cuando lo ves, pero no eres esa chica ingenua del bachillerato».

«La vida tiene una manera de tratar con las chicas ingenuas».

«Sí, lo hace», ladeó la cabeza para mirarme. «¿Por qué has vuelto?».

Su pregunta me provocó una descarga de adrenalina y tuve la sensación de que Mollie estaba aquí para ocuparse de algo más que limpiar y cocinar. Había estado presente el tiempo suficiente para saber que no se podía confiar en nadie, que incluso los amigos más antiguos podían volverse contra ti.

«No he vuelto. Esto fue...», traté de pensar en la palabra correcta para describir lo que había pasado. No estaba aquí por Enzo. Había venido a buscar a mi hijo. Solo Dios sabía cómo había terminado en Nueva York, cara a cara con la única persona a la que no me permitían ver. «Esto fue un error. No planeo quedarme. Lo juro».

«Quieres decir que no planeas quedarte *después* de haber cumplido tu contrato conmigo», la voz de Enzo resonó en el enorme vestidor.

Cuando levanté la vista, me centré en su reflejo. Dios, con un esmoquin, el hombre parecía más sexy que el infierno. Mi corazón aceleró su latido con un aleteo rápido, no lo suficientemente rápido como para enrojecer mis mejillas, pero, de repente, me resultó difícil respirar.

Caminó hacia mí, mientras Mollie seguía trabajando con la aguja y el hilo entre los dedos. Su mirada recorrió mi forma de arriba abajo mientras caminaba en un amplio círculo a mi alrededor. Me concentré en el papel tapiz que se asomaba por encima del espejo inclinado. Pero incluso parada en el pequeño banco de quince centímetros que Mollie había traído, yo no era más alto que él. Cuando entró en mi línea de visión, estábamos cara a cara. Aunque no me miraba a los ojos. En cambio, se comió con los ojos mi escote.

«Necesitamos irnos. ¿Terminaste?».

«Sí. Solo estaba reforzando las alas», Mollie recogió su costurero de la alfombra y salió.

«¿Por qué llevo esto? Parezco un cisne negro».

«Eres un ángel oscuro», sonrió, satisfecho consigo mismo.

«Es mitad de semana», levanté las manos con frustración. «¿Quién organiza un baile de máscaras un miércoles?».

«Rex», tomó mi mano y me ayudó a bajar del banco. «Vamos. Me gustaría llegar allí antes de que se llene de gente».

«¿Entonces se supone que debo usar este vestido ridículo y tú simplemente ser tú?».

«Estás preciosa», me sonrió.

Al menos ya no estaba furioso como esta mañana. No había visto a Enzo desde que me folló a fondo hoy. Cogido, era la palabra correcta. Se había enojado mucho cuando se dio cuenta de que había entrado en su cocina mientras buscaba una salida. Cuando me tomó, fue como si quisiera marcarme como suya.

Pasé mis manos por mi cabello, haciendo lo mejor que pude para no pensar en él dentro de mí, montándome como si fuera la última mujer en la Tierra. La oleada de deseo me atravesó por mucho que intentara no imaginármelo desnudo y encima de mí. Pero realmente ¿cuál era el punto? Desnudo o con esmoquin, Enzo estaba increíblemente sexy.

«¿Ya no estás enojado conmigo?»., pregunté.

«No estaba enojado», agarró mi cintura. «Pero me haces sentir como un loco».

«Haré todo lo que me pidas», tomó su mejilla. «Quedémonos aquí. Por favor».

Él se rió entre dientes, movió su mano hasta mi codo y me hizo salir por la puerta. Me sostuvo mientras atravesábamos el pasillo, bajábamos la gran escalera y entrábamos en su ascensor privado.

Todavía seguía enojado.

Y, curiosamente, esa no era mi mayor preocupación.

¿Qué haría Rex cuando me viera? ¿Estaría tan furioso como lo estaba Enzo cuando me vio por primera vez anoche? No había traicionado a ninguno de los dos. Rex me había mentido. No al contrario. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. ¿Enzo me creería si le dijera la verdad?

Una vez le confié mi corazón a Enzo. ¿Podría confiarle ahora la vida de mi hijo?

Una parte de mí quería creer que, en el fondo, Enzo todavía sentía algo por mí. Pero una noche de sexo loco y apasionado no significaba nada. Eso no significaba que pudiera mantener a mi hijo a salvo. La única manera de hacerlo era cumplir mi promesa y mantenerme alejado de Enzo.

El viaje hasta el ‘Crucible’ fue bastante corto. O al menos no tanto como esperaba. No tenía idea de qué era ese lugar, pero si Rex tenía algo que ver con eso, estaba segura de que no podía ser nada bueno. Siempre le estaría agradecida a Rex por salvarme del fuego, por estar ahí para mí en mi momento más oscuro. Pero tenía un reino que gobernar. Y eso tenía prioridad sobre cualquier otra cosa, yo, nuestra amistad o mi hijo.

«¿Qué es exactamente el ‘Crucible’?», pregunté cuando el SUV se detuvo en una calle concurrida.

Afuera la música estaba alta y las luces rebotaban en los edificios. Conduciendo al vestíbulo principal, había una alfombra roja, tal como la había visto en la televisión. Había gente por todas partes, aparentemente haciendo cola para entrar. Aunque toda la escena resultaba una gran fiesta callejera caótica.

«Máscaras», se puso su máscara azul oscuro que cubría la mayor parte de su rostro. Luego sacó otra para que yo la usara. Tenía plumas negras que hacían juego con mi vestido. Con una sonrisa, la colocó en mi cara y la ató por detrás. «¿Mejor? Ahora te escondes de nuevo».

«Enzo».

«Señor Alfera», un portero abrió la puerta para nosotros y efectivamente arruinó mi última oportunidad de rogarle a Enzo que se diera la vuelta y volviéramos a casa.

Salimos del vehículo y fuimos escoltados por un segundo tipo, que parecía más un guardaespaldas que un portero. Principalmente porque vestía un traje oscuro, en lugar de la camiseta negra súper ajustada por excelencia.

«Bienvenidos al ‘Crucible’». Una hermosa joven con una sonrisa deslumbrante nos indicó que siguiéramos caminando hacia el ascensor. «Pueden entrar al piso cuarenta. Aquí tienes», colocó una pequeña caja roja en mi mano. «Disfruten su velada».

«¿Qué es esto?», me volví hacia Enzo tan pronto como la puerta del ascensor se cerró.

«Mmm» me quitó la caja. Luego usó su cuerpo para presionarme contra la fría pared de espejos. «Algo para disfrutar la velada».

«Has estado aquí antes».

«Sí, se podría decir eso», inhaló y exhaló justo detrás de mi oreja. El rastro de piel de gallina que dejó viajó hasta mi coño. Permaneció cerca de mí por otro latido, luego gimió en mi cuello. «Carajo», acunó mi cuello. «Nunca podría jugar contigo y no verme afectado por eso. Tenerte aquí es ponerme todo tipo de ideas en la cabeza. Al diablo con Rex».

«¿Qué?», los latidos de mi corazón se habían convertido en una cacofonía de golpes rápidos, la sangre corriendo por mis oídos y los golpes en el pecho de Enzo. Lo que sea que él estuviera pensando, yo también quería eso.

«Como dije, me convertiste en un loco», hizo una pausa por un segundo, como si estuviera considerando algo, luego se dio la vuelta y presionó el botón de llamada para el piso veintiuno.

«Ese no es el piso al que debemos ir».

«Hay algo que quiero mostrarte», su mirada cayó a mis labios. «Siempre me he preguntado qué pensarías de este lugar».

Abrí la boca para preguntar por qué, pero en ese momento, las puertas se abrieron y obtuve todas mis respuestas.

«¿Qué ves, Aurora?», presionó su pecho contra mi espalda y me susurró al oído. «Dime».

Negué con la cabeza. Y en un instante, todos los recuerdos de mi primer día de clases brotaron a borbotones, como sangre en una herida abierta. Lo había visto antes en el campo de fútbol y en Tiffany. Pero antes de irrumpir en él mientras iba al baño, no me había hablado directamente. En aquel entonces, él era uno de los Reales. Uno de los chicos que básicamente dirigía Midtown High.

Dios mío, eso había sido hace tanto tiempo. Ya no era esa chica. No era tan insoportablemente ingenua, como decía Mollie. Yo era una mujer independiente; ya era madre. Era una sobreviviente.

Lo era...

«Dime. Y luego podremos irnos a casa», presionó sus labios contra mi oreja.

Gire para mirarlo. Era difícil pasar por alto la lujuria en sus ojos. Cuando la cabina del ascensor se cerró lentamente detrás de él, tuve la sensación de que los planes de Enzo para mí esta noche habían cambiado.

«¿Qué es este lugar?».

«Un lugar para mirar». Envolvió su mano alrededor de mi cintura y me condujo hacia el lado oscuro de la habitación.

A nuestra derecha, un barman sonrió con un gesto cortés. Su área estaba tenuemente iluminada, aunque destacaba porque el resto del piso estaba muy oscuro. No tanto como para no poder ver todos los sofás, la elegante decoración y la gente semidesnuda teniendo sexo.

Cuanto más nos alejábamos del bar, más se adaptaban mis ojos a la poca luz y más podía ver. Enzo tenía una manera de desarmarme. Rex estaba en algún lugar de este edificio. Pero, en este momento, lo único que me importaba era estar aquí con Enzo y ver lo que él quería que yo mirara. Entonces, cuando me llevó por la gran escalera que supuse que conducía a algún tipo de área VIP, ni siquiera pensé en huir.

«Siéntate», señaló un sofá de dos plazas tapizado en terciopelo y cubierto con mullidos almohadones.

Frente a él había un sofá vacío y una mesa de café con una botella de champán sobre hielo. El espacio se sentía íntimo. Y casi podía fingir que estábamos solos. Mantuve mis ojos en una pareja, a unos metros de nosotros, y me agaché sobre el lujoso cojín. Estaría mintiendo si dijera que no estaba excitada.

De la nada, entró un portero y les susurró algo a las tres personas en el loft privado. Al cabo de un minuto, todos recogieron sus cosas y bajaron corriendo las escaleras. Estábamos, a todos los efectos, solos en este vasto lugar, lleno de rincones oscuros, oxígeno perfumado y una decoración opulenta.

«¿La gente tiene que salir de donde sea que vayas tú? ¿Eso es cosa de ser un Don?». La actitud salerosa estaba allí principalmente para encubrir el hecho de que mi clítoris moría por la atención de Enzo, que yo moría por su toque.

«Sí, es cosa de ser un Don», se rió suavemente. El deseo en su mirada todavía estaba allí, pero de alguna manera ahora era más moderado.

«¿Por qué me has traído aquí?», caminé por el loft mientras Enzo me observaba atentamente. Se tensó cuando llegué al borde de la escalera, pero luego se relajó cuando seguí caminando

hacia el rellano que daba al piso debajo de nosotros, donde un grupo de extraños estaban en varias etapas de estar desnudos y de tener relaciones sexuales.

Enzo se acercó detrás de mí y me quitó la máscara. La sacudida de energía que me atravesó me hizo mover mi cuerpo para mirarlo. También se había quitado la suya. De alguna manera, me sentí desnuda sin la protección de nuestros disfraces.

«Estás a salvo aquí arriba».

El espacio de abajo estaba decorado con múltiples grupos de sofás de terciopelo. Intenté centrar mi atención en las intrincadas lámparas, pero ignorar el mar de cuerpos era imposible. Podía sentirme cediendo lentamente a lo que Enzo quería. Quería que yo mirara.

«Aurora», besó mi hombro y señaló con el dedo hacia delante. «Dime».

Sacudí la cabeza porque la escena me parecía muy familiar. Eso había pasado, ¿verdad? Una vez me encontré con Santino, cuando estaba teniendo sexo oral con su novia, la animadora que...

«No» me di la vuelta. «No quiero recordarlo».

«¿Es eso lo que pasó?», acunó mi mejilla. «¿Olvidaste que existía? ¿Te olvidaste de nosotros?».

«Enzo», rogué. Aunque no estaba segura de lo que le estaba pidiendo que hiciera. ¿Follarme aquí mismo, delante de toda esta gente y sacarme de mi miseria? ¿O le estaba suplicando que me dejara ir, que me dejara olvidar?

«Date la vuelta», me agarró la cintura y me hizo mirar a la multitud nuevamente. «Apuesto a que quieres sentir cómo se siente ella ahora mismo».

Apoyó su mano en mi nuca y me guió hacia adelante hasta que básicamente estuve inclinada sobre la barandilla con una pelirroja con las piernas extendidas, poniendo el cunnilingus de su vida en mi línea de visión.

«Sí».

CAPÍTULO 16

¿Cómo podría olvidar el día de mi muerte?

ENZO

Cuando vi a Aurora por primera vez anoche en la subasta de sumisas, todo mi dolor y mi ira se redujeron a una sola emoción: miedo. Aurora literalmente había regresado de entre los muertos. La idea de perderla de nuevo me petrificó. Quería castigarla por no volver a mí, por venderse a otros, sabiendo muy bien que me pertenecía.

En su ausencia, mi amor por ella se había convertido en una obsesión. Oh, sí, estaba obsesionado con Aurora Vitali y todas las cosas que no pude hacerle. Pero ahora que mi miedo había disminuido, ahora que había descargado la mayor parte de mi ira y mi dolor, quería saber por qué había permanecido alejada durante tanto tiempo.

Once años había sido mucho tiempo. ¿Había seguido adelante con su vida? ¿Estaba casada? Ella me quería. Eso lo sabía. Entonces, ¿qué le impedía ceder por completo?

«Me estás ocultando algo», levanté la falda de su vestido y presioné mi erección contra su delicioso trasero.

«Mmm», se agarró a la barandilla con ambas manos.

Me estiré y la tomé. Ella apretó las piernas por un momento, pero luego se relajó y amplió su postura para mí. La palmeé, deleitándome con la suavidad de los labios de su coño, hinchados por la necesidad. Cuando mis dedos avanzaron poco a poco hacia abajo, siguiendo un camino húmedo hacia su entrada, ella dejó caer la cabeza en señal de rendición.

«Elige uno», jadeé en su oído. Mierda. Había llegado a ese punto en el que mi cuerpo estaba en un frenesí. El olor de su cabello y su piel me volvía loco.

«Ella», señaló a una mujer inclinada sobre el respaldo de un sofá. Sus tetas colgaban de su vestido blanco, mientras su pareja le comía el coño por detrás.

«¿Te niegas a hablar conmigo, pero me dejarás comerte así?», deslicé un dedo dentro de ella.

Aurora estaba tan perdida que incluso asintió. En este momento, haría cualquier cosa para encontrar su liberación. Subiendo su vestido mientras me arrodillaba, enterré mi cara entre sus muslos. Sus silenciosos gemidos eran tan embriagadores. Tenía preguntas. Pero podrían esperar. Joder, el mundo entero podría esperar.

La vista de su trasero en forma de corazón desde aquí abajo era espectacular. Mi boca en su bonito coño era el paraíso. Nunca pensé que sería posible que mi pene se convirtiera en acero. Pero eso era lo que ella me provocaba. Estaba tan jodidamente duro que incluso mis pelotas se sentían estiradas hasta el límite. Chupé y mordisqueé arriba y abajo de su raja, masajeando sus nalgas. Me encantaba sentirla en mi lengua, su sabor. Pero en mi cabeza, todo lo que podía ver ahora era a mí metiéndole el pene al fondo. Mi mente ya había conjurado diez maneras de follarla la próxima semana. Pero ella no estaba lista. La necesitaba sumisa y dócil. Porque

después de que ella se viniera, la iba a hacer hablar.

El deseo continuó acumulándose debajo de mi ombligo, pero me mantuve concentrado en lo que Aurora me había pedido que hiciera. Quería ser complacida como la mujer del vestido blanco. Sin embargo, cada vez que me acercaba a su entrada trasera, ella se tensaba expectante. Su reacción me dio una idea, no exactamente un pensamiento nuevo. Consideré reclamar su trasero anoche y luego otra vez cuando el recibidor en el vestíbulo de abajo le ofreció a Aurora una caja de perversión.

«¿Has hecho esto antes, dulce Rose?», me levanté y besé su cuello.

Ella sacudió la cabeza, agarrando la barandilla con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos.

«No te muevas», caminé hacia la zona de asientos detrás de nosotros, donde había dejado la caja roja con el logo del ‘Crucible’.

El contenido era bastante estándar: esposas de cuero, cuerdas, consoladores, tapones anales, gelatinas y antifaces. Busqué hasta que encontré el artículo que quería que probara Aurora. Metí la bolsa de seda en mi bolsillo y miré a Aurora con su trasero todavía expuesto para mí mientras observaba a la gente en el piso principal. El cuarto oscuro hacía que fuera fácil disfrutar de esta fantasía donde Aurora nunca se había ido, donde nunca dejamos de amarnos.

«Córrete por mí», me acerqué a ella.

Ella me lanzó una mirada frustrada por encima del hombro. Casi podía verla haciendo los cálculos en su cabeza. Podría quedarse ahí y desafiarme. O podría manejar las cosas por su cuenta. Optó por lo último. Sus ojos se cerraron y solo pude adivinar que era porque sus dedos habían encontrado su necesitado clítoris. Pasé mis manos por sus nalgas, presionándola para que terminara. Cuando comenzó a subir, le arrojé lubricante en la entrada trasera. El frescor la hizo jadear, pero no se detuvo.

«Estoy tan cerca», se mordió el labio y bajó la cabeza.

«Lo sé».

Cuando finalmente llegó su liberación, saqué el pequeño tapón de acero inoxidable de la bolsa en mi bolsillo y lo inserté lentamente en su ano. Ella se dobló por el placer extremo de la cosa que pesaba mucho en su trasero.

«No luches contra eso», le bajé el vestido y la ayudé a levantarse. «Mantenlo ahí. Se quedará en ese bonito trasero tuyo hasta que yo lo diga».

«Dios mío. Es demasiado. Siento que puedo volver a correrme», ella se inclinó hacia mí.

«No por mucho tiempo, ángel».

Agarró las solapas de mi chaqueta con su mano libre mientras disfrutaba las últimas olas de su clímax. En medio de eso, su boca aterrizó en mi mejilla. Me moví levemente para besarla, pero decidí no hacerlo. Este no era el momento de romper su única regla.

Necesitaba mucho más de ella.

«¿Qué me estás haciendo?».

«Simplemente obteniendo el valor de mi dinero», pasé mi pulgar por sus labios, inclinando su barbilla hacia arriba, para poder ver el deseo en sus ojos. Mi pene me rogó que detuviera este tonto plan y la tomara ya. Pero tenía preguntas. «¿Dime dónde has estado todos estos años?».

«Mmm», ella me miró entrecerrando los ojos. «No sé».

«¿No sabes dónde vivías antes de venir aquí?»., le aparté un mechón de pelo suelto de la cara. «Por supuesto que lo sabes».

«Rascafría, a una hora aproximadamente de Madrid», soltó un suspiro y luego inhaló con urgencia, todavía volando alto por el orgasmo.

«¿Estuviste en España todo este tiempo?», me reí con incredulidad.

«En su mayoría, sí. Primero fuimos a Canadá», ella inspeccionó el espacio con los ojos bien abiertos.

«Te busqué en Madrid. Te busqué por todas partes».

«¿Lo hiciste?».

«¿Por qué no me esperaste en Canadá como dijimos?». Sostuve su cara con ambas manos.

«No era seguro».

Hice un gesto. Aurora no estaba segura en Canadá, mientras yo estaba en coma inducido por drogas para mantenerme con vida. Había perdido tanta sangre. Mi cuerpo necesitaba tiempo para sanar. Solo deseaba que el proceso no hubiera tomado tanto tiempo. Podría haber llegado a Canadá como le prometí.

«¿Por qué no volviste?».

«Porque no quería que murieras. Angelo nos habría matado a los dos». Ella tomó mi cara. «Enzo, lo hice por ti».

«Lo entiendo. Créeme, lo hago. Incluso entiendo que tal vez tuviste que alejarte un año, dos o tres. ¿Pero once malditos años? Y no me digas que estás aquí para mí ahora. Porque tú y yo sabemos que eso es una puta mentira». Decir las palabras en voz alta fue como un puñetazo en la cara. «Estás aquí porque te compré y pagué por ti».

«Hice la promesa de no volver nunca más. Prometí olvidarte». Su voz temblaba, pero la resolución detrás de sus palabras era real.

«¿Quién te pediría que hicieras tal cosa? ¿Y por qué carajo estuviste de acuerdo?».

Ella se congeló y se alejó de mí. La alcancé, pero solo tomé aire. Cuando seguí su línea de visión, entendí por qué.

Maldito Rex.

«¿Qué quieres?», le pregunté a él.

Levantó las manos en el aire. «Hablar. Me dijeron que ella estaba aquí».

«Ella no tiene nada que decirte», me volví para agarrar a Aurora y salir de aquí, pero ella ya no estaba.

Rex la vio despegar y ni siquiera se inmutó para hacérmelo saber. Lo miré con todo el odio que sentí en ese momento. «Si ella vuelve a desaparecer, te mataré». Corrí hacia la gran escalera, buscando entre la multitud su cabeza rubia.

Tan pronto como llegué al rellano, la vi cerca del ascensor. Por supuesto, ella estaba huyendo. Mis pies tocaron el suelo de mármol y eché a correr. Al diablo con todas las caras atónitas y los gritos de horror. Estábamos en un club de sexo, pero la regla fundamental aquí era actuar con la mayor cortesía. Era lo que mantenía viva la fantasía. Que podríamos hacer lo que quisiéramos y aún así conservar de alguna manera nuestra humanidad.

Era una buena regla.

Pero no podía perder a Aurora. Incluso ahora, mientras la perseguía, mientras la veía subir a la cabina del ascensor, podía sentir mi pecho oprimiéndose con el habitual dolor punzante. Pensé que había terminado con eso. Pensé que esos años habían terminado.

«Aurora», grité.

«No», presionó el botón de llamada repetidamente.

Cuando llegué a ella, las puertas ya se habían cerrado. Golpeé la puerta con ira y luego saqué mi teléfono del bolsillo interior de la chaqueta de mi traje.

«No dejes que se vaya», dije con los dientes apretados cuando mi mano derecha, Rocco, respondió.

«Sí, señor».

«Te veré en el vestíbulo», presioné el botón de llamada y luego retrocedí para observar cómo cambiaban los números de los pisos en la pantalla sobre la puerta del ascensor. El contador se detuvo. Luego empezó de nuevo, pero iba en la dirección equivocada. «Rocco. ¿Por qué su puto ascensor sube?».

«Llamaré a seguridad».

«Hazlo», terminé la llamada.

Me froté las arrugas de la frente. Maldito Rex. No necesitaba que seguridad me dijera que Aurora se dirigía al penthouse, el apartamento de Rex.

Cuando finalmente llegó el siguiente ascensor, me subí. Durante todo el camino caminé de un lado a otro, sintiéndome como un animal enjaulado. Por las pesadillas de Aurora, sospeché que Rex tenía algo que ver con la muerte falsa de Aurora. Me lo confirmó esta noche. No le sorprendió en absoluto ver que Aurora estaba viva. Pero era más que eso. La mirada en sus ojos me decía que había más entre ellos.

Me froté el dolor en el pecho. Odiaba la idea de que Rex y Aurora tuvieran una historia.

La puerta del ascensor se abrió y mi mirada inmediatamente se centró en la forma de Rex. Estábamos en su vestíbulo privado fuera de su penthouse, solos.

«Esto es nuevo», señalé las puertas dobles que conducían a su casa. «Estás aquí sin mi hermana. Últimamente has empezado a esconderte detrás de sus faldas».

«Detrás, debajo», él sonrió encogiéndose de hombros.

«O tal vez no quieres que ella esté aquí para ver tu verdadero yo», apreté la mandíbula y luego la solté. La forma de lidiar con Rex no era perdiendo la cabeza. «¿Mi hermana sabe sobre ti y Aurora?».

Él tragó. Finalmente, un verdadero golpe. Porque no importaba lo que Rex fingiera ser, él estaba enamorado de Caterina. Y él sabía que ella nunca lo perdonaría si tuviera otra mujer. «¿Dónde está Aurora?».

«A salvo», apoyó las manos en las caderas.

«Esto no es la escuela, Rex. Esa apuesta que hicimos. Eso terminó hace mucho tiempo».

«No se trata de una apuesta estúpida». Inhaló ruidosamente y se pasó una mano por el pelo. «Es hora de que tú y yo hablemos».

«No tengo nada que decirte. Esta noche has demostrado hasta dónde estás dispuesto a llegar para conservar la corona, la silla al final de la mesa. De eso se trata. Lo que sea que le hiciste a Aurora, lo hiciste por codicia. Y estoy cansado». Di un paso hacia él. «Estoy cansado de que te hagas la víctima. No quiero tu estúpida corona. Nunca quise ser rey».

«Sé que eso no es cierto».

«No me importa lo que creas. Se acabó. Lo que sea que creas que tienes sobre Aurora, se acabó. Ella es mía». Solté un suspiro. Se sintió tan bien decirle esas palabras y saber que eran verdad. «Déjala ir».

«No», sacudió la cabeza una vez.

«¿Qué carajo?». En los pocos segundos que perdí la cabeza, cerré el espacio entre nosotros en dos zancadas, lo golpeé dos veces y luego envolví mis manos alrededor de su cuello. «Estoy al borde de mi cordura aquí. No me presiones, Rex».

«Esta siempre fue la diferencia entre tú y yo, ¿no?». Su garganta se expandió en mis manos mientras jadeaba por aire. «Dejas que tus emociones gobiernen todo lo que haces. El difunto Don Alfera también lo hizo».

«No hables de mi padre. No soy tu marioneta. Cualquiera que sea el juego que estés jugando,

estoy fuera». Lo solté y caminé hacia la puerta principal. Lo golpeé y llamé a mi hermana. «Caterina, abre la maldita puerta».

Rex siempre creyó que las emociones se interponían en el camino. Creía en la lógica. Cada camino tenía pasos que dar. No había lugar para nada más, ciertamente nada tan débil como los sentimientos. Pero cuando se trataba de Caterina, él era el títere.

«Caterina», volví a golpear la puerta con el puño.

«Enzo. Detente», me empujó lejos de la puerta.

Bien. No quería que mi hermana lo viera así.

«Entonces, deja ir a Aurora», gire para mirarlo. «¿Qué deseas? ¿Quieres mi palabra de que nunca vendré por lo que es mío por derecho? Bien. Tienes mi palabra. El trono es tuyo, mi rey».

Miró sus pies y sonrió. Cuando volvió a levantar la vista, la habitual sonrisa de sabelotodo en su rostro se desvaneció. «Para que quede claro, nunca quise ser rey». Señaló a su izquierda. «Aurora está en la cabina del ascensor».

«¿Qué?», me lancé hacia él y presioné mi oreja contra las puertas. «Aurora».

«Enzo», ella pateó la puerta. «Déjame ir», golpeó el panel de acero.

¿Cómo diablos no la escuché antes? Oh, sí, estaba demasiado ocupado enojándome con Rex. Que se jodan él y sus juegos. «Abre la puerta», lo miré fijamente.

«Lo haré», levantó las manos en señal de rendición. «Pero primero tú y yo necesitamos hablar. Y me refiero a conversar. Como solíamos hacer antes de que nos echaran encima toda esa mierda de la Sociedad».

«¿Qué podrías tener que decirme? Me robaste todo».

Sus rasgos se suavizaron. «El trono y Caterina me fueron entregados. Déjame contarte sobre Aurora».

«Creo que es bastante obvio lo que hiciste. ¿Qué pensaste que pasaría? ¿Que si la tenías podrías usurpar mi lugar?».

"Lo hice por ti, Enzo», su voz se quebró. «Porque te hice una promesa. ¿Te acuerdas? Cuando te dispararon me pediste que la salvara».

«Lo recuerdo», reproduje la película habitual en mi cabeza. Las llamas consumiendo la casa con Aurora dentro, toda la sangre, Donata llorando. «¿Cómo podría olvidar el día de mi muerte? No te pedí que la alejaras de mí. HAN PASADO MÁS DE DIEZ AÑOS, REX».

«Esa nunca fue mi intención. Yo no soy el enemigo aquí, hermano. Nuestros enemigos todavía están ahí fuera». Miró fijamente la puerta del ascensor y luego dejó que su peso cayera pesadamente sobre la pared detrás de él. «Salvé a Aurora del fuego. Luego la llevé en avión a Canadá, donde tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida. Tienes que creerme; la lógica era infalible».

Me acerqué a él. Necesitaba saber la verdad. «Amor y lógica. ¿Es eso lo que pasó? ¿Te enamoraste de ella?».

Él encontró mi mirada. «Nunca dije que estuvieras equivocado por querer liderar con el corazón...».

CAPÍTULO 17

Ella sabía a arándanos

REX

10 años atrás. Florencia, Italia

«Díselo». Caminé arriba y abajo por el estrecho camino que conducía a la villa de Rory, en las afueras de Florencia.

Habían pasado siete meses desde que logramos salir de Estados Unidos y hacer creer a todos que ella estaba muerta. Canadá resultó ser un mal lugar para esconderse. Angelo la encontró tan fácilmente allí. Afortunadamente, el tipo que había contratado para rastrear a Angelo encontró esta valiosa información, lo que me permitió sacar a Rory del país nuevamente y encontrar un lugar más adecuado para ella y su bebé.

Sí, el día que descubrió que estaba embarazada fue el mismo día que yo descubrí que Angelo vendría por ella. Tuve que tomar una decisión imposible de la que ahora me arrepentía. Pero solo porque había llegado a sentir algo por ella. Y eso prácticamente arrojó toda la lógica por la ventana.

Por un lado, aquí estaba a salvo. Mientras se mantuviera alejada de Enzo, estaría a salvo. Mientras ella estuviera conmigo, nadie podría tocarla. Pero Rory merecía saber la verdad. Necesitaba saber que el padre de su hijo todavía estaba vivo, aunque en coma. Todavía existía la posibilidad de que se recuperara.

Caminé otra vuelta arriba y abajo por el camino de entrada, observando los pequeños cambios que Rory había hecho. Había hablado de iniciar un jardín de hierbas y plantar más flores. Mierda, ¿cuánto tiempo llevaba yo fuera?

«Dios mío, eres tú», Rory estaba junto al umbral, sosteniendo un machete.

¿De dónde diablos había sacado un machete?

Cuando mi mirada se centró en él, ella se rió entre dientes y lo arrojó al lecho de flores a la izquierda del porche. Se veía más hermosa de lo que recordaba. El Sol de la Toscana había aclarado aún más su largo cabello rubio. El rojo de sus mejillas y su vientre redondo la hacían parecer una especie de ángel. Como si ángeles pudieran estar embarazadas.

«Jesús», resoplé cuando ella prácticamente saltó sobre mí. «Tú y esa barriga se mueven rápido».

«¿En serio?», ella golpeó mi hombro con su puño. «¿Te ausentaste por un mes entero y eso es todo lo que tienes que decirme?».

«No. Digo, te ves preciosa. Vas más rápido de lo que parece».

«Soy tan grande como esta villa», inhaló para recuperar el aliento.

«¿Qué haces con esa cosa?», señalé el machete y tomé mi maleta.

«Odio las armas», ella se encogió de hombros. «Es bueno para la protección. Y cortar las

malas hierbas demasiado crecidas».

«Bueno. ¿Qué tal si entramos?».

«Sí», caminó delante de mí, frotándose el estómago mientras caminaba. Mierda. Iba a odiarme. Me aclaré la garganta. «¿Qué te parece el lugar? Veo que empezaste con ese jardín».

«Es genial. Me siento como si estuviera viviendo en uno de esos castillos de cuento de hadas», se rió y luego frunció el ceño. «Hice un pastel de arándanos. ¿Quieres un poco?».

«Sí, seguro». Pasé mis manos por mi cabello, mirando alrededor del lugar.

La villa de cinco habitaciones que había comprado para Aurora era un castillo renovado construido en el año mil cuatrocientos. Las paredes lavadas y los ladrillos expuestos se dejaron allí a propósito para dar la sensación de un castillo de cuento de hadas, como había dicho Rory. Continué observando los detalles, los muebles antiguos y los pisos de baldosas hasta que mi mirada se posó en ella. Llevaba un overol y no tenía puestos sus zapatos. Estaba descalza en la cocina y, por alguna razón, eso me pareció gracioso. No, atractivo. Encontré esa fantasía demasiado atractiva.

¿Fue por eso que me mantuve alejado por tanto tiempo? Sabía que, si la volvía a ver, tendría que decirle la verdad y entonces nuestras visitas tendrían que terminar. Joder, no quería que esto terminara.

«Vayamos a comerlo en el salón», me dedicó una sonrisa cegadora mientras pasaba junto a mí.

Era como si hubiéramos retrocedido en el tiempo y nuestras vidas en la ciudad de Nueva York no existieran. Respiré hondo y la seguí hasta la siguiente habitación. Se sentó en el sofá que parecía muy francés y antiguo, como todos los muebles de este lugar. Mi corazón se aceleró mientras consideraba si debía sentarme junto a ella o en la silla.

«Siéntate», me ordenó, dando palmaditas en el lugar a su derecha. «Dime qué piensas», hoy estaba muy alegre.

«Está bueno», miré el plato sobre la pequeña mesa de café y decidí que el camino de menor resistencia era comerlo. Me senté y tomé un bocado del pastel. «Vaya, está realmente bueno».

«Gracias. Solo he tenido meses para practicar», se encogió de hombros. «No hay mucho que hacer estando atrapada en este lugar».

«No estás atrapado, Rory», dejé el plato. «Esto es temporal. Ya conoces nuestro mundo mafioso. Nadie permanece en la cima para siempre. Escucha...», hice una pausa porque las palabras atrapadas en mi garganta dolían, «necesitamos hablar».

«No», ella se acercó y puso una mano sobre mi boca. «Por favor, no lo digas. No puedo perderte a ti también».

«¿Qué?».

«Sé que la universidad comenzará pronto. Sé que no puedes seguir viniendo aquí. Pero, por favor, un poquito más. Te necesito aquí». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «No me digas que no puedes volver».

«Jesús, eso no es lo que quería decir», tomé su mano entre la mía. «Cuando me dijiste por primera vez que estabas embarazada, pensé que esconderte era lo mejor que podía hacer. Pero estaba equivocado».

«Me siento segura cuando estoy contigo», acaricié mi mejilla.

De la nada, ella se inclinó y me besó en los labios. Al principio me quedé helado. Pero el olor a lavanda dulce y arándanos me hizo olvidarme de mí mismo y de la vida que tenía en Nueva York.

Sabía a arándanos. Eso fue todo lo que mi cerebro pudo procesar.

Por un momento, quise este nivel de normalidad. No la madre adolescente, sino una chica de mi edad, una chica de mi elección.

Sus suaves labios se abrieron y me perdí en ellos. Le devolví el beso, como si ella tuviera la capacidad de devolverme mi vida, la vida que tenía antes de que mi padre me dijera que me casaría con la hija de su mejor amigo y me entrenaría para ser el próximo rey de una sociedad criminal centenaria.

Ambos estábamos perdidos en esta realidad alternativa. Ella estaba aquí para mantenerla con vida. Estaba aquí porque había olvidado cómo vivir. Mordisqueé su labio y luego convencí a su lengua para que se encontrara con la mía. Se sentía como en casa, como amor. Cuando me apoyé mucho en ella, me dejó guiarla sobre las almohadas detrás de ella. Profundicé el beso y entonces sucedió. La deseaba. Tenía tantas ganas de estar dentro de ella que me dolían las pelotas.

«No pienses», susurró en mis labios cuando salí a tomar aire. Sus dedos jugaron con el nudo de su vestido y luego lo jaló hacia abajo.

Sus tetas se habían vuelto enormes.

«Rory» presioné mi frente contra la de ella y luego capturé su boca nuevamente en un beso apasionante. Una pequeña voz dentro de mi cabeza me decía que cualquier tipo de intimidad con ella estaba mal. Ninguno de nosotros era libre. Entonces, de la nada, sentí un golpe en el estómago. «¿Qué demonios fue eso?», apoyé mi mano en el asiento y levanté mi peso de encima de Rory.

Ella me miró, con las mejillas rojas mientras respiraba profundamente. «Dios mío. Creo que el bebé pateó».

«¿En serio?», pasé mi mano sobre su panza. «Eso fue bastante duro».

«No creo que a ella le gustara la descarga de adrenalina», acunó su vientre con una mano, luego agarró la mía y la colocó a un lado de su estómago.

En ese momento, el bebé volvió a patear. «Esto es surrealista», me reí. «Guau».

«Lo siento», se mordió el labio inferior.

«No lo estés. No puedes controlarlo».

«No, me refiero...», respiró hondo, «lamento haberte besado. Sé que este no era tu plan cuando te casaste conmigo. Reemplazando a Enzo», sacudí la cabeza y frunció el ceño. «¿Puedo echarles la culpa a las hormonas? ¿Al aislamiento?».

«Sí, puedes», le aparté un mechón de pelo de la cara. «Y tienes razón. No estoy tratando de reemplazarlo. Aún si quisiera hacerlo, no puedo».

«Claro. Tienes a tu joven novia esperándote».

«Mi pequeña novia, querrás decir», me burlé y me recosté en el incómodo respaldo del sofá. «Apenas tiene quince años. Ella ni siquiera lo sabe».

Rory enroscó su cuerpo alrededor del mío. «¿Cómo va tu entrenamiento Jedi?».

«¿Mi qué?», me reí. Sí, pasar el tiempo con Rory era fácil.

«Estás entrenando para ser un verdadero rey de la mafia. Por lo que me dijiste antes, parece que tu padre te está entrenando para ser un Maestro Jedi». Se acercó un poco más y colocó su cabeza sobre mi pecho.

Apuesto a que podía oír mi corazón latir rápido. Ella permaneció allí y no volvió a hablar hasta que mi pulso disminuyó a un ritmo normal. El beso había sido un error. Lo sabía. Pero me hizo darme cuenta de que ella me necesitaba aquí tanto como yo necesitaba estar con ella. Incluso si le dijera la verdad, su situación no cambiaría. Excepto que ahora ella me odiaría y perdería al último amigo que tenía.

Tal vez estaba siendo un imbécil egoísta, pero Rory tenía que quedarse aquí conmigo. Era la

única manera de mantenerla a salvo. Pasé mi brazo alrededor de sus hombros y besé la parte superior de su cabeza. Nos quedamos así el resto de la tarde. Me habló de su jardín de hierbas y luego me dejó despotricar sobre papá y la mimada mocosa con la que se suponía que me casaría una vez que me convirtiera en rey. Todo el tiempo logré olvidar que mi mejor amigo yacía en una cama de hospital en coma inducido, luchando por su vida.

Los médicos no pensaban que lo lograría, así que ¿por qué aumentar el dolor de Rory?

«¿Qué más has estado haciendo?».

«No te enojés», se sentó para mirarme. «Fui a la cata de vinos en el viñedo local. Me invitó la chica que viene a hacer la compra y a limpiar todas las semanas. Creo que sintió lástima por mí». Se detuvo para inhalar y luego levantó la vista. «No me mires así».

«No debes de convivir exactamente, Rory. Si Angelo te está buscando, todo lo que tendrá que hacer es mostrar tu foto a uno de los lugareños».

«Estoy literalmente en una dimensión diferente. Este lugar es como si estuviéramos viviendo en el siglo XIV. ¿Sabías? Esta villa solía ser un castillo medieval. Estoy atrapada en medio de la nada. ¿Por qué se le ocurriría siquiera buscarme aquí?».

«Lo sé. Por eso elegí este lugar, pero ¿por qué arriesgarse?», puse mi mano sobre su vientre y ni siquiera me inmuté cuando el bebé me pateó de nuevo. O le agradaba mucho o me odiaba por ser el carcelero de su madre. «Prométeme que no volverás a hacer eso».

«Prométeme que esta vez te quedarás más tiempo».

«Papá quiere que regrese a Nueva York».

«Dile que estás en Praga emborrachándote y encamándote con mujeres». Hizo un gesto con las manos, algo que solo hacía cuando intentaba expresar su punto.

«¿Encamándome con mujeres?», me reí. «¿Quién habla así?».

«He estado leyendo muchos romances históricos», se sonrojó.

Dios, se veía bonita cuando se sonrojaba.

«Podría ser por eso que estoy tan cachonda últimamente», señaló las almohadas, en referencia a nuestro beso de hoy.

No estaba preparado para hablar de nuestro beso y de todas las malas ideas que me puso en la cabeza. ¿Cómo sería eso? Rory y yo viviendo en esta villa, criando a un bebé y envejeciendo juntos. Carajo, ¿cómo lo hizo Enzo? ¿Cómo pasó toda su vida sabiendo que su vida no era suya? ¿Sabía que algún día sería rey y tendría que casarse con alguien a quien no amaba? Parecía tan fácil de comprender cuando estaba afuera mirando hacia adentro. Pero ahora que estaba en su lugar, me sentía atrapado.

En cierto modo entendí por qué abdicó don Alfera. El asiento a la cabecera de la mesa era una carga pesada. Le afectó la cabeza, su vida. Lo consumió. Y ahora iba a ser mi turno.

«Bien. Me quedaré todo el tiempo que quieras. Lo prometo».

«Gracias», besó mi mejilla. «¿Qué debemos hacer mientras estás aquí?».

«Nos quedamos dentro», levanté una ceja.

A la mañana siguiente, en contra de mi buen juicio, caminamos un kilómetro hasta el pueblo para desayunar en un lugar que servía principalmente vino, embutidos y queso. Rory me presentó a sus nuevos amigos e incluso consiguió que aceptara unirme a ellos para el festival de la cosecha, que no se celebraría hasta dentro de dos meses. Estaba desesperada por mantenerme aquí y eso me rompió el corazón. Aunque no lo suficiente como para hacerme cambiar de opinión y decirle la verdad.

«Deberíamos regresar», tomé su mano posesivamente, como lo haría un marido celoso. «Se está haciendo tarde».

«Fue un placer conocerte, finalmente. Rose habla de ti todo el tiempo», la mujer detrás del mostrador de la cafetería me entregó el café que había pedido. «Espero que veamos más de ustedes por aquí».

«Ese es el plan», tomé el vaso de papel que me ofreció y salí.

«¿Rose?», pregunté cuándo estábamos en las afueras de la ciudad.

«Pensé que necesitaba un nuevo nombre. ¿Lo ves? He estado teniendo cuidado». Ella robó un rápido sorbo de mi café. «Oh, eso es tan bueno. No puedo esperar hasta poder tomar cubos de expreso. De todos modos, les dije que nuestros padres no querían que estuviéramos juntos. Así que nos escapamos. Bueno, me escapé, por eso nunca estás aquí. Estaban curiosos sobre el drama de los amantes desamparados y el amor adolescente».

Ignoré el hecho de que su historia era realmente cierta. Y que no era nuestra historia. Era la historia de ella y de Enzo.

«No es el nombre lo que necesitas ocultar», rocé su suave mejilla con el dorso de mis dedos. «Es tu cara».

«Vamos. Lo viste por ti mismo. Son gente amable. Estamos a salvo», me sonrió.

Me encontré asintiendo, aunque no me sentía seguro. Rory no sabía que Angelo había ido a buscarla a Canadá. Tenía muchos recursos. Más que nada, contaba con el respaldo de mi padre. Si buscaba venganza, porque Rory se había burlado de él, nadie lo detendría.

Cuando llegamos a casa, el Sol ya se había puesto y estaba oscureciendo. Rory había sido una explosión de energía durante todo el día, pero tan pronto como puso un pie dentro de la villa, quedó rendida. Se sintió tan natural y fácil cuando, en lugar de darme las buenas noches, tomó mi mano y me llevó hacia su dormitorio.

Me quedé allí como un idiota y la vi ponerse la pijama y luego meterse en la cama. «No quiero dormir sola. Por favor».

La tristeza en sus ojos me desarmó. Había perdido mucho. O más bien, le habíamos quitado mucho: su familia, su sustento, su libertad. Nada de esto tenía sentido. No tenía lógica para explicárselo, pero no podía decirle que no.

Hice lo que ella me pidió.

CAPÍTULO 18

Se ha despertado

REX

10 años atrás. Florencia, Italia

Rory se acurrucó junto a mí, con su gran barriga, y se durmió al instante. Hoy había sido un día agotador para ella. Principalmente porque se lo había pasado preocupándose de que la dejaría otra vez. Sin quererlo, me había convertido en su salvavidas. ¿Me gustaba cómo me miraba como si fuera una especie de superhéroe? Sí, absolutamente.

La tomé con un brazo y levanté las sábanas. Mierda, mi pene tenía sus propias ideas de cómo iba a ser esta noche. Había sido un imbécil al siquiera considerar tal traición. Ella pensaba que el amor de su vida estaba muerto. Pero yo lo sabía. Ella tenía una excusa para lo que hacía, yo no.

Se agitaba en sueños, aferrándose a mí. Y en ese momento, decidí decirle la verdad. Por suerte, tenía toda la noche para considerar todos los ángulos. Tenía que estar preparado para su reacción. Sí, ella iba a odiarme. Pero lo más importante era que iba a arriesgar su vida y volver corriendo a Nueva York. Había estado sola durante tanto tiempo. Estaba lo suficientemente desesperada como para hacer tal cosa, aunque eso significara ponerse a ella y al bebé en el camino vengativo de Angelo.

Cerré los ojos y me hundí más en las almohadas. Ahora que había decidido hacer lo correcto, sentí que finalmente podía dormir un poco. En el silencio de la noche, escuché el suave sonido de la fuente de agua al final del pasillo. Un sueño comenzó a formarse en mi cabeza cuando, de repente, escuché un fuerte golpe. La descarga de adrenalina puso mi cuerpo tenso. Rory me apretó el brazo. Ella también lo había oído. Cuando moví mi peso para verla, escuché un sonido diferente, como susurros. Esta antigua villa tenía una acústica extraña por todas partes. Pero esto era más que eso. Alguien estaba dentro de la casa.

«Ponte tus zapatos», le dije a Rory.

Ella asintió y rápidamente salió de la cama. Me alegré de no tener que explicar que los sonidos que escuchamos podrían ser nada o podrían ser Angelo y sus hombres. Me quité las sábanas y me puse los pantalones y la camiseta. Mi mente corrió con todos los diferentes escenarios posibles. Definitivamente había al menos dos intrusos. De lo contrario, ¿por qué hablaban? Podría eliminarlos a ambos. Pero no podía correr ese riesgo. Si luchaba contra ellos y fallaba, Rory quedaría desprotegida. Lo mejor que podía hacer era huir.

Me encontré con su mirada. Quería decirle que recogiera sus cosas, que nos íbamos. Pero no había tiempo para eso ni para explicarle.

«Cocina», dio un paso hacia mí y tomó mi mano.

Estaban en la cocina. Eso significaba que podíamos salir por la puerta principal y no ser vistos. Asentí. Sosteniendo su mano con fuerza, me dirigí hacia la entrada. Quizás estábamos

exagerando. Y si fuéramos personas normales, lo estaríamos haciendo. Salí corriendo hacia la carretera principal en el momento en que el aire fresco me golpeó la cara. Rory hizo todo lo posible para seguir el ritmo, pero su vientre hinchado le dificultaba seguirme. A los dos minutos de carrera bajo el cielo sin estrellas, tuvimos que detenernos para que pudiera recuperar el aliento. El bebé no estaba contento con toda la conmoción. Principalmente, no estaba contento con el ritmo cardíaco acelerado de Rory. Cuando Rory presionó su cuerpo contra el mío, el bebé pataleó nuevamente.

La idea de que tal vez no le agradaba cruzó por mi mente. ¿Sabía el bebé lo idiota que había sido por mantenerlos a ambos alejados de Enzo? De cualquier manera, si quería decirle a Rory la verdad, primero tenía que mantenerla con vida.

«Tendré que cargarte».

La expresión de horror en su rostro lo decía todo. Sacudió la cabeza y se frotó el vientre. A pesar de lo grande que era, no había ganado tanto peso como para que yo no pudiera cargarla.

«Está bien», me agaché y la apreté contra mi pecho. Por un momento tuve la sensación de que estaba sosteniendo un mundo entero. Supongo que sí. Era toda la familia de mi mejor amigo. Dejé de lado el hecho de que se sentía jodidamente bien en mis brazos y seguí adelante. «Avísame si necesito reducir la velocidad. Agárrate fuerte».

Tan pronto como ella me rodeó el cuello con sus brazos, troté por la calle oscura. Logramos ir a un ritmo más rápido. Pero el hecho de que nuestros cuerpos rebotaran uno contra el otro realmente hacía que el bebé empujara hacia atrás.

«No creo que le guste tanto la agitación», Rory hizo una mueca.

«Debería haberle pedido al conductor que se quedara con nosotros», reduje la velocidad a un ritmo de caminata rápida. «Quise que se quedara en el pueblo y nos avisara si alguien venía a buscarme a mí o a ti».

Y también quería estar a solas con ella. Había estado esperando este viaje a Italia todo el tiempo que estuve fuera. La extrañaba. Extrañaba cómo el mundo se sentía más simple cuando estaba con ella. Sabía que no era mía. Pero me necesitaba y eso era como una droga para mí.

«¿Y si nos han encontrado? ¿Crees que tu chico esté bien?».

«No había pensado en eso. Pero tienes razón. Esos tipos de ahí tienen que ser los chicos de Angelo. Si nos encontraron, si lograron llegar hasta nosotros... es muy probable que mi chofer no haya logrado sobrevivir».

«O te traicionó».

«No sería la primera vez, ¿eh?».

En estos días a mi padre solo le importaba una cosa: su recién adquirido estatus como rey. No le importaba Rory, ni que Enzo estuviera en el hospital muriendo por culpa de Angelo. En los meses transcurridos desde el incendio en los Hamptons, donde le dispararon a Enzo, me preguntaba si Angelo había actuado por venganza o si había hecho exactamente lo que papá le había pedido que hiciera.

Según los términos, y esto sería algo que las cinco originales familias apoyarían y harían cumplir, Enzo no tenía ningún derecho a la corona. Pero, si quisiera contraatacar, las cosas se pondrían sangrientas muy rápidamente. Había varias familias mafiosas que todavía apoyaban a los Alfera. Incluso si Michael les hubiera dado la espalda. Las familias originales que pelearan entre sí provocarían el fin de la Sociedad. Esto lo entendía bien. Y por mucho que quisiera mentirme a mí mismo y fingir que papá no había ordenado la ejecución de Enzo ese día, también entendía por qué haría algo así.

Sin embargo, ordenar el asesinato de Enzo habría sido un gran riesgo para papá. Los

estatutos eran muy claros al respecto. Las familias originales no podían ser tocadas, especialmente por otros miembros de alto rango de la Sociedad. Si Enzo moría, papá tendría que hacer que Angelo respondiera por su crimen. ¿Angelo guardaría el secreto de papá? ¿O lo entregaría?

No es que Angelo o papá tuvieran que preocuparse por eso ahora. Mientras Enzo permanecía en coma, Angelo podía vagar libremente y hacer lo que quisiera, como cazar a Rory. Ella era inocente en todo esto. Y también su bebé. Ella no merecía morir en un incendio. Ella no merecía morir ahora.

«Tu amiga de la cafetería. ¿Crees que ella te aceptará?».

«¿Me vas a dejar?», su voz tembló.

«Solo por un rato. Tengo que comprobar cómo está mi chofer. No tengo idea si estoy caminando hacia una emboscada. No te quiero ni cerca de eso». La abrazó con más fuerza.

Apoyó su cabeza en mi hombro, pero su cuerpo estaba tan tenso como desde que salimos de la villa. «Ella lo hará. ¿Pero realmente necesitamos traer a un asesino de la mafia a su puerta?».

«¿Qué opción tenemos?».

Tan pronto como llegamos a la cima de la colina, apareció a la vista el tranquilo pueblo. Dejé a Rory en el suelo para recuperar el aliento y flexionar los brazos. Cuando la sangre volvió a ellos, pasé de estar totalmente entumecido a esa sensación de hormigueo de inmediato.

«Lo siento».

«Viviré», le sonreí y luego miré hacia el camino oscuro.

«¿Dónde están?», ella hizo eco de mis pensamientos. «Estaba segura de que nos seguirían».

«Mierda», pasé una mano por mi cabello. «No tienen prisa por llegar hasta nosotros. Eso significa que tienen muchachos en el pueblo».

«No puedo ir a la cafetería. No puedo hacerle eso a mi amiga. ¿Deberíamos arrojar los dados con tu chofer?»

«Él es nuestra única salida de aquí», tomé su mano y la arrastré hacia la calle estrecha que atravesaba el edificio que daba a la plaza principal. El albergue donde mi chofer se había registrado durante la semana estaba al otro lado de la gran fuente de agua. «Está en Casa Scala, al otro lado del camino».

«Déjame ir contigo», ella apretó mi mano. «Tengo miedo».

«No dejaré que te lleven», besé la parte superior de su cabeza. «Lo prometo».

Casa Scala era propiedad de un anciano que alquilaba habitaciones para ganar dinero extra. Estaba seguro de que entendía que no éramos los típicos viajeros de paso por la ciudad. Vivía en el apartamento de arriba y nos aseguró que tendríamos todo el lugar para nosotros solos. Sí, el viejo sabía que éramos mafiosos.

Utilicé mi llave para abrir la puerta principal. El vestíbulo tenía un par de lámparas colgadas a cada lado. Sin embargo, la luz que proporcionaban no ayudaba mucho. Más allá de la entrada, la casa estaba completamente a oscuras y en silencio. Tan silenciosa que nuestra respiración agitada parecía resonar en las paredes.

Al dar dos pasos, tropecé con algo pesado.

Mi primer instinto fue darme la vuelta y poner mi mano sobre la boca de Rory para sofocar su grito. No importaba que fuera demasiado tarde para detenerla. Cuando se encendieron las luces, nos encontramos frente a frente con Angelo Soprano. Habíamos caído directamente en su trampa.

«Aurora», él la miró de arriba abajo y luego se centró en su vientre. Apretó sus labios en una línea con su mirada llena de desprecio. «Una puta. Como las demás».

«No tenías que matarlo», señalé el cuerpo en el suelo.

El charco de sangre sobre el que yacía avanzó poco a poco hacia afuera. Rory se tapó la boca con horror y abrazó mi cintura. No tuve que mirarlo a la cara para saber que mi chofer estaba muerto. Cómo deseaba que Aurora no lo hubiera visto así. Si antes odiaba a Angelo, ahora lo quería muerto, verlo desangrarse como el cuerpo en el suelo.

«Sí, lo hice. Por meses», Angelo dio un paso adelante con la mirada aún fija en Rory. Después de otro latido, me miró. «Ese traidor sabía lo que estabas haciendo. Sabía que la estabas ayudando y no pensó en decírselo a su jefe. Por eso tuve que matarlo. Si no fueras el hijo del rey, estarías junto a él».

Volvió su atención a Rory. Sus mejillas se pusieron rojas mientras miraba su vientre. Quería darle un puñetazo en su cara engreída y sacarla de aquí. Pero cualquier movimiento repentino podría provocar su muerte. Nos superaban en número de cinco a uno. Eso sin contar a los hombres en la villa. Si mataba a Angelo ahora, sus hombres se asegurarían de que Rory pagara el precio.

«¿Todo este tiempo y energía por una pequeña venganza? ¿No tiene mi padre mejores cosas que hacer para ti?», le hablé directamente para que dejara de mirar a Rory.

«Ella me fue prometida. La compré y pagué por ella», señaló a Rory. «Estoy aquí para cobrar. Simple y llanamente. Esto no es una cuestión de venganza. Ella es mía».

«Ella no te quiere».

En ese punto, lo único que se me ocurrió fue mantenerlo hablando mientras se me ocurría un plan diferente que no terminara con la muerte de Rory. ¿Pero qué podríamos hacer? Estábamos atrapados. Y yo tenía la culpa. Yo le hice esto. La traje aquí. Angelo la encontró porque no podía alejarme de ella. Porque fui débil y egoísta. Quedarme aquí y fingir que yo era mejor que Angelo me estaba haciendo viejo.

Ambos estábamos aquí por lo mismo.

¿La diferencia?

Yo era mejor mentiroso.

«Se aferra a ti como si fueras su salvador», él se rió entre dientes. «¿No lo sabes, cariño?».

«Por favor, no lastimes a mi bebé», ella apretó con más fuerza mi brazo, pero aún así logró dar un paso adelante. «Haré lo que quieras. Déjalo vivir».

Un silencio inquietante y pesado se formó en la habitación. Y no podía evitar la sensación de que estábamos en un sueño. O, en realidad, una pesadilla que yo mismo había creado.

«Nos vamos. ¿La quieres? Vas a tener que matarme», rodeé a Rory con mi brazo y regresé por donde habíamos venido, asegurándome de que yo fuera su escudo.

Antes de llegar a la puerta, Angelo volvió a hablar. «Enzo está vivo».

Intenté seguir caminando, pero Rory se giró tan rápido que me apartó de su camino. «¿Qué acabas de decir?».

«Está vivo. ¿Tu chico no te lo dijo?», él sonrió. Ahora tenía su atención. «Puedo llevarte con él».

«¿Rex?», ella me miró con lágrimas en los ojos. «Dime que está mintiendo. Dime que no inventaste esta horrible historia para sacarme del país».

Mi pecho se apretó cuando sus dedos me soltaron. Ella se alejó un paso más de mí. Una brisa entró desde el exterior e hizo que toda la habitación se enfocara, volviera a la realidad. El leve olor a humedad de la antigua villa persistía en el aire mientras ella me miraba con el mismo miedo y disgusto que había mostrado hacia Angelo.

Estábamos rodeados de muebles antiguos, alfombras gastadas y un cadáver. ¿Qué más podría

sentir por mí, sino horror?

«No está mintiendo», levanté la mano en lo que pensé que sería un gesto tranquilizador. «Regresé para decirte la verdad. Solo estaba tratando de mantenerte con vida».

«Te creí, Rex», ella acunó su vientre e hizo una mueca. «No tenías que mentir. Ni que pensar. Uf», ella se dobló de dolor. Cuando la alcancé, ella apartó mi mano de un golpe. «No me toques».

«Ella necesita un médico», me encontré con la mirada de Angelo.

Angelo se rió entre dientes, un sonido feo que me decía que no tenía intención de ayudarla. Cerré el espacio entre Rory y yo. «No me importa si no quieres que te toque. Te llevaré al médico».

En el siguiente suspiro, algo me lastimó el cuello. Mi mano golpeó mi piel con el aguijón. No sentí nada más que un poco de sangre. Cuando me di vuelta, vi una cara que aparecía y se desenfocaba. «Idiota», me arrodillé, obligándome a permanecer despierto, a quedarme con Rory.

«Tómenla», Angelo se acercó a Aurora.

«¿Lo hacemos aquí, jefe?».

Entrecerré los ojos para mirar a Aurora y luego a Angelo. «No», el tipo detrás de mí puso su mano en mi hombro y eso fue suficiente para que me cayera. «No le hagas daño a ella». Ni siquiera me importaba rogar a Angelo por su vida.

«Sí. ¿Qué es un poco más de sangre?», hizo un gesto hacia el cuerpo detrás de él. Sus fosas nasales se dilataron cuando agarró a Rory por el brazo. «Podrías haberlo tenido todo», él la alejó de él.

Rory tropezó y aterrizó a los pies del tipo que sostenía una navaja. Sin más preámbulos, le apuñaló el costado del vientre.

Juré que lo vi suceder en mi cabeza dos veces antes de verlo ante mis ojos. Cuanto más intentaba concentrarme, más perdía contacto con la realidad. ¿Seguía haciendo eso? ¿O estaba soñando ahora? Era difícil notar la diferencia. Había tanta sangre. Tanta maldita sangre. El hedor de la habitación se mezclaba con el olor rancio del viejo corredor en el suelo.

Mis ojos se cerraron y quedé sumergido en la oscuridad. No sabía si Rory o su bebé podrían sobrevivir al asalto. Todo lo que sabía era que le había fallado a mi mejor amigo.

Le fallé a ella.

A la mañana siguiente, el Sol entraba en el vestíbulo a través de las ventanas apiladas. Me desperté confundido, buscando frenéticamente a Rory, mientras al mismo tiempo intentaba descubrir si la noche anterior realmente había sucedido. Mirando alrededor, la madera estaba impecable, no había rastro de sangre a la vista.

Excepto que las alfombras habían desaparecido. Y la vieja villa apestaba a lejía.

Mi teléfono sonó y me puse de pie. Era Donata llamando. Cuando respondí, ella pronunció las dos palabras que nunca pensé que escucharía.

«Se ha despertado. Enzo ha salido del coma».

CAPÍTULO 19

Podrías dejarlo en el suelo

ENZO

«Esa fue la última vez que la vi con vida», Rex se acercó a su carrito de bar y sirvió dos vasos de whisky.

Acepté su ofrenda de paz porque realmente necesitaba un trago. Necesitaba asimilar toda la información que me acababa de dar. Mientras el licor amargo bajaba por mi garganta, consideré cada palabra que Rex me había dicho.

Aurora estaba embarazada de mi bebé cuando me dispararon. Y más que eso, quería tenerlo. Estaba dispuesta a criar sola a un bebé porque me amaba. Entonces, ¿qué había cambiado? ¿Por qué estaba ahora tan decidida a marcharse de nuevo? De alguna manera, había sobrevivido al brutal ataque de Angelo, pero no había manera de que lo hiciera sola. Y no había manera en el infierno de que Angelo la dejara vivir gracias a la bondad de su corazón.

¿Era eso todo? ¿Se había estado vendiendo en subastas de sumisas porque Angelo la obligó? ¿Porque ese era su trato con él? ¿Había matado él a nuestro bebé, y luego me la ocultó por una venganza? Ahora, más que nunca, quería matar a ese cabrón.

«Si Angelo alguna vez aparecía en Nueva York, quería que todos nuestros muchachos lo persiguieran».

«Ese es el plan», Rex tomó un sorbo de su vaso. «Cuando mi padre estaba vivo, Angelo tenía su protección. No podía tocarlo. Pero eso ha cambiado ahora. Después de que mi padre falleciera hace dos años, puse a mi mejor hombre a trabajar para cazarlo como a un animal. Fue entonces cuando descubrí que Aurora podría estar todavía viva».

«¿Lo sabías?», alcé mi cabeza hacia él. La misma ira que había sentido hacia Rex todos estos años salió a la superficie. Mi mano se cerró en un puño y fue todo lo que pude hacer para no golpearlo. «¿Por qué no me lo dijiste?».

«Porque no estaba seguro. Tenía mis sospechas. Por un lado, nunca encontré su cuerpo».

«Yo tampoco lo hice nunca».

«Tienes que creerme, Enzo. La busqué. Nunca paré», se miró las manos. «Te habría dicho la verdad antes, pero ¿en qué te habría ayudado eso? En darte esperanza, pero nada era seguro».

Me burlé. «Te has estado mintiendo a ti mismo durante tanto tiempo que realmente crees que estás diciendo la verdad. No te importaba una mierda ni yo ni mis malditas esperanzas. Lo hiciste por ti. Para mantener ese pedestal en el que te tiene mi hermana.

«Tal vez», levantó la mirada y lentamente la desvió hacia un lugar detrás de mí.

Cuando me di la vuelta, Caterina estaba sentada en lo alto de las escaleras. Por la expresión triste de su rostro, solo podía suponer que había estado allí el tiempo suficiente para escuchar toda la historia. Sabía lo que Rex había hecho para salvar a Aurora, cómo la perdió porque quería

quedársela para él y cuánto odiaba la idea de tener que casarse con Caterina.

Se secó la cara con el dorso de la mano y lentamente se puso de pie. Mientras bajaba las escaleras, Rex mantuvo su mirada fija en ella como si temiera que hubiera desaparecido. Conocía bien el sentimiento. Aurora ya llevaba veinticuatro horas de regreso y todavía no podía quitarme el miedo de que pudiera desaparecer en cualquier momento, de que parpadeara y me diera cuenta de que todo el tiempo había sido una alucinación.

«No sabía que estarías aquí esta noche», ella me abrazó.

«Yo tampoco».

«¿Caterina?», Rex dio un paso hacia ella, pero ella levantó la mano. «Me mentiste».

«No, no lo hice», contestó en voz baja.

Tuve que admitir que nunca me había gustado la idea de que estuvieran los dos juntos. Lo sentía como una traición, como si Rex se hubiera olvidado convenientemente de nuestra amistad con el único propósito de convertirse en rey, como si hubiera atendido a nuestros padres por codicia. Se casaba con ella para conservar su corona.

Pero la angustia en sus ojos era real. No quería perderla. A pesar de la posibilidad muy real de que Caterina pudiera decirle que se fuera al infierno, él decidió contarme toda la verdad esta noche. Su lujuria por Aurora, todas las mentiras que le dijo y el matrimonio.

El maldito matrimonio.

«La historia de Rory no era para que yo la contara. Pertenece a Enzo y a ella».

«Bien», Caterina levantó la barbilla. «Entiendo esa parte. Estabas protegiendo a tu amigo».

Puse los ojos en blanco. Porque, aunque apreciaba el ataque de honestidad de Rex, odiaba que Caterina todavía estuviera dispuesta a mentirse a sí misma. Su amor por él la cegaba. Él no hizo nada de eso por mí. Lo hizo por sí mismo.

«Habría que estar ciego de celos para no creer eso», ella me miró fijamente. «No digo que Rex no haya hecho un desastre, pero su corazón estaba en el lugar correcto».

«Oh, por favor. Te refieres a sus pantalones».

Ella cubrió su sonrisa con su mano.

«Me alegra que estés disfrutando del espectáculo», hice un gesto hacia la habitación, en general, por frustración.

«Nunca te he visto perder la calma», ella respiró exageradamente y luego perdió la sonrisa. «Especialmente no por una mujer».

«¿Qué?».

«Estás celoso», me señaló de esa manera molesta que solo las hermanitas pequeñas pueden hacer cuando señalan tus defectos. «Estás celoso de algo que sucedió hace más de diez años».

«Ese no es el punto».

«Ese es exactamente el punto», tomó mi cara. «Pregúntale lo que realmente quieres saber. Mírate. Estás tan nervioso y listo para golpearlo». Tomó mi puño y hundió su pulgar dentro para deshacerlo. «Oh, en serio, ustedes son imposibles». Se volvió hacia Rex. «Te casaste con Aurora. ¿No pensaste que eso iba a tener repercusiones para todos nosotros?».

«Lo único que sabía entonces era que su bebé necesitaba un padre. Hice lo que tú habrías hecho si hubieras estado en mi lugar», dio un paso hacia mí.

«A la mierda lo que hiciste», lo miré fijamente.

Todo lo que podía imaginar era a Aurora en la cama con Rex. Incluso si su habitual sonrisa engreída se hubiera desvanecido, todavía los veía juntos hasta que toda la imagen se volvió roja carmesí. A lo lejos oí a Caterina llamarme por mi nombre. Pero no pude detenerme. Quería castigar a Rex por todos los años que pasé pensando que Aurora estaba muerta. Durante todos

estos años, pensé que me había vuelto loco por mi amor por ella.

Cuando su rostro se enfocó y la imagen de Aurora en sus brazos se desvaneció, me di cuenta de que había actuado siguiendo mi impulso. Tenía su camisa en mis manos. Lo tenía inmovilizado contra la pared y le sangraban la nariz y el labio. Le di un puñetazo de nuevo antes de que pudiera detenerme. El crujido que hizo su mandíbula no satisfizo mi necesidad de verlo sufrir. Nada podría.

«¿Por qué no te defiendes?», lo solté.

«Te fallé», se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y luego se examinó los nudillos ensangrentados con curiosidad. «Espero obtener más alivio que esto».

«Yo también», me burlé.

«Les hice una promesa a ustedes dos. Y fallé rotundamente. ¿No crees que me arrepiento de todo lo que hice ese verano?», Rex caminó hacia el carrito de la barra nuevamente y sirvió un vaso nuevo con whisky. Lo bebió y luego se sirvió otro.

«No hay suficiente licor en el mundo para quitar ese mal sabor de boca, ¿verdad?». Le quité el vaso y bebí.

«No».

Miré a Caterina, que estaba parada al pie de las escaleras, y señalé a Rex. «Lo siento». Podría haber llamado a los hombres de Rex para detener la pelea. Pero parecía que ella estaba de acuerdo con Rex en esto. O tal vez quería que viera que odiar a Rex no haría que el pasado desapareciera. No iba a cambiar el rumbo que nos puso papá cuando abdicó al trono. No iba a cambiar el hecho de que Aurora había perdido a nuestro bebé. «He estado enojado durante tanto tiempo. No sé qué más hacer con él».

«Podrías dejarlo en el suelo», ella me sonrió y luego cerró el espacio entre nosotros para abrazarme. «No es su culpa, Enzo».

«Sí, lo sé. Es de Angelo. No podré tener paz hasta que él esté muerto».

«Estoy de acuerdo contigo en eso, hermano», Rex me dio unas palmaditas en el hombro.

Por primera vez en años, el gesto no se sintió como una bofetada. Se sintió real.

«¿Qué pasará ahora?», preguntó Caterina.

«Lo matamos», me encogí de hombros.

«No, quiero decir...», ella miró a Rex. Supongo que cuando te casaste conmigo eras viudo. Pero ahora ya no lo eres», hizo un gesto con la mano hacia el ascensor donde Aurora todavía estaba atrapada. Caterina se pasó la mano por el pelo y tragó, como si las palabras que quería decir a continuación le dolieran. «Si estás casado con ella, nuestro matrimonio...».

«Ni siquiera lo menciones», Rex frunció el ceño y luego alcanzó su cintura para acercarla a él. «Tú y yo estamos casados. Fin de la historia».

«¿Y Aurora?», hice una mueca. Decir su nombre en voz alta todavía me dolía. «¿Cómo deshacemos lo que hiciste?».

Me sonrió, «eso lo decides tú».

«¿Cómo dices?», Caterina dio un paso atrás para mirarlo apropiadamente.

Rex se acercó a la mesa de café al otro lado del largo sofá y agarró una carpeta. La expresión de suficiencia en su rostro regresó cuando me entregó los papeles. Conocía a Rex lo suficiente como para saber que nunca actuaba por impulso. Cada movimiento que hacía era calculado. Abrí la carpeta y se me revolvió el estómago.

Tal como lo había dicho antes, la lógica era infalible.

«¿No estás enojado conmigo?», preguntó Rex.

Cuando levanté la vista, me di cuenta de que estaba hablando con Caterina.

«Sabía desde el principio que no te gustaba la idea de estar atado a mí. No estoy enojada contigo por haberte casado con ella, ni incluso por besarla. Me enoja que hayas esperado tanto para sacar a mi hermano de su miseria».

«El tiempo pasó. Tu madre se enfermó. Luego, mi padre murió. Después el tuyo murió», se pasó ambas manos por el pelo. «Tu padre murió para salvarme. Todo este tiempo no tenía nada que ofrecerle a tu familia, excepto una verdad jodida. Cambió su atención hacia mí. Así que ahí está. La jodida verdad en su totalidad».

«Bueno», Caterina se pellizcó la nariz y respiró hondo. «¿Qué pasará con nosotros?».

«No tienes nada de qué preocuparte», solté un suspiro y le ofrecí el certificado de matrimonio que tenía en la mano.

«¿Qué?», ella se aproximó a mí para agarrar el papel. Su boca se abrió en sorpresa, mientras su mirada oscilaba entre Rex y yo. «¿Esto siquiera es legal?»

«Eso lo decide Enzo».

«Dios mío, Enzo», ella me abrazó. «¿Qué vas a hacer?».

«Todo este tiempo, podrías haberme dado este papel y hacer que toda mi ira desapareciera. ¿Por qué carajo no lo hiciste?». Miré a Rex con los ojos entrecerrados, sintiendo una pizca de culpabilidad por la sangrienta paliza que le había dado.

«Estaba esperando esto», señaló su labio hinchado. «Me lo merecía».

«Tienes razón», tomé el certificado de matrimonio. Al salir, lo doblé cuidadosamente y luego lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta de mi traje. Este día había pasado de surrealista a loco en cuestión de horas. Agarré la manija de la puerta y luego me volví para mirarlos. «Persigue a Rossi».

«¿Sí?», Rex cruzó los brazos sobre el pecho.

«Es un agente doble. Un espía de Atlanta, Georgia. Tyler Cole».

«¿Es así?», se burló. «¿Por qué no me lo dijiste antes?».

«Se sintió bien conocer algo que no sabías», me encogí de hombros. «Abre la maldita puerta del ascensor, Rex».

Él se rió discretamente y metió la mano en su bolsillo para sacar su teléfono. «Déjala ir», habló por el altavoz.

Salí y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí, agradecido de que hubieran decidido no seguirme. Aunque tenía un presentimiento, su decisión no tenía nada que ver conmigo. Mierda. Mi hermana pequeña y una de mis mejores amigas eran algo real. Porque ahora realmente estaba convencido de que Rex se había casado con ella porque la amaba.

El ascensor sonó y lentamente los paneles se abrieron. Aurora estaba de pie hacia atrás, su pecho subía y bajaba. Jesús, parecía un conejo petrificado, esperando que el lobo feroz se la comiera. Pensé en Caterina y Rex, y en la facilidad con la que mi hermana creía cada palabra que salía de su boca. Ella confiaba totalmente en él.

¿Por qué Aurora no podía confiar en mí?

Puse una mano sobre mi corazón. Aurora y yo teníamos una conversación pendiente. Pero primero, tenía que mostrarle que el chico que ella amó una vez todavía estaba aquí en alguna parte, tal vez ahora tenía más cicatrices que entonces, pero todavía seguía siendo yo. Y ahora me daba cuenta de que mis sentimientos por ella no habían cambiado en absoluto. Confiaba en ese chico que le hizo la vida imposible en la escuela. Ella le había confiado su vida. Necesitaba que ella también confiara en mí.

«¿Dónde está?», ella tragó. «¿Dónde está Rex? ¿Él hizo esto?». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «No puedes creer todo lo que diga».

«Solía pensar así», pulsé el botón de llamada del vestíbulo principal de la planta baja.

«Espera. ¿Nos vamos? Así nada más. ¿A dónde vamos?».

«A casa», metí las manos en los bolsillos de los pantalones y luché con cada fibra de mi ser contra el impulso de girarme y besarla. «No me importa lo que tú y Rex hayan hecho. O por qué crees que es el diablo encarnado. Todavía tienes un contrato que cumplir conmigo».

«Nunca dejaré de intentar escapar. Tú sabes eso, ¿verdad?», dio un fuerte pisotón.

Ya no parecía tener miedo, lo que significaba que su miedo de hace unos minutos no era por mí. «Oh sí, ¿a dónde vas a ir, ángel?», mantuve mi mirada en su reflejo en el panel de acero.

«Cualquier lugar, excepto aquí», cruzó los brazos sobre el pecho y me miró. «No quiero estar aquí».

«Entonces, ¿por qué firmaste el contrato de sumisión? Aceptaste ser mi sumisa, Rose. Y antes parecías más que dispuesta a cumplir con tus deberes». Podría pasar el resto de mi vida confundiéndola así.

Gracias a Rex. Quizá tendría esa oportunidad.

«No sabía que eras tú. No ganaste la subasta y lo sabes».

«Ganar es un término subjetivo», me encogí de hombros.

«Te abriste camino a través de la intimidación para quedarte con mi contrato», ella exhaló ruidosamente. «Por favor. Déjame ir».

«No».

Cuando llegamos al vestíbulo, la agarré por el codo y la acompañé hacia la entrada principal. Afuera el aire olía dulce. La noche era fresca, ventosa y perfecta. Mi vida se sintió completa. Incluso si las palabras de Rex todavía me tenían aturdido, sentí una extraña sensación de paz. Toda su historia fue tan fantástica y difícil de comprender completamente. Me tomaría algún tiempo digerirlo todo.

Le envié un mensaje de texto a Rocco para informarle que estábamos listos para que nos recogiera. Respondió rápidamente y dijo que estaba al final de la calle. Cuando me volví para hacerle saber a Aurora que nuestro auto estaba en camino, ella me sonrió, me pateó en las espinillas y luego salió corriendo.

«Jesucristo», me agaché de dolor por un maldito segundo, pero cuando levanté la vista, ella ya no estaba. «Mierda. Puta mierda».

CAPÍTULO 20

Besar a mi esposa

ENZO

Literalmente confiaría en cualquier persona que no fuera yo. Al menos, estaba seguro de que ella no volvería al ‘Crucible’ para encontrar a Rex. Lo que fuera que hubiera pasado entre ellos en aquel entonces, se había terminado. Más que eso, ella le tenía miedo. Entonces, si Rex y yo no éramos dignos de su confianza, ¿a quién buscaba? ¿Quién pensaba que podría protegerla? ¿Angelo?

Mi sangre hirvió ante la idea de que él tuviera algo que decir sobre lo que Aurora hizo o no hizo. ¿Había estado con él todo este tiempo? ¿Estaba desesperada por dejarme para ir con él? Cuanto más tiempo permanecía en la acera, más preguntas aparecían en mi cabeza, cada una pintando una escena más oscura que la anterior en mi mente.

Cuando las llantas de mi SUV se detuvieron con un chirrido frente a mí, estaba listo para estrangular a alguien. Me apoyé en la ventanilla abierta del auto. «Encuéntrala».

Rocco no necesitó preguntar quién. Durante las últimas veinticuatro horas, Aurora había ocupado el cien por cien de mis pensamientos y de mi tiempo. Mi obsesión por ella había sido renovada. Era más fuerte y mucho más mortal que cuando era adolescente o cuando pensaba que ella estaba muerta.

«Dime que tienes ojos puestos en ella», lo miré mientras golpeaba furiosamente las teclas de su computadora portátil con una mano.

Esta noche, había pedido a Mollie que cosiera un chip en el vestido de Aurora y una cámara en su pequeño bolso de mano. En ese momento, todo lo que podía pensar era en el hecho de que quería confrontar a Aurora y hacerla hablar conmigo enfrentándola contra Rex. Tenía miedo de que me la quitara esta noche. ¿Cómo diablos se suponía que iba a saber que Rex era la última persona que quería ver?

«La tenemos», apareció su cabeza. «¿Debemos traerla, jefe?».

«¿Dónde está?».

«En un taxi, dirigiéndose hacia el Upper East Side, sonrió a su pantalla, porque colocar el chip a Aurora había sido idea suya.

«No, quiero saber a quién quiere ver con tanta desesperación», me palpitaba la espinilla donde ella me había pateado con el talón. Había terminado de ser paciente con ella. Por su propia seguridad, tenía que decirme qué diablos estaba pasando con ella y por qué tanto secreto. «Sigámosla».

Rocco rápidamente saltó del asiento del conductor y rodeó la camioneta para abrirme la puerta. Se tomó otro minuto para calcular la ruta más rápida para alcanzar a Aurora y luego encendió el motor. Desde el asiento trasero, tenía una buena vista del mapa de su computadora

portátil y de la posición de Aurora. El punto rojo que señalaba su ubicación se había detenido debido al tráfico, lo que nos daba la oportunidad de acercarnos.

Aunque a estas alturas ya tenía una idea bastante clara de hacia dónde se dirigía. A “La Guarida del Dragón”, dije en voz alta. «Pensé que nos llevaría directamente con Angelo».

«Hubiera preferido enfrentarme a Angelo esta noche, jefe», Rocco agarró el volante. «No a la Dama Dragón».

«Relájate. Ella no está en casa. Pero Donata podría estarlo. Saqué mi teléfono de mi chaqueta de esmoquin y busqué el número de Donata en la pantalla de llamadas recientes. Me había llamado diez veces en los últimos quince minutos.

Ella contestó al primer timbre. «Dios mío, Enzo. ¿Dónde demonios estás?».

«Estaba llamando para preguntarte lo mismo».

«No te pongas lindo conmigo. Estoy en el ‘Crucible’», su voz subió unas cuantas octavas.

Hice una mueca ante el teléfono y luego esperé a que me dijera por qué estaba tan agitada. Aunque tenía una idea bastante clara de por qué. Ella había estado en el ‘Pandemonium’ anoche cuando encontré a Aurora. No sabía que la había llevado a casa. A menos que Santino se lo hubiera dicho, lo cual probablemente había sido así. De cualquier manera, no había sabido nada de mí desde que ambos descubrimos que Aurora estaba viva.

«Caterina acaba de contarme lo que pasó. ¿Rex lo sabía? Sabía que Aurora no murió en el incendio. Y Jesús, Enzo, ¿estaba embarazada? ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? Necesitamos hablar», continuó hablando sobre mi pelea con Rex y Aurora atrapados en el ascensor.

Al menos ahora ella sabía todo lo que yo, pero lo más importante es que sabía que ella no tenía nada que ver con la falsa muerte de Aurora. Estaba tan sorprendida como yo. Rex había ocultado este secreto a todos, incluso a mi hermana. En ese momento ya no estaba enojado con él. Solo quería respuestas.

«Donata, tengo que irme», colgué la llamada y marqué el número de Giuseppina.

«¿Hola?», ella respondió. Su tono vacilante me dijo que sabía que era yo.

«Pinna, soy Don Alfera».

«Sí, señor».

«Me reuniré con una amiga en el penthouse. Debería llegar allí en breve», miré el punto rojo en la pantalla. No se había movido durante los últimos cinco minutos. ¿Aurora tenía dudas sobre ir al lugar de Salvatore? «¿Podrías acompañarla a la biblioteca cuando llegue?».

«La señorita Donata no está en casa».

«Lo sé. La acabo de dejar en el baile de máscaras. Este es un asunto personal. Dijo que podía contar con tu discreción».

«Oh, por supuesto», ella se aclaró la garganta.

Desde que éramos niños, Pinna no había podido resistirse a hacer de espía para nosotros. La respiración acelerada y los resoplidos y jadeos en el teléfono eran todo un espectáculo, por lo que luego podría decir que no quería ayudar, que yo la obligué a hacerlo.

«No se me permiten visitas sin el permiso de la signora Vittoria».

«Lo sé. Pero no soy un visitante. ¿Lo soy?».

«Por supuesto que no», soltó un suspiro por el altavoz. «La dejaré entrar».

Rocco se detuvo ante el edificio. El mapa mostraba que ella estaba en esta dirección, así que supuse que había decidido subir las escaleras. Cuando estuve listo para ir tras ella, Rocco ya había rodeado la camioneta.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. «Ella está paseando por el pasillo, jefe».

«Dale cinco minutos. Luego, asegúrate de que entre».

«Sí, jefe», regresó a la camioneta, hablando por el auricular.

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras pasaba por el vestíbulo hacia el ascensor de servicio. Incluso si Aurora se negaba a hablar conmigo, sabía lo suficiente sobre lo que le pasó después de que la rescataran del incendio en los Hamptons para saber que lo que teníamos hace tanto tiempo no había muerto.

Entré al penthouse por la cocina. Durante un tiempo, después de que mamá falleciera, la casa de Donata se convirtió en una especie de hogar para mí. La presión en mi pecho se liberó un poco más mientras respiraba el aire con aroma a té y limón. Habría preferido tener esta conversación tan esperada con Aurora en mi propia casa, pero el penthouse de Salvatore tendría que ser suficiente.

«Ella está aquí», Pinna irrumpió por la puerta de la cocina. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido desde el vestíbulo hasta la cocina.

«Abre la puerta, Pinna», hice un gesto hacia la dirección general de la puerta principal.

«Oh. Bien. La dejaré entrar».

El timbre volvió a sonar y Pinna salió corriendo.

Caminé hacia la biblioteca y me senté en el borde del escritorio de la signora Vittoria. La voz emocionada de Pinna resonó en la otra habitación. Habló tan rápido mientras escoltaba a Aurora que no le dio la oportunidad de preguntar si había alguien en casa.

«Estás aquí», Pinna dejó que la puerta se abriera.

En su confusión, entre tratar de ser cortés con Pinna y descubrir adónde iba, Aurora cayó directamente en mi trampa. Sonrió dulcemente mientras se giraba en mi dirección. El gesto desapareció de sus labios en el momento en que me vio. Y, joder, si el colorete en sus mejillas no fuera excitante. Perseguirla siempre había tenido ese efecto en mí. ¿Era esa la verdadera razón por la que nunca la superé? Porque me hizo pasar la última década persiguiéndola; una parte de mí sabía que no estaba muerta. Aunque con el paso de los años mi resolución se desmoronó, principalmente para poder intentar seguir adelante con mi vida.

Para cuando Aurora se dio cuenta de que estaba atrapada aquí conmigo, Pinna ya había cerrado la puerta.

«¿Cómo diablos me encontraste?», ella me miró con todo tipo de desprecio. «¿Y cómo llegaste aquí tan rápido?».

«Hay una cámara en tu bolso», señalé el pequeño bolso que tenía en la mano. Frunciendo los labios, lo miró con horror, como si de repente estuviera cubierto de gusanos, y lo arrojó a la basura. Le sonreí. «Hay un chip en tu vestido. Siéntete libre de tirar eso también».

Ella me miró con ira y luego se giró para golpear la puerta con ambos puños. «Pinna».

«Ella no volverá hasta que yo se lo diga. A estas alturas ya deberías saber cómo funciona esto, Aurora». Me alejé del escritorio, mientras ella luchaba con la manija de la puerta.

«No, Enzo. No sé cómo funciona todo esto», se dio la vuelta tan rápido que tropezó con su propio vestido.

Cerré el espacio entre nosotros y la atrapé. Ella luchó conmigo. Por supuesto, pelearía conmigo. «Honestamente, no recuerdo que hayas sido tan terca». Tomé ambas muñecas y las sujeté detrás de su espalda, usando mi cuerpo para presionarla contra la pared.

“Sabía a arándanos”. La voz de Rex hizo eco en mi cabeza.

En un instante, pensé en todas las noches que pasé en duelo por ella, anhelando sentir sus labios otra vez. Enojado. No, ahora sabía lo que era. Los celos arañaron mis entrañas mientras una imagen clara de Rex y una Aurora embarazada se formaba en mi mente. Ella estaba

cargando a mi bebé. Incluso si el bebé no hubiera sobrevivido, en un momento de su vida ella había elegido tener a mi hijo. Envolví mi mano alrededor de su cuello, presionando suavemente su mandíbula, rozando mi boca sobre su sien, su mejilla y luego la comisura de sus labios, antes de que ella girara la cabeza.

«Claro. Lo olvidé. Sin besos». Solté sus muñecas para recoger la tela de su vestido hasta encontrar su coño.

«Enzo», echó su cabeza hacia atrás. «Esto no es un juego. No lo entiendes».

«Entiendo más de lo que piensas. Solo tienes que confiar en mí», empujé dos dedos más allá de su entrada para demostrar mi punto. Porque cuando se trataba de sexo, Aurora confiaba en mí implícitamente y yo no dudaba en utilizar su deseo para conseguir lo que quería. «Te sientes muy bien. ¿Lo sabes?». Profundicé más mientras pasaba el pulgar por su clítoris. Apenas lo había frotado, pero aun así la envió al frenesí habitual.

Su escote amenazaba con salirse del vestido mientras luchaba por recuperar el aliento. Me incliné y chupé con fuerza cada montículo, mientras usaba mis dedos para acercarla al borde. Oh, estaba tan cerca. Y yo estaba allí con ella. Mi pene se endureció, rogándome que ya la cogiera.

Pasé mi lengua por la tela sedosa de su vestido y por sus pezones erectos. Sus paredes resbaladizas apretaron suavemente mis dedos. Me lancé más fuerte y ella me recompensó con un fuerte gemido que se parecía mucho a mi nombre.

«Enzo, por favor».

«¿Por favor qué? Dilo».

«Duele quererte tanto».

«Lo sé, ángel», le susurré al oído.

Los latidos de su corazón palpitaban tan rápido contra los míos. Estaba al borde del orgasmo. Pero por mucho que me encantara verla desmoronarse frente a mí, necesitaba más respuestas. Agarré su rostro para que me mirara y luego saqué los dedos. Ella gritó, cerrando los ojos con fuerza. Sin duda estaba tratando de perseguir el clímax que casi había sucedido.

«Dime por qué te mantuviste alejada de mí durante tanto tiempo. Y no me mientas porque lo sabré». Llevé mis dedos a mis labios. Sus ojos se agrandaron mientras me veía chuparlos hasta dejarlos limpios. «Sabes tan bien».

«Pensé que estabas muerto».

«Cierto, pero luego descubriste la verdad».

«Todo es un juego para ti, ¿no? Por eso estás aquí. Desde que me conociste, todo se trataba de la persecución», ella sacudió levemente la cabeza.

«Siempre fuiste mi juego favorito», me incliné y presioné mi boca contra la de ella.

«¿Qué estás haciendo?», empujó mi hombro.

«Besar a mi esposa», profundicé el beso, probándola y quitándole todo.

No pensé que fuera posible, pero su piel se volvió más suave bajo mi tacto. Ella dudaba, como si no supiera cómo corresponder. Unos segundos más tarde, deslizó sus manos por mi pecho y por mi cabello. Había olvidado cómo se sentía un beso de verdad. Nuestras lenguas chocaron en una danza desesperada, mientras yo presionaba mi erección contra su coño. Lo que hubiera sido o quién hubiera sido que la haya mantenido alejada de mí, ya no era relevante. Ella estaba aquí conmigo. A la mierda el contrato y todo lo demás. Porque no había ninguna posibilidad de que dejara ir a mi esposa.

«No lo niegues», fui el primero en salir a tomar aire. «Seguiste adelante, sabiendo que estabas uniendo tu vida a la mía y no a la de Rex», jadeé en sus labios y luego me acerqué para tener mi pecado nuevamente y besar sus labios. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella encontró

mi mirada implorándome en silencio que detuviera esta línea de preguntas. Entonces decidí cambiar de táctica. «Puedo obligarte a hacer lo que quiera. Como ahora mismo».

Le levanté la falda nuevamente, mientras me desabrochaba el cinturón con destreza y liberaba mi pene. Sin preámbulos, le bajé la ropa interior y entré en ella. Habían pasado horas desde la última vez que follamos. Y no podía esperar más. Se sentía como el paraíso, como si volviera a casa.

Mi boca descendió sobre la de ella nuevamente mientras la empujaba fuerte y rápido. Seguimos avanzando al mismo ritmo errático hasta que el tiempo se desvaneció, hasta que la vieja biblioteca, con sus muebles antiguos, se convirtió en una mancha borrosa en el rabillo del ojo, hasta que solo quedamos nosotros.

«No pares. Por favor», dijo entre besos.

«Eres mía, siempre lo has sido. ¿Entiendes eso ahora?».

Ella sacudió su cabeza. No para negar lo que ambos sabíamos que era verdad, sino para rendirse.

«Mi dulce ángel. Vente por mí», mordisqueé su cuello, dejando un rastro de piel de gallina mientras me dirigía hacia su pezón expuesto. «¿Puedes darte cuenta? ¿La expresión de su cara cuando la signora Vittoria mire la grabación?».

«¿Qué?».

«Ella tiene cámaras por todas partes. ¿No lo sabías?», señalé hacia la cámara directamente detrás de nosotros.

Sus mejillas se pusieron de un rojo más intenso. Abrió la boca para protestar. Casi podía verlo en sus ojos. Las palabras, “*¿Cómo te atreves a obligarme a hacer esto frente a una cámara?*”. Pero era demasiado tarde. Estaba demasiado perdida para detenerlo. Agarró las solapas de mi chaqueta de esmoquin. Cuando la embestí de nuevo, su orgasmo se apoderó de su cuerpo. Ella se deshizo en mis brazos, gloriosamente y con total abandono. Alcancé detrás de ella y tiré del tapón anal que había colocado allí antes.

«Dios mío, Enzo», ella temblaba en mis brazos, moviendo sus caderas hacia mí como si estuviera persiguiendo un nuevo clímax.

Su completa rendición fue mi perdición. Me corrí con fuerza dentro de ella, tan jodidamente fuerte que todo el aire abandonó mis pulmones. Me dejó sin aliento y casi inconsciente. ¿Era posible que una obsesión, un juego, se convirtiera en el tipo de amor que duraba para siempre?

«¿Por qué pensaste que Donata te ayudaría? ¿O fue la signora Vittoria? ¿Por qué venir a pedirles ayuda ahora?».

Presionó su frente contra mi pecho, mientras mi pene todavía estaba dentro de ella. «No tenía otra opción. Demasiada gente me vio en el ‘Crucible’. Rex me vio. Tenía que explicarle a ella por qué regresé».

«¿La signora Vittoria fue la que te ayudó a fingir tu muerte? ¿Te mantuviste alejado por causa de ella?»

«Sí», asintió. «A cambio de tu vida».

CAPÍTULO 21

La noche es joven

AURORA

10 años atrás. Florencia, Italia

«¿Rex? Dime que está mintiendo».

Angelo era lo suficientemente cruel como para jugar con mis emociones de esta manera, ofreciéndome lo único que nunca podría tener. Enzo no podía estar vivo. Había pasado meses lamentando la pérdida del único hombre al que había amado. Tantas noches desperdiciadas, mientras lloraba a mares por mí y por mi bebé. Odiaba que nuestro bebé y Enzo nunca se conocieran.

Era demasiado cruel.

Entonces ¿quién mentía? ¿Rex o Angelo?

«No miente», los ojos de Rex se llenaron de lágrimas, como si realmente le doliera verme así.

Me alejé de él. Rex había sido mi único consuelo, mi refugio, desde que me había contado que Enzo estaba muerto. Y ahora estaba completamente sola, de pie en medio de un vestíbulo con poca luz, en la casa de un hombre que nunca había conocido, literalmente rodeada de mis despiadados asesinos.

La agonía de estar lejos de Enzo era insoportable. Incluso si realmente estuviera vivo, ¿por qué no había venido por mí? ¿Había sido tan estúpida al pensar que Rex era mi amigo, que estaba aquí porque quería ayudarme? Pero para él todo esto era un juego, uno como los que solían jugar en el bachillerato. Y pensar que le había rogado para que se quedara conmigo, que me amara, que reemplazara a Enzo.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

La opresión en mi pecho se intensificó y luego bajó a mi vientre. La acepté y me doblé de dolor. Al principio pensé que el bebé había dado patadas. Entonces me di cuenta de que estaba teniendo contracciones. No podía ser. Todavía me quedaban ocho semanas.

«Ah», abracé mi cuerpo para proteger al bebé.

Rex levantó las manos y me habló en voz baja, pero no pude entender las palabras. Ya no podía entender nada. Mi corazón se aceleró cuando los calambres se intensificaron y se convirtieron nuevamente en contracciones completas. Y luego, de la nada, él cayó de rodillas.

¿Qué demonios está pasando? Di un paso hacia él y tropecé con la alfombra. Me golpeé las rodillas con fuerza contra las tablas de madera. La conmoción apenas se había registrado cuando uno de los hombres de Angelo me clavó una navaja en el vientre. Miré hacia abajo, con la boca abierta. Sabía que Angelo no tenía corazón, pero todavía no podía creer que hubiera llegado tan lejos. Me había apuñalado. En cuestión de segundos, la sangre estaba por todos lados y no podía

respirar.

«Rex», lo alcancé, pero él estaba inconsciente. «¿Qué has hecho, Angelo?», supliqué. «El bebé, por favor. Salva a mi bebé».

«Escuchemos. ¿Cómo me compensarías?».

«Haré lo que quieras», me miré las manos con horror, jadeando por aire. Había tanta sangre. Rex. Cambié mi atención a Rex nuevamente, luego a mi vientre. «Si Enzo está vivo. Querrá venganza. No parará hasta que estés muerto».

«¿Qué te hace pensar que todavía te quiere? ¿Aún no entiendes el juego de Rex? Enzo cree que estás muerta. ¿Y este bebé?». Se sentó sobre sus tobillos y presionó su mano contra mi estómago. «Es nuestro pequeño secreto».

«¿Qué quieres?», necesitaba entender por qué nos estaba haciendo esto. ¿Venganza? ¿Porque herí su orgullo cuando lo dejé para estar con Enzo? No tenía sentido si todos ya pensaban que estaba muerta. ¿Por qué seguirme aquí? «No tienes que lastimar a mi bebé. ¿Cómo te ayudaría la venganza contra un inocente?».

«¿Venganza?», me miró entrecerrando los ojos como si no pudiera creer las palabras que salían de mi boca. «¿Es eso lo que piensas?», soltó una risa escalofriante. «No eres nada para mí. Lo admito... tu cara bonita, esa mirada inocente que tienes y ese trasero apretado me hicieron fantasear con una vida contigo. Pero esto nunca fue sobre ti», pasó su pulgar por mi boca.

La sangre goteaba entre mis piernas. Me quedé muy quieta. Si Angelo no estaba lo suficientemente enojado como para querer venganza, todavía existía la posibilidad de que se apiadara de mí y de mi condición. Tenía tiempo de llegar a un hospital y tener este bebé. Mis paredes abdominales se tensaron. Apreté la mandíbula para ahogar el llanto, para no llamar la atención sobre el bebé.

«Podrías haberlo tenido todo. En cambio, fuiste y empeoraste las cosas para todos nosotros». Presionó sus labios húmedos contra los míos.

Hice ademán de darme la vuelta, pero él hundió sus dedos bajo mi mandíbula. Mi corazón latía en mis oídos. La inquietud que sentí cuando estuvo cerca fue abrumadora. Pero más que eso, tenía miedo porque mi bebé ya no se movía. Se había rendido. ¿Estaba yo también dispuesta a rendirme?

«Tenía un trabajo», me acarició la mejilla.

Sus rasgos se suavizaron mientras trazaba mis cejas con sus dedos. No quería nada más que apartar su mano. Pero tal vez la signora Vittoria tuviera razón desde el principio. La única manera de sobrevivir era rendirme a Angelo. Nunca iba a tener una vida real con Enzo. Los Reales y yo éramos una mala combinación. Unos meses con Rex, más o menos, lo llevaron al mismo lugar que Enzo.

«No lastimes a Rex. Iré contigo. Seré lo que tú quieras que sea».

Se lamió los labios y asintió una vez, pareciendo repentinamente cansado. ¿Estaba finalmente cansado de este juego del gato y el ratón? Se sentó a mi lado en el suelo y ni siquiera le importó que mi sangre estuviera ahora en sus manos y pantalones elegantes o que estuviera desangrándome hasta morir. Parecía abatido. Pero de alguna manera, sabía que, si volvía a suplicar por la vida de mi bebé, perdería todo el terreno que había ganado en los últimos minutos.

«Necesito un médico», puse mi mano sobre su hombro, mientras aplicaba presión en un punto húmedo en el costado de mi vientre. Todo y nada dolía. Era muy difícil mantener la concentración, tomar aire. «Estoy perdiendo demasiada sangre. Por favor», logré susurrar.

«No puedo ayudarte. El rey te necesita que tú, Enzo, y ahora este bebé no existan», señaló el

cuerpo inconsciente de Rex en el suelo. «El pequeño rey aquí no entiende cómo funciona todo. Don Valentino se puso furioso cuando descubrió que su propio hijo te estaba ayudando. Me envió aquí para buscarlo. Y asegurarme de que esta vez permanecieras muerta», tomó un mechón de pelo de mi hombro y se inclinó para olerlo.

«No quieres eso. ¿Verdad?».

«Tú sabes lo que quiero», su mirada se dirigió a mis pechos. «Pero tengo mis órdenes. Nuestro momento llegó y se fue hace meses, Aurora».

«¿También tenías órdenes de matar a Enzo?».

«Tuve que hacer que pareciera defensa propia. ¿Entiendes ahora? Don Valentino no necesita que un niño crezca pensando que es el rey legítimo», acunó mi estómago suavemente. Algo parecido a la adoración brilló en sus ojos. «Si hubieras sido una mejor hija, no estarías en este lío. Y este sería mi hijo».

Me costaba creer que un hombre capaz de apuñalar a una mujer embarazada tuviera la capacidad de amar realmente a alguien. Angelo no me amaba. Lo impulsaban la obsesión y la codicia.

«Nunca me arrepentiría de haberme enamorado de Enzo Alfera».

«No estés tan segura. La noche es joven», se puso de pie y me sonrió.

El pánico se instaló en mi cuerpo. ¿Era este su plan? Dejarnos en casa de un extraño para morir desangrados. Miré a mi alrededor; había tanta sangre. «Rex», llamé mientras apoyaba mi mejilla en el suelo mojado. De repente, todo lo que quería hacer era dormir. «Rex».

Estábamos uno frente al otro ahora. Sus ojos se abrieron, pero luego se cerraron de nuevo y yo seguí su ejemplo. Mi mente volvió a Enzo porque era el único lugar seguro que conocía. Su hermoso rostro y su sonrisa aparecían y se desenfocaban en mi cabeza. Al menos estaba vivo. Sin mí, tenía la oportunidad de sobrevivir como nuevo rey.

«Duerme, dulce ángel», Enzo me quitó el pelo pegajoso de la mejilla.

«¿Qué está sucediendo?», cogí su mano, casi esperando que se alejara como humo. Él era real. «¿Viniste?».

«Ha perdido mucha sangre», Enzo habló rápido con las otras personas a mi alrededor, vestidas con batas blancas.

Ya no dolía nada. Pero quería que me dejaran en paz, que dejaran de presionarme, que dejaran de hacerme preguntas cuyas respuestas no sabía... no, no tenía idea de dónde estaba. Ni qué año era. ¿Por qué importaría eso? Ni siquiera podía pensar en mi propio nombre. Solo el de Enzo. Lo veía en todas partes. De pie junto a mí y jalando mis párpados para revisar mis pupilas, junto a la puerta con su mirada melancólica, sosteniendo mi mano. Él estaba aquí. Tenía que estarlo.

«La estamos perdiendo», Enzo me clavó una aguja en el brazo.

Solo quería dormir. Cerré los ojos y todo volvió a oscurecerse. Minutos después, estaba despierta nuevamente. Me llevaban a toda prisa por un pasillo completamente blanco. Corríamos hacia el túnel ventoso y el sonido ensordecedor de las hélices en pleno vuelo. Ahora entendía lo que estaba pasando. Estaba en un hospital. Estaba recibiendo ayuda, pero algo andaba mal. Podía sentirlo. O, mejor dicho, ya no podía sentir nada.

«Mi bebé», me toqué el estómago y me paralicé. «¿Dónde está?», giré mi cuerpo para mirar al médico corriendo junto a mi camilla. «No me alejen. Por favor. Necesito ver a mi bebé. ¿Dónde está?».

«Shh», dejó de correr. «Vas a estar bien».

Por un momento, fue como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo y me estaba mirando

completamente histérica en el helipuerto. Di vueltas y vueltas para alejarme y alcancé al médico que me había acompañado fuera. «Él tiene a mi bebé. Él me lo robó». Pateé y retorcí mi cuerpo hasta que la sangre se filtró a través de las sábanas blancas.

«Dios, sédala», una voz severa llamó desde el interior del helicóptero.

«No. No. Por favor. No», rogué, pero las sombras ya estaban apareciendo en las orillas de mis ojos. Antes de volver a sumergirme en la oscuridad, vi el rostro sonriente de Enzo. «No eres real», murmuré para mis adentros.

Cuando me desperté de nuevo, estaba en una habitación elegante, rodeada de muebles modernos, paredes limpias y un olor vagamente familiar. La ropa de cama no se sentía como las sábanas de hospital desgastadas y el colchón no tenía bultos. Dios mío, estaba en mi propia cama, usando mi propia ropa. Toqué mi blusa y luego mi cabeza. Alguien me había bañado y peinado.

Por instinto, mi mano voló hacia mi estómago plano. Y entonces, todo volvió a mí rápidamente. El hombre de Angelo apuñalándome, el vuelo de Italia a Nueva York, el tiempo en el hospital y el regreso a casa. Cerré los ojos con fuerza para detener las lágrimas, pero fue inútil. Me acurruqué en la cama y lloré. Estaba en casa en Nueva York, pero estaba más sola que nunca.

«Arriba», sollocé, dejando que mis párpados pesados volvieran a ganar. «Ya no quiero dormir», le grité a la puerta al otro lado de la habitación. Un leve recuerdo de haber hecho esto antes pasó por mi mente. ¿Cuánto tiempo había estado dormida? «Arriba».

Pero fue inútil. Me desmayé de nuevo.

Horas más tarde, o tal vez días, mis ojos se abrieron de nuevo. Sonreí a mi habitación. «Estás despierta. Levántate».

Aunque me dolía todo el cuerpo, logré sentarme y quitarme las agujas del brazo, antes de que la máquina que emitía pitidos me mandara otro sedante. Mis piernas se sentían débiles y temblorosas, pero me puse de pie de todos modos. «¿Hola?».

¿Había soñado todo? ¿Huir con Enzo, quedar embarazada y luego irme con Rex? Quizá mamá estaba abajo y yo llegaba tarde a la escuela.

«No seas estúpida», cerré todas las fantasías que ya se estaban acumulando en mi cabeza, mientras pasaba mis dedos por mi cabello para calmar mi dolor de cabeza punzante. «No más juergas de lástima. No más actuar como una cosa débil».

Ese era el problema conmigo: siempre era la víctima. Ya había terminado con todo eso. Quien me había traído aquí tenía sus propios planes. Estaría dispuesta a apostar el penthouse del Upper East Side de mis padres a que estaba aquí como un títere a la sombra. El padre de Rex tenía tanto miedo de perder su nueva y brillante corona que se estaba volviendo loco por la desconfianza. Estaba seguro de que todos querían robarle el trono. Sabía a ciencia cierta que a Enzo no le importaba.

Bajé las escaleras y seguí el olor a tocino hasta la cocina. En cierto modo, no me sorprendí cuando la vi. «¿Giuseppina?», pregunté.

«Estás despierta», me sonrió. «Preparé el desayuno. Bueno, preparo el desayuno todos los días. Pero todos los días simplemente lloras y duermes».

«¿Cuánto tiempo llevo aquí durmiendo?».

«Dos meses».

«¿Qué?», di un paso hacia el mostrador para mantener el equilibrio. «Pinna, tienes que ayudarme».

«Come primero. Estás tan flaca. No es bueno».

«Pinna», me agarré el pelo con frustración. «Escúchame. Necesito salir de aquí. Entiendo que

Donata quiera ayudar. Pero ahora, esto es más grande que nosotras. Si su tía descubre que estoy viva, ella misma me matará».

«Querida niña», una ligera risa llenó la habitación. «Sigo salvándote la vida. Y de alguna manera todavía piensas que soy la mala».

Me giré lentamente para encontrarme con la intensa mirada de la signora Vittoria.

«Mi sobrina no te trajo aquí. Yo lo hice».

«¿Qué?», tropecé hacia atrás, sintiéndome mareada.

«Oh», extendió la mano y me agarró del codo. «Siéntate. Pinna, tráele un poco de té. Y algo de comida. Tiene un aspecto espantoso».

Me senté en el taburete del mostrador y relajé mi cuerpo. Los recuerdos de cómo salí de Italia estaban en mi cabeza. Eran vagos y escasos, pero algunas piezas las pude comprender. Un equipo entró mientras Rex y yo estábamos en el suelo apenas conscientes. Dispararon a todos y luego me llevaron en una bolsa para cadáveres.

«Dios mío», me tapé la boca con la mano. «Vi a Rex cuando subían la cremallera de él. Estaba en una bolsa para cadáveres como yo. ¿Lo mató?», las lágrimas corrieron por mis mejillas.

«Bebe», empujó una taza de té hacia mí. «Y deja de ser tan melodramática. Estás viva. También lo está Rex. Las bolsas para cadáveres eran necesarias para mi plan».

«¿Por qué estoy aquí?».

«Porque le prometí a tu madre que te mantendría a salvo», tocó mi barbilla con su dedo índice y me hizo mirarla.

«Está mintiendo», bebí mi té. Si iba a tener que enfrentarme a la Dama Dragón, necesitaba mis fuerzas. «Mi madre, mis padres, no eran más que peones para usted. ¿Por qué estoy realmente aquí?».

«Finalmente te está creciendo la columna vertebral. Bien. La vas a necesitar», me sonrió gentilmente y luego asintió con la cabeza hacia Pinna, quien rápidamente colocó un plato de huevos con tocino frente a mí. La signora Vittoria esperó hasta que comí el primer bocado y luego continuó. «Me gustaría hacer un trato contigo, querida».

«¿Por qué haría un trato con usted?», me burlé. «La última vez que lo hice, mis padres murieron. Y casi me queman viva».

«Sí. Muy trágico», encontró la mirada de Pinna. «Aceptarás mi oferta si quieres recuperar a tu bebé».

CAPÍTULO 22

El poder es efímero

AURORA

10 años atrás. Ciudad de Nueva York

«¿Qué?», me puse de pie y me toqué el vientre. «¿Está vivo? ¿Por qué no me lo dijo antes? He estado atrapada aquí durante meses. ¿Y no pensó en decírmelo?».

Estaba tan cansada de los juegos de la signora Vittoria. La verdad es que estaba cansada de la realeza y de todas las familias mafiosas. ¿Cómo pudo mantenerme todo este tiempo alejada de mi propio bebé? ¿Y para qué? ¿Para conseguir un nuevo trato? ¿Qué quería ella?

«Él ha estado en cuidados intensivos desde que nació. No te lo dijimos porque los médicos no creían que lo lograría. Y tú estabas trastornada», agitó una mano en señal de restar importancia. «No pensé que fuera prudente agregar más al caso».

«¿Él? ¿Él es un niño?».

«Sí».

Lo que daría por tener su compostura. Sin embargo, dudo que estaría así de tranquila si su propio hijo estuviera en peligro.

«Quiero verlo. Ahora mismo».

«Por supuesto», su mirada se posó en mi plato. «Come. Te vistes. Y te llevaré con él». Tomó un último sorbo de su té y salió por donde había entrado.

¿Por qué pensaba que era mi dueña? Desde que mi familia llegó por primera vez a la ciudad de Nueva York, la signora Vittoria había manipulado nuestras vidas para hacer exactamente lo que ella quería de nosotros. Mis padres murieron por culpa de ella y de Don Alfera. Y ahora, mi bebé estaba luchando por su vida, quién sabe dónde. Me lo imaginé completamente solo en una cuna sucia en algún motel. No tengo idea de por qué. Quizás porque cuando se trataba de las originales familias del crimen, las cosas siempre terminaban así.

«Come, señorita», Pinna cogió el tenedor y me dio un bocado de huevos revueltos. «Necesitarás tu fuerza».

Asentí. Necesitaba sacudirme el impulso de volver a meterme bajo las sábanas y dormir. «¿Por qué estoy tan cansada?».

«No has estado comiendo. Y bueno, las drogas», me ofreció un trozo de tocino. «La signora Vittoria quería darte tiempo».

Estaba enojada porque ella me había mantenido alejada de mi hijo durante tanto tiempo. Pero la verdad es que podría haber salido de mi habitación en cualquier momento. Justo como lo había hecho hoy más temprano. Pinna esperó hasta que estuve lista y luego me dio de comer un trozo de fruta. Parecía muy cómoda con la tarea, como si hubiera estado haciendo esto por un tiempo. Entonces, un recuerdo de Pinna ayudándome con un vaso de agua pasó por mi mente.

Trastornada.

La signora Vittoria me había llamado trastornada. Ahora que estaba despierta, me daba cuenta de lo mucho que lo había estado cuando salí del hospital en helicóptero. Estaba trastornada, pero de pena. Mis ojos se cerraron mientras presionaba mi mejilla contra la fría superficie de mármol.

«¿Más té?», Pinna me dio unas palmaditas en la mejilla.

«Sí», me senté y parpadeé para ahuyentar la somnolencia de mis ojos. «¿Cuánto tiempo pasará antes de que desaparezcan los efectos de las drogas?».

«No lo sé».

«¿Me ayudaste con la ropa y la ducha?».

«Sí», me sonrió. «Me lo pediste. ¿No te acuerdas?».

«No», sacudí la cabeza y me puse de pie. «Me gustaría vestirme ahora».

«Te ayudaré», intentó agarrarme del codo, pero luego dio un paso atrás para dejarme encontrar mi propio camino.

Subí las escaleras y me metí directamente en la ducha, mientras Pinna elegía mi ropa. El agua caliente alivió mis músculos doloridos. Estar en cama durante meses realmente me había dañado la espalda. ¿Qué más había cambiado en mi cuerpo? Tenía miedo incluso de mirar, así que tomé el champú y continué hasta el final. Cuando finalmente estuve limpia, miré mi vientre plano y luego toqué con los dedos la fina cicatriz que se encontraba varios centímetros más allá de mi ombligo. Cerré los ojos con fuerza y alejé el recuerdo del médico cortando mi abdomen para sacar a mi bebé.

«Sálvela».

Ésas fueron las palabras de la signora Vittoria al médico que me atendía. Me había elegido a mí antes que a mi hijo. ¿Era amiga o no? Me toqué el costado y sentí la piel arrugada de otra cicatriz más. La ira se apoderó de mí porque recordaba claramente la cara de Angelo cuando su chico me apuñaló. Cerré el agua y salí de la ducha, sintiéndome despierta y decidida. Angelo pagaría por lo que nos hizo a mí y a mi familia. Pero primero quería conocer a mi hijo.

Pinna me recibió fuera del baño con sus habituales rasgos emocionados. «Hace un poco de frío ahí fuera. ¿Qué opinas?», me mostró la ropa que había elegido para mí.

Era un bonito vestido con mallas y botas hasta la rodilla. Parecía como si hubiera pasado toda una vida cuando la signora Vittoria me llevó de compras y me hizo firmar un acuerdo que alteró mi vida para siempre.

«Me gusta», me vestí rápidamente y salí.

«¿Lista?», la signora Vittoria me recibió al pie de las escaleras. «Tomaremos el ascensor de servicio hasta el garaje. No puedes ser vista. ¿Lo entiendes?».

«Sí», la seguí sin quejarme porque todo mi sustento estaba en sus manos.

Cuando me subí al asiento trasero de su SUV, me hizo un gesto para que me sentara y me abrochara el cinturón. «Tenemos que hacer una parada rápida antes de llevarte al hospital».

«Está bien», me recosté.

La luz del sol se sentía bien en mi cara. Ver las calles de la ciudad y todas las tiendas me recordó la nostalgia que había sentido todo este tiempo. ¿Por qué Nueva York se sentía como en casa? ¿Porque Enzo estuvo aquí? En el momento en que sus rasgos invadieron mi mente, apareció en mi línea de visión. El verdadero Enzo estaba al otro lado de la calle. Moví mi cuerpo para ver dónde habíamos estacionado. Estábamos en su casa. Enzo estaba vivo, parado frente a su propio edificio.

«Él está aquí», dejé escapar un suspiro tembloroso.

Los aleteos en mi pecho fueron inmediatos. Y de repente, no me importó lo sola que me había sentido desde que nos despedimos el pasado diciembre, fuera de nuestra escuela. Era más hermoso de lo que recordaba. Quizás incluso más alto. Cubrí mi boca y sonreí ante su forma.

Como si pudiera verme, me devolvió el gesto. Su rostro se iluminó y sentí una descarga de adrenalina recorrer mi cuerpo. Mi corazón latía con tanta fuerza; sentía que mi pecho estaba a punto de partirse en dos. Quise abrir la puerta del auto, pero la signora Vittoria me detuvo.

«Mira».

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Donata rodear el cuello de Enzo con sus brazos y besarlo en la boca. Fue breve, pero definitivamente no fue el tipo de beso que compartirían dos viejos amigos. Entonces me di cuenta de que había pasado casi un año desde que lo perdí. Por supuesto, había seguido adelante.

«Él cree que estás muerta».

«¿Por qué me trajo aquí?».

«Pensé que tal vez querías verlo por última vez. Asegurarte de que estuviera vivo y bien».

«Gracias». ¿Por qué tenía que ser tan hermoso?

Una limusina se detuvo junto a la acera. Enzo entró y le abrió la puerta a Donata. Se veía hermosa y feliz también. Tenía sentido los dos juntos. La verdad me aplastó el corazón, pero no me acobardé ante ella. Lo enfrenté con valentía. Subió detrás de ella y, un momento después, el auto se internó en el tráfico.

Las lágrimas corrieron por mi rostro. Me dolió físicamente verlo partir.

Supuse que así era como debía ser para nosotros. Enzo Alfera nunca fue mío. Lo habíamos intentado. Pero nunca iba a funcionar a nuestro favor. Él era un miembro de la realeza. Yo era una don nadie. «¿Lo sabía? ¿Sabía desde el principio que mis padres habían venido a Nueva York a morir?».

La signora Vittoria miró a su chofer a través del espejo retrovisor. «Podemos irnos». Cuando se volvió hacia mí, sus ojos mostraron compasión. Fue solo por una fracción de segundo, pero estaba allí. A ella realmente le importaba. «Sí. Michael Alfera conoció a tu padre poco después de que éste decidiera abdicar».

«Papá le salvó la vida a Don Alfera. Y así nos lo pagó. Utilizándonos para salvar a uno de los suyos».

«Tu padre nunca salvó la vida de Michael. Todo fue un montaje. Una estafa orquestada por tu padre para sacarle dinero a Michael. Michael decidió seguirle el juego y le dio la oportunidad de su vida», se encogió de hombros. «Tu padre recibió lo que se merecía».

«¿Y mamá? ¿Ella también obtuvo lo que se merecía?», dejé que las lágrimas fluyeran. Desde la noche en los Hamptons, había tenido tantas razones para llorar, y no creía haber llorado lo suficiente por su muerte. Todo había pasado tan rápido que no tuve tiempo de llorarla. «Ella era inocente en todo esto».

«Tal vez, pero tú también. Si te hubieras casado con Angelo, como se suponía, no estarías aquí».

«Usted lo orquestó todo, ¿no?».

«Sí, lo hice. Estaba obsesionado contigo desde el momento en que te vio. Todo lo que tuve que hacer fue sugerírselo a tu madre y la idea les convenció», arqueó una ceja, enfatizando la palabra ‘convenció’. «No desperdicies tus lágrimas en ellos, querida».

«Angelo es cruel y vil. Me habría sentido miserable con él», me limpié ambas mejillas. «Un día pagaré por lo que le hizo a mi familia».

«Un día», me sonrió. «El poder es efímero».

¿Era este su final? ¿O más bien, su juego en curso? Me parecía que la signora Vittoria ya estaba planeando la caída de Don Valentino. ¿Por qué más me ayudaría? Incluso si su rostro mostraba lástima hacia mí en este momento, eso no significaba que fuera mi amiga o que se preocupara por mi bienestar. La signora Vittoria estaba planeando algo. Y una vez más, era un peón en este interminable juego por el poder.

«¿Es eso lo que quiere? ¿Ser reina?».

Ella encontró mi mirada y la sostuvo durante mucho tiempo antes de que casualmente dirigiera su atención al camino que teníamos delante. «Hemos llegado», el vehículo entró en un garaje y se detuvo en el otro extremo, cerca de una puerta sin identificación. «Adelante», asintió con la cabeza a su conductor.

Ella no había respondido a mi pregunta, pero no importaba. Estaba a punto de conocer a mi hijo. El hospital donde la signora Vittoria tenía internado a mi hijo era una clínica privada en un edificio cerca del Midtown. Me senté en el borde de mi asiento mientras el chofer se acercaba a la puerta blanca y llamaba. Intercambió algunas palabras con la enfermera que atendió, luego se volvió hacia nosotras y agachó la cabeza una vez.

Se dirigió hacia nosotras. Y juré que era como si caminara en cámara lenta. No tenía tiempo para esto. Abrí la puerta y prácticamente salté. Cuando llegué a la entrada trasera, la enfermera me sonrió.

«Aurora, se ve bien».

¿Me conocía? «¿Puedo verlo ya?».

«Por supuesto», me hizo un gesto para que la siguiera.

Con una rápida mirada hacia la signora Vittoria, que todavía estaba en su auto, entré y seguí a la enfermera. El pasillo tenía papel tapiz texturizado con un diseño geométrico. Hacía que el espacio pareciera fresco y moderno, caro.

«Esto no parece una unidad pediátrica».

No es que alguna vez hubiera visto una en la vida real. Pero gracias a las películas, esperaba ver lindos animales pintados en las paredes y un grupo de médicos vestidos con batas con diseños amigables para los niños. Este lugar parecía un spa médico donde las mujeres ricas recibían Botox.

«Estamos en una clínica privada. Nuestros clientes aprecian nuestra discreción».

¿Qué significaba eso? ¿Sabía que la mafia quería matar a mi hijo?

«Créame, su bebé ha recibido la mejor atención que el dinero puede comprar».

«Fue...?», exhalé porque la mera idea de que él saliera lastimado hizo que mi estómago se revolviera. «¿Resultó herido? Ya sabes, cuando... eh».

«No me recuerda, ¿verdad?», habíamos llegado al final del largo pasillo. Pulsó el botón de llamada y luego se volvió para sonreírme. «Usted dio a luz a su bebé aquí. Estaba gravemente herida cuando entró. Por suerte, la navaja no alcanzó la placenta. Su pulmón derecho se llevó la peor parte. Hicimos lo mejor que pudimos con las incisiones». Ella señaló a mi lado. «Con el tiempo, se verán mucho mejor».

«Supuse que el bebé había nacido en Italia», me toqué el estómago donde había visto una cicatriz rojiza. Los recuerdos de esa noche todavía eran borrosos. Tratar de encontrar la concentración y descubrir la secuencia de los acontecimientos hizo que me doliera la cabeza. «El helicóptero..., ¿eso fue aquí?».

«Sí. Estaba estable cuando llegó. Fue tratada en Italia y luego la trajeron aquí. A las treinta y dos semanas, queríamos esperar el mayor tiempo posible para darle al bebé una oportunidad de luchar. Dos semanas después, tuvimos que practicarle una cesárea», entró en el ascensor y siguió

hablando del día que había llegado.

Me hablaba como si nos conociéramos. Me di cuenta de que las lagunas en mi memoria eran más grandes de lo que pensaba. Según la enfermera, mi pérdida de memoria tuvo que ver con el nivel de trauma que experimenté. Con el tiempo, todo volvería a mí. Pero esa era la cuestión que no quería recordar.

La seguí por otro pasillo con puertas a cada lado. Mi corazón se aceleró porque no sabía qué esperar. No sabía si iba a poder soportar verlo conectado a una máquina.

Se detuvo y luego me hizo un gesto para que entrara. «¿Quiere que me quede?».

«Sí, por favor», las lágrimas llenaron mis ojos y todo se volvió borroso. «No puedo hacer esto sola».

«No es necesario», me rodeó con el brazo y me acompañó al interior.

«Dios mío», corrí hacia la incubadora de bebés y miré a la pequeña persona que había dentro. Estaba profundamente dormido y hacía ruidos de succión. Dejé escapar un grito y presioné mi frente contra el panel acrílico que me separaba de mi hijo. Conté sus dedos de manos y pies. Era un milagro que estuviera vivo. «Es perfecto».

«Es un luchador. Luchó por un tiempo, y lo superó». Presionó algunos botones y luego abrió la parte superior de la incubadora. «Lo voy a extrañar. ¿Quiere abrazarlo?».

«¿Podrá él soportarlo?».

«Sí», se rió mientras tomaba una manta limpia de una de las mesas y comenzaba a hacer lo que parecía una envoltura como burrito súper complicada. «¿Por qué no se sienta?», inclinó la cabeza hacia el gran sillón reclinable del rincón.

Cuando me senté, ella lo puso en mis brazos. Y comencé a llorar de nuevo. Esta vez eran lágrimas de felicidad. De alguna manera lo habíamos logrado. Sobrevivimos a Angelo. Pero ¿cuánto faltaba para que terminara este indulto? ¿Antes de que Angelo volviera a buscarnos? Junté mi mejilla con la suya y luego lo besé.

«No tenía idea de que me sentiría así».

«Lo creas o no, esta es la parte fácil», la signora Vittoria apareció en el umbral, con un aspecto majestuoso y fuera de lugar.

«Me temo que tiene razón», la enfermera se rió. «Tengo dos hijos un poco mayores que usted. Si está lista, puedes llevarlo a casa esta noche. Estoy segura de que...».

«Estoy seguro de que podemos resolver algo», la signora Vittoria dejó que la puerta se abriera. «¿Nos darías un momento?».

«Oh, por supuesto. Las dejo con eso», agarró las mantas sucias de la incubadora y salió.

Cuando la puerta se cerró tras ella, la signora Vittoria se volvió hacia mí. «Ahora, ¿estás lista para discutir un nuevo acuerdo?».

CAPÍTULO 23

Estaremos esperando

AURORA

10 años atrás. Ciudad de Nueva York

«¿Qué quiere de mí?», torpemente acerqué a mi hijo a mi cuerpo.

Tenía la extraña sensación de que la signora Vittoria estaba a punto de arrebatármelo, de que no volvería a verlo nunca más. La idea de perderlo me dolió mucho más que cuando vi a Enzo besando a Donata hace media hora.

«Me necesitas tanto como yo te necesito a ti», se sentó frente a mí en el segundo sillón reclinable. «Creo que ambas podemos estar de acuerdo en que, sin mi ayuda, tú y tu hijo no tienen ninguna posibilidad contra Angelo. Por ahora, cree que estás muerta. Pero no parará hasta ver tu cuerpo. Así te encontró en Italia. Es como un perro con un hueso. Juro que olió tu olor hasta allí. Estaba siguiendo órdenes de Don Valentino, pero hay una parte de él que también quiere venganza. Mira lo que te hizo. Cómo decidió matarte por segunda vez».

Mi pesadilla recurrente era Angelo mirándome con odio mientras su hombre me apuñalaba, y Rex inconsciente en el suelo y toda la sangre alrededor. Todas las noches veía esa película de terror una y otra vez. No necesitaba que la signora Vittoria me recordara cuánto deseaba Angelo verme muerta.

La necesitaba para seguir viva. No tenía a nadie más a quien recurrir.

Después de que Rex me mintiera sobre Enzo. No sabía si podía confiar en él. Su padre era la razón por la que estaba en este lío. ¿Fue por eso que Rex decidió ayudarme? ¿Para mantenerme cerca hasta que fuera el momento de deshacerse de mí? Me recosté en la silla, sintiéndome agotada de nuevo. Me negaba a creer que Rex fuera el malo aquí. ¿Pero cómo podría no serlo?

«¿Sabía que a Angelo le ordenaron matar a Enzo? ¿Qué pareciera un accidente?», pregunté.

«Sí», su mirada cayó a mi regazo y al bebé dormido. Se acercó y le tocó la cabeza. «Michael es un idiota si cree que Don Valentino va a dejar vivir a su familia. Valentino está más que paranoico ahora».

«Rex me habló de lo que exige su ley. Dijo que las cinco familias originales no pueden matarse entre sí. Enzo sigue siendo un Alfera, incluso si su padre decidió abandonar todo».

«Rex tiene razón. Pero Michael dejó la Sociedad. Creó un vacío legal. La mejor oportunidad que tiene Enzo para sobrevivir al nuevo rey es no darle nunca a Don Valentino ningún motivo para ir tras él».

«¿Por qué don Alfera le haría esto a su familia? Enzo podría haber muerto», mi pecho se apretó de la misma manera que lo había hecho durante el año pasado cada vez que pensaba en él muerto, tirado en algún lugar solo. Cuando mis ojos se llenaron de lágrimas, alejé el pensamiento y me concentré en su rostro feliz, el que había visto antes. Esa imagen de él con otra persona

dolía mucho menos que todas las noches que pasé pensando que se había ido para siempre. «Fue cruel lo que hizo».

«Él diría que lo hizo por amor. Yo le creo», se burló ella. «No me mires así. No dije que lo que hizo estuviera bien. Pero si miramos el panorama más amplio, que Michael dejara la Sociedad fue lo mejor para todos nosotros».

«No todos nosotros», mi hijo se agitó en mis brazos. Una descarga de adrenalina subió a mi estómago porque no sabía qué se suponía que debía hacer una vez que él despertara. «Shh», pasé mi mano por su cabeza calva. «Es tan pequeño e indefenso». Hubo un momento en el que me sentí exactamente así. Pero ya no más. Pasara lo que pasara después para nosotros, estaría lista para protegerlo. «¿Qué obtiene de todo esto? Quiero decir, si deja que los dos amigos se ataquen como perros rabiosos...», dejé que el pensamiento permaneciera en el aire.

La verdad es que los motivos de la signora Vittoria no me importaban, pero sentía curiosidad. Ella era la única Don mujer que conocía. A estas alturas ya sabía lo suficiente sobre este mundo mafioso para saber que lo que ella había logrado no era poca cosa. Era poderosa y terriblemente aterradora. Era la ‘Dama Dragón’. No me necesitaba. No necesitaba a nadie.

«¿Crees que me lanzaría y me lo quedaría todo para mí?», se rió. «Si supiera que ese sería el final, lo haría. Pero no lo sería. Mira a Valentino. Un año después y ya está perdiendo la cabeza».

Por supuesto, tenía razón. Manipular la situación desde la distancia era una apuesta más segura. Mantuvo su mirada fija en el bebé. Y tenía que seguir recordándome a mí misma que ella no era un hada madrina que estaba aquí para ayudar por alguna razón desinteresada. Pensé en todas las veces que me ayudó antes, haciéndolo parecer un favor, una elección, cuando en realidad, todo era para su beneficio personal. Servir a la Sociedad y a sus leyes retorcidas.

Si esto era un juego, no lo entendía en absoluto. «Sé que, si me quedo, tanto mi bebé como Enzo morirán. No puede protegernos a los dos. Si me voy, tanto Enzo como mi bebé tendrán la oportunidad de luchar».

Pensé mucho en todas las piezas en juego, como si estuviera mirando un tablero de ajedrez. Y entonces me di cuenta de que, si la signora Vittoria era la reina, yo era su súbdito. Yo era su seguro para cuando el péndulo oscilara en la otra dirección. Esta sería una larga estafa. Don Valentino había llegado al poder gracias al apoyo de la signora Vittoria. Pero no había manera de que la familia Alfera se sentara y dejara que otro tomara lo que era suyo por derecho. Por supuesto, no podían matarse entre sí. Al menos no abiertamente.

«Así se convirtió en Don Salvatore. Ya conoce todos los movimientos. Sabe que Enzo algún día reclamará lo que es suyo por derecho de nacimiento. Ahora apoya al padre de Rex, pero más adelante, si nos ayuda, parecerá que estuvo del lado de Enzo todo el tiempo». Logré decírselo todo a la cara sin apartar la mirada, ni siquiera parpadear. Por ridícula que sonara mi teoría de la conspiración, sabía que tenía que estar cerca de la verdad. «¿No lo niega?».

«La Sociedad del Crimen debe perdurar. Eso es todo lo que quiero. Eso es todo lo realmente importa. Esta lucha de poder solo comenzó cuando Michael decidió que quería irse. Nuestra organización solo funciona si todos permanecemos juntos. Ahora estamos todos dispersos».

Realmente había hecho un desastre. Enamorarme del príncipe enigmático había sido un error de proporciones épicas. Luego fui y agregué un bebé a su política mafiosa. Pero nunca podría arrepentirme del tiempo que pasé con Enzo o de la decisión de tener su bebé.

«Es inocente», ella deslizó suavemente su mano sobre su cabeza. «Necesitamos restaurar la paz. Necesitamos el orden. Leo podría ser la respuesta».

«¿Su nombre es Leo?». No había pensado en nombres para él. Bueno, por supuesto, algunas veces pensaba en el nombre de Enzo. Pero, Rex una vez me dijo que sería espeluznante ponerle a

mi hijo el nombre de su padre muerto. Apreté la mandíbula. ¿Cómo pudo mentir tan fácilmente durante tanto tiempo? «¿Le dio un nombre?».

«Necesitaba uno. Y tú no estabas en condiciones de votar».

«¿Votar? Soy su madre. La decisión era mía, no suya».

«También fue bautizado. Si esto te va a molestar, es mejor que conozcas todos los hechos». Ella levantó su mirada severa hacia la mía. «Soy su madrina».

«Jesús», me froté el costado de la cara. Justo cuando pensaba que tenía el control de las cosas, ella tuvo que recordarme que era ella la que tenía el control y tomaba todas las decisiones. «¿Leo es un apellido o algo así?».

«Puedes decir eso. Leonardo Alfera fue el primer jefe de la Sociedad del Crimen. Posteriormente se añadió el título de rey. Hombres», ella puso los ojos en blanco.

Cuando miré a Leo, él me devolvió la mirada con sus grandes ojos azules. Una sacudida de miedo y alegría me recorrió. Este bebé era un completo desconocido para mí y ahora tenía que cuidarlo las veinticuatro horas del día.

«Hola», le sonreí. Su boquita se frunció y antes de que pudiera callarlo, dejó escapar un gran grito. Lágrimas gordas rodaron por sus mejillas al instante. «¿Qué le pasa?».

«No es muy bueno con los extraños», la signora Vittoria se levantó y me lo quitó. «¿Cómo está mi bebé?», besó su cabeza.

Se calmó y mi corazón se partió en dos. Él no sabía quién era yo. La signora Vittoria podría haberse ido de la ciudad con él mientras yo dormía. Si ella hubiera querido, nunca habría sabido que Leo existía.

«Puedo desaparecer. Si es lo que quiere», toqué el brazo de Leo mientras se aferraba a su madrina.

«Pensé que lo verías a mi manera. No parezcas tan asustada», dijo meciendo un poco a Leo. «Me aseguraré de que a ti y a Leo nunca les falte nada. Mientras no vuelvas a poner un pie en Nueva York, tendrás mi protección».

«¿Y Enzo? ¿Lo protegerá también?».

«Lo haré. Lo prometo. Si quieres que Enzo viva, vete de Nueva York. Y nunca vuelvas».

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me senté en la parte trasera del todoterreno de la signora Vittoria de camino al aeropuerto de Teterboro. Había hecho arreglos para que Leo y yo saliéramos del país en su jet privado. Había encontrado un pequeño pueblo a una hora de Madrid, España. En las fotos, el lugar parecía una ciudad tranquila sin mucho que hacer. Incluso tenía un convento que hacía las veces de museo. Allí fue donde ella había decidido escondernos del mundo. Ni siquiera Angelo pensaría en buscarme allí.

La signora Vittoria me explicó que las monjas que dirigían el convento y el museo esperaban que yo viviera según sus reglas. En resumen, iba a ser la monja con un recién nacido bebé. No me importaba. De todos modos, no sabría amar de nuevo. Tenía a Leo ahora. Él era todo lo que necesitaba.

Toqué el asiento vacío a mi lado. Me rompió el corazón tener que dejarlo en el hospital una noche más. Pero no teníamos las cosas de bebé en el penthouse. No tenía sentido llevarlo, solo empacaríamos todo al día siguiente.

«¿Están en camino?», pregunté al chofer.

«Nos recibirán en el aeropuerto», respondió rápidamente.

«Gracias», asentí con la cabeza y luego volví mi atención a los rascacielos.

Nunca volveré.

«Nunca volveré a verlo», murmuré.

«¿Necesita algo?», el chofer se volvió ligeramente para mirarme.

¿Qué dolería si lo viera una vez más? No pudimos despedirnos antes. Incluso si él no podía oírme, al menos quería decirle las palabras y sacármelas de encima. En el momento en que se me ocurrió la idea, la determinación se apoderó de mí. Miré mi reloj. El avión no saldría hasta dentro de una hora. Tenía tiempo.

«De hecho sí, necesito algo», miré por la ventana. Todavía estábamos en la ciudad. Este desvío no tomaría mucho tiempo. «¿Me llevaría a ver a Enzo?».

Me lanzó una mirada por encima del hombro.

Cuando no dijo nada, continué, «eh, no hablaré con él ni dejaré que me vea. Solo quiero verlo una vez más. Sé que le gusta correr por Central Park por las mañanas. ¿Podríamos intentarlo?».

Miró al frente como si no me hubiera escuchado. Después de otro momento, cogió su teléfono del asiento del pasajero. Sin duda la estaba llamando. Debería haber sabido que el personal de la signora Vittoria nunca haría nada sin su consentimiento.

«La señorita Aurora quiere verlo».

Mi corazón latía rápido mientras esperaba que ella dijera que no. Cuando terminó la llamada, se volvió hacia mí y levantó una ceja. «Tiene cinco minutos», agarró el volante y luego cambió de carril.

Diez minutos más tarde, el auto se detuvo frente a mi antiguo bachillerato. ¿Qué estaba haciendo Enzo aquí? Incluso si se hubiera perdido el último semestre del último año, habría tenido un año entero para recuperar el trabajo perdido. Se abrieron las puertas y entramos siguiendo el camino que conducía al campo de fútbol.

Tan pronto como doblamos la curva, lo vi. Se encontraba sentado en la banca, con la ropa empapada de sudor, mientras bebía de una botella de agua. Incluso desde la distancia, había tristeza en la forma en que examinaba su entorno mientras intentaba recuperar el aliento. Sabía que había seguido adelante. Sabía que probablemente ya no me amaba. Pero me quedé allí, detrás de los cristales polarizados, fingiendo que estaba pensando en mí, que me echaba de menos tanto como yo a él, que no me había olvidado.

Era tan atractivo.

«Te amo», dije en voz alta. No me importaba no estar sola en el auto. «El nombre de nuestro bebé es Leo. Es perfecto, como tú. No le agrado mucho en este momento. Creo que está enojado porque lo dejé solo durante tantas semanas», dejé escapar una risa triste. «Soy la madre del año. Pero lo prometo, estoy mejor ahora. Mantendré a nuestro hijo a salvo. Lo amaré muchísimo, lo suficiente por nosotros dos», me toqué los labios con los dedos, como lo había hecho Enzo la primera vez que me besó.

«¿Señorita? Ya es hora».

«Sí», asentí una vez y luego respiré profundamente. «Podemos irnos».

Los neumáticos rodaron perezosamente sobre la grava, girando hacia donde habíamos entrado. Lancé una mirada más en dirección a Enzo, negándome a decir las palabras que había venido a decir aquí. No podría ser así como terminaría nuestra historia.

Como si supiera que lo iba a dejar, dejó caer la cabeza entre las manos y dejó escapar un grito. Se puso de pie y arrojó su botella hacia las gradas. La arrojó con tanta fuerza que la tapa de la botella explotó y el agua salpicó por todas partes. Mi corazón se apretó con fuerza y de repente

no podía respirar. Él también estaba sufriendo.

La cara que le había puesto a Donata el día anterior no era real.

«Dé la vuelta. Por favor», moví la manija de la puerta, pero el seguro para niños estaba puesto.

Por supuesto que estaba encerrada en el auto. Había aceptado hacer lo que quería la signora Vittoria. No era la niña tonta e ingenua que era cuando puse un pie en esta escuela por primera vez. Yo no era su invitada. Yo era su prisionera.

Pero al ver a Enzo sufriendo y solo, me di cuenta de que no estaba lista para renunciar a nosotros. Enzo Alfera era imposible de olvidar. No estaba lista para decir adiós. No estaba lista para dejarlo ir. La signora Vittoria estaba totalmente equivocada si pensaba que podía mantenernos separados. Enzo vendría por mí. Estaba segura de ello.

«Ven a buscarnos», dije en voz baja. «Estaremos esperando».

CAPÍTULO 24

Merece ser castigado

ENZO

En la actualidad. Ciudad de Nueva York

«Te esperé», ella cambió su peso hacia mí en el largo sofá.

Todo este tiempo ella se había negado a mirarme a los ojos. Tenía la sensación de que quería ocultarme su sufrimiento. Pero ella no tenía por que hacerlo. Ya no tenía que esconderse.

«Después de un tiempo, cuando me di cuenta de que no vendrías, se hizo más fácil odiarte. Me convencí de que nunca te importé. Guardé mis sentimientos y todos los recuerdos que tenía de ti».

«Aurora», acuné su mejilla y la llevé a mis brazos. «Te busqué. Tienes que creerme. Incluso cuando todos me recordaban que estabas muerta, nunca lo creí del todo. Nunca dejé de buscarte».

Ella había pasado la última hora finalmente diciéndome la verdad. Todos los años que pasé sin ella, solo, no fueron nada comparados con lo que ella tuvo que soportar debido a nuestra política. Ni siquiera podía imaginar cómo era la vida para ella en un país extranjero con un bebé recién nacido y el miedo persistente de que algún día Angelo la encontrara antes que yo.

«Estabas tan enojado conmigo cuando me viste por primera vez. Pensé que era porque no querías que volviera. No lo sé».

«Sí, al principio estaba furioso», miré hacia la puerta por encima de su cabeza. «Perdóname. Fui un completo imbécil, cegado por los celos y el remordimiento. Debería haberme esforzado más».

Angelo tenía que ser castigado por lo que le había hecho a mi familia. A mi esposa y a mi hijo.

«Te lo prometo. Angelo sufrirá una muerte lenta y dolorosa. Incluso si es lo último que haga», dije con los dientes apretados.

«¿Qué?», se alejó de mí. «No puedes hacer eso. No te dije lo que pasó para que pudieras ir y vengarte en mi nombre. Quería que supieras que no te dejé. Quería que supieras eso», hizo una pausa para mirar sus manos.

«¿Saber qué?», tomé su mejilla para que me mirara a los ojos. «Dilo».

«Nunca dejé de amarte», sus ojos se llenaron de lágrimas. «En los días en que más te odiaba, una parte de mí todavía seguía enamorada de ti. Una parte de mí nunca dejó de esperarte».

«Aurora», choqué mi frente contra la de ella, dejando que la presión en mi pecho y los erráticos latidos de mi corazón se apoderaran de mí. Había tenido tanto miedo de este sentimiento durante tanto tiempo. Todas esas veces en las que apenas podía comprender la cordura o la realidad, mis sentimientos por Aurora no se habían debilitado ni por un segundo. No

importaba cuánto lo intentaran todos, no pudieron matar esta cosa enterrada en lo profundo de mi alma, esto que nació el día que la conocí. «Yo también te amo».

Se inclinó hacia mí y presionó sus labios contra los míos. Su boca era el cielo. Su beso era mi hogar. Tomé lo que me ofreció y la rodeé con mis brazos para que no pudiera alejarse. Ella era mía. Toda mía. Nuestras lenguas cayeron en un baile fácil que provocó una cinta de deseo debajo de mi ombligo.

Había estado con tantas mujeres desde que ella se fue. Durante el día, buscaba a la mujer que me habían arrebatado, la busqué. Pero por la noche, salía a buscar algo diferente. Necesitaba desesperadamente verla en extrañas. Aunque ninguna de ellas nunca me hacía sentir así.

«No vayas tras él. Por favor. Me alejé de ti porque temía por tu vida. Por favor, no desperdicies todo eso por venganza».

«Merece ser castigado. Saber que está ahí afuera, respirando, pensando que le perteneces, me hace hervir la sangre. Por favor no supliques por su vida. El no vale la pena», la besé suavemente. «¿Parezco alguien que debería tenerle miedo a Angelo?», abrí mis brazos.

Su mirada codiciosa se posó en mi pecho y luego bajó hasta mi entrepierna. «No, definitivamente no. Pero él es cruel. Y tú eres bueno», ella echó sus brazos alrededor de mi cuello. «No quiero que te lastime».

«Muchas cosas han cambiado desde la última vez que me viste. No soy el chico que conociste en la escuela. Esta vida tiene una manera de arrancar lo bueno de la gente». Necesitaba que ella supiera en qué me había convertido. Si Angelo era cruel y despiadado, yo también lo era. Después de todo, habíamos sido criados por los mismos hombres, las mismas palizas y los mismos mandatos. Ambos pertenecíamos a la Sociedad. A ambos se nos exigió que cumpliéramos las órdenes. «He matado gente, Aurora. Algunos de ellos no por justicia, sino porque me lo ordenaron. Necesito que entiendas quién soy ahora».

«Lo entiendo», se secó la mejilla. «No me importa. Te amo. Y si hay una manera de permanecer juntos. Quiero eso».

«Tengo que preguntarte», le ofrecí una media sonrisa.

«¿Qué?», me sonrió.

Y juro que toda la habitación se iluminó. Le devolví el gesto y luego hice la pregunta que me había estado atormentando desde que hablé con Rex antes. «¿Por qué accediste a casarte conmigo?».

«¿No es obvio?». Sus mejillas se sonrojaron. «Quería ser tu esposa. En ese momento pensé que estabas muerto, pero no me importó. Quería ser tuya».

«Bien», busqué el bolsillo interior de mi chaqueta de esmoquin y saqué nuestro certificado de matrimonio. «Porque ahora que tengo esto, no te dejaré ir».

Tomó la hoja y la abrió. Sacudiendo la cabeza, se tapó la boca. «Después de la noche en Italia, supuse que Rex había destruido este documento. No pensé que hubiera nada que te atara a mí», se rió. «¿Eres mío?».

«Si tú quieres», pasé la yema de mi pulgar por su boca. «Soy tuyo».

«Sí. Realmente lo creo», apoyó su cabeza en mi pecho.

La manecilla del reloj sobre la repisa de la chimenea avanzaba. Todavía estábamos en el penthouse de Vittoria y no podíamos quedarnos mucho más. Pero no quería que este momento terminara. Aurora y yo teníamos mucho de qué hablar. Ella se derritió en mí y dejé que mi cuerpo se relajara sobre las almohadas de cuero. Analicé su historia en mi cabeza, deseando poder asumir algo de su dolor.

¿Cómo lo hizo? ¿Cómo logró mantenerse alejada? Si hubiera sabido sin lugar a dudas que

ella estaba viva, habría destrozado este lugar para encontrarla. Me habría enfrentado a Don Valentino y le habría hecho devolverme lo que le arrebató a papá. Habría golpeado a papá hasta convertirlo en pulpa hasta que recobrara el sentido. Él había sido la razón por la que la perdí. La razón por la que no podía regresar.

Vittoria no envió a Aurora lejos para mantenerme con vida. Lo hizo para asegurarse de que nunca se me ocurriera la idea de perseguir a Don Valentino. Sabía muy bien que los estatutos no permitían que los reyes fueran elegidos por votación. Cuando papá abdicó, su corona debería haberme pasado a mí. Si no me importó entonces fue porque no tenía nada por qué luchar. Perder a Aurora me aplastó. Me cortó en un millón de pedazos.

Dejé que me convirtieran en su marioneta porque estaba completamente vacío por dentro. Pero, ¿y ella? ¿Por qué se mantuvo alejada? Le creí cuando dijo que era para mantenerme a salvo.

Pero también tenía otra razón.

Ella tenía a nuestro hijo.

«¿Aurora?».

«Mmm», me abrazó con más fuerza.

«¿Dónde está Leo?».

Ella sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Criar sola a un hijo debió haber sido lo más difícil que tuvo que soportar. Pero al menos no estaba sola. O al menos, supuse que Vittoria había cumplido su palabra y reunido a Leo con su madre. Me senté y la hice girar para mirarme.

«Aurora, puedes decírmelo. Lo que sea. Si Vittoria te lastimó, tendrá que lidiar conmigo. Todos lo harán». Inspiré profundamente para mantener estables los latidos de mi corazón.

«Él se escapó», tomó mi mano entre las suyas. «Yo quería que supiera quién era su padre. Le conté historias sobre ti. Quiero decir, nunca le hablé de la Sociedad ni de por qué no podías estar con nosotros. Pero él sabía de ti. Hace unos meses me preguntó si podíamos volver. Para entonces, estaba segura de que te habías olvidado de nosotros. Y todavía estaba demasiado asustada».

«Lamento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso por tu cuenta», pensé detenidamente en mis siguientes palabras porque esto no era culpa de Aurora. «¿Cómo sabes que se escapó?».

«Me dejó una nota diciendo que vendría a Nueva York a buscarte», sus cejas se fruncieron.

«¿Cómo puede un niño de diez años salir de un país extranjero y viajar solo a Estados Unidos?».

«Exactamente», ella levantó su mirada para encontrarse con la mía. «Lo busqué. Estaba segura de que Angelo nos había encontrado. Pensé lo peor. Luego alguien mencionó que lo vieron subir a un auto con una mujer que hablaba con acento».

«¿Qué tipo de acento?».

«Ruso», se secó la mejilla. «Todo es mi culpa. Nunca debí haberle hablado de ti. Pensé en comunicarme con la signora Vittoria, pero decidí seguir la pista que tenía. Antes de darme cuenta, quedé atrapada en esta red de tráfico de personas».

«¿Qué carajo?».

«Tal vez Leo pensó en huir», ella sacudió su cabeza. «Pero no creo que hubiera pasado de la estación de tren. Estaba enojado conmigo por decirle que no podíamos verte».

«¿Estás pensando que este fue un caso en el lugar y el momento equivocados? O...».

«No sé. Pero mi instinto me decía que engañaron a Leo para que se fuera con esta mujer».

«¿Qué mujer?»., mi ritmo cardíaco se disparó porque Leo estaba en verdaderos problemas.

«¿Cuándo fue esto?».

«Hace un mes. La persona que lo vio dijo que Leo llamó a la mujer tía Sofia. Entonces supe que algo andaba terriblemente mal porque no tengo parientes vivos. ¿Qué le dijo esta mujer a Leo para convencerlo de que era su tía?». Se secó la mejilla nuevamente. Cada vez que hablaba de Leo, las lágrimas corrían.

«Podría ser que ella le haya dicho que era mi hermana o la tuya. De cualquier manera, definitivamente fue un objetivo». La rodeé con mis brazos y la abracé con fuerza. Un niño que se escapaba de casa, enojado con sus padres. Leo era el blanco perfecto. «Vamos a encontrarlo. Lo prometo. Pero necesitas contarme todo lo que sabes. Incluso los detalles más pequeños. Piensa. ¿Cómo terminaste en el ‘Pandemonium’?».

«Empecé a preguntar por la tía Sofia. Esa misma noche, dos hombres me abordaron en la calle camino de regreso al convento. Rara vez salíamos del lugar. Pero Leo estaba creciendo y quería salir más y ver qué había más allá de los muros».

«Para entonces, una red de tráfico de personas sabía que no tenías a nadie. Si la mujer se hubiera ganado la confianza de Leo, habría obtenido toda la información que necesitaba para llegar a ti. ¿Qué pasó después de que te secuestraron?», besé la parte superior de su cabeza.

«Me desperté en un crucero sin saber a dónde iba. Nunca me permitieron salir de la cocina. Pasé mis días limpiando pisos y buscando a Leo», ella continuó contándome su historia.

Era el trabajo que tenía que hacer para ganarse la comida todos los días. Así se había hecho amiga de algunas de las mujeres. Parecía que no todas estaban allí en contra de su voluntad. Algunas habían pagado dinero por un boleto de ida a los Estados Unidos, donde se les aseguraba que encontrarían una vida mejor.

Todas las piezas sumaban una sola cosa en mi cabeza: Ivan Belov y su socio más reciente, Angelo Soprano. Apreté los dientes. Hijo de puta, ¿hacía esto a propósito? ¿Angelo consiguió que el equipo de Ivan secuestrara a mi familia? Eso no tenía sentido. ¿Por qué me los traería de vuelta? Yo era Don Alfera, un miembro clave de la Sociedad. Tenía que saber que yo descubriría lo de Aurora y Leo si algún día pisaban Nueva York. Este era mi puto territorio.

«Un mes entero. Ha tenido a mi hijo durante un mes entero», me puse de pie y miré mi reloj. «Son las dos de la mañana. ¿Estará abierto el ‘Pandemonium’ a esta hora?».

«¿Crees que Angelo estuvo detrás de todo esto?».

«Sé que Ivan Belov lo está». Asentí. «Que estés aquí no puede ser una coincidencia».

«¿Estás pensando que me trajo aquí para restregártelo en la cara? No me parece. En todo el tiempo que estuve aquí, su nombre nunca apareció», ella se puso de pie y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Era la misma Aurora que había conocido hacía una década. Pero era más fuerte. El brillo de sus ojos no era por miedo. Ya no le tenía miedo a Angelo. Al igual que yo, parecía que estaba dispuesta a asesinar a un club entero para llegar hasta Leo. Si nuestro encuentro en el ‘Pandemonium’ no había sido orquestado por Angelo, entonces tenía que creer que Aurora y yo siempre íbamos a encontrarnos de nuevo.

«Una de las mujeres había mencionado que había niños pequeños en el barco con nosotros. Busqué a Leo allí y luego en el club. Nunca paré. Lo juro». Su voz se quebró.

«Sé que lo hiciste», cerré el espacio entre nosotros.

Cuando me miró con lágrimas contenidas en los ojos, el candelabro que colgaba sobre nuestras cabezas hacía que sus ojos parecieran zafiros brillantes. Dios, había echado de menos su mirada tranquilizadora. Había echado de menos su dulzura, su inocencia. Y entonces me di cuenta de que había visto esos grandes ojos azules recientemente. Tan reciente como hace dos

noches.

«¿Qué?», apretó mis dedos. «Estás pálido. Tienes las manos frías».

«Dios mío. Eso no puede ser», me quedé mirando su hermoso rostro, examinando la conversación que tuve con el niño que conocí la primera vez que fui al 'Pandemonium' buscando a Angelo. También había mencionado a una mujer, una tía. Estaba tan consumido por volver a ver a Aurora que no había pensado en ese niño en absoluto.

«Creo que conocí a Leo hace un par de noches, Aurora», dejé escapar un suspiro tembloroso, «creo que conocí a nuestro hijo afuera del club. Él estaba ahí. Él trabaja para ellos».

«¿Estás seguro?».

«No, pero tiene que ser él», le sonreí. «Estaba buscando a su mamá».

«Enzo», se tapó la boca, «tenemos que recuperarlo».

CAPÍTULO 25

En el interior del Pandemonium

AURORA

Por fuera, Enzo parecía tranquilo y sereno. Pero podía ver la tormenta en sus ojos. Una parte de mí se alegró de no haberme equivocado al confiar en él. Tenía que saber por qué me había ido y por qué no podía quedarme con él. Leo me necesitaba. Si Enzo tenía razón al haberlo conocido antes, entonces eso significaba que estaba cerca de verlo nuevamente. No pensé que podría sobrevivir un mes más sin saber dónde estaba, si estaba herido, hambriento o si pasaba frío.

Enzo caminó hacia la puerta y la abrió. «Pinna».

Los rápidos pasos de Pinna resonaron en el pasillo. Unos segundos más tarde, apareció su cara feliz. «Sí, señor».

«Aurora va a necesitar ropa. ¿Podrías echar un vistazo al armario de Donata?».

El pánico en el rostro de Pinna me hizo sonreír a pesar de la situación en la que estábamos. Donata no era del tipo al que le gustaba compartir. La mirada de Pinna recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Miré hacia abajo e hice una mueca ante el elaborado vestido que Enzo me había hecho usar para el baile de máscaras esta noche. Lo había hecho para demostrarme que estaba a cargo. Pero ya habíamos superado eso.

«El vestido era para tu seguridad», me dirigió una sonrisa de complicidad. «Y también porque te ves lo suficientemente bien como para comerte con ese corpiño».

«¿Cómo es posible que este vestido tan ajustado sea para mi propia seguridad?», jalé la parte superior para cubrir más de mi escote.

«Por el chip localizador», me ofreció su mano y luego me atrajo hacia él. «El corpiño es a prueba de balas. Estoy seguro de que Donata tendrá algo similar que sea menos restrictivo».

«Oh, está bien. Tal vez pueda pedir prestado algo que la señorita Donata no haya usado en mucho tiempo. Venga», ella me hizo un gesto para que la siguiera.

Supuse que Enzo me esperaría en la biblioteca, pero cuando intenté soltar su mano, me abrazó con más fuerza. «No te perderé de vista».

El armario de Donata era el sueño de cualquier mujer, lleno de zapatos, bolsos, vestidos brillantes y una pared entera para su colección de diamantes. Entré y di una vuelta completa para asimilarlo todo. La habitación era fácilmente tres veces más grande que la habitación que compartía con Leo en el convento. Toda nuestra ropa cabía en una sola cómoda.

«No sé si es una buena idea», hacía años que no veía a Donata. No podía venir aquí y tomarle sus cosas.

«No tenemos tiempo para ir de compras», Enzo dijo algo muy cierto.

Él estaba en lo correcto. Teníamos que llegar a Leo esta noche. Con un rápido movimiento de cabeza, me quité los tacones altos y me estiré detrás de la espalda para abrir la cremallera. Logré

empezar antes de que las cálidas manos de Enzo alejaran las mías.

«Deja que te ayude».

«Bueno», dejé que mis manos cayeran a mis costados. «No tengo ninguna duda de que tienes experiencia en quitar a las mujeres vestidos como este».

«De hecho, sí la tengo», rápidamente me liberó de la tensión del corpiño y lo dejó caer al suelo. «Los celos te sientan bien», besó mi hombro desnudo.

«Esto debería funcionar», Pinna me entregó un suéter negro, un par de jeans de cintura alta y botines.

El atuendo gritaba, “aquí está Donata”.

«¿Un abrigo?».

«Sí», Pinna corrió al otro lado del armario y regresó con una gabardina. «Es a prueba de balas».

«Gracias, Pinna», Enzo le guiñó un ojo y luego se volvió hacia mí. «¿Lista?».

Asentí.

Por lo que recordaba, el viaje de regreso a los muelles de Jersey, donde se encontraba el ‘Pandemonium’, duraba unos cuarenta y cinco minutos. Sin embargo, tan pronto como salimos del garaje privado de Donata, nos topamos con tráfico. «Este va a ser un viaje muy largo».

«Lo encontraremos», Enzo me apretó la mano desde su lado del asiento trasero.

Había ternura en su toque, pero aparte de eso, no intentó abrazarme ni hacerme más preguntas. Me alegré de que hubiera decidido darme un respiro porque, sinceramente, ya no podía hablar más del pasado. Había trabajado muy duro para olvidar todo lo que había pasado. Recordar era agotador.

Miré su perfil. Claro, ahora era un Don, letal y despiadado, tal como su padre había querido. Pero pude ver al viejo Enzo. El chico que podía ser amable y dulce. Mi corazón se derritió cuando me confesó que todavía me amaba. ¿Llegamos demasiado tarde para eso? No quería dejarme ir. Pero esa no fue su decisión. El hecho de que estuviéramos camino a un club de sexo para encontrar a nuestro hijo era una indicación bastante buena de que este mundo mafioso no era seguro. No podría hacerle esto a Leo.

Por otra parte, ¿qué tipo de vida tendría Leo detrás de los muros de un convento? Se escapó porque quería más. Porque quería una familia. Y a diferencia de mí, él no había tenido miedo de arriesgarlo todo para encontrar a su padre.

«¿Leo realmente me estaba buscando?».

«Mmm», Enzo me frunció el ceño. Solo Dios sabía lo que estaba planeando. «Sí, dijo que había cambiado de opinión. Pero cuando intentó regresar, la tía Sofia no lo dejó. Le dijeron que tenía que pagar su viaje», frunció los labios, «pero el pendejo encargado de la puerta le robó el dinero. Me ofrecí a ayudarlo, pero luego me encontré contigo y me olvidé por completo de él».

«Ese chico tiene que ser Leo. Tiene que estar ahí».

«Él tiene tus ojos», acarició mi mejilla. Luego, su sonrisa se desvaneció y tocó el hombro de su chofer. «Ese es el cabrón del club de sexo. Estaciónate».

«Seguro, jefe», Rocco miró por los espejos y luego hizo un rápido giro en U que hizo que las ruedas chirriaran sobre el asfalto.

Reconocí al portero inmediatamente. Danny estaba a cargo de mantener a todas las sumisas bajo control. Por la noche, se encargaba de la lista de invitados en la puerta. Los muelles estaban más adelante. A esa hora tenía que volver a casa. Durante el tiempo que pasé en el ‘Pandemonium’, no había pensado en dónde vivía Danny. Siempre supuse que dormía en alguna de las otras habitaciones para vigilarnos de cerca.

«¿Se va a casa? ¿Deberíamos seguirlo?», pregunté.

«No tengo tiempo para misiones encubiertas».

La camioneta se llenó de una energía peligrosa que estaba segura estaba brotando de los poros de Enzo. Tan pronto como el auto se detuvo, saltó fuera. En la oscuridad, no podía ver mucho. Pero no tenía que hacerlo. Los golpes del puño de Enzo en la cara del chico hicieron un ruido muy distintivo, como un ablandador sobre un trozo de carne. Cuando la nariz de Danny finalmente se quebró, Enzo lo dejó caer al suelo.

«Te diré todo lo que quieras saber», levantó las manos para protegerse la cara.

«El niño, Leo. Le robaste el dinero hace dos noches». La voz de Enzo resonó en la noche oscura.

«Puedo devolverlo. Aquí...», Danny escupió sangre sobre la hierba helada mientras rebuscaba en su bolsillo. «Esos punks roban a nuestros clientes, ¿sabes? Solo me estaba asegurando de que no se escapara con él».

«Dime dónde está él», Enzo se cernía sobre él como una sombra gigante.

«No lo sé, pero puedo consultarlo con Pavlo. Él, eh, él es el barman. Él sabrá».

«El mesero, dices», Enzo miró a Danny y al montón de billetes que tenía en la mano. Después de unos cuantos golpes, cerró la mano y asestó un golpe que noqueó a Danny.

Esa fue la señal para que Rocco saltara del auto y se acercara para tomar el control. Enganchó sus brazos debajo de las axilas de Danny y lo arrastró hacia el auto. Con un fuerte gemido, Rocco arrojó a Danny en la parte trasera de la camioneta.

«¿Lo llevaremos con nosotros?», pregunté, tan pronto como Enzo volvió a subir al auto.

«Lo drogaremos. No volverá a despertar hasta que lo necesitemos».

«Claro, probablemente no sea una buena idea dejar cuerpos tirados por ahí», dejé caer mi cara entre mis manos. «¿Cómo puedes vivir así?».

«Alguien tiene que encargarse de la basura». Incluyó la cabeza hacia Rocco y luego nos movimos de nuevo.

Cuando llegamos al ‘Pandemonium’, el lugar parecía muerto. Por lo que había dicho mi amiga Polina, Ivan tenía planes de hacer subasta de sumisas durante toda la semana. El club de sexo emergente era solo por invitación y no podía permanecer abierto por más de una semana. Por un lado, la policía descubriría rápidamente si alguien estaba traficando personas delante de sus narices. Sin embargo, esta noche era solo su segunda noche.

«¿Cómo supiste de este lugar?», pregunté.

«Jersey está bajo la protección de la Sociedad. Vine a comprobar las cosas y a seguir una pista. Creíamos que Angelo se había asociado con los rusos», Enzo miró a un lado y a otro de la calle antes de tomar mi mano. «Quédate en el auto».

«¿Qué?».

«Puede parecer que no hay nadie en casa, pero sabes que eso no es cierto. No puedo perderte de nuevo».

«Enzo...».

«Asegúrate de que se quede aquí», le dio unas palmaditas en el hombro a Rocco y salió del vehículo.

Me quedé allí sentada con la boca abierta, esperando que salieran las palabras. Leo también era mi hijo. Si estaba en algún en el interior del ‘Pandemonium’, tenía que buscarlo yo misma. Leo me estaba buscando. No sabía que Enzo era su padre. Tampoco sabía que su padre era un mafioso, y mucho menos uno con el asesinato escrito en toda su cara.

«No puedo permitir que esta versión de Enzo sea lo primero que Leo vea de él».

«Me parece bien», Rocco ladeó la cabeza para ver mejor a Enzo cruzando la calle hacia la entrada trasera.

Tampoco iba a quedarme aquí esperando a que Enzo o sus hombres me dieran permiso para ir a buscar a mi hijo. «¿Me puedes ayudar con esto?», pregunté.

En el momento en que giró su cuerpo hacia la derecha para mirarme, salí corriendo. La adrenalina me invadió y juré que esa era la única razón por la que podía correr más rápido que Rocco. Me gritó, pero no reduje el paso. Una vez dentro, pasé junto a dos hombres en el pasillo oscuro y me dirigí a la sala de subastas, donde me perdí entre la multitud que animaba a la mujer en el escenario. Reduje la velocidad para mirarla a ella y a todos los rostros hambrientos del público.

Enzo me vio así hace dos noches. Llevábamos más de diez años separados. ¿Por qué nuestra reunión tenía que ser en un lugar como este, mientras yo llevaba un vestido transparente que no dejaba nada a la imaginación? No era de extrañar que estuviera enojado conmigo. No era de extrañar que pensara lo peor de mí.

Escaneé la habitación buscando al mesero, Pavlo. Ese tipo me odiaba. No tengo idea de por qué. Nos acabábamos de conocer hace unos días. No había nadie detrás de la barra, así que pensé que el siguiente mejor lugar para buscar sería la oficina de Ivan.

«Por favor. Volvamos al auto. El jefe me matará», Rocco me alcanzó antes de que llegara a la parte trasera del club. Me agarró el brazo con fuerza, pero luego me soltó.

«Te matará si ya estás aquí y no aprovechas el tiempo para buscar a su hijo», lo miré. «Hay un conjunto de habitaciones por allí», señalé la cortina de terciopelo que ocultaba de la vista el pasillo de las habitaciones pequeñas. «Cinco minutos, eso es todo lo que necesito».

Exhaló ruidosamente y levantó la mirada.

«Estás perdiendo el tiempo», aparté mi brazo y seguí caminando.

«Cinco minutos», me siguió de cerca con la mano en el arma. «¿Cómo es él?».

«Es un niño de diez años», abrí la primera puerta. «Se parece a Enzo».

Entre los dos revisamos cada puerta hasta llegar al final del pasillo. Incluso en la habitación con poca luz, pude ver la preocupación en su rostro. Todas las mujeres se habían ido. ¿Sabían que vendríamos? No, ¿cómo podrían? Literalmente decidimos venir aquí hace una hora.

«¿Dónde están todos?».

«No importa. Volvamos al vehículo», se frotó la nuca.

Estaba a punto de girarme, pero la voz enojada de Enzo me detuvo en seco. Estaba dentro de la oficina de Ivan. Antes de que Rocco decidiera obligarme a irme, corrí hacia la puerta y entré justo a tiempo para ver a Enzo meter el cañón de su arma dentro de la boca de Pavlo.

El cabello de Enzo estaba revuelto como si hubiera estado en una pelea. Pero aparte de eso, estaba bien. Pavlo, en cambio, su rostro parecía un saco de boxeo. Había sangre salpicada en las paredes y el suelo. Hasta donde yo sabía, Enzo no había entrado aquí con un arma. Mi corazón se aceleró. En algún momento, antes de que irrumpiéramos, Pavlo había apuntado con un arma a Enzo.

«Hablaste de Rose como si fuera una cliente habitual, como si la conocieras desde hace mucho tiempo. Pero ambos sabemos que acabas de conocerla», Enzo giró ligeramente la cabeza hacia mí.

Sí, estaba enojado al verme aquí.

«Las mujeres se han ido», dije mientras entraba.

«Se supone que debemos hacer que las chicas parezcan deseables. Solo estaba haciendo mi trabajo», Pavlo murmuró con el metal todavía en la boca.

«Me dijeron que estuviste aquí toda la semana. ¿Por qué el apuro?», la mandíbula de Enzo se apretó mientras miraba a Pavlo y luego a mí antes de mover su arma hacia abajo y presionarla contra la garganta de Pavlo.

«El jefe cambió de opinión».

«¿Qué jefe?».

La respuesta permaneció pesada en el aire y en mi pecho porque sabía lo que diría a continuación. Nunca nada era una coincidencia. Si estaba aquí buscando a mi hijo desaparecido era porque alguien que me odiaba había salido de su escondite y quería que yo hiciera lo mismo.

«Angelo Soprano», el rostro de Pavlo se frunció. Estaría en problemas más tarde por darnos un nombre.

Ahora sabíamos con qué y con quién estábamos tratando.

«El niño llamado Leo», cuando Pavlo negó con la cabeza, Enzo le clavó su arma en la barbilla. «Lo conoces. No mientas. ¿Se lo llevó Angelo?».

Pavlo cerró los ojos con fuerza, como si estuviera decidiendo cuál jefe de la mafia era la mejor opción. ¿El que buscaba venganza o el que buscaba a su hijo? Después de varias respiraciones erráticas, aceptó y asintió una vez.

«¿Dónde están, Pavlo? Piensa detenidamente en tu respuesta».

«No sé. El jefe estaba enojado cuando ella se fue anoche. Le dio una paliza a Ivan por dejar que tú te la quedaras. Sacudió la cabeza y miró al techo. Sin duda, buscando las palabras adecuadas para salvarse el pellejo. «Se llevó al niño. Y le dijo a Ivan que lo recogiera».

Algo parecido a un gruñido escapó de la garganta de Enzo. La intensa mirada que le lanzó a Pavlo me hizo preguntarme si estaba a punto de matarlo a tiros. Me acerqué porque, aunque Enzo tenía el control, todavía temía por su vida. Matar a un miembro de la mafia rusa no terminaría bien.

«Juro que eso es todo lo que sé», la sangre goteaba de la nariz de Pavlo. Su ojo derecho estaba tan hinchado ahora que estaba cerrado. «Puedo llevarte con él».

«Lo llevaremos con nosotros», Enzo se volvió hacia Rocco.

«¿Jefe? Está con la Bratva».

«Me importa una mierda», Enzo empujó el arma en la mano de Rocco. «Sabes qué hacer con él».

CAPÍTULO 26

Estabas ocupado muriendo

ENZO

Mentiría si dijera que esta noche terminó de manera diferente a cualquier otro día. Por el amor de Dios, íbamos de regreso a la ciudad llevando en la parte trasera de la camioneta a dos hombres inconscientes y debidamente golpeados. No es que quisiera mentirle a Aurora sobre en quién me había convertido. Ella lo sabía, desde el principio, sabía que esto era hacia donde me dirigía, mi mandato, mi destino, si ella creía en ese tipo de cosas.

Pero la mirada en sus ojos cuando irrumpió en mi interrogatorio a Pavlo me destrozó. Había muchas posibilidades de que me estuviera engañando acerca de si Aurora podría o no tolerar mi lado mafioso. La cuestión era que yo era un idiota egoísta. Había dicho en serio cuando mencioné que no tenía intención de dejarla ir.

Era mi esposa.

Era parte de mí ahora.

«¿Adónde, jefe?», Rocco preguntó desde el asiento del conductor.

«A casa».

«Pensé...», Aurora se volvió hacia mí por primera vez desde que subió al auto. «¿Qué pasa con Leo?».

«Tomaré tiempo sacarles la verdad», señalé hacia atrás. «Necesitamos información antes de poder hacer un plan. Y tú necesitas descansar».

Ahora que la idea de un hogar había sido plantada en mi cabeza, mi cuerpo se sentía completamente cansado. Y necesitaba una puta ducha. Cada vez que me movía, una fuerte bocanada de sangre de Pavlo y Danny me golpeaba en la nariz. Solo podía imaginar lo que Aurora pensaba de todo esto, entre la persecución, la violencia, la sangre. Una vez que estuviéramos en casa, me sentiría más como un hombre que como un depredador, más de lo que Aurora estaba acostumbrada a que yo fuera.

Me miró fijamente durante un largo rato y luego desvió la mirada hacia las luces de la ciudad a lo lejos. Sus suaves mejillas brillaron, a pesar de que estábamos casi en la oscuridad. Todo lo que quería hacer era tocarla para asegurarme de que era real. En lugar de eso, cerré los ojos y me concentré en la energía pura que irradiaba ella.

«Háblame de Leo», incliné la cabeza hacia atrás. «¿Cómo es?».

«Mmm», su pequeña risa flotó a mi alrededor y se posó en mi pecho antes de que ella cambiara su peso para mirarme. «Es terco. Imprudente. Dulce».

«Dulce», me hice eco de su palabra. «Él tiene eso por ti. Me gusta».

«¿Te estás quedando dormido?», ella avanzó poco a poco hacia mí.

Una media sonrisa apareció en mis labios. Su inocente pregunta de repente me hizo pensar en

todo tipo de ideas. Dejé que mi cabeza se inclinara hacia un lado para poder mirarla. «Eso depende de ti, amor».

«Oh», sus mejillas se pusieron de un bonito color rosado mientras su mirada se dirigía hacia la parte delantera del auto. «Solo quise preguntar, ¿deberíamos hacer algo para encontrar a nuestro hijo?».

«Lo haremos. Pero no somos de mucha ayuda si estamos cansados. Te hice una promesa y tengo la intención de cumplirla». Alcancé su rostro, pero en el momento en que los faros del auto detrás de nosotros iluminaron mis nudillos ensangrentados, me retiré. «¿Confías en mí?».

«Por supuesto que sí».

«Bien», le sonreí. «Entonces descansaremos. Mañana elaboraremos un plan. No se saldrá con la suya. Mis hombres están en alerta máxima. Angelo no dejará la ciudad».

Mantuve la distancia el resto del tiempo cuando finalmente llegamos a casa. En el auto, en el ascensor hasta el penthouse e incluso en la suite principal. Parecía tan desolada cuando me dirigí directamente al baño y abrí el agua. Me quité el esmoquin sudoroso y ensangrentado de mi cuerpo y luego entré en la ducha. El vapor y el aroma de mi gel de baño me devolvieron la vida.

En el momento en que me sacudí lo que había ocurrido durante la noche, deseé haber invitado a Aurora a unirse a mí. El deseo me invadió cuando me di cuenta de que esa noche, por primera vez en once años, iba a dormir en mi cama con Aurora a mi lado. Anoche había estado tan lleno de rabia y celos que todo lo que hice fue mirarla durante unos minutos antes de partir.

Pensé en lo bien que se veía en mi habitación. Y así, su aroma y su suave piel inundaron mis sentidos. Antes de que pudiera detenerme, y debido a que las cosas en el medio tenían una manera de terminar mal, un solo pensamiento oscuro reemplazó a todos los buenos. ¿Qué pasaría si Aurora me siguiera el juego para que bajara la guardia? ¿Qué pasaría si su plan fuera huir en el momento en que le diera la espalda?

Cuando se trataba de Aurora, no tenía ningún autocontrol. El agua siguió corriendo mientras salí de la ducha y fui a buscarla. Mi corazón se aceleró ante la idea de no volver a verla nunca más. Ya había demostrado que tenía la capacidad de desaparecer y permanecer ausente.

«Aurora», la llamé, parado en medio de la habitación vacía, desnudo y empapado. Pasé una mano por mi cabello y prácticamente ladré su nombre. «Aurora».

«¿Qué?», ella corrió hacia el dormitorio, jadeando. «¿Qué pasó?».

«Mierda», me acerqué a ella y la besé con fuerza. Quería que recordara que era mía. Y que no iría a ninguna parte. «Pensé que te habías ido».

«No», me miró con las mejillas rojas, mientras luchaba por recuperar el aliento. «Quería ver tu antigua habitación», su mirada cayó a mi pecho desnudo y luego a mi erección.

«Puedo darte un recorrido más tarde», me acerqué para capturar su boca. Envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, la levanté y la llevé de regreso al baño humeante. «Quítatela», le ordené, tan pronto como sus pies descalzos tocaron la alfombra del baño.

Cuando ella se quedó allí mirándome, alcancé el dobladillo de su camiseta y se la pasé por la cabeza. La idea de que planeaba follarla a fondo en la ducha todavía no se le había ocurrido. Pasó sus manos sobre mis hombros y se inclinó para plantar un beso allí. Me tomé el tiempo para ayudarla con sus jeans, sostén y ropa interior. Joder, era tan hermosa. Sus brazos delgados y su espalda dura hablaban de la vida dura que había llevado desde que la expulsaron de Nueva York, pero todavía había en ella una suavidad que era muy atractiva.

«Pensé que tus tetas se habían vuelto más llenas», las acaricié y me metí un pezón en la boca. «Ahora sé por qué».

«Enzo», sacudió su cabeza. «Las cicatrices».

«Muéstramelas», tomé sus muñecas con una mano y las sujeté detrás de ella para ver mejor. Pasé mis dedos por su clavícula, buscando cada centímetro de su piel. Tenía una fina cicatriz blanquecina debajo del seno izquierdo. «¿Qué te pasó aquí?», me incliné para pasar la lengua a lo largo.

«Cuando me apuñalaron, me pincharon el pulmón derecho. Es lo que salvó al bebé. Uy», dejó escapar un pequeño gemido mientras envolvía sus brazos alrededor de mi cabeza. Después de otro latido, señaló un punto entre sus costillas. «El médico que se presentó en mi casa en Italia tuvo que cortarme entre las costillas para liberar la presión que se había acumulado debido a la lesión».

Dibujé círculos con la lengua y chupé la pequeña cicatriz redonda. «Eres tan bella. Nada puede cambiar eso. Ni siquiera este jodido mundo en el que vivimos». La levanté de nuevo y entré a la ducha con sus pies colgando entre mis piernas. «Quiero saborearte».

Cuando su espalda tocó el frío mármol, sus ojos se abrieron de golpe y luego me miró. «¿Qué estás haciendo?».

«¿Qué parece que estoy haciendo, ángel?», ya estaba colocado frente a sus piernas, viendo su bonito coño, pasando mis dedos por la fina cicatriz allí. «Lamento no haber estado allí».

«Estabas ocupado muriendo».

«Eso no es excusa», presioné mi boca contra su clítoris y lo rodeé.

«¿Tus otros Dom no cuidaron de ti?», preguntó mientras insertaba dos dedos y los deslizaba hacia arriba hasta que se derritió contra la pared.

«¿Qué?», sus piernas temblaron bajo mi toque.

«¿Lo hicieron?».

Saber que había pasado mucho tiempo con otros imbéciles, complaciéndolos, haciendo lo que querían con ella, me estaba carcomiendo. Tenía planes de lidiar con eso más tarde. No solo porque la habían tocado, sino porque le habían quitado la elección. Estaba acorralada; se habían aprovechado de ella.

«Enzo, mentí sobre eso», ella miró hacia abajo. «No te detengas».

«¿Qué quieres decir?», lentamente me puse de pie con el pecho hinchado. «¿Sobre qué mentiste?».

«No hubo otros hombres antes que tú». Apartó los mechones de cabello mojados de su cara. «Lo siento. Me sentí tan herida y enojada cuando te vi de nuevo. Y luego, tú te enojaste conmigo». Su voz subió unas cuantas octavas. «De todas las personas, *tú* estabas enojado *conmigo*. Quería hacerte daño».

Dejé escapar una risita baja.

«¿Crees que es gracioso?», ella me miró fijamente.

«No», tomé su cara entre las manos. «Estaba listo para asesinar a esos hombres dominantes tuyos imaginarios. Iba a hacerles daño por lastimarte».

«Por favor, no hagas nada. No hubo ninguno. Solo tú», ella cerró los ojos. «Fue mezquino. Lo sé. ¿Pero sabes cuántas noches pasé pensando en ti y en Donata juntos en la cama?».

«¿Qué?».

«Los vi a los dos juntos. Antes de que tuviera que marcharme de aquí».

«Aurora», su nombre no fue más que un suspiro en mis labios. «Ambos estábamos sufriendo», busqué las palabras adecuadas para explicar lo que teníamos Donata y yo. En verdad, no había sido muy diferente de lo que había pasado con Rex. «Necesitaba un amigo».

«Lo sé», presionó su boca contra mi pecho. «Lo entiendo. Lo sabía. Solo que, todavía me duele».

«Los celos te sientan bien», me incliné para besarla. «Si ayuda. Nunca tuvimos relaciones sexuales. Quiero decir, lo intentamos. Pero nunca te superé. Nunca dejé de verte en todos los lugares a los que iba. Y ella también estaba enamorada de otra persona». Todo lo que había aguantado desde que Aurora se fue no era nada comparado con lo que ella había pasado por culpa de Angelo. Ahora lo sabía. «Déjame pasar el resto de mi vida compensándote», susurré en sus labios, luego bajé para terminar lo que había comenzado.

En el momento en que mi boca aterrizó en su coño, su cuerpo se derritió en mí. «Olvidé lo bien que me sentía cuando hacías esto», ella me agarró el pelo.

Había olvidado cómo se sentía mi lengua sobre ella, lo bien que era. Había olvidado cuánto ansiaba verla derrotada por mí, verla correrse en mi cara. Aumenté el ritmo, arrastrando mis dedos hacia adentro y hacia afuera, sintiendo sus paredes resbaladizas apretarse. Lamí y besé su vagina necesitada hasta que obtuve exactamente lo que quería.

«Enzo. Dios mío», ella clavó sus uñas en mi hombro.

Levanté la vista justo a tiempo para ver su orgasmo. Ella era una visión, mojada y desnuda, retorciéndose contra la pared mientras una ola de placer se apoderaba de ella. Antes de que ella bajara, me levanté, envolví sus largas piernas alrededor de mi cintura y empujé. Mi erección se endureció con cada inmersión. Con cada calada, temía que nunca sería suficiente, que mi necesidad por ella nunca sería saciada.

«Enzo».

«¿Es ese el lugar, ángel?».

Ella asintió.

Una vez que tuve el ángulo correcto, aumenté el ritmo, profundizando, haciéndole vibrar la locura que yo sentía, para recordarle que me pertenecía, que estábamos juntos. Siempre. Aurora estaba en casa. Ya era hora de que despertáramos y volviéramos a vivir.

«¿Ves cuánto te deseo? ¿Cuánto anhela mi pene estar dentro de ti?». Nunca me cansaría de ella, pero estaba dispuesto a pasar el resto de mi vida intentando llegar allí. La única manera de encontrar satisfacción era follarla hasta dejarla sin sentido. «Te sientes tan bien, ángel».

Mis labios encontraron los de ella y me perdí en la espiral. El calor bañó mi piel mientras oleadas de mi propio orgasmo lamían ese lugar debajo de mi ombligo. La monté fuerte y rápido hasta que el último gramo de mi clímax recorrió mi cuerpo. Jadeando, logré encontrar una razón para detenerme, principalmente porque si descansábamos ahora, podríamos volver a hacerlo en unos minutos. Salí de ella, mi miembro todavía estaba duro como una roca. Ya me había resignado a la idea de que pasarían años antes de que Aurora no tuviera ese tipo de efecto en mí.

Simplemente nos quedamos allí unos minutos. Cuando su respiración se hizo más lenta, cerré el agua y agarré una toalla del gancho. Envolver a Aurora en ella para secarla y luego sostenerla en mis brazos me resultó muy familiar, aunque nunca habíamos hecho esto antes.

«Vamos a la cama».

Ella asintió con ojos somnolientos y me dejó guiarla de regreso a la cama con dosel. Una vez más, la familiaridad estaba ahí, como si hubiéramos hecho esto un millón de veces. Excepto que no lo habíamos hecho. Técnicamente hablando, esta era nuestra primera noche juntos. Me deslicé entre las sábanas detrás de ella y la atraje hacia adentro, de modo que la mayor parte de su peso recayera sobre mi costado. Encajábamos perfectamente.

«Duerme, ángel».

«¿Seguirás aquí cuando me despierte?», ella se acurrucó más cerca de mí.

«Siempre. Estás atrapada conmigo».

«Tú eres todo lo que quiero», se rió suavemente. «Bueno, tú y mi familia».

«Mañana nuestro hijo volverá a casa».

«¿Qué planeas hacer?», presionó sus labios contra mi pecho. «Odio la idea de que te enfrentes a Angelo solo. No puedo ni empezar a imaginar cuánto ha empeorado a lo largo de los años».

«Tengo una idea». Miré hacia el techo. En este mundo, la única manera de seguir con vida era empeorar con la edad: la crueldad y la brutalidad, esas eran nuestras herramientas. «Pero no planeo enfrentarlo solo».

«¿Quién nos ayudaría?», los latidos de su corazón se aceleraron y sus ojos perdieron toda la somnolencia que se habían ganado después del orgasmo. «La signora Vittoria no estará de acuerdo con esto. Rompí mi promesa. Regresé. Y peor aún, estoy exactamente donde ella no me quería», ella hizo un gesto hacia la cama.

«Estás exactamente donde perteneces. En mi cama y en mi vida», besé su frente. «Pero no estaba pensando en ir con la anciana. Vittoria tiene una manera de convertir tu vida en un pretzel en nombre de ayudar y del bien común».

«Si no es ella, ¿entonces quién?».

«Los Reales».

«Espera. No, no puedes hacer eso», me miró con horror en sus ojos. «Eso es incluso peor que la Dama Dragón. No lo entenderán».

«Por supuesto que lo harán», pasé el dorso de mis dedos por su mejilla para calmarla. «Pasé muchos años alejando a mis amigos. Estuvo mal. Porque todo el tiempo estuvieron ahí para mí. Rex, Santino y Donata nos ayudarán sin dudarlo».

«No sé», levantó su cuerpo poco a poco para presionar su frente contra mi mejilla. «¿Esto significa que tendré que verlos a todos mañana?».

«Sí».

CAPÍTULO 27

Nuestros sueños y sus pesadillas

AURORA

Me di la vuelta sobre mi espalda. O mejor dicho, Enzo me pasó el brazo por debajo de las rodillas y me dio la vuelta. Aterricé con el pelo en la cara y un par de plumas en la boca. «Mmm», mi trasero se hundió más profundamente en el colchón mientras dejaba que Enzo volviera a su lugar entre mis muslos. Por costumbre, cerré los ojos con fuerza, negándome a despertar y dejar atrás mi sueño, solo para enfrentar mi cruda realidad nuevamente.

«Mírame», Enzo inhaló un aliento caliente directamente en mi clítoris palpitante. «Aurora, mírame».

Perezosamente, hice lo que me pidió. Todos los sueños tenían que terminar en algún momento. Cuando abrí los ojos, quedé deslumbrada por la lujuria en sus ojos. «Todavía estás aquí», apreté su suave cabello.

«Lo prometí, ¿no?», bajó la mirada hacia mi coño y sonrió. «Tan dulce».

Su boca sobre mí era puro éxtasis. Sabía exactamente cómo hacerme perder la cabeza, cómo hacerme olvidar todo lo malo de nuestras vidas. Ese siempre había sido el caso de Enzo. Desde el momento en que lo conocí, la atracción de su energía plena era muy difícil de resistir. ¿Cómo había podido alejarme de él durante tanto tiempo?

Enzo cambió su peso y gimió. Sin previo aviso, la vibración de sus labios en mi clítoris me llevó al límite. Pasé de una dócil espiral de placer debajo de mi ombligo a un incendio forestal que se abrió camino hasta los dedos de mis pies y luego regresaba a mi pecho. Jesús, nada con Enzo nunca era normal.

«Mantén ese pensamiento», se subió encima de mí y me penetró. «Ay, joder. Te sientes demasiado bien».

Me tambaleé en la cima de mi clímax, incapaz de terminar, pero también incapaz de bajar de él. No es que me estuviera quejando, pero necesitaba venirme. Pasé mis manos por su espalda musculosa y luego por su cabello, deleitándome con la sensación de su peso y su cuerpo duro sobre mí.

Cuando coloqué mis manos entre nosotros, él apoyó las suyas a cada lado de mi cabeza y cambió a una posición de tabla sobre mí. Ver su enorme erección hundirse dentro de mí fue un sueño erótico. Cada vez que se hinchaba en mi interior, sus abdominales formaban la exhibición más ardiente. Estaba a su merced, sin voluntad ni fuerzas para ir a ninguna parte. Entonces, me quedé allí mientras su pene hacía su magia en mi punto G.

«Necesito correrme».

«Aún no», se inclinó y me susurró al oído, «fuimos interrumpidos tan groseramente en el ‘Crucible’ que no pudiste decirme lo que viste».

«¿Qué?», me reí. Resultó más bien una risa nerviosa porque recordé exactamente lo que había visto. «La lujuria en sus rostros», arqueé la espalda, arañando la de él, rogando por más.

«¿Qué otra cosa?».

Inundó mi mente un revoltijo de cuerpos semidesnudos haciendo cosas que no había visto antes. Pero luego me decidí por uno, la mujer de las enormes tetas y el chico que le comía el coño. «Ella se corrió en su cara», solté.

«Sí, lo hizo», Enzo chocó contra mí, moviendo sus caderas más rápido.

Luces brillantes explotaban detrás de mis párpados. Esta vez, Enzo no me interrumpió. Me montó con fuerza hasta que la adrenalina y las oleadas de placer desaparecieron, hasta que mi cuerpo se entumeció por sentir demasiado.

«Jesús», se apartó de mí y cayó pesadamente a mi lado. «Buenos días».

«Buenos días», me reí.

Cambié mi peso para mirarlo, observando sus hermosos rasgos. Ya no tenía esa mirada infantil. Pero reconocí las líneas sonrientes alrededor de sus ojos color avellana. Me encantaba cómo cambiaban con la luz. Aunque a veces me preguntaba si también cambiaban con su estado de ánimo. Nadie era tan melancólico y celoso como Enzo. Mi mirada se deslizó hasta sus labios carnosos, ahora rojos e hinchados por besarme durante la última media hora.

Estos pocos momentos después de despertar me resultaron familiares. Cada dos días durante los últimos diez años, mis mañanas empezaban de la misma manera. Solo que esos momentos eran solo sueños. Como siempre hacía, extendí la mano para tocar la barba incipiente de su mejilla. En mi corazón, sabía que desaparecería como volutas de humo, pero lo hice de todos modos.

«Oh», se me escapó un pequeño grito ahogado cuando el calor de su piel se filtró a través de mis dedos. «Sigo pensando que vas a desaparecer».

«No», se inclinó para besarme. «Jamás», abrió la boca para decir algo más, pero el sonido de su teléfono lo interrumpió. «Mierda».

Sacudiendo la cabeza, sonrió y luego se movió para agarrar su teléfono. En el proceso, me mostró una vista gloriosa de su espalda y su trasero musculosos. Dios mío, nunca me cansaría de verlo. Me acerqué y besé el arte entintado en su piel.

El teléfono cayó sobre la mesa de noche, pero él no hizo ningún movimiento. «Es Ibiza».

«Lo sé», pasé mis dedos por el tatuaje en su hombro izquierdo. «Aún recuerdo tu lección de geografía».

«Bien», suspiró. «El otro eres tú».

Mis cejas se alzaron con sorpresa. El ángel en su hombro derecho tenía en su mayoría alas, pero su perfil y su largo cabello me parecían familiares. Enzo literalmente había cargado nuestros sueños y sus pesadillas sobre su espalda. Y pensar, que un día tuvimos la osadía de soñar con escaparnos juntos y pasar la vida en Ibiza.

«Estábamos condenados desde el principio», presioné mis labios contra las cicatrices que corrían por la mitad de su espalda. «¿No es así?».

«Pensé que era invencible. Que nada podría tocarme». Se dio vuelta y me tomó en sus brazos, de modo que mi cabeza descansaba sobre su pecho. «Que este mundo me pertenecía. Que me pertenecías porque estabas en él», se burló. «Me equivoqué. Nunca tuve ningún tipo de poder. Yo también quedé atrapado aquí, como tú».

«¿Quieres irte?».

Frunció el ceño mientras contemplaba el intrincado diseño de la lámpara de araña que colgaba justo detrás de la cama con dosel. Cuando me miró, sus ojos eran duros y decididos.

«No», dejó que esa única palabra con todas sus implicaciones permaneciera en el aire entre nosotros.

«¿Tengo elección?».

«No».

«Lo digo en serio».

«Yo también», me levantó por la cintura y me guió hasta que me senté a horcajadas sobre su estómago. «¿Crees que estarás más seguro si me alejo? ¿O si te alejas tú? Para bien o para mal, lo hayas pedido o no, eres parte de este mundo, tanto como yo. Por eso estás aquí. Es por eso que la vida de Leo ahora está en peligro. Nunca nos dejarán en paz».

«¿Entonces la solución es que nos quedemos y contraataquemos?».

«Reclamemos el lugar que nos corresponde», tomó mi pecho, se sentó y lo cubrió con su boca. «He estado entumecido durante tantos años. Pero ahora estoy despierto».

No se equivocaba.

Que yo estuviera aquí no era una coincidencia. No podía pasar el resto de mi vida huyendo. Más importante aún, no podía hacerle eso a mi hijo. Se merecía algo mejor. Se merecía un padre que lo amara, que pudiera protegerlo de todo lo malo del mundo. Ya había terminado de esconderme.

«Te seguiré a cualquier parte», tomé su cara entre las manos. «Pero primero debemos encontrar a nuestro hijo».

«Era Caterina la que habló por teléfono. Anoche le envié un mensaje de texto y le pedí que reuniera a todos», me mostró una sonrisa sexy. «¿Estás lista para una reunión?».

«No», gruñí. «Pero acabemos con esto de una vez. No puedo soportar un día más sin saber de Leo, sin tener un plan real para recuperarlo».

«¿Confías en mí?».

Su intensa mirada envió aleteos eléctricos a través de mí.

«Con todo mi corazón».

«NO ESTÉS NERVIOSA», se detuvo en el ascensor de camino al penthouse de Rex.

«No lo estoy», crucé los brazos sobre mi pecho.

Enzo se me acercó, tomó mis manos entre las suyas y las besó. «Son tus amigos. Recuerda eso».

Anoche, Enzo convocó una reunión improvisada de la junta directiva, sin la Signora Vittoria. Ahora que sabía toda la verdad, necesitaba actuar con cuidado cuando se trataba de ella. Sí, ella me había ayudado. Nos había mantenido vivos todos estos años, pero la cuestión era que la Signora Vittoria no era del tipo caritativo. Ella hacía lo que hacía por una razón. Eso lo teníamos claro los dos. Todavía necesitábamos descubrir cuáles eran sus verdaderos motivos.

La puerta del ascensor se abrió y entramos al vestíbulo privado de Rex. Enzo me apretó la mano y me llevó hacia la puerta al final del largo pasillo.

«No conoces a Caterina. Te agradecerá. Ella es un imán para los problemas, igual que tú».

«Estoy empezando a creerlo», me reí. Los problemas siempre tenían una forma de encontrarme.

«Y nunca vas a creer esto», Enzo se rió entre dientes. «Santino se casó hace unos meses».

«¿Qué?».

me di vuelta para mirarlo de frente. «Oh, pobre chica. ¿Cómo le sigue el ritmo?».

«La pregunta es, ¿cómo él puede seguirle el ritmo a ella?».

sacudió la cabeza, sonriendo. «Ella es tan mala como él».

Cuando llegamos a la puerta, mis nervios habían desaparecido. Hacía mucho tiempo que no pensaba en los Reales. Claro, había pensado en Enzo constantemente. Rex también aparecía en mis pensamientos de vez en cuando. Pero no había pensado exactamente en los Reales en su conjunto, ni en nuestro último año en la escuela juntos.

«Buenos días», una mujer increíblemente hermosa abrió la puerta antes de que tocáramos. «Lo lograste», abrazó a Enzo y besó su mejilla con fuerza, mientras se aferraba a su abrazo más tiempo de lo normal. Después de lo que pareció un período de tiempo muy incómodo, finalmente lo soltó y se volvió hacia mí. «Tú debes ser Aurora. Soy Caterina», me miró expectante.

¿Se suponía que debía ponerme alegre y abrazarla? Me quedé estática. Nunca en un millón de años pensé que conocería a la pequeña esposa de Rex. Claro, ella era toda una adulta. Pero en mi cabeza nadie había envejecido desde que me había ido.

«Esa soy yo. Encantada de conocerte», le ofrecí una sonrisa que esperaba no pareciera tan forzada como parecía.

«Adelante», hizo un gesto hacia el enorme vestíbulo.

Mi corazón latía un poco más fuerte que durante todo el día. No estaba lista para enfrentar a Rex. ¿Enzo estaba cometiendo un error al confiar en él? Antes de que tuviera tiempo de decidir si debía salir corriendo o quedarme, Rex entró a la sala por un pasillo a la derecha.

«Caterina y Rex están casados», explicó Enzo, aunque eso ya lo había supuesto. Ella actuaba como si fuera dueña del lugar.

«Felizmente casado, hermano», Rex se detuvo a unos metros de nosotros. «Rory, es bueno verte», su mirada azul fue como una descarga de adrenalina.

En un instante, todos los recuerdos del año que pasamos juntos regresaron: la noche en que él me salvó la vida, el día que nos casamos y la noche que pensé que lo había visto morir. Él no podría ser el malo aquí. ¿Había pasado los últimos diez años odiándolo también porque tenía miedo de recordar a la familia que había dejado atrás? Miré mis manos. ¿Cuándo se habían convertido los Reales en mi familia?

«Es bueno verte también, Rex», ofrecí una sonrisa amable. Y un agradecimiento silencioso.

«Nunca pude disculparme», sacudió la cabeza y frunció el ceño. ¿Se quedaba Rex Valentino sin palabras? Apoyó las manos en las caderas y ladeó la cabeza. «Lo siento. Fui egoísta. ¿Me sentía perdido? Tú estabas ahí. Y me sentí bien siendo tu héroe».

«Rex», las lágrimas picaron en mis ojos. «Me salvaste la vida», corrí hacia él y le rodeé el cuello con los brazos. «Lamento no haber confiado en ti lo suficiente. Casi hago que nos maten a los dos. Debería haberme ido contigo cuando tuve la oportunidad».

«Mis métodos no fueron los mejores. Pero mi corazón estaba en el lugar correcto». Me sostuvo con el brazo extendido. «Mi arrogancia casi hace que nos maten a ambos. No te culpo por haberte marchado».

«En realidad, si te hace sentir mejor...», Enzo rodeó mi cintura con su brazo posesivamente y me acercó a él, «sus métodos no han mejorado. Le hizo lo mismo a mi hermana hace unos años».

«Oh, no», me volví para mirar a Caterina.

«Lo resolvimos», ella me sonrió y dio dos pasos elegantes hacia mí. Gentilmente, enganchó su brazo a través del mío y me alejó de Enzo. «¿Puedo ofrecerte una bebida?».

Antes de que pudiera decir que no, me acompañó fuera de la sala de estar hacia la cocina. Por suerte, no había mentido sobre la bebida. Sirvió un poquito de jugo de naranja en una copa flauta y luego la llenó con vino espumoso.

«Rex quería hablar con Enzo».

«Lo entiendo», le tomé la mimosa y bebí. «Gracias, está delicioso». Me quedé mirando la

bebida en mi mano por un momento antes de soltar, «¿Cuánto te contó Rex?».

«Todo», dio un sorbo de su copa una vez y luego otra vez. «Lamento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso. Mi padre era un hombre complicado».

Habría usado las palabras despiadado, cruel, egocéntrico.

«Si estuviera aquí hoy, me gustaría pensar que querría compensarte. Sé que suena como una ilusión, pero vio el error de su camino hacia el final». Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras tragaba saliva. «Lo que quiero decir es que lamento todo lo que te hizo pasar mi familia».

«No fue tu culpa», me encontré con su mirada serena. «No eres responsable de sus acciones ni de las razones de lo que hicieron. Espero que lo entiendas».

«Sí», asintió.

Aunque tuve la sensación de que no lo entendía. Dios, Michael Alfera hizo todo un numerito con sus hijos. Y yo que pensaba que tenía el peor padre del mundo. Había pasado la mayor parte de mi infancia fingiendo, deseando que mi padre fuera un buen hombre. Más tarde, me culpé por no ser lo suficientemente fuerte, por no ayudar a mamá a ver quién era él realmente: un imbécil codicioso ávido de un tipo de poder al que ningún hombre debería aspirar, y mucho menos él.

Sin ningún motivo, dejé mi flauta en la encimera de la cocina y la abracé. Ella aceptó el gesto. Y tuve que preguntarme si el abrazo extrañamente largo que le dio a Enzo había sido una especie de disculpa. *“Lamento que hayas tenido un padre tan mierda”*.

«Preparas unas mimosas excelentes», dejé escapar una risita.

«Me alegro que te gusten», se apartó y me dio una sonrisa tímida. «Vas a necesitar muchas más».

«¿Eso por qué?».

«Parece que los demás acaban de llegar», hizo un gesto hacia la dirección general de la sala. «¿Vamos? ¿O necesitas más alcohol?».

«Beberé primero. Luego, me enfrentaré a los Reales».

«¿A quiénes?», se rió.

CAPÍTULO 28

Una sala llena de vergas

AURORA

Entrar al salón fue como retroceder en el tiempo. Enzo, Rex, Santino, Donata y una mujer pelirroja estaban formando un círculo, hablando y riendo como solían hacerlo. Mucho había cambiado y, sin embargo, nada lo había hecho. Yo seguía siendo la extraña que observaba a distancia.

Enzo me sonrió mientras se separaba del grupo y se encontraba conmigo a medio camino. Donata hizo lo mismo y se unió a nosotros, luciendo tan majestuosa como siempre.

«Sobreviviste», me sonrió.

“*Espero que sobrevivas*”, esas fueron las primeras palabras que Donata me dijo el día que nos conocimos. En aquel entonces, supuse que se refería al último año de la escuela, ahora sabía que se refería a su mundo. Este lugar no era para los débiles. Quería creer que, esta vez, era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a los Reales. Tenía que serlo, por Leo.

«Me alegro mucho de que estés bien», me abrazó. «Bienvenida de nuevo».

Para mi sorpresa, el abrazo fue sincero, como si realmente me hubiera extrañado. «Gracias».

Apenas me había soltado, cuando Santino intervino y me abrazó demasiado fuerte. «Todos estamos contentos de que estés aquí. Enzo ha sido un auténtico dolor de cabeza desde que te fuiste».

«Ella no se fue, exactamente», Enzo envolvió sus dedos alrededor de mi codo y suavemente me acercó a él.

Su mirada se detuvo en la mía como si preguntara, *¿estás lista para hacer esto?*

¿Lo estaba?

Hace un mes había estado en España criando sola a un niño de diez años. Estaba feliz, incluso si había un agujero enorme en mi pecho, incluso si faltaba una gran parte de mi corazón. Estaba feliz porque estábamos a salvo. Ahora me daba cuenta de que todo era una ilusión, un respiro temporal. Ya no quería permanecer inmóvil. Esto con Angelo me asustaba muchísimo. Pero, ¿qué opción tenía? Quería recuperar a mi familia.

«Estoy bien», articulé las palabras y luego encaré a Santino. Era, por supuesto, tan atractivo y encantador como lo recordaba. «Enzo me dice que te casaste».

«Lo hice. Es una larga historia. Ella intentó matarme. Ya sabes cómo es esto», sus rasgos se suavizaron mientras rodeaba con su brazo a la hermosa mujer de cabello rojo intenso que estaba junto a él. «Esta es Luce O'Brien».

Luce se sonrojó y sacudió la cabeza. «Ojalá pudiera decir que estaba exagerando. Como sea, es un placer conocerte», me ofreció su mano. Por la lástima que mostraba en sus ojos, tuve que suponer que conocía mi historia. «Santino me ha contado todo sobre ti».

«¿En serio?», fruncí el ceño y me volví hacia Enzo.

«Donata me contó toda la historia», Santino señaló a Donata.

«Lo escuché de Caterina», se encogió de hombros.

«Bien», Enzo se rascó la sien y me mostró una sonrisa juvenil. «Le dije a Rex que nos ahorraría tiempo si ponía a todos al día», miró hacia la habitación. «Si tienen preguntas, este es el momento de hacerlas».

«Tengo una para ti», Santino se metió las manos en los bolsillos del pantalón. «Rex te salvó del fuego, pero ¿quién te salvó de Angelo en Italia?».

«La Signora Vittoria», me encontré con la mirada de Donata. Tenía que saber hasta qué punto su tía era responsable de todo el tiempo que había pasado lejos de Enzo. Y la razón por la que había sobrevivido. «Ella también había salvado a Rex».

«Por salvarnos, quiere decir que Vittoria no acabó conmigo mientras estaba inconsciente. Ella me dejó allí y se llevó a Rory con ella».

«Jesús», Donata se tapó la boca. «¿A dónde te llevó?».

«Ella me trajo aquí para tener a mi bebé. Me tomó un par de meses recuperarme del ataque. En cuanto Leo estuvo listo para viajar, nos trasladó a España». Inspiré profundamente. Decir esas palabras en voz alta era cada vez más fácil y menos doloroso.

«Vittoria le hizo pensar que al quedarse estaba poniendo mi vida en peligro», dijo Enzo con los dientes apretados.

«Ella no se equivocó, Enzo», Rex intercambió una mirada significativa con Caterina. «Papá era un rey justo, pero cuando se trataba de ti, tomaba algunas decisiones cuestionables».

«No pasaba un día sin que alguien intentara matarnos, pero salimos adelante. Vittoria no tenía ningún derecho a alejar a Aurora de esa manera», Enzo puso su mano en mi espalda baja.

El calor de su cuerpo se filtró a través de mi ropa. Todavía estaba furioso por lo sucedido. Si estaba dejando su ira a un lado era porque teníamos cosas más importantes con las que lidiar.

«Lo hecho, hecho está. Lo único que quiero ahora es recuperar a mi hijo», tragué para mantener la compostura. «No quiero pasar un día más sin saber si está bien».

«Y no lo harás», Enzo besó la parte superior de mi cabeza. «Si todo va bien, lo verás esta noche».

«¿Qué? ¿Cómo?», mi mirada recorrió la habitación antes de posarse en Enzo.

«El mensaje de texto que recibí esta mañana, ya sabes, después de nuestro...».

«Sí, lo recuerdo. ¿No fue de Caterina?».

«Uno, sí lo fue. El otro era de Rocco. Pavlo se quebró alrededor de las seis de la mañana», respiró hondo, como si esperara algo.

«¿Torturaste a un miembro de la mafia roja sin decírnoslo?», Santino dio un paso adelante, mirando a Enzo y luego a Rex. «¿Sabías sobre esto?».

«Me enteré cinco minutos antes de que llegaras», Rex hizo un gesto hacia Enzo. «Escúchalo».

«Entiendo que esta situación está muy jodida, pero ¿tenemos un plan para cuando la Bratva tome represalias?», Santino arqueó la ceja.

«No lo sé, Santino. Dímelo tú», Enzo lo miró fijamente. «¿Cuál era el plan cuando secuestraste a la princesa irlandesa justo antes de su boda con su jefe de la mafia?».

«Eso fue diferente. Y tú lo sabes», Santino cruzó los brazos sobre el pecho. «Ella intentó matarme».

«Dios mío, Santino», Donata se frotó las sienes. «¿Te das cuenta lo loco que suena eso? Trajiste la ira de los irlandeses a nuestra puerta porque no les devolviste su juguete», le lanzó una

rápida mirada a Luce. «Sin ofender, amor».

«No me ofendo», Luce se encogió de hombros.

«Si buscas una disculpa, no la obtendrás. Porque no la siento», Santino le sonrió a Luce, quien inmediatamente se fundió con él.

«Nunca tuve la impresión de que la sintieras. Y ahora yo tampoco», Enzo deslizó su mano por mi brazo y tomó la mía entre la suya. «Pavlo le contó a Rocco todo lo que sabía. Angelo tiene planes de salir de la ciudad esta noche».

«Nos ocuparemos de la Bratva cuando llegue el momento», Rex apoyó las manos en las caderas. «Por ahora, Angelo es nuestra prioridad. Tengo suficientes hombres patrullando la ciudad. Él no irá a ninguna parte. ¿Qué más dijo Pavlo? ¿Conseguiste una ubicación?».

«No, pero tenemos la mejor opción. Nos dijo lo que quiere Angelo».

Si Angelo quería dinero, un helicóptero para escapar o su propia isla privada, los Don que estaban en esta sala eran quienes se lo conseguirían. Pero si lo que quería era venganza, ya tenía a quien necesitaba. No podía soportar la idea de que Leo saliera herido simplemente porque el ego de Angelo estaba herido desde hacía una década.

«No puede seguir buscando venganza», dije en voz alta, principalmente para mí misma.

«No creo que se haya detenido jamás. Antes, se decía a sí mismo que estaba siguiendo las órdenes del viejo rey. Pero no tan en el fondo, estaba más que feliz de cazarte e intentar matarte porque quería verte pagar. Eso no ha cambiado. Su plan era hacer negocios con los rusos y vengarse de ti en el proceso».

«¿Qué quieres decir?», me obligué a soltar el aire y luego inhalé de nuevo.

«Leo se escapó, pero no fue idea suya. La tía Sofia, de la que me habló Leo, ella trabaja para Ivan Belov. Fue a Rascafría a secuestrar a Leo, como un favor para Angelo».

«Hijo de puta», Santino sacudió la cabeza. «Angelo sabe que no puede tocar a Leo sin responder ante la Junta con su vida».

«Exactamente», Enzo apretó mis dedos fríos. «No fue tu culpa que Leo se fuera. De alguna manera, esta mujer llegó a él. ¿Quizá mientras estaba en la escuela?».

«Podría ser. Esas fueron las únicas horas que pasó lejos de mí», me froté el costado de la cara. «¿Cómo nos encontró?».

«¿La primera vez?», preguntó Rex. «Él siguió el dinero. Pero en aquel entonces contaba con el apoyo incondicional de mi padre. Quizá la Bratva lo ayudó esta vez».

«Por mucho que nos gustaría decir, 'no fue así'. Enzo se pasó los dedos por el pelo. «La Bratva se ha vuelto cada vez más poderosa. Tienen medios y recursos. Apuesto a que les prometió un negocio lucrativo. ¿Leo y Aurora fueron un regalo de agradecimiento por hacer negocios con nosotros?».

«Espero que hayan sido ellos y no la tía Vittoria», Donata frunció los labios. «Me gustaría creer que salvó a Aurora de Angelo porque le molesta que las mujeres se lleven la peor parte. No porque tuviera unos cuantos dólares que ganar».

«Tal vez», Santino encontró mi mirada. Pero no pienses ni por un segundo que la Signora Vittoria es una especie de hada madrina. Salvó a Leo porque se adaptaba a sus planes. Así es como ella trabaja. Siempre está lista para ir a donde la lleve el viento».

«Hay que admitir que fue una decisión inteligente», Enzo miró hacia arriba e hizo una mueca de dolor, «ella mantuvo a mi familia a salvo cuando yo no pude hacerlo. Y solo por eso estaré eternamente en deuda con ella».

«Te das cuenta de que no estaríamos teniendo esta conversación si ya hubieras dado un paso al frente. Derriba a Vittoria», Rex ladeó la cabeza para mirar a Donata a los ojos. «Mira a tu

alrededor. No puedes escapar de ello. Esto con la Sociedad viene por ti. Desear que desaparezca no funcionará. Al igual que no funcionó para Santino».

«Ahora no, Rex. Tenemos cosas más importantes que hacer. ¿No crees?», Donata señaló en mi dirección. «¿Qué más dijo este tal Pavlo? ¿Alguna pista sobre cómo atrapar a un asesino?».

«No, eso fue todo. Rocco cree que nos contó todo lo que sabe. La pregunta ahora es, ¿cuál es el próximo paso de Angelo? Tiene que saber que estamos detrás de él», Enzo puso su brazo alrededor de mi cintura. «Pero no quiero sentarme aquí y esperar a que nos envíe sus demandas».

«Esta es una misión suicida para él. ¿Qué está haciendo?», Donata caminó a lo largo de la sala de estar. «¿Son los hombres realmente tan estúpidos?».

Santino intercambió una mirada con Rex y luego con Enzo. No respondió a la pregunta de Donata, pero mirando alrededor de la habitación, todos los hombres aquí, en algún momento, habían emprendido una misión suicida por amor. ¿No secuestró Santino a Luce, una princesa de la mafia irlandesa, que iba camino de casarse con un capo? ¿Y Enzo? Estaba dispuesto a huir conmigo, a pesar de que me habían vendido a Angelo. Solo podía imaginar lo que Rex tuvo que hacer para que Caterina lo viera tal como era, en lugar del rey con el que tenía que casarse para cumplir algún contrato que su padre firmó cuando ella era solo una niña.

¿No eran el amor y el odio la misma emoción, pero en extremos diferentes del espectro? Angelo me odiaba lo suficiente como para arriesgar voluntariamente su vida para obtener la venganza que quería. Sabía que, si mataba a Leo, toda la mafia italiana se volcaría hacia él. Pero si devolviera a Leo a cambio de mí...

«Sí, lo somos», Santino me ofreció una sonrisa triste. «Angelo devolverá a Leo si cree que puede recuperar a Aurora. Quizás ese no era su plan original. Pero eso es todo lo que le queda».

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando consideré el plan original de Angelo. Él me había encontrado. Pero a diferencia de antes, no había ido tras de mí de inmediato. En cambio, estaba jugando a largo plazo. Resultaba inteligente al hacer que Leo y yo acudiéramos a él. Esa habría sido la venganza definitiva, ¿no? Quería observar a Enzo desde lejos, mientras lloraba mi falsa muerte. Año tras año, quería saber que tenía la felicidad de Enzo en su puño cerrado.

«No voy a permitir que se vaya con mi esposa y viva una larga vida en alguna isla», dijo Enzo con los dientes apretados. «Necesitamos un plan diferente que no implique servir a Aurora en bandeja de plata. Tengo a mis hombres vigilando el club de sexo 'Pandemonium'. Ojalá alguien allí nos lleve hasta Angelo».

«Eso no es suficiente, Enzo», me tragué las lágrimas. «Los planes que comienzan con '*ojalá tengamos suerte*' nunca me han funcionado. Ya sabes lo que tenemos que hacer».

«No».

«Tenemos que considerar todos los ángulos», Rex frunció el ceño cuando encontró mi mirada.

Sabía de primera mano de qué era capaz Angelo y cuánto le temía. Me había visto tirada en un charco de sangre, mientras Angelo se cernía sobre mí. Pero también sabía que yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para mantener a mi hijo a salvo.

«¿Estás seguro de que es así como quieres hacerlo?», preguntó.

«¿En serio?», Donata se paró en medio de la sala e hizo un gesto con los brazos con frustración. «Una sala llena de vergas, y el mejor plan que se les ocurre es '*¿sacrifiquemos a la mamá?*'».

«Está bien, Donata», me puse de pie mientras una nueva ola de inquietud me invadía. Sí, el amor haría que cualquiera se suicidara. «La mamá se ofrece voluntariamente. Si eso significa salvar a mi hijo, quiero intentarlo».

«Tienen un ejército», Donata señaló con el dedo a Rex. «Pueden, literalmente, enviar una legión tras Pavlo y luego aplastar a Angelo como a un insecto».

«Y probablemente también aplaste a Leo en el proceso», las lágrimas corrieron por mis mejillas. Me quedé esperando un plan mejor, alejando los pensamientos de todas las formas en que Leo podría estar sufriendo en este momento, pero no pude contenerlo más. Un mes era mucho tiempo esperando a que mi hijo volviera a casa. «No puedo correr ese riesgo. Y no puedo esperar a que Angelo haga un movimiento. Lo haremos ahora».

Cuando me volví hacia Enzo, el dolor en su intensa mirada me sorprendió. Sus sentimientos estaban escritos en todo su rostro. Estaba eligiendo esto por mí misma. Lo estaba dejando otra vez y no había nada que él pudiera hacer al respecto.

«La última vez que pensé que era una buena idea dejarte ir, terminó contigo en una casa en llamas», Enzo dejó escapar un suspiro. «No puedo perderte otra vez».

Pensé en la última vez que lo vi, sentado en las gradas del campo de fútbol, destrozado y solo. No tenía un hijo que le diera esperanza, como yo había tenido todo este tiempo. Estaba realmente solo. Podía imaginar el tipo de dolor que tuvo que soportar. Pero tenía que saber que perder a Leo sería mil veces peor.

«No me perderás. No soy la chica que conoció hace más de una década», me limpié las mejillas con el dorso de la mano. «Estoy preparando la trampa de Angelo con los ojos bien abiertos».

«Aurora, no puedo dejar que hagas esto. Desde lo profundo de mi cabeza, puedo contar al menos diez maneras en que este plan tuyo puede terminar mal», la mirada de Enzo se oscureció. «Contigo muerta. Esta vez, de verdad».

«No te estoy pidiendo permiso», aparté la mirada porque no podía soportar la angustia en sus ojos. No quería pensar en lo mal que podrían ponerse las cosas para mí. No me importaba. «Tenemos una oportunidad de recuperar a Leo. ¿Realmente vas a detenerme?».

CAPÍTULO 29

Cambia de opinión

ENZO

«¿La ropa que Donata envió no te queda bien?», besé su hombro desnudo mientras mi mirada recorría su cuerpo semidesnudo. Llevaba aquí vistiéndose durante la última media hora. «Dime que has cambiado de parecer».

Rodeé la cintura de Aurora con mis brazos y miré su reflejo en el espejo de pie de mi vestidor. La conversación que tuvimos en el penthouse de Rex todavía persistía entre nosotros. Lo que Aurora planeaba hacer para recuperar a Leo era una locura. Ella, más que cualquiera de nosotros, sabía lo vengativo y despiadado que podía ser Angelo. Si no tuviera a mi hijo ya estaría muerto y no volvería a poner en peligro la vida de Aurora.

«No puedo hacer eso», apoyó su cálido cuerpo en mi pecho. «¿Estoy pidiendo demasiado? Ahora que he vuelto, lo quiero todo. Te quiero a ti y a Leo. Quiero una familia de verdad».

«Y puedes tener todo eso. Puedo traer a Leo de regreso. Este plan tuyo no puede terminar bien», inhalé para detener la gran cantidad de escenarios que pasaban por mi mente. «¿Qué crees que te hará cuando finalmente te lleve a donde quiere?».

«Eso no sucederá», ella se giró para mirarme. «Estarás allí. No tengo ninguna intención de ir con él. Solo soy el cebo, Enzo. Quiero decir, ¿se te ocurre alguna otra manera de sacarlo de donde se esconde?».

«Bueno, ahora que sabemos con seguridad que está en la ciudad, tenía muchas ganas de cazarlo como a un perro».

«¿Y arriesgarte a que Leo salga lastimado?», ella tocó mi mejilla. «Si vuelvo al club de sexo mientras Pavlo todavía está allí, él vendrá por mí. Y luego será su vida a cambio de Leo».

«Mierda», caminé a lo largo del vestidor. «Esta es la parte que no me gusta. Odio la idea de que Angelo pueda vivir».

Durante años, había deseado el placer de verlo morir lentamente. Pero él era inteligente. El día que dispararon al difunto Don Valentino, lo primero que pensé fue en encontrar a Angelo y hacerle pagar por lo que hizo. Rex había estado demasiado ocupado con su ascensión y luego reconstruyendo la Junta, que no había pensado en Angelo y nuestra deuda pendiente.

Angelo había desaparecido pocas horas después de la muerte de Don Valentino. Y una vez más me quedé sin la satisfacción de hacerle pagar por lo que le hizo a Aurora y a su familia. Pensaba que esta noche su suerte cambiaría.

«No me importa la venganza. Solo quiero recuperar a mi hijo».

«Y lo harás. Lo prometo. Tan pronto como aparezcan Rex y Santino, estaremos listos para partir», pasé mis dedos por su brazo. «¿Por qué no estás vestida todavía?».

«No sé. Me gusta estar en tu espacio», caminó hacia los cajones empotrados y pasó la mano

por mi colección de relojes. «¿Estás obsesionado con las cosas brillantes o algo así?», me ofreció una sonrisa.

«A menudo me encontraba contando las horas desde que te fuiste», pasé una mano por mi cabello. El tiempo que había pasado sin ella todavía me dolía. «Supongo que, con el paso de los años, me obsesioné».

«Lo siento», envolvió sus brazos alrededor de mi torso y colocó su mejilla sobre mi pecho. «Me decía yo misma que saber que estabas vivo era suficiente para mí. Me convencía de que me habías olvidado».

«Nunca», miré sus labios carnosos. No quería despedirme.

Pero si esta noche no salía según lo planeado, quería que ella supiera cuánto la amaba. Me agaché y capturé su boca. Con un gemido silencioso, deslizó sus manos sobre mi pecho y comenzó a desabotonar mi camisa. Sus manos quemaron mi piel dondequiera que tocara.

«Cambia de opinión», le susurré en la boca.

«No puedo».

La empujé hacia atrás hasta que quedó atrapada entre la pared y mi cuerpo. No había tiempo para nada de esto, pero mi pene tenía una idea diferente. Y pensando en el poco tiempo que teníamos, en que esta noche era solo nuestra segunda noche juntos, dejé que este ardiente deseo se apoderara de mí. Hice sus bragas a un lado y entré en ella.

Lento.

Una voz en el fondo de mi cabeza me instaba a tomar las cosas con calma, pero mi desesperada necesidad por ella me venció. Empujé su coño mojado rápido y fuerte, crudo e inflexible. Aurora cedió como solo ella sabía hacerlo. Mi dulce ángel. Siempre lista para mí. Siempre dispuesta.

«No diremos adiós», jadeé en su oído.

«No, no lo haremos».

«Yo podría ser el imbécil que te encierre», deslicé la yema de mi pulgar sobre la línea de su mandíbula y luego besé las lágrimas saladas de su mejilla. «Me odiarías, pero estarías a salvo».

«No puedes hacer eso», empujó mi pecho.

«Soy Don Alfera. Puedo hacer lo que quiera», choqué contra ella, aumentando el ritmo para demostrar mi punto.

«Enzo», cerró los ojos con fuerza. «Dios mío».

Sus caderas encontraron mis embestidas una por una. Y en el siguiente ritmo, llegó al clímax. Sus paredes resbaladizas se apretaron con tanta fuerza alrededor de mi pene que me llevó al precipicio. Caí por la espiral, hacia este lugar donde solo existíamos Aurora y yo, un lugar al que había sido adicto desde la primera vez que estuvimos juntos.

«¿Por qué eres tan testaruda?», presioné mi frente contra la de ella, esforzándome por recuperar el aliento.

«Tengo mucho que perder», levantó mi mano de su pecho y me besó la palma. «No pelees conmigo por esto. Sabes que soy la única que puede salvar a nuestro hijo».

Sacudí la cabeza, aunque sabía que ella tenía razón.

Cuando mi teléfono sonó en mi bolsillo, me alejé de ella. «Mierda», leí rápidamente el texto y luego la miré. «Van en camino hacia arriba».

«Bien», ella asintió y soltó un suspiro mientras buscaba su ropa. «Dame un minuto».

Me arreglé los pantalones y luego la camisa. Se nos acababa el tiempo. Seguíamos adelante con su jodido plan, me gustara o no. «Esperaré abajo».

Tan pronto como llegué al rellano, las puertas del ascensor se abrieron. Esperaba ver a

Santino y Rex, pero no a Donata. Ella aún no era un Don. Y como nunca quiso serlo, nunca recibió la formación adecuada.

«¿Qué está haciendo ella aquí?».

«Viene con nosotros», ella arqueó una ceja. «Y no me vengas con esas tonterías sobre el entrenamiento. Tengo formación médica. Dado tu loco plan, estoy cien por ciento segura de que necesitarás mi ayuda esta noche», ella inhaló ruidosamente. «La última vez, casi mueres porque el médico tardó demasiado. No te decepcionaré esta vez».

«Tiene todo un discurso listo si quieres seguir por este camino. Detente mientras estés por delante», Santino señaló a Donata, mientras se dirigía a mi sala de estar. Escaneó el área y luego se volvió hacia mí con el ceño fruncido. «¿Dónde está Aurora? ¿Cambió de opinión?».

«No. Necesita un minuto», me froté el costado de la cara. «Sabes que ella no planea ser el cebo. Está completamente preparada para intercambiar lugares con Leo».

«Me imaginé eso», Rex asintió. «Enzo, tienes que estar preparado para afrontar todos los resultados posibles».

«Hasta ahora se me han ocurrido unas diez. Cada uno es peor que el anterior». Mi teléfono vibró en mi bolsillo con una llamada de Rocco. La adrenalina me recorrió en el momento en que vi su nombre en la pantalla. «Dime que tienes ojos puestos en él».

«Mejor, jefe. Tenemos los ojos puestos en el niño».

Apreté mi teléfono con fuerza. Cuando levanté la vista y me encontré con seis pares de ojos mirándome con intensa preocupación, cambié al altavoz. «Todos están aquí. ¿Estás seguro de que viste a Leo?».

«Bueno, es el chico que conocí hace unos días. No Angelo, pero hay como veinte imbéciles vigilando al chico». Se detuvo para inhalar y exhalar en el altavoz. «Podríamos empezar a disparar ahora mismo».

«Sabes lo que siento al respecto, pero Aurora tiene razón. Tenemos que actuar de forma inteligente», Donata me apretó el hombro. «Es demasiado arriesgado. Un niño pequeño no sabrá qué hacer, dónde correr o esconderse».

Por supuesto que aquí el idiota era yo porque mi preocupación era Aurora. Quería que Leo estuviera bien. Ese pobre niño que conocí hace unos días ya había pasado por mucho. Extrañaba a su mamá. Esta era una elección imposible. Leo nunca me perdonaría por dejar morir a su mamá a manos de un cobarde. Si algo le pasara a Leo, Aurora moriría con el corazón roto, y yo junto con ella.

«Retírate, Rocco. Nos atenemos al plan», me burlé. «Si es que podemos llamarlo así».

El plan era dejar que Aurora llegara en Uber a los muelles. Con el pretexto de que ella me odiaba por dejarla hace tantos años, le suplicaría a Ivan Belov que la ayudara a encontrar a su hijo. Por supuesto, como Ivan era el nuevo socio comercial de Angelo, no tendría más remedio que llevar a Aurora directamente a Angelo.

Si hacíamos todo bien, los interceptaríamos y llegaríamos a Angelo antes que Ivan y Aurora.

«¿Alguna idea sobre dónde podría estar escondido Angelo?».

«¿Una rata así?», la voz profunda de Santino resonó en el vestíbulo. «Por lo que sabemos, podría estar en las alcantarillas. Una bocanada del aroma de Aurora es todo lo que necesitará para salir de su escondite».

«Odio cuando tienes razón», lo miré durante un largo rato. Pero entonces, Aurora apareció en lo alto de la escalera y me quedé boquiabierto. «¿De quién fue esta idea?».

«Mía», Donata se separó del grupo para encontrarse con Aurora al pie de la gran escalera. «Te ves impresionante, cariño».

«Es más ajustado de lo que dijiste», Aurora tiró del dobladillo de su vestido de coctel negro con un escote profundo.

Decir que sus tetas se veían espectaculares era quedarse corto. «¿Cual es el punto de esto?».

«Para desbalancearlo de su juego», Donata me miró entrecerrando los ojos como si tuviera tres cabezas sin cerebro. «¿No lo entiendes? Angelo está obsesionado con ella. Piénsalo. Es un asesino profesional. Y todo este tiempo, sigue fallando en lo que respecta a Aurora. ¿Por qué crees que es así? Él no la quiere muerta. No importa cuántas veces le ordenaron matarla, nunca pudo hacerlo».

«Odio cuando ella tiene razón», Santino dejó escapar un suspiro.

«Él la lastimó», dije con los dientes apretados. «No pienses ni por un segundo que tiene un hueso redimible en su cuerpo».

«No creo que entiendas completamente hasta dónde estoy dispuesta a llegar esta noche para recuperar a Leo», Aurora pasó junto a mí con la mirada fija en la puerta del ascensor. «Mi transporte ya llegó».

Su perfume era embriagador. La idea de que otro hombre la tocara me hizo enrojecer de furia. Extendí la mano y la agarré del codo para detenerla en seco. Cuando la giré para mirarme, sus ojos azules eran puro fuego y determinación. Presioné mi boca contra sus labios pintados de carmín. No pretendía que fuera un beso, sino un recordatorio de que ella era mía. Sin importar nada, ella siempre me pertenecería.

«Estaremos justo detrás de ti», estaba tan alterado que las palabras que había querido decir para tranquilizarla me salieron como una amenaza mortal.

«Lo sé», su mirada se posó en donde su mano agarraba la solapa de mi chaqueta. «Estarás bien», ella se dio la vuelta y salió corriendo.

¿Estaré bien? Estar vivo y vivir eran dos cosas diferentes. Ella lo sabía tan bien como yo. «Jesús, mierda», me volví hacia Donata.

«Bueno. En mi defensa...», levantó las manos, «no sabía que el vestido también funcionaría bien para ti».

«Vámonos antes de que Donata tenga más ideas geniales», Rex sacudió la cabeza y se dirigió al ascensor.

Como estaba previsto, tan pronto como Aurora se alejó en su Uber, cada uno de nosotros nos subimos a tres SUV distintos y seguimos al insospechado chofer del Uber. Necesitábamos que pareciera que Aurora había escapado de mi penthouse y volvía con Ivan en busca de ayuda. Me recosté en el asiento de cuero y apreté los puños. Este iba a ser el puto viaje más largo.

«No te preocupes. Funcionará. Creerán su historia», Donata tomó mi mano desde su lado del asiento trasero.

«Me preocupa que funcione demasiado bien. No soporto la idea de que estén los dos juntos», resoplé. El zumbido de energía en mi cuerpo me hizo querer golpear algo. «Nunca había querido matar a nadie, hasta ahora».

«No llegaremos a eso», ella apretó mis dedos. «Esta vez lo sabemos mejor».

¿Lo sabíamos? No parecía que estuviéramos haciendo nada diferente. Esta no era la primera vez que usábamos a Aurora para sacarle información a Angelo o para distraerlo y poder saquear su oficina. Miré por la ventana y me concentré en la imagen de Aurora la noche que tuvimos sexo en el escritorio de la oficina de Angelo.

La sensación de su piel sudorosa contra la mía y el aroma de su dulce perfume permanecieron conmigo durante el resto del viaje en auto hasta Jersey. Antes de darme cuenta, el todoterreno había llegado al tramo donde la calle llena de baches se convertía en grava y un

hedor rancio y sulfúrico flotaba en el aire.

Más adelante, el 'Pandemonium' apareció bajo una farola parpadeante. La camioneta se detuvo a media cuadra de distancia. Y en un par de minutos, el chofer que dejó a Aurora pasó junto a nosotros. Eso era todo. La trampa estaba tendida.

Mi teléfono vibró en mi mano. Lo apreté con fuerza y miré hacia la pantalla.

Rocco: Ella está dentro.

Yo: ¿Tienes visión?

Rocco: No desde que entró. Todavía no veo a Angelo. Ahora esperamos.

Escribí rápidamente, *ahora esperamos*. Pero antes de presionar enviar, una serie de detonaciones resonaron en la distancia. Cuando miré hacia el club de sexo, este explotó ante nuestros ojos. La adrenalina bombeó con fuerza a través de mí mientras salía del auto para mirar las llamas, alzándose hacia el cielo oscuro.

Esto no podría estar sucediendo. Ella acababa de llegar aquí. No había manera de que Angelo supiera que esta noche íbamos por él. La única persona que sabía que estábamos preguntando por él estaba en una unidad de almacenamiento en mi edificio atada a una silla, con dos de mis mejores muchachos mirándolo. Solo había estado desaparecido una noche. No había pasado suficiente tiempo para que la Bratva sospechara. De alguna manera, Angelo sabía que Aurora estaría aquí esa noche. Ella había caído directamente en su trampa.

«¿Qué carajo acaba de pasar?». Intenté acercarme, pero otra explosión me hizo caer de rodillas. «Aurora». Intenté ir tras ella, pero tanto Santino como Rex me derribaron antes de que pudiera acercarme.

CAPÍTULO 30

No mires atrás

ENZO

«Sé inteligente al respecto, Enzo», Rex agarró mi brazo.

«Déjame ir», le lancé una mirada furiosa. «No quiero hacerte daño».

El ‘Pandemonium’ estaba en llamas, con Aurora, y posiblemente mi hijo, dentro. No podía quedarme aquí y verla morir de nuevo. Estábamos más allá de actuar de manera inteligente. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarla morir?

«No me pidas que me quede aquí sin hacer nada», apreté la mandíbula.

«Tiene razón, hombre», Santino me soltó el brazo. «No tendrá paz hasta que muera por ella».

«Enzo», Rex dio un paso atrás y sacudió la cabeza. «El edificio podría derrumbarse en cualquier momento. Esperemos refuerzos».

Me escapé.

Lo que fuera que dijera a continuación, no lo escuché. Lo único en lo que podía concentrarme era en el hecho de que mi familia estaba nuevamente en peligro. La entrada trasera fue la que sufrió los mayores daños por la explosión. Corrí hacia allá, buscando una manera de entrar, pero fue inútil. Cubriendo mi nariz y boca con la chaqueta de mi traje, corrí alrededor del perímetro del lugar hacia la puerta principal.

Esta parte del motel parcialmente renovado aún no había sido renovada. La destartada puerta apenas colgaba de las bisagras. Desenfundé mi arma y disparé dos veces al candado. Cuando cayó, abrí la puerta doble de cristal de una patada. Las llamas aún no habían llegado a este lado del edificio, pero el humo dificultaba la respiración.

«Aurora», grité mientras caminaba en dirección a los escombros. «Leo».

Tenía que creer que lo que Donata había dicho sobre Angelo era cierto: que no quería matar a Aurora. En ese punto, estaba absolutamente seguro de que su principal objetivo esta noche habría sido recuperarla. No iba a dar un paso atrás y dejar que él me la quitara de nuevo.

¿Era este otro intento más de hacerme creer que estaba muerta? Tenía que saber que eso no funcionaría conmigo dos veces. Entonces, ¿cuál era su plan? ¿Estaba montando este espectáculo para nosotros? ¿O esto era algo más?

Rocco había dicho que Angelo no estaba en el lugar. Había una buena posibilidad, la explosión era algo que había sido programada para esta noche, para cubrir sus huellas mientras trasladaban su club de sexo a una nueva ubicación. Hijo de puta. Pavlo nos dio suficiente información para salvarse. Sabía que vendríamos aquí primero. Sabía que cuando lo hiciéramos, todo el lugar nos explotaría en la cara.

La sangre golpeaba en mis oídos mientras intentaba encontrar el camino de regreso a la sala de subastas, donde estaba seguro que estaría Aurora. Giré en la curva y pasé corriendo junto a

unas puertas dobles que conducían a la cocina. La mayor parte parecía no haber sido tocada en años, excepto una estufa en el otro extremo, que tenía ollas y sartenes con manchas de comida fresca en un costado. También había varios catres a lo largo de la pared opuesta.

La cocina no había sido equipada para alimentar a una gran multitud como probablemente lo estaba cuando el motel y el restaurante estaban en pleno funcionamiento. Entonces, ¿qué era esto? Un lugar para mantener a los niños y apenas alimentar a sus cautivos. Se me revolvió el estómago cuando me imaginé a Leo durmiendo en un rincón, comiendo cualquier sopa oscura que hubiera en esas ollas. Una muerte lenta no era castigo suficiente para Angelo. Agarré mi arma con más fuerza y corrí hacia la puerta trasera.

«Enzo», Aurora gritó desde el otro lado de la puerta. «Tiene un arma».

Me oculté detrás de un pilar de carga en el medio de la habitación mientras una serie de balas pasaban silbando a mi lado. Golpeaban a los catres detrás de mí, a las paredes y a un montón de platos sobre las encimeras. Esperé hasta que cesaron los disparos. Si se trataba de Angelo, sabía que no podía matarme. La Junta lo perseguiría hasta los confines de la Tierra por matar a un miembro de las familias originales.

La única que estaba en peligro aquí era Aurora.

«No tienes salida», grité. «Déjala ir».

«¿O qué?», Angelo preguntó con su habitual voz monótona. «¿Nos dispararás a los tres?».

La sangre bombeaba rápida y caliente por mis venas. Este imbécil no iba a salir vivo de este lugar. Respiré profundamente y miré alrededor del pilar. Tenía el codo de Aurora agarrado con fuerza, mientras ella sostenía a Leo cerca de ella, con su rostro enterrado en el hueco de su axila.

Ella lo había encontrado.

«Déjalos ir», dije con los dientes apretados, «y te perdonaré la vida. Puedes salir de aquí. Nadie vendrá por ti».

«¿Se supone que debo creer la palabra de un Alfera?», se rió cínicamente. «No lo creo».

Apreté la mandíbula. Odiaba que después de toda nuestra tortura y planificación, terminara exactamente donde no quería estar: esperando escuchar las demandas de Angelo. Había sido mafioso mucho más tiempo que yo. Entendía el juego. La única razón por la que todavía estábamos aquí era porque él no quería que Aurora muriera. Me encabronaba que él posiblemente la deseara tanto como yo.

«Deja que él se vaya, por favor», el tono de Aurora era suave y dulce.

Miré a mi alrededor nuevamente para encontrarlos cara a cara. Hubo un momento en que Aurora se habría desmoronado bajo su escrutinio y mirada cruel. Pero esa joven e inocente ya no existía. Ella era lo único que se interponía entre Angelo y nuestro hijo.

«Todo tiene un precio, cariño», usó su arma para rozarle un lado de la cara. «Tú más que nadie deberías saber eso».

«Puedo ayudarte a salir de aquí. No te tocarán si les pido que no lo hagan», movió su mano desde la cabeza de Leo hasta su hombro.

Levantó la vista y me encontró al otro lado del camino. Cuando el reconocimiento se registró en su rostro, asentí una vez. Incluso si él no sabía que yo era su padre, al menos sabía que era un amigo. Su mirada oscilaba entre Angelo y Aurora.

Asentí de nuevo.

Sí, amigo, ese era el malo que estaba buscando.

«¿Es eso cierto, Alfera?», Angelo alzó la voz. «¿Estás dispuesto a dejarla venir conmigo? ¿Te llevas al niño y ella viene conmigo?».

Mi pecho se apretó. Sabía que esa sería su única petición. Eso no significaba que estuviera

lista para verla irse con él. Pero Leo ya había sufrido suficiente. No podía quedarse con ese imbécil ni una noche más.

«Enzo, lo prometiste. Prometiste que llevarías a Leo a casa esta noche».

«Lo sé», dije en voz baja, escaneando la cocina en busca de otra salida.

Angelo aparentemente se había quedado sin balas. Podría dispararle en la cabeza. Pero eso solo funcionaba en las películas. Nunca pondría a Aurora ni a mi hijo en un peligro así. Mierda. Cuando miré detrás de mí, Santino, Rex y Donata entraron en mi línea de visión por las puertas dobles que conducían al frente del motel. La decisión era mía. Sin embargo, aquí no había ninguna elección. No podíamos atacar a Angelo sin lastimar a mi familia.

«El edificio está a punto de derrumbarse. No tengo toda la noche. Necesito tu palabra, Alfera».

«Tienes mi palabra», asentí una vez hacia Rex.

Él devolvió el gesto y se alejó con Santino detrás de él. Donata me ofreció una sonrisa amable. Ella sabía lo difícil que era esto para mí. Acababa de recuperar a Aurora. Ignorando el dolor punzante en mi pecho, me alejé de la seguridad del pilar con ambas manos en el aire. Lentamente, enfundé mi arma y me volví hacia Angelo.

Él se rió con un tono de burla. Un sonido lascivo destinado a hacerme perder la cabeza. Necesité todo mi autocontrol para no dispararle a ese imbécil en la cabeza. Dios sabía que se lo merecía. Pero Leo era nuestra prioridad ahora.

«Leo», Aurora apartó su brazo de Angelo para inclinarse y hablar con el niño. «El hombre de allí es tu papá. Vas a tener que ir con él. ¿Está bien?».

«¿Qué? No, quiero quedarme contigo», envolvió sus brazos alrededor de su madre, justo cuando su boca se puso boca abajo y frunció el ceño. «Lo siento. No era mi intención huir».

«Yo sé eso. No es tu culpa», se secó la mejilla. «Pero tienes que hacer lo que te digo ahora. Por favor. Ve con tu papá. ¿Bueno?».

Cuando Leo cambió su peso hacia mí, toda la habitación quedó en silencio, hasta que todo lo que pude escuchar fueron los golpes en mi pecho. Allí parada, esperando a que Leo tomara una decisión, me di cuenta de que no tenía ni puta idea de qué decirle para ganarme su confianza o incluso aliviar su dolor. Le estábamos pidiendo que dejara atrás a su madre.

«Vámonos a casa, amigo», Donata apareció a mi lado, parecía un ángel enviado del cielo. «Dejaremos que mamá y papá se encarguen de esto».

«Ella es una vieja amiga», Aurora le sonrió a Leo. «Te veré pronto».

«Mamá».

«Vamos, bebé», ella besó la parte superior de su cabeza. «No mires atrás. Prométeme que no mirarás atrás».

«Mamá. No puedo».

«Eres valiente. Sé que lo eres».

Leo asintió y se secó las lágrimas. Miró a Angelo durante un largo minuto y luego salió corriendo en nuestra dirección.

«Lo siento», Leo abrazó a Donata y se secó la cara con su sudadera sucia con un gran sollozo.

«Cariño, escúchame. Esto no es tu culpa», ella acarició su mejilla. «Vamos a sacarte de aquí. ¿Sí? Papá puede encargarse desde aquí».

Abrí la boca para decirle la mentira de siempre, que todo estaría bien, que él estaría bien, pero Donata levantó la mano y sacudió la cabeza una vez. «Yo me encargo», ella articuló y luego condujo a Leo hacia la puerta doble.

«Ahora, ordena a tus hombres que se retiren», pasó su brazo alrededor de la cintura de Aurora y presionó el cañón de su arma contra su costado.

Llamé a Rocco. Cuando contestó, cambié al altavoz para que Angelo pudiera escuchar nuestra conversación. Me tragué el sabor amargo en la boca. «Angelo saldrá».

«¿Jefe...?»

«Retírense».

Dejó escapar un suspiro enojado. «Como ordene, jefe».

«Diles que no me sigan. Si lo hacen, ella pagará el precio».

«¿Lo escuchaste, Rocco?», pregunté por el altavoz, mirando a Angelo.

«Sí, jefe. Nos quedaremos quietos».

«Ahora», Angelo señaló la puerta detrás de mí. «Sal por ahí. Nosotros iremos por acá. Un gran final feliz para siempre». Se deslizó hacia atrás, prácticamente arrastrando a Aurora con él.

Y como nunca había aprendido a no dar caza cuando se trataba de Aurora, los seguí, dando un paso adelante cada vez que él se apartaba de mí. No quería nada más que sacar mi arma y dispararle a este cabrón. Cuando finalmente desapareció detrás de la puerta, cargué hacia ella.

Del otro lado, cinco de sus hombres estaban firmes con las armas en la mano. Al menos dos de ellos tenían el símbolo de Bratva tatuado en el cuello. Formaron una especie de barrera protectora mientras Angelo estaba allí con Aurora pegada a su lado y una gran sonrisa en su rostro.

«Todo el mundo está ocupado con el chico Alfera. ¿Por qué no mostramos a nuestro invitado algo de la hospitalidad rusa?».

Un estruendo de risas llenó la habitación. El calor en el aire era intenso. Y cada minuto que pasaba se hacía más difícil respirar. ¿Cómo diablos planeaba salir? ¿Había alguna forma secreta que yo desconocía?

Los rusos estaban felices de hacer negocios con Angelo. Atacar a los italianos era una ventaja. Era difícil pasar por alto el odio y el desdén pintados en sus rostros. Querían darme una lección. Un tipo hizo un gesto a los demás y todos dejaron sus armas a un lado.

Bueno, joder.

Miré hacia atrás, pero Angelo tenía razón. Rex, Santino y Donata ya se habían ido para asegurarse de que Leo estuviera bien. Habían asumido que me iría tan pronto como Leo cruzara el umbral. Pero por mi vida, no podía obligarme a irme. No cuando Aurora todavía estaba aquí.

«Déjenlo ir. Conseguiste tu salvoconducto, tal como querías», ella alcanzó a decir.

«Quiero verlo correr con el rabo entre las patas. Corre, muchacho», él se rió y luego hizo una señal a sus muchachos para que entraran.

«Enzo, solo vete».

«No», me quité la chaqueta del traje. «Necesita correr».

La clave para ganar una pelea era saber cómo recibir una paliza. Gracias a papá, era muy bueno en eso. Primero abordé el más grande de los cinco. Probablemente era unos treinta centímetros más alto que yo. Pero con él fuera del camino, podría tener una oportunidad de vencer a los otros cuatro, quienes no parecían tan interesados en pelear conmigo como el grandulón.

Si arrinconas a un animal herido, este atacará para matar.

Mis puños parecían tener vida propia mientras golpeaban la cara del ruso contra el suelo alfombrado. En el fondo de mi mente, tuve un leve pensamiento de que tal vez esto era lo que Angelo quería. Dejar que Aurora viera la bestia en la que me había convertido mientras ella había estado fuera.

Angelo había sobrevivido todos estos años porque era inteligente. Este era el mejor movimiento en este jodido plan que había comenzado cuando secuestraron a Aurora. Ahora que había visto lo que yo era, en lo que me convirtió mi padre, ¿cómo podría amarme?

Miré la sangre en mis manos, pero aun así no podía parar. Necesitaban ser castigados. Aurora nunca entendería eso. Me puse de pie en el momento en que sentí que los demás se acercaban. Querían hacer una exhibición para Angelo, pero no estaban dispuestos a dejar que uno de los suyos muriera por ello. Me di la vuelta y cargué de nuevo. Golpeé y pateé a todo lo que se movía. Porque incluso si esto fuera para placer de Angelo, si ganaba esta pelea, podría recuperarla. Angelo no era nada sin sus hombres, sin mi hijo como escudo y sin sus balas.

Mi pecho subía y bajaba mientras me esforzaba por respirar el aire enrarecido. Pero con cada exhalación, una nueva ola de adrenalina me recorría y eso era todo lo que necesitaba para seguir adelante. Dos hombres yacían inconscientes, mientras los otros tres se abalanzaban sobre mí. Para entonces ya se habían dado cuenta de que todos necesitaban enfrentarme al mismo tiempo.

Recibí varios golpes en el estómago. En un día normal, estaría fuera de combate. Pero esta necesidad de ver caer a estos cabrones era algo que no podía contener. Sentí el sabor de la sangre en el fondo de mi garganta y mis nudillos palparon como un hijo de puta.

Mi monstruo había salido de su jaula.

«Enzo. Detente», Aurora se tapó la boca con la mano libre.

«Jesús. Maldito perro rabioso», Angelo amartilló su arma y me disparó.

El dolor punzante me hizo caer de rodillas. Hice ademán de levantarme, de encontrar la fuerza para seguirlos. Cuando levanté la vista, me encontré con los ojos azules llorosos de Aurora mientras desaparecía detrás de una pared con paneles. Se cerró tras ella, dejándome solo en el pasillo lleno de humo.

CAPÍTULO 31

El cabrón me volvió a disparar

ENZO

«Chicos, él está aquí», Donata pidió ayuda y luego corrió a mi lado. «¿Cuándo me vas a escuchar? ¿Por qué crees que eres invencible? No lo eres».

«Mierda», abrí los dedos y cerré el puño. «El cabrón me volvió a disparar».

«Tienes suerte de que no haya acabado contigo», envolvió su brazo alrededor de mi cintura y me ayudó a levantarme. «Vamos, has estado inhalando este humo durante demasiado tiempo. Y necesito echar un vistazo a tu herida».

«Arde como el infierno. Creo que solo fue un roce», hice una mueca cuando Donata colocó mi mano buena en mi brazo.

«Aplica presión aquí», ella iluminó mis ojos con una luz directa.

«Él se la llevó», gemí de dolor. «No había nada que pudiera hacer al respecto».

«Lo siento, Enzo. Esta vez no se saldrá con la suya», ella se hizo a un lado y dejó que mis muchachos se hicieran cargo.

Con su ayuda, pude salir rápidamente del edificio en llamas. No me molesté en mirar los restos. Angelo tenía una manera de dejar la devastación donde quiera que fuera. Sin duda, Rex ya había llamado al equipo de limpieza e interceptado todas las llamadas que se hacían a la policía. Al llegar la mañana, las noticias locales informarían de un incendio en el viejo motel... y eso sería todo.

Tan pronto como el aire fresco llegó a mis pulmones, mi visión se volvió más clara y pude pensar de nuevo. Por el bien de Leo, había tenido que aceptar el intercambio de Angelo. Pero ahora que ya no era parte de la ecuación, estaba preparado para perseguir a ese imbécil con armas de fuego, que había sido mi plan original para empezar.

«Dime que Leo logró salir», le pedí a Donata cuando se subió al asiento trasero a mi lado. «¿Cómo es él?».

«Uno de los muchachos de Rex lo llevó a casa. Está a salvo», dejó escapar un suspiro. «Lo examiné antes de que se fuera. Goza de buena salud».

«Es un niño inteligente», le sonreí. «Gracias».

«Si realmente quieres agradecerme... déjame llevarte al hospital», levantó la chaqueta del traje de mi pecho para echar un vistazo al interior. «No tengo todo lo que necesito conmigo. Y probablemente no quieras que Leo te vea así».

«Rocco, ¿dónde está ella?», pregunté tan pronto como mi mano derecha saltó al asiento delantero. «¿La estás siguiendo?».

«Estamos trabajando en ello, jefe. El rastreador de su vestido se desconectó».

«Mierda».

«Cuidemos tu brazo. No quieres que se produzca una infección», ella levantó ambas cejas mientras esperaba que yo decidiera. «No hay nada que puedas hacer para ayudarla en este momento».

«Sí, tienes razón», asentí.

Tan pronto como lo hice, Rocco cambió su peso para mirar hacia la carretera y encendió el motor. A mi lado, Donata me lanzó un montón de preguntas. Contesté lo que me pidió y me mantuve concentrado en ella. Aunque cuando llegamos al hospital, apenas estaba lúcido cuando Rocco me ayudó a bajar de la camioneta y me acompañó a una habitación privada.

«Veamos qué tenemos», Donata cortó la chaqueta de mi traje y mi camisa para llegar a la herida. «Deberías haberte ido conmigo cuando tuviste la oportunidad».

«Tenía que intentarlo. Si hubiera habido una posibilidad de detener a ese cabrón. Tenía que intentarlo», busqué en la habitación a mi mano derecha. «Rocco».

«Sí, jefe», corrió hacia mi izquierda, mirando mi brazo mientras Donata me cosía con dedicación.

«¿Algo?».

«Nada», miró su teléfono. «Esos chips fallan cuando se mojan».

«Lo mejor que puedes hacer ahora es relajarte», Donata me mostró una jeringa. «Esto te ayudará a dormir».

«No más drogas. Dormí mucho en el camino hasta aquí», aparté su mano. «Leo está en casa. Está completamente solo. Necesito verlo».

SALÍ de mi ascensor privado y entré al vestíbulo, sintiéndome como una mierda. Cualquier otro día me habría ido directamente a la cama. Pero en algún lugar de esta casa estaba mi hijo. Habían pasado tantas cosas desde que Aurora me dijo que existía, que había sobrevivido a un incendio y a la jodida idea de venganza de Angelo. Miré las vendas apretadas en mi brazo y mi ropa. Todavía tenía sangre encima; parte de ella ni siquiera era mía.

Mierda. No podía dejar que Leo me viera así. Mientras subía las escaleras, pensé en el día que descubrí que papá había abdicado. Para demostrarle a la Junta que no había perdido su ventaja, que se marchaba por su propia voluntad, decidió masacrar en los muelles a diez hombres. Durante mucho tiempo pensé que yo sería el siguiente. El anciano me obligó a mirar cómo, uno a uno, iba degollando a los hombres. Estaba disparando peces en un barril. Él era el rey; nadie se atrevió a contraatacar.

Papá era un cobarde.

En algún momento de mi vida, decidí que no quería ser ni cobarde ni papá. Por supuesto, Aurora tenía otros planes para mí y ahora tenía un hijo. Sosteniendo mi brazo, pasé corriendo por los dormitorios hacia el final del pasillo. No quería que Leo me viera así. Ya había visto suficiente horror en el último mes.

Me duché lo mejor que pude. Donata había seguido insistiendo en mantener secos los vendajes. No me importaba. Todo lo que quería era bañarme esta noche y sentirme normal otra vez. ¿Normal? Me burlé. Lo que sea que eso significara. Aurora me hizo desear esas cosas: normalidad y una familia.

En el fondo de mi mente, consideré lo que le diría a Leo. Su reacción en el motel me había confundido. Quedó atrapado en esta red sexual porque quería conocerme. Pero cuando Aurora le dijo quién era yo, él no acudió a mí. ¿La había oído siquiera decir que yo era su padre?

Me puse un pantalón de pijama y una camiseta. Sin un plan completo en mi cabeza, salí a buscarlo. Tal vez solo quería verlo y asegurarme de que era real. La luz de mi antiguo dormitorio estaba encendida, así que me detuve allí primero. Lentamente, abrí la puerta y lo encontré profundamente dormido en mi cama.

¿Cuánto tiempo hacía que no dormía en una cama de verdad? Tenía mucho mejor aspecto que en el motel. Le habían lavado el pelo enmarañado y llevaba un pijama suave. Mollie debió haberle conseguido ropa y haberlo ayudado con todo lo demás. A pesar de todo su mal humor, no podía evitar preocuparse por los niños.

Sonriendo a la versión pequeña de Aurora, hice ademán de irme.

«¿En verdad eres mi papá?».

Sin motivo alguno, la adrenalina me recorrió. Había hablado con Leo hace unos días, antes de saber que era mi hijo. En ese momento había sido fácil. Pero ahora no tenía idea de qué decir. Eché un vistazo hacia el pasillo y luego me volví para mirarlo. «Lo soy. Te dije que no era un cerdo», me reí.

«Sí», se sentó y se quitó las sábanas de una patada. «¿Dónde está mi mamá?».

Allí estaba de nuevo, una buena dosis de temor se acumuló en mi estómago. Por un segundo, tuve que considerar cómo serían nuestras vidas si Aurora no regresaba. No sabía nada sobre criar niños. Bueno, sabía una cosa. Pero no quería que Leo creciera como yo. Quería algo mejor para él.

«Ella tuvo que...», me moví y caminé hacia la cama, mientras me devanaba el cerebro buscando una buena mentira. «Ella estará en casa pronto».

«Ese hombre se la llevó, ¿no?», se miró las manos. «Todo es mi culpa. No la escuché. Pensé que tía Sofia era mi amiga».

«No fue tu culpa. No pienses eso ni por un minuto», me senté al borde de la cama. «¿Qué te dijo ella?».

«Que ella era tu hermana. Y que la habías enviado a buscarme». Él se encogió de hombros. «Dijo que mamá no quería que te conociera».

«Ella tenía sus razones», dejé escapar una pequeña risa. «Digo, mira a tu alrededor. ¿Puedes culparla?».

Sacudió la cabeza y levantó la mirada para encontrarse con la mía. Cuando nos conocimos antes, tenía un carácter quisquilloso. Tenía su escudo levantado porque no podía confiar en mí. Pero ahora era solo un niño, perdido y confundido. Y si fuera honesto, yo también lo era. ¿Cómo podría explicarle quién era Angelo? ¿Cómo podría explicar que su mamá se había ido?

«Leo...».

Se quitó el resto de las sábanas de las piernas de una patada y me rodeó el cuello con los brazos. El gesto me tomó por sorpresa. Me quedé allí sentado, congelado, como un idiota, tratando de decidir qué hacer. Había una personita pidiendo amabilidad y no tenía idea de cómo hacerlo.

«Quería que tú fueras mi papá».

Secándose las lágrimas de sus mejillas, pasó las piernas por el costado del colchón y se sentó a mi lado con la cara debajo de mi brazo. El dolor recorrió mi brazo, pero no me importó. Cambié mi peso hacia él y le devolví el abrazo. Pensé que sería incómodo, pero no lo fue. Cargar a mi hijo fue fácil y normal. Él era solo un niño pequeño. Odiaba que, por mucho que Aurora intentara mantenerlo a salvo y alejado de todo esto, él quedara atrapado en mi mundo de cualquier manera.

«Sí, ¿por qué?»

«Sabía que alguien como tú podía vencer a los malos».

«Eso puedo hacer por ti, niño», acaricié su cabello mojado. «Lo prometo, estoy trabajando en ello».

«¿Vas a recuperar a mi mamá?».

O morir en el intento. «Lo prometo».

Un débil rayo de sol se asomaba detrás de las pesadas cortinas. No había manera de que pudiera conseguir el descanso que Donata quería que tuviera. Miré a Leo. «Todavía es temprano. Duerme».

Sacudió la cabeza. «¿Puedo quedarme contigo?».

«Seguro. ¿Tienes hambre?».

«Sí», él me miró. «Mollie hizo panqueques. ¿Puedo comer más?».

«Puedes comer lo que quieras», me puse de pie.

Cuando entramos a la cocina, Mollie ya estaba allí. Por la pila de panqueques, galletas y muffins que se amontonaban en el mostrador, tuve que adivinar que no se había acostado en absoluto. «No pudiste dormir, ¿eh?».

«No quería que Leo se despertara y no tuviera nada que comer». Sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó varias veces para limpiarse las lágrimas y luego se volvió hacia Leo. «Hice los muffins de los que me hablaste».

«¿Qué?», él se rió y saltó sobre uno de los taburetes de la barra. «Mamá hace los mejores muffins de arándanos». Agarró uno y se volvió hacia mí. «Tienes que probarlos».

Mollie intercambió una mirada significativa conmigo antes de tomar la cafetera y servirme el líquido caliente en una taza. Ni siquiera sabía que Aurora sabía hornear. Teníamos mucho tiempo que recuperar. Esto de aquí parecía un buen lugar para empezar.

«En realidad, no lo he hecho. ¿Son realmente tan buenos?», bromeé.

«Son los mejores», enfatizó cada palabra.

«Te creo», tomé un sorbo de mi café mientras consideraba cuándo sería un buen momento para hacerle algunas preguntas. Era un niño inteligente. Prestaba atención a todo lo que sucedía en el club de sexo. Quizá podría darnos una pista de dónde empezar a buscar a Aurora. Esperé hasta que hubo comido algunos bocados de los muffins de Mollie y luego probé suerte. «¿Qué hacías exactamente para Ivan?».

«Mucha limpieza», él se encogió de hombros. «Y les compraba cerveza y cigarros. Y lo que quisieran las bailarinas».

«Claro. Cuando te conocí, tú estabas haciendo algunos encargos».

«Sí».

«¿Nunca viste a tu mamá durante todo el tiempo que estuviste allí?».

«No, estaba en la cocina todo el tiempo. Mamá dijo que estaba allí buscándome». Hizo un puchero y luego se metió un trozo de panecillo en la boca. «No sabía que ella me estaba buscando».

«No podrías haberlo sabido», pasé mi brazo alrededor de sus hombros. «¿Hay algo que recuerdes? ¿Quizás escuchaste a Ivan o a Danny hablar sobre otros lugares adonde podrían llevar a las bailarinas?».

«No», él frunció el ceño. «Pero ese tipo, Angelo, dijo que a mamá le encantaría la playa».

«Eso es bueno», le sonreí, haciendo lo mejor que pude para ocultar la ira que me recorría. La referencia de Angelo sobre la playa era una amenaza. La última vez que llevó a Aurora allí, la dejó para que se consumiera en vida. «Mollie, ¿te importa?», señalé a Leo.

«Yo me encargo. Ve a hacer lo tuyo».

«No te vayas a enfermar, chico», le di unas palmaditas en la espalda.

«Puedo tomar uno antes de la cena y otro después», se metió lo último del bocado en la boca.

«Suenan bien para mí. Vuelvo enseguida».

«¿Puedo ir contigo?».

«No esta vez», le sonreí. «Créeme, tengo muchas cosas que quiero mostrarte. Pero no hoy».

«Está bien», asintió.

Tuve la sensación de que la palabra "papá" se le quedó atascada en la garganta. La mirada de decepción en sus ojos me hirió. Pero no quería que supiera en qué tipo de peligro se encontraba su madre. Angelo era despiadado. Había tenido más de una década para idear maneras de hacer que Aurora pagara por dejarlo, por haberlo ridiculizado.

Me dirigí al estudio y cerré la puerta detrás de mí. El chip localizador cosido en el vestido que Aurora usó para encontrarse con Angelo no nos llevaba a ninguna parte. La alta tecnología tenía sus límites, como el agua y los sótanos sin señal.

«Mierda», golpeé mi puño contra mi escritorio.

La idea de Aurora en algún cuarto oscuro, sola y asustada, me tenía de un humor realmente asesino. ¿Quién carajo se creía Angelo que era? Yo era Don Alfero. Él no era nadie. Era un anciano que alguna vez tuvo la atención del rey. Ese ya no era el caso. Rex era mi amigo y le importaba una mierda lo que Angelo pensara o quisiera. Entonces, ¿por qué Angelo insistía en hacer de mi vida un infierno? Aurora no era suya para reclamarla. Ella era la madre de mi hijo. Ella me amaba a mí, no a él.

Cogí mi teléfono y llamé a Rocco, quien contestó inmediatamente. «¿Alguna noticia?».

«Estamos volando a ciegas, jefe».

«Lo sé», apoyé la palma de la mano en el escritorio. «Parece que Angelo amenazó a Aurora antes. Envía un equipo a los Hamptons. Averigua si Angelo ha estado allí recientemente».

«La encontraremos, jefe».

«Quiero su cabeza en una bandeja», apreté la mandíbula, pellizcándome el puente de la nariz. «Elimina eso. Lo quiero vivo para poder matarlo yo mismo».

CAPÍTULO 32

Lo peor había ocurrido

AURORA

Lo peor había ocurrido y todavía estaba viva. Más importante aún, mi familia estaba viva. Solté una carcajada, apoyando mi frente en mis antebrazos. Las esposas me lastimaban las muñecas, pero no me importó. En todo el tiempo que pasé escondiéndome de Angelo, asustada y esencialmente dormida y lejos de todas las personas que me importaban, imaginé que este momento sería devastador. Porque cada vez que pensaba en Angelo, pensaba en muerte y sangre.

Donata tenía razón. Angelo no quería matarme. Si este era el precio que tenía que pagar para garantizar que Leo y Enzo estuvieran a salvo, entonces estaría feliz de pagarlo. Me imaginé a Enzo y Leo jugando a la pelota en el parque, resolviendo rompecabezas y todas esas cosas que había decidido que los buenos papás harían con sus hijos.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado encadenada al radiador de esta habitación de mala muerte. Aunque tendría que suponer que había sido el tiempo suficiente para que se me entumecieran las piernas. Después de que Angelo me sacara del edificio en llamas a través de un pasaje secreto, me trajo aquí y luego se fue. No había mencionado cuáles eran sus planes para mí, pero tenía una idea bastante clara. Cerré los ojos con fuerza y traté de acomodarme.

Leo está a salvo.

Sonreí en el cuarto oscuro.

El pomo de la puerta se movió. Giré mi cuerpo para enfrentarlo y me senté más derecha. Cuando la luz del pasillo iluminó el espacio a mi alrededor, inspeccioné la habitación para tener una idea de lo que Angelo había planeado para mí. El dormitorio era similar al vestidor que tenía en el 'Pandemonium', con una cama individual en la esquina y un tocador en el extremo opuesto. Era pequeño, pero limpio. ¿Angelo había encontrado otro lugar para su club de sexo?

«Lamento mucho lo de las esposas», Polina, la mujer con la que me hice amiga mientras estaba en el 'Pandemonium', se arrodilló a mi lado. «El señor Soprano sigue sin confiar en ti».

«No estaba segura de si todavía seguías en Jersey», le sonreí. «Regresé, pero ya no estabas».

«Ivan sacó a todos».

«Polina, tenemos que salir de aquí», susurré.

«No puedes hacer eso», ella sacudió la cabeza y extendió la mano para acariciar mi cabello. «Con el tiempo aprenderás a ver solo lo bueno. Ivan es bueno conmigo. El señor Soprano se portará así contigo».

«Él no es bueno si te retiene en contra de tu voluntad».

«Elegí venir aquí, Rose. No tengo a nadie en casa», sus mejillas se pusieron rosadas. «Él quiere casarse conmigo».

«Hace unos días querías huir conmigo. ¿Qué cambió? Quiero decir, todavía podemos hacer

eso. Mi esposo vendrá por mí. Cuando lo haga, podrás venir con nosotros».

«Oh. Ten cuidado», puso su mano sobre mi boca y miró por encima del hombro. «No digas eso. El señor Soprano quiere matarlo. Tiene un plan».

«Él no puede. Enzo es un Don».

«Está seguro de haber encontrado una manera de evitarlo», ella dejó caer las manos y suspiró. «Me envió a prepararte».

«¿Qué?».

«Cenarás con él. Quiere que te prepare».

¿Prepararme? La adrenalina me recorrió y jalé las esposas. Había evitado este momento desde que tenía diecisiete años y mis padres acordaron venderme a Angelo Soprano. Ese contrato que mis padres autorizaron y que me hicieron firmar hace tanto tiempo era la razón por la que Angelo estaba convencido de que yo le pertenecía; probablemente la razón por la que no me mató cuando tuvo la oportunidad.

¿Qué se suponía que iba a ser esta cena? ¿Una especie de reavivamiento? Cerré los ojos con fuerza para ahuyentar el recuerdo. No había pensado en el día en que mamá me envió arriba, a la oficina de papá, para que Angelo y yo pudiéramos pasar tiempo solos. En aquel entonces, él había querido “hacer lo correcto” conmigo. Entonces, en lugar de follarme en el escritorio de papá, mientras mamá esperaba en la sala de estar, se masturbó sobre mi trasero.

Mi estómago se revolvió cuando el recuerdo olvidado se volvió más claro en mi mente. La idea de tener sexo con él me repugnaba. Eso era exactamente lo que me esperaba al otro lado de la cena de esta noche. ¿Por qué no lo había hecho ya? Sin duda quería seguir fingiendo que lo que sentía por mí era noble.

¿Cómo diablos se suponía que iba a salir de esto? Polina ya no podía ayudarme. Incluso si supiera, sin lugar a dudas, que Enzo estaba ahí buscándome, no había manera de que me encontrara antes de que terminara la cena de Angelo.

«Si eres buena con él, él será bueno contigo. Como Ivan es conmigo». Polina me apartó un mechón de pelo de la cara. «Necesito ayudarte a vestirte ahora. Prométeme que no huirás».

Consideré sus palabras. Mis piernas estaban entumecidas por estar sentada contra el radiador en esta posición incómoda durante tanto tiempo. «Todo me duele. ¿Cuántos días llevo aquí?». Si tuviera que adivinar, diría que una semana.

«Dos noches», se acercó más a mí y usó su pequeña llave para liberarme. «Deja que te ayude», ella me ofreció ambas manos.

La sangre circuló por mis pies y, en cuestión de segundos, la sensación de hormigueo se instaló. Polina me ayudó a subir a la pequeña cama y luego salió de la habitación. Cuando regresó, trajo una bandeja con un sándwich y un vaso de agua.

«Toma. No creo que tus nervios te dejen comer nada durante la cena. Esto debería ayudarte».

Ni siquiera tenía hambre, pero tomé la comida que me ofreció. Quién sabía cuándo podría volver a comer. Esperó hasta que le di un mordisco y luego trajo un vestido y su estuche de maquillaje. Habíamos pasado por el mismo proceso el día de la subasta de sumisas, el día que volví a ver a Enzo.

Dolía estar alejada de él.

«¿Estás lista?», se sentó en la cama a mi lado y me mostró el conjunto que Angelo había elegido para que me pusiera esa noche.

«Es lo mismo que usé el día de la subasta».

«El señor Soprano se sintió decepcionado porque no pudo verte en él». Ella miró la tela transparente. «Ivan dijo que Angelo había enviado al viejo Smith a ofertar por ti. Don Alfera

arruinó sus planes».

«¿Sabías tú que Leo es mi hijo?».

«No, te lo habría dicho. La mayor parte del tiempo se quedaba en la cocina con los otros niños», me abrazó. «Lo siento mucho, Rose».

«Todo esto fue un juego. Una trampa, en realidad. ¿No? Desde el principio, cuando Leo se escapó. Angelo lo preparó para recuperarme».

«No lo sé», frunciendo los labios, me mostró el vestido nuevamente. «¿Quieres limpiarte? Hay un baño al otro lado del pasillo. Puedo esperarte aquí afuera y luego ayudarte con tu maquillaje. Por favor no digas que no. Ivan está en un gran problema por dejar que don Alfera te llevara».

No pensé que tuviera muchas opciones esta noche. Si no iba a la estúpida cena de Angelo, estaba segura de que encontraría una manera de lastimar a las personas que amaba. Cuanto más se concentrara en mí, menos tiempo tendría para pensar en Enzo o en Leo.

«Una ducha suena bien».

«Lo siento, Rose».

«No es tu culpa», la abracé. «Has sido una buena amiga. Gracias».

CAMINÉ por el pasillo hacia la escalera. Antes había pensado que estábamos otra vez en algún viejo motel, pero estaba equivocada. Estábamos en los Hamptons. Esta casa de playa era la mitad del tamaño de la que tenían los padres de Enzo, pero aún tenía mucho espacio. Aunque no podía verlo, la brisa del océano y el suave canto de las olas que llegaban a la orilla permanecían abajo, en la sala de estar.

«Por aquí», su mirada cayó a mi pecho por un momento. «No te pongas nerviosa. Estás preciosa».

«No importa cómo luzco», miré mis pechos, donde mis pezones relucientes presionaban contra la tela transparente. Polina se había vestido completamente de sumisa para la cena de esta noche. Como un cerdo preciado, me untaron con brillantina y aceite perfumado. Angelo me había pedido que usara este conjunto el día de la subasta. Odiaba que todavía me considerara su marioneta. «¿Dónde está?».

«Esperando por ti. En el comedor. Por aquí», ella me llevó más allá del vestíbulo.

La siguiente habitación conducía a la terraza exterior, donde se instaló una gran mesa de comedor. Angelo se sentaba a la cabeza con un festín frente a él. Tan pronto como me vio, se quedó boquiabierto. Todo mi cuerpo me gritaba que corriera y me escondiera. Pero había estado haciendo exactamente eso durante los últimos diez años y no me había llevado a ninguna parte. ¿Cuál era el punto de correr?

Su mirada pasó de mi cara a mi pecho y luego a mi coño desnudo. Lamiéndose los labios, me hizo un gesto para que me diera la vuelta. Cuando no me moví, Polina me agarró la parte superior del brazo y me hizo caminar en un círculo completo, con mi trasero a la vista para que Angelo lo viera.

«Finalmente», chasqueó los dientes y luego soltó un largo suspiro. «Siéntate».

Miré a Polina. «Ayúdame», articulé.

Ella había querido huir conmigo antes. Pero ahora parecía que Ivan la había convencido de quedarse y estar con él. Él la estaba usando. ¿Cómo podría no ver eso?

«Ahora, chicas», Angelo proyectó su voz y sobresaltó a Polina.

«Lo siento», ella tomó mi mano y me llevó al asiento a la derecha de Angelo.

Cuando ella hizo ademán de deslizar la silla, él alcanzó mi muslo y lo apretó con fuerza. «Déjanos».

El hambre en sus ojos envió una onda expansiva de temor por mi cuerpo. No quería esto. Nunca pedí esto. Apretando la mandíbula, junté las piernas para que su mano no pudiera llegar más arriba de mi vestido.

«Siempre fuiste tan buena en este juego. Tan inocente», extendió su mano libre y acarició mi pecho. Y todo lo que pude hacer fue presionar mi cuerpo más cerca del respaldo de la silla para alejarme de él. «Perdimos mucho tiempo. Pero ahora tenemos que compensarlo». Me pellizcó el pezón. Hice una mueca de dolor, pero a él no le importó. «Cuando termine contigo, olvidarás que el chico Alfera alguna vez existió».

Abrí la boca para decirle que Enzo vendría por mí. Que él estaba ahí afuera buscándome y que nunca pararía. Pero tal vez si siguiera el juego, esta cena podría durar toda la noche. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para posponer lo inevitable.

«Estoy hambrienta», señalé hacia el festín. «¿Puedo?».

Ambas manos se alejaron de mi cuerpo. Y fue como si finalmente hubiera permitido que el oxígeno volviera a fluir en la habitación. Inspiré profundamente, frotando el interior de mi muslo para eliminar la sensación de su piel sobre la mía.

«No comas demasiado», agarró la botella de vino tinto de la mesa y sirvió un poco en la copa de vino grande frente a mí. «Bebe».

Hice lo que me pidió, principalmente porque quería adormecer cada parte de mi cuerpo. Quería no sentir más sus manos sobre mí. El solo hecho de estar tan cerca de él me hizo querer salir de mi propia piel. Con manos temblorosas, tomé otro sorbo. Y luego otro. Tal vez si bebiera lo suficiente, borraría las espantosas imágenes que se estaban formando en mi cabeza.

Porque ahora no podía dejar de pensar en su pene tocando mi trasero el día que se masturbó en la oficina de papá. El recuerdo olvidado de su asalto de hace tanto tiempo asomaba en los bordes del lugar oculto dentro de mi cerebro donde lo había puesto. Estar aquí con él nuevamente me hizo recordar todo lo que pasó antes de que me dejara morir. Parecía que todo había sucedido esta mañana, como si el tiempo que había pasado con Enzo estos últimos días nunca hubiera sucedido. Estaba atrapada aquí.

«Mmm». Su silla chirrió por el suelo. Se acercó, inclinándose para captar mi olor. «Hueles tan bien. Apuesto a que también sabes bien».

Sacudí la cabeza y bebí un poco más para ahogar las imágenes que pasaban por mi mente como una película. Las lágrimas nublaron mi visión hasta que Angelo fue solo una silueta frente a mí. Pero en mi cabeza, todo lo que me hizo cuando tenía diecisiete años se volvió claro como el día: sus gemidos y los sonidos húmedos que hacía su mano en su erección con cada tirón se hicieron más fuertes en mi cabeza.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Pensé en Enzo y sus ojos serenos. Pensé en la vida que el hombre sentado frente a mí nos había arrebatado. Vi mi copa de vino caer al suelo con un gran chapoteo. El líquido rojo goteó por mi pierna y luego estaba de regreso en la casa de Italia, con un cadáver, Rex, y mucha sangre.

Me puse de pie y corrí hacia el cuchillo de trinchar que estaba sobre la mesa. El miedo y la esperanza siempre me habían impedido decirle a Angelo que se fuera al infierno. Tenía tanto miedo de que hubiera lastimado a mi familia, cosa que terminó haciendo de todos modos. No importó que le rogué que los dejara en paz. Seguía esperando que, si me quedaba muy quieta, él tampoco me haría daño. Me equivoqué cada vez.

Angelo nunca iba a parar. El aire llenó mis pulmones y, de repente, ya no tenía miedo. Estaba enojada. Por primera vez en toda mi vida pensé en matar a un hombre. Agarré el cuchillo en mi mano y me lancé encima de él. O no esperaba que le devolviera el golpe o me moví demasiado rápido para que él tuviera tiempo de reaccionar. Apuñalé su mano que descansaba sobre la mesa de madera, saqué la hoja y apunté a su entrepierna.

Para entonces, ya se había recuperado del impacto inicial. Me agarró por las muñecas con fuerza hasta que no tuve más remedio que soltar el cuchillo. Cayó al suelo con un fuerte ruido metálico. En el siguiente momento, me golpeó en la mejilla con tanta fuerza que me quedé con la cara plantada en mi lugar.

«¿Qué te pasa?», tomó un puñado de mi cabello para que lo mirara. «Te ofrecí todo. ¿Por qué sigues escupiéndomelo a la cara?».

«Porque no lo quiero. Lo que creas que puedes darme, no lo quiero. Nunca quise nada de ti. Ya deberías saberlo», le grité entre sollozos. «Nunca te quise».

«¿Cómo podías saber lo que querías? Nunca me diste la oportunidad de mostrarte lo que puedo hacer por ti». Puso sus manos en mis caderas, presionando sus labios contra mi oreja. «Pero puedo mostrártelo ahora».

CAPÍTULO 33

Un perro con un hueso

AURORA

Habíamos cerrado el ciclo. Excepto que esta vez, mamá no estaba abajo esperando a que Angelo bajara. Estaba solo yo en esta gran casa. No podía volver a pedir ayuda a Polina. Ella tenía sus propios problemas con los que lidiar. Me palpitaba la mejilla y podía sentir la huella ardiente de la mano de Angelo cubriendo toda mi mandíbula, hasta la sien.

Mi estómago era presionado con más fuerza contra el borde de la mesa, mientras Angelo empujaba su cuerpo contra mi trasero. Buscó a tientas abrir su cremallera y luego se encargó de sus pantalones. Cerré los ojos con fuerza y me tragué el sabor amargo de la boca. La última vez que me encontré así a solas con Angelo, realmente creí que si no me movía ni hacía ningún sonido, él no me haría daño. Ya habíamos superado eso. Sabía exactamente de lo que Angelo era capaz.

La imagen de él mirándome con una sonrisa mientras su guardaespaldas apuñalaba mi vientre embarazado se repetía, junto con la vez que se masturbó sobre mi trasero en el estudio de mi padre. Supuse que me mantenía concentrada en esos momentos porque había sobrevivido a cada uno de ellos. Eran recordatorios de que yo era una sobreviviente.

¿Era eso suficiente?

Estaba cansada de vivir con miedo, preguntándome cuándo volverían Angelo y sus hombres a buscarnos a mí y a mi hijo. Escondernos y seguir sus reglas durante todos estos años no nos había mantenido a salvo. Una vez más, Angelo me hacía renunciar a la persona más importante de mi vida. Había perdido a Leo. Estaría a salvo con Enzo. Pero la idea de no volver a verlo nunca más me estaba matando. Angelo me había quitado todo. Gracias a él, yo era una mujer sin nada que perder.

Soltando un suspiro, me obligué a abrir los ojos. Los cristales rotos sobre la mesa me habían cortado los brazos en varios lugares. La sangre se había derramado por toda la ropa blanca y los platos. Pieza por pieza, hice un inventario de toda la escena frente a mí. Cada bocanada de aire dolía, pero me mantuve concentrada en lo que me rodeaba, hasta que aterricé sobre Angelo.

No hay nada que temer. Lo peor ya pasó.

Apretó con fuerza mi nalga y me empujó contra la mesa nuevamente. Los sonidos lascivos de él masturbándose finalmente se registraron en mi cabeza. Lo miré por encima del hombro, pero él movió su mano libre de mi trasero a mi cara para hacerme apartar la mirada. No había podido levantarlo.

De vuelta en el estudio de mi padre, no podía obligarme a mirarlo. Enfrentarlo era demasiado vergonzoso. Pero ahora me daba cuenta de que esa vez no me había violado, no por un sentido de caballerosidad porque pensaba que nos íbamos a casar. No lo hizo porque no pudo.

Frunciendo mi labio, giré mi cuerpo. Lo tomó desprevenido porque estaba seguro de que me quedaría allí hasta que terminara. Miré su pene flácido. No había nada notable ni aterrador en ello. Simplemente permaneció allí en su puño mientras intentaba darle vida.

«Eso es todo, ¿no?», sonreí a su entrepierna. «Todo este tiempo pensaste que una virgen de diecisiete años podría curarte».

«Cállate», se soltó y envolvió sus dedos alrededor de mi garganta. Así de cerca, podía oler su sudor y algo más. «Cállate. Tú vales nada. Estás viva porque lo permití».

«Haz lo que quieras. Ya no te tengo miedo. Eres patético. Han pasado diez años. Búscate un nuevo pasatiempo», apreté la mandíbula y su agarre se apretó alrededor de mi cuello.

«Ve a tu habitación». Sus mejillas se pusieron de un rojo brillante.

Nunca lo había visto tan enojado, tan fuera de control. Me quedé allí, mirándolo. Me había ordenado que me fuera, pero todavía me tenía bajo control. Al menos la mirada codiciosa en sus ojos había desaparecido, reemplazada por algo que me confundía muchísimo.

«Suéltame», mi garganta se tensó contra su palma.

Después de varios latidos, me soltó y se dio vuelta para cubrirse. Los latidos de mi corazón resonaron rápido y fuerte en mis oídos y en el fondo de mi garganta. Podría correr escaleras arriba, pero eso le demostraría que todavía tenía miedo, y no era así. Angelo había sido el monstruo debajo de mi cama durante demasiado tiempo. Lo había hecho parecer más grande y más aterrador de lo que era. No era más que otro hombre con un ego inflado y, aparentemente, una especie de disfunción.

«Dije que te vayas a tu habitación», apretó los dientes y señaló las puertas dobles y el vestíbulo detrás de ellas. «Te quedarás allí hasta que yo lo diga».

«Él viene por mí», sostuve su mirada fría durante un instante y luego salí del comedor.

Con toda la calma que pude reunir, subí las escaleras con la cabeza en alto. No había hecho nada malo. No le debía nada. Cuando llegué a lo alto de las escaleras, el ruido de platos y vasos al romperse me hizo darme la vuelta. Me quedé allí esperando a ver qué haría a continuación. Si salía de casa, tal vez podría encontrar una salida. Pero en lugar de eso, cerró las puertas de golpe.

Mi pulso disminuyó a un ritmo normal. Cuando se me aclaró la mente, me di cuenta de que podía aprovechar ese tiempo para mirar a mi alrededor. Abrí la primera puerta a la derecha. Era otra habitación similar a la que yo estaba. Caminé por el pasillo, abrí la puerta de al lado y me quedé boquiabierto.

Eché un rápido vistazo por encima del hombro para ver si alguien me había seguido y me dirigí al interior, observando los collages que cubrían las paredes. Este era el siguiente nivel de acosador. ¿Cuánto tiempo llevaba Angelo haciéndome fotos? Pasé la mano por las distintas caras sonrientes. Reconocí la foto en la que salía con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes. Me hizo esas fotos el día que me obligó a lavarle su auto en el evento benéfico de las animadoras.

Mientras avanzaba por toda la habitación, me di cuenta de que estaban en orden cronológico. Incluso tenía una foto mía yendo de compras con la Signora Vittoria cuando me mudé por primera vez a Nueva York con mi familia. No me había olvidado del día en que mi vida cambió para siempre. Aunque en años no había pensado en ese momento. Él había estado allí cuando la signora Vittoria me hizo firmar su acuerdo de confidencialidad.

Poco después del nacimiento de Leo, la Signora Vittoria me dijo que Angelo se había obsesionado conmigo desde el primer día que me vio. ¿Era esto lo que quería decir? Me seguía a todos lados.

Escaneé los collages, caminando alrededor, hasta que llegué al único mueble de la

habitación. Este era un escritorio contra la pared del medio con una computadora que parecía de alta tecnología y un monitor de gran tamaño con mi cara congelada en la pantalla. Mi mano voló hacia mi boca porque reconocí el vestido azul y el colgante de zafiro alrededor de mi cuello. Me había puesto ese vestido el día que Angelo anunció nuestro compromiso en una gran fiesta en su penthouse del Upper East Side.

«Él lo supo», sacudí la cabeza y presioné reproducir en el teclado.

Me miré en la pantalla mientras saltaba sobre el gran escritorio de la biblioteca de Angelo, abría las piernas y atraía a Enzo hacia mí. Su boca descendió sobre la mía mientras se quitaba rápidamente los pantalones. Lo vi claramente, la enorme erección de Enzo hundiéndose en mí mientras arqueaba la espalda, completamente perdida en el momento, consumida por mi deseo por él.

¿Cuántas veces Angelo había visto este video de Enzo y yo?

Ahora tenía sentido por qué al día siguiente intentó tomarme en el estudio de mi padre, excepto que no pudo hacerlo. Apoyándome en el mostrador del escritorio, me presioné la frente con una mano y respiré profundamente. Todo este tiempo asumí que Angelo no sabía nada sobre mí. Pero él lo sabía todo. Sabía cuánto amaba a Enzo.

Levanté la mirada y miré a la pared opuesta. «¿Qué demonios?», me puse de pie y corrí hacia la siguiente serie de fotografías. Estos eran del tiempo que había pasado en el pueblo de Rascafría, España. Y no todas eran recientes. Algunas de ellas eran de cuando Leo era un bebé. Había fotografías mías trabajando en el museo, sacando a Leo a pasear y en mi pequeño apartamento dentro de los muros del convento.

La sangre ardiendo bombeó con fuerza a través de mí. Angelo sabía dónde me había estado escondiendo todo este tiempo. La puerta se abrió con un chirrido detrás de mí y me giré para encontrar el rostro de Angelo mirándome.

«Me cansé de esperar». Tomó un gran trago de su copa de vino mientras se dirigía hacia la pared con mis fotografías más recientes.

«Estás loco».

«Esta. Esta es mi favorita», señaló una donde yo estaba en los jardines amamantando a Leo. «Pensé que tener un bebé te haría perder tu belleza. Pero no fue así. Estaba ese brillo especial en ti».

«No entiendo», miré mis manos temblorosas. Lo había entendido todo mal. Toda esta habitación me asustaba muchísimo. «Sabías que estaba viva. Todo este tiempo lo supiste».

«Fue el trato que hice con Vittoria. La vida de tu bebé a cambio de la tuya». Se rió y bebió un poco más. Apoyándose en la pared, pasó sus dedos por todos mis rostros. Y tuve que preguntarme cuánto tiempo pasaba en esta habitación, haciendo exactamente esto. «Si yo no pude tenerte, nadie podrá. Especialmente él, hablaba con las fotos en lugar de conmigo».

«Pero, ¿por qué alejarme de Leo? Nunca iba a romper mi promesa de mantenerme alejada. No tenía que sufrir como lo hizo el mes pasado». Diariamente pensaba en volver a casa y ver a Enzo. Pero la Signora Vittoria había dejado muy claro que, si alguna vez regresaba, mi hijo no sobreviviría.

«Cuando mataron a Don Alfera quedé desprotegido. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que Vittoria le contara a Enzo nuestro pequeño y sucio secreto. Él soltó una carcajada. «Disfruté viéndolo suspirar por ti todos estos años, pensando que estabas muerta, deseando que él también estuviera muerto».

Enzo y los demás tenían razón a medias. La Signora Vittoria había dicho a Angelo dónde estaba, pero lo había hecho desde el principio. Lo hizo para protegernos porque sabía que, si no

llegaba a un acuerdo con Angelo en ese momento, finalmente me habría encontrado de nuevo.

«*Un perro con un hueso*», así lo había llamado ella. Y había tenido razón.

«Sabía que el chico Alfera tarde o temprano lo descubriría. Estuvo tan cerca de encontrarte tantas veces», sacudió la cabeza. «La única manera de retenerte era hacerte venir a mí. No fue difícil convencer a Leo de que Sofia conocía a Enzo. Se suponía que Smith te traería a mí, pero Enzo llegó primero. Apretó la mandíbula y luego lanzó una mirada hacia el monitor, donde mi rostro quedó congelado nuevamente después de que terminó el video. «Lo jodiste de nuevo, ¿no?»».

«Eso no es asunto tuyo. Mi vida nunca fue asunto tuyo. No tenías ningún derecho».

¿Me había alejado de Enzo, me había puesto en una especie de caja, simplemente porque me quería? Yo no era más que algo que podía esconderse en una torre, una bonita baratija. No tenía ningún derecho. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras me doblaba y jadeaba. La Signora Vittoria me mantuvo atrapada todos estos años por su culpa.

«Respira», Angelo me agarró del brazo y me jaló hacia él. «Mírame».

«Detente», parpadeé para contener las lágrimas. «No puedes seguir haciéndome esto».

«No lo haré. Se termina esta noche. ¿Lo entiendes?». Pasó sus dedos por mi mejilla y luego presionó las lágrimas contra sus labios. «Te ayudaré a olvidarlo. Me amarás. Te prometo que con el tiempo aprenderás a amarme».

«Enzo nunca dejará de buscarme. Tarde o temprano me encontrará». Lo miré con todo el odio que sentía. «Y nunca dejaré de intentar huir».

«¿Lo ves?», me sonrió. Y si no supiera lo psicópata que había demostrado ser, habría pensado que el brillo en sus ojos era amor, amor real por mí. Pero mirando alrededor de la habitación, supe que lo que él sentía se había salido del ámbito de la realidad. Esto no era amor. Era una obsesión. Presionó sus labios contra los míos. «Te conozco mejor que tú misma. Y te creo cuando dices que te irás en la primera oportunidad que tengas. Pero tengo un plan».

«¿Ahora qué?», me alejé de él, limpiándome la boca.

«Vas a ayudarme a deshacerme de Enzo. Él es un Don ahora. Si lo mato, la junta me perseguirá como a un perro. Ni siquiera Vittoria podrá ayudarme». Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Ahora sabía que su aspecto lascivo no significaba nada. Pero todavía me cabreaba que pensara que yo era de su propiedad. Crucé los brazos sobre el pecho para cubrirme y luego lo miré. «Leo es el sucesor de Enzo. Tampoco puedes tocarlo».

«Lo sé», dio un paso hacia mí. «Te veías mucho más dulce en tus fotos, sin todo ese desprecio en tus ojos. Tendrás que trabajar en eso».

«Estás más loco de lo que pensaba si crees que levantaré un dedo para lastimar al hombre que amo. Él es el padre de mi hijo».

Su mandíbula se torció de ira. A estas alturas ya debía saber que lo que Enzo y yo teníamos era para siempre. A pesar de todos sus esfuerzos, Enzo y yo logramos crear una familia. Nuestro amor trascendió el odio de un loco y del tiempo. Enzo nunca dejó de amarme, ni siquiera cuando pensó que estaba muerta.

«A menos que no quieras que Enzo sufra un terrible accidente, me ayudarás a deshacerme de él», bebió el resto de su vino. «Y entonces, serás la esposa que merezco. Dormirás en mi cama y me amarás».

«Estás loco», lo empujé y salí por la puerta. No podía soportar un minuto más en esa habitación, escuchando sus delirios.

Antes de llegar a las escaleras, me agarró por la cintura y me estrelló con fuerza contra la

pared. Sus dedos encontraron mi garganta mientras hablaba rápido contra mi oído. «¿Cómo se mata a alguien a quien no se puede matar? Le quitas las ganas de vivir». Me miró fijamente hasta que sus pupilas se dilataron tanto que el azul de sus iris apenas era visible. «Harás lo que te diga. Vas a llamarlo y decirle que ya no lo amas. Puede quedarse con el niño. Pero ya no podrá verte».

«Él nunca me creerá».

«Harás que te crea».

CAPÍTULO 34

Te diré una cosa, cariño

ENZO

«¡MAMÁ! ¡MAMÁ!».

Me senté en la cama, con el corazón acelerado. Por un segundo pensé que estaba escuchando cosas porque ¿quién estaría gritando en medio de la noche? Entonces lo recordé, ya no vivía solo.

«¡MAMÁ! ¡MAMÁ!», Leo volvió a gritar.

«Mierda». Me quité las sábanas de una patada y corrí por el pasillo hasta su habitación. Leo daba vueltas y vueltas, todavía profundamente dormido, atrapado en alguna pesadilla, una que estaba seguro de que Angelo había creado para él. «Shh», le acaricié el pelo y luego, lentamente, me dejé caer en el colchón. «Es solo un sueño. Estás bien».

«¿Qué?». Sus ojos húmedos se abrieron de golpe. Cuando me vio, me echó los brazos al cuello. «Papá».

Una descarga de adrenalina me golpeó justo en el pecho. No me había llamado ‘papá’, desde que había llegado aquí hace tres días. Ni siquiera habíamos hablado de lo que significaba que fuera mi hijo. O por qué me había mantenido alejado todo este tiempo. Había considerado que tal vez él no le creyó a Aurora cuando le dijo que yo era su papá.

Le devolví el abrazo, incluso si no tenía palabras tranquilizadoras para él. A pesar de toda su valentía y su astucia callejera, todavía era un niño pequeño que necesitaba a su madre. Mierda. Él también me necesitaba. Deseaba tener la capacidad de ser un verdadero padre para él. ¿Cómo sería eso? No tenía idea.

Pasaron varios minutos antes de que se sintiera lo suficientemente seguro como para soltarme. «¿Un mal sueño?», pregunté.

Sacudió la cabeza y se secó la mejilla con mano temblorosa. Verlo así me rompió el corazón. Ningún niño debería ver cómo se llevaban a su madre de esa manera. Ni siquiera podía empezar a imaginar el tipo de culpa que sentía. Eso era lo que pasaba con los niños. Se culpaban a sí mismos por todo lo que hacían o no hacían sus padres. Si lo sabía yo.

«Toma», susurró Mollie, de pie junto a mí con un trozo de chocolate en la mano.

Eché un vistazo rápido al reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Eran más de las cinco de la mañana. La envié a casa alrededor de la medianoche. «No te oí entrar».

«Llegué un poco temprano. Pensé que tal vez necesitarías algunas manos extra hoy. Lo escuché». Ella articuló la última parte y luego intercambió una mirada significativa conmigo. «Pensé que esto ayudaría», me ofreció una sonrisa amable. Que Mollie llegara a ese nivel de gentileza, significaba que pensaba que estábamos en una verdadera mierda. «¿Lo recuerdas?».

«Lo recuerdo», le quité el chocolate y se lo ofrecí a Leo. «Prueba esto». Cuando me frunció

el ceño, agregué, «es chocolate amargo».

Pensé en lo que Mollie me había dicho una vez, cuando me encontró escondido en la cocina de la escuela. Debía haber sido unos años mayor que Leo ahora.

“Te hace sentir feliz, incluso si no tienes motivos para estarlo. Quién diablos sabe cómo. Alguna mierda sobre el triptófano que produce serotonina en el viejo cráneo. Solo, cómetelo. Ya verás”.

«Ahuyenta a los monstruos», llevé su mano a su boca.

Tentativamente, dio un pequeño mordisco, luego otro, hasta que se acabó todo. Su cuerpo se relajó junto al mío mientras se lamía el chocolate derretido de los dedos. «¿Cuándo volverá mamá a casa?».

«Pronto. Estoy haciendo todo lo que puedo». Me detuve antes de decirle que no tenía ni puta idea de dónde estaba su madre, que todo lo que sabía era que estaba con un hombre muy peligroso. Besé la parte superior de su cabeza. «Prometí que la recuperaría. Y eso es exactamente lo que voy a hacer. ¿Confías en mí?».

«Sí», él me miró. «Siento mucho haberme escapado».

«No es tu culpa. Vamos a arreglar esto. Ella estará en casa pronto. Y luego, me gustaría intentar ser una familia. ¿Te gustaría eso?».

«¿Qué?», se sentó más arriba en la cama. «¿Podemos vivir contigo? ¿Aquí?».

«Me encantaría», le sonreí y luego miré dos veces el gran bulto al otro lado de su cama. Lo señalé. «¿Qué es eso?».

«Oh», se puso de lado y quitó las sábanas. «Encontré a tu gato. Mollie dijo que se llama ‘Peludo’». Leo abrazó al Maine Coon negro de nueve kilos que dormía en su cama. «Porque es muy esponjoso».

«Es un gato perezoso», sacudí la cabeza y luego me volví hacia Mollie. «¿Te quedarías con él? Juro que, si no la encontramos hoy, empezaré a dispararle a la gente». Mierda. Me volví para mirar a Leo. «Metafóricamente, por supuesto».

«No sé lo que eso significa», Leo se encogió de hombros.

«¿Qué tal un desayuno?», Mollie le quitó el gato a Leo y lo dejó en el suelo. «¿Te gustan los huevos?».

«Los amo», le sonrió.

«Te veré más tarde, pequeño», besé a Leo en la cabeza y regresé a mi suite, para ducharme y prepararme.

Ya era hora de que saliera y sacudiera algunas malditas jaulas. Habían pasado tres días desde que vi a Aurora irse con Angelo. ¿Cómo era posible que todo un ejército de hombres no pudiera encontrarla? Angelo había demostrado ser inteligente. Más que eso, sabía cómo jugar a largo plazo. Pero en algún momento tenía que cometer un error. Y quería estar allí cuando eso sucediera.

UN PAR de horas más tarde, estaba sentado detrás de mi escritorio, cuando Santino asomó la cabeza por la puerta. «¿Tienes un minuto?».

«Si no se trata de Aurora, no tengo tiempo».

«¿Recuerdas a ese técnico del que te hablé? Él está aquí», dejó que la puerta se abriera. Pero allí no había nadie. «Jesús. Entra aquí». Hizo un gesto hacia mí. «El equipo tiene la impresión de que los matarás si no encuentran a Aurora hoy».

«Bien. Recibieron mi mensaje», me levanté y apoyé ambas palmas sobre el escritorio. «¿Qué tienes para mí?».

«Eh», el técnico entró contoneándose en la habitación, sosteniendo su computadora portátil con fuerza contra su pecho.

Fruñí el ceño, tratando de encontrar la paciencia para escucharlo. ¿Por qué todos se movían a paso lento esta mañana? «Adelante».

«El chip aún no ha aparecido», miró hacia atrás cuando Santino cerró la puerta. «Estamos pensando que tal vez se mojó. Si se lo quitó y lo lavó. O incluso, un lavado en seco. El chip está frito».

Parpadeé lentamente cuando sus palabras pintaron una imagen jodida en mi cabeza. No debería haber ningún motivo para que Aurora se quitara el vestido, especialmente delante de ese imbécil. «Llega al punto», apreté la mandíbula.

«Hace un tiempo, cuando buscábamos a Angelo, hackeé su red. Tiene un montón de cuentas comerciales», dejó escapar un suspiro y colocó su computadora portátil en mi escritorio. «Si gasta dinero, sabremos cuándo y dónde».

«Está bien, esa no es una mala idea. ¿Cuándo fue la última vez que hizo una compra?», lo miré.

«No desde que empezamos a rastrear sus cuentas», su mirada se movió hacia un lado.

Levanté la cabeza para fruncir el ceño a Santino, quien sacudió la cabeza decepcionado. «Espera afuera», hizo un gesto hacia la puerta. Cuando el técnico se fue, se volvió hacia mí. «Siento la necesidad de disparar a todo lo que se mueve. Yo he estado ahí antes. Y no estoy diciendo que no debas montarles el trasero, porque deberías hacerlo».

«¿Qué estás diciendo entonces?».

«No dejes que los celos nublen tu juicio. Puedo ver a dónde van tus pensamientos cuando piensas en ella. También sé cómo se siente eso», la cantidad de lástima en sus ojos era algo que nunca había visto. Ni siquiera cuando pensé que Aurora estaba muerta. «Tenemos a los mejores muchachos trabajando en esto. Encontraremos a ese cabrón. Y a Aurora».

«No son celos. Bueno, no como piensas». Me tragué el nudo en la garganta. «Ella no lo quiere». Presioné mi dedo índice y pulgar contra mis ojos.

Cada vez que pensaba en ella, la veía en su cama. Veía su vestido en el suelo, su cuerpo envuelto alrededor de él. Me estaba matando no saber dónde estaba y qué estaba haciendo.

«¿Has visto a Donata?», pregunté intentando cambiar de tema.

«No», Santino se acercó para mirar la computadora portátil. «No desde que se quemó el ‘Pandemonium’. Trabaja muchas horas en el hospital», se burló. «Ella cree que, si salva suficientes vidas, compensará el trabajo que hacemos. Algunos imbéciles merecen lo que les espera. ¿Cuándo entenderá eso?».

«Creo que en toda su vida solo ha querido salvar a una persona. Pero él ya no está». No la culpaba por no querer estar aquí. Yo había tenido una segunda oportunidad con Aurora. Ella y Luca Gallo nunca podrían tenerla. Lucas estaba muerto.

Mi teléfono vibró al lado de la computadora portátil. Santino y yo miramos el número aleatorio en la pantalla y luego nos miramos el uno al otro.

«Será mejor que atiendas eso», se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Presioné el botón de respuesta y luego el altavoz. «Alferra aquí».

«Enzo», en segundos, la voz de Aurora llenó la habitación y al agujero en mi pecho. «Soy yo».

Santino corrió hacia la puerta para que el técnico regresara a la habitación. Lo necesitábamos

para rastrear la llamada. Esta era la oportunidad que estábamos esperando. Finalmente, tenía una manera de encontrar a Aurora, si podía mantenerla en el teléfono el tiempo suficiente para determinar su ubicación.

Pensé que, si Aurora tuviera la oportunidad de hacer una llamada telefónica, sus primeras palabras serían: ven a buscarme. Pero en cambio, dudó, como si supiera que lo que tenía que decir me enojaría. Algo andaba mal. Esperé hasta que el técnico me hizo un gesto con la cabeza y luego le pregunté, «¿Dónde estás?».

«Estoy a salvo», ella soltó un suspiro. «Lo prometo».

«Eso no es lo que pregunté», mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras miraba a Santino y la pantalla de la computadora.

Mi instinto me decía que Angelo estaba en la habitación con ella, probablemente incluso sosteniendo el teléfono para ella. Quería amenazarlo, contarle todos los planes que tenía para él, lo doloroso que sería para él morir. Pero el rastreador solo estaba a medio camino. No quería arriesgarme y que colgara la llamada antes de que fuera el momento.

«¿Qué necesitas?», yo, más o menos, cedía ante las demandas de Angelo con esas dos palabras. Lo que él quisiera, no me importaba. Diría cualquier cosa, haría cualquier cosa, ahora mismo, solo para recuperarla. «Menciónalo. Es tuyo».

«Enzo. Quería decirte algo», ella se aclaró la garganta.

Entonces mi teléfono vibró con un mensaje de texto. Lo abrí porque el número coincidía con el de la llamada. Apreté los dientes con tanta fuerza que oí crujir mi mandíbula. ¿Por qué demonios aparecía Angelo en una foto con Aurora y Leo cuando era bebé? Él estaba al fondo, aparentemente preparando helado para los dos. La mirada en sus ojos era de pura adoración, mientras que Aurora sólo tenía ojos para el bebé en sus brazos.

«¿Qué carajo?», le dije a Santino y giré la pantalla para mostrárselo.

Sacudió la cabeza como diciendo, “*No reacciones. Evítalo*”. Luego, hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando.

«Puedes decirme cualquier cosa», dije en un tono suave, aunque por dentro quería arrastrarme por el teléfono y estrangularlo.

«Ya no te amo».

«¿Es esto así?».

La cabeza del técnico se levantó de golpe para mirarme. Lo miré fijamente. Él no estaba aquí para juzgar. Estaba aquí para trabajar. Y hasta ahora, no me impresionaban sus habilidades. Después de unos segundos, parpadeó rápidamente y luego volvió su atención a la computadora portátil. La urgencia en su escritura ayudó a mi puto estado de ánimo. Parecía como si estuviéramos llegando a alguna parte.

«Ya lo decidí», ella tosió. «Quedarme aquí. Eso es lo que quiero».

«¿Por qué?», miré al rastreador. Ochenta por ciento. Tenía que seguir adelante. Aunque, a estas alturas, estaba cien por ciento seguro de que lo que ella tenía que decir a continuación dolería muchísimo. «¿Por qué Aurora?».

«No sabía cómo decírtelo antes. Pero yo estoy...», ella inhaló, «estoy enamorada de él».

«¿Desde cuándo?».

«España. Él estuvo ahí para mí. Tú no». Su voz se quebró como si estuviera llorando. «Te esperé durante mucho tiempo. Nunca llegaste. Pero, él lo hizo. Él me ama más de lo que tú jamás podrás».

Sus palabras no podían ser reales. Lo sabía. Pero era difícil ver más allá de la mentira. Especialmente porque no podía preguntarle por qué me decía esas cosas. Tenía que ser él. Él la

estaba haciendo decir esas cosas. Pero, ¿por qué? ¿Para dañarme? ¿Para hacer que dejara de amarla? Si pensaba que nuestro vínculo era tan débil, no sabía nada sobre el amor.

«¿Abusó de ti?», eso no era lo que quería preguntar. Pero el pensamiento había estado devorando mi alma desde que la vi desaparecer detrás del panel oculto en el motel en llamas. Fruncí los labios y lo intenté de nuevo. «¿Te lastimó?».

«Él no me hizo daño. Me ama. Él... él puede protegerme. Enzo, haz lo que hazas, detente. No intentes encontrarme. Estoy feliz ahora. Por favor».

«¿Y Leo? ¿Qué hay de él?».

«Él es tuyo. Quédatelo». Era difícil pasar por alto la resolución en su voz. Ella quería esto. Ella quería que Leo se quedara conmigo. ¿Eso significaba que quería quedarse con Angelo de verdad?

¿Qué carajo? Pasé una mano por mi cabello, mirando el rostro borroso de Santino. Sacudió la cabeza e incluso intentó quitarme el teléfono, pero se me adelantó.

«No quieres decir eso. Aurora, yo te amo», me incliné más cerca del teléfono. «Él ni siquiera te conoce».

«Demasiado tarde. Nosotros lo intentamos. Perdimos demasiado tiempo». Ella sollozó en voz baja. «Esperé durante mucho tiempo. Nunca viniste. Es demasiado tarde».

La ira se arremolinaba en la boca de mi estómago porque, aunque sabía que Angelo estaba poniendo palabras en su boca, también sabía que no estaba mintiendo. Cuando volvió a verme por primera vez, después de todos esos años, estaba furiosa conmigo. Ella me odiaba porque la había dejado sola con un bebé.

«Te diré una cosa, cariño. ¿Por qué no me cuentas todo esto en persona? Tú y yo, cara a cara. Dime dónde diablos estás». Tragué fuerte. «Y dile a ese cobarde que voy por él».

Ella terminó la llamada.

Giré la pantalla hacia mí para ver el progreso en el rastreador. Había terminado en el noventa y ocho por ciento. Todo ese dolor fue en vano. La dejé escupir las mentiras de Angelo por nada. Y ahora estaba aquí, ardiendo de deseo por ella y preguntándome hasta qué punto lo que había dicho era verdad.

«Putra madre», golpeé mi mano sobre el escritorio.

CAPÍTULO 35

Solo conozco una forma de matar a alguien lentamente

ENZO

«Jesús», murmuró el técnico en voz baja.

Rodeé el escritorio, lo agarré por el cuello y medio lo cargué hacia la puerta cerrada. Cuando su cuerpo chocó contra ella, cerró los ojos con fuerza. Mi puño presionó su garganta, mientras intentaba descubrir qué diablos acababa de pasar. No podía soportar la idea de que Aurora tuviera que interpretar a la mascota de Angelo.

Si lograba sacarla del país, podrían pasar años antes de que consiguiéramos otra pista. Yo, jodidamente, no quería pasar otra década sin ella en mi vida. En un instante, una imagen oscura y desoladora de mi futuro invadió mi mente.

«Tenías un trabajo. Y fallaste. Esta era nuestra única puta oportunidad y la arruinaste».

«Reiniciarse...», alcanzó a decir.

«¿Qué?», aflojé mi agarre sobre él.

«Necesita...», jadeó en busca de aire, «necesita reiniciarse».

Tan pronto como lo dijo, su computadora portátil sonó. Lo solté y me volví para mirar la pantalla. Teníamos una ubicación, no una dirección, pero lo suficientemente cerca. Aurora había llamado desde los Hamptons. La tensión en mi cuerpo disminuyó porque ya tenía a mis muchachos apostados allí. Y también porque la playa era un lugar que conocía bien. Angelo había cumplido su amenaza. Había llevado a Aurora de regreso al lugar donde perdió a su familia, y donde ella casi muere.

«Averigua qué más puedes descubrir», hice un gesto hacia la computadora. «Lo hiciste bien».

«Gracias, jefe», se secó las manos en los pantalones y caminó hacia el escritorio.

«Los Hamptons no son el mejor lugar para ocultarse. Solo hay una manera de entrar y salir», me volví hacia Santino, que me miraba como si hubiera perdido la cabeza. «¿No pensará quedarse mucho tiempo?».

«Un hombre más inteligente habría pasado a la clandestinidad. Abandonar la ciudad», Santino se frotó la barba incipiente.

«Rex tiene eso cubierto. Angelo está acorralado. Esta llamada de mierda de Aurora fue un movimiento desesperado. Puede sentir el agua subiendo». Cogí mi teléfono del escritorio y llamé a Rocco. «Asegurémonos de que se ahogue».

«Jefe», respondió al primer timbrado. «Tenemos los ojos puestos en uno de los hombres de Angelo. El cabrón está cargando gasolina».

«¿Dónde?».

«Los Hamptons».

«No lo pierdas de vista. Tenemos buenas razones para creer que Aurora también está allí. Estoy seguro de que Angelo está con ella», me detuve a pensar qué hacer a continuación. Aquí sólo había un curso de acción. «Encuétrame abajo en cinco».

«Traeré a los muchachos».

«Voy contigo», dijo Santino tan pronto como terminé la llamada. «¿Volamos?».

«Sí».

«Yo me encargo», buscó en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje y luego se detuvo. «No podemos dar por hecho que estará sentado muy bonito, esperándote».

«Rex lo tiene bloqueado por todas partes. No puede huir volando. Y no puede salir de la isla». La presión en mi pecho disminuyó. Esta cosa con Angelo terminaría esta noche. «Le pediré a mi hermano Massimo que cubra el camino que sale de los Hamptons. Lo tenemos».

A mi hermano Massimo siempre le habían gustado los autos de carreras, al igual que a mí. Excepto que, con el tiempo, lo dejé y me concentré en ser un Don. Como segundo nacido, Massimo podía hacer lo que quisiera. Hoy, su negocio paralelo podría ser lo que salvaría a Aurora.

El chofer de Santino abrió la puerta de mi camioneta y yo me subí al lado de Santino. Tenía un helicóptero esperándonos en el helipuerto de Rex. El viaje hasta el ‘Crucible’ fue lo suficientemente largo como para darnos tiempo de analizar los detalles de nuestro plan. Quería bloquear las salidas de Angelo a la ciudad, pero aún así mantener el elemento sorpresa.

Sonó mi teléfono y respondí, «Ya era hora».

«Llamaste hace cinco minutos», Massimo sonaba como si estuviera sin aliento. «Estoy en medio de una carrera. Acabamos de empezar. ¿Qué pasa?».

«Necesito un favor».

«Lo que sea».

Esperé hasta que el ruido del motor se calmó y luego le informé. «Aurora está viva. Y está en problemas. Angelo la llevó a los Hamptons. No podemos dejar que se vayan. Y no podemos hacerle saber que vamos a llegar allá».

«Mierda. No tenía idea», dejó escapar un suspiro en el teléfono.

«¿Cómo está la participación de esta noche?».

«Bien, como siempre. La gente no se cansa de todo esto».

«Necesito un congestionamiento de tráfico».

«Si es así, llegaste a la persona adecuada. La policía acaba de apagar nuestro bullicio. Nos estábamos preparando para salir y encontrar un nuevo lugar. La playa siempre es una buena idea. Nosotros vamos en camino».

Cuando éramos niños, Massimo y yo solíamos correr carreras de autos después de la escuela. En una buena noche, podríamos reunir una multitud de cientos de personas. Los vehículos rápidos, el alcohol y los conductores engreídos constituían una buena distracción.

«Gracias, hombre. Te veré del otro lado».

«Buena suerte», terminó la llamada.

Cuando llegamos a la parte alta del ‘Crucible’, Rex nos recibió en la puerta. «Se te autorizará la salida en unos veinte minutos».

«Mierda».

«Lo siento».

«Massimo está en camino. No se escapará».

«No, no lo hará. Tengo un equipo esperando en el aeropuerto», se frotó la frente. «Caterina dice que tengamos cuidado».

«Dile que lo haremos».

«Iría contigo, pero tengo algo aquí que necesita mi atención inmediata», intercambió una mirada significativa con Santino. «Llama si necesitas algo».

«Sí, lo tenemos», Santino me dio una palmada en el brazo y se dirigió hacia el helicóptero.

Cualesquiera que fueran los problemas con los que Rex estaba lidiando, no tenía tiempo para quedarme aquí e interrogarlo sobre ellos. Esta noche solo tenía una prioridad. Le hice una señal con la cabeza una vez y luego me uní a Santino. La adrenalina que me recorría no había cesado desde que descubrí dónde mantenían a Aurora. El apuro lo aclaraba todo, pero también dificultaba la respiración.

Sentarme sin hacer nada durante una hora entera sería un infierno.

Mi teléfono sonó con un nuevo mensaje de Rocco. Ahora tenían una dirección y los ojos puestos en Aurora. Tenía que asumir que todo esto era una trampa. Primero, hizo que Aurora me llamara para hacerme perder el balance. Ahora, uno de sus muchachos nos estaba llevando a su escondite, en los Hamptons de todos los lugares.

Incliné mi pantalla hacia Santino para que pudiera leer el mensaje de Rocco. «Si no lo supiera, diría que este cabrón planea dispararme de nuevo».

«Sabes que quiere matarte, ¿verdad?».

«También hará que parezca un accidente», negué con la cabeza. «No me importa. Quiero que esta historia con él ya termine».

«Llegaremos pronto. ¿Sabes qué puedes hacer para calmarte?».

«¿Qué?».

«Imagínalo muriendo lentamente», Santino arqueó una ceja.

«He estado haciendo eso casi todos los días desde que desperté del coma y descubrí que Aurora se había ido», sacudí la cabeza.

«¿Qué vas a hacer con él?».

Me burlé. Esa era una pregunta capciosa. Una que había tenido mucho tiempo para meditar. Durante años, este maldito había aterrorizado a Aurora. La había hecho pasar por un infierno, mientras él vivía su vida como un miembro bien considerado de La Sociedad. Si el padre de Rex no hubiera recibido un disparo hace dos años, no tenía ninguna duda de que Angelo todavía estaría disfrutando de una vida privilegiada.

«Solo conozco una forma de matar a alguien lentamente», miré a Santino. «Y empieza esta noche».

«Comprendido. Me aseguraré de que Aurora se reúna con Leo», Santino hizo un gesto hacia el piloto y luego se puso los auriculares.

Las hélices retumbaban a nuestro alrededor. Finalmente, estábamos llegando a alguna parte. Entre la espera para que nos autorizaran y la hora del vuelo, parecía que Massimo podría llegar al mismo tiempo que nosotros. Él era mi plan de respaldo, en caso de que Angelo quisiera irse. Aunque tenía la sensación de que Angelo me estaría esperando en casa.

Cuando llegamos al aeropuerto, Rocco salió corriendo a recibirnos. Llevábamos cuarenta y cinco minutos en el aire y prácticamente no teníamos recepción. Angelo había intentado salir de la isla en dos todoterrenos. Mis muchachos los persiguieron, pero fueron derrotados.

«Mierda. ¿Dónde está mi auto?», pregunté a Massimo mientras Rocco le hacía señas al chofer para que nos esperara a medio camino hacia el hangar.

Massimo contestó y nuevamente dejó escapar el aliento. «Estoy en medio de algo».

«¿Dónde estás?», caminé a través del terreno con Santino detrás de mí. «Me acabo de enterar de que Angelo intentó irse. Y podría lograrlo».

«No, lo tenemos», se rió. «Él va en camino hacia ti. Revisa tus mensajes», colgó.

Nuestro SUV giró y se detuvo frente a nosotros. Me subí al asiento trasero y abrí el video que Massimo me había enviado por mensaje de texto. Era una grabación de Angelo y su séquito atascados en la autopista de Montauk. A pesar de mi mal humor, tuve que reírme. Los autos de carreras de Massimo estaban pensados para la velocidad y para chocar contra cosas.

«Déjà vu», Santino se inclinó hacia adelante para mirar a través del parabrisas la casa de Angelo en la playa.

La construcción era exactamente igual a la casa que había incendiado cuando mató a los padres de Aurora. Estaba tan jodidamente cansado de sus juegos. Tan pronto como el auto se detuvo, bajé y me dirigí hacia el patio delantero, donde uno de mis muchachos se encontró conmigo.

«Él está allí», tragó. «Esperamos porque él tenía apuntando un arma en la cabeza de ella».

«Cabrón», desenfundé mi arma, corrí hacia la puerta y le di una patada.

Ya había terminado de esperar a que este imbécil hiciera lo decente. Aurora no lo quería. Él ya debería saberlo. Angelo tenía a Aurora dominada. Antes, cuando tenía tanto a Aurora como a Leo, iba a lo seguro. Jugué según las reglas de Aurora. Ese fue un error que no pensaba volver a cometer.

Aurora encontró mi mirada. Tuvo medio segundo para reconocer la mirada en mis ojos, enfadarse por ello y luego agacharse. Le disparé a la mano y luego al interior de la pierna. Cayó al suelo, gimiendo, cuando tres de mis muchachos cayeron sobre él.

«¿Dónde está el resto de su equipo?», pregunté, mientras sostenía a Aurora cerca de mí.

«Se dispersaron. El equipo de Don Valentino se está encargando de ello».

«Buen trabajo», miré el arma que tenía en la mano y luego miré a Angelo. Dedicó tal vez dos segundos a observarme, antes de que su mirada cambiara a Aurora. Enfundé mi arma y me volví hacia ella. «¿Había algo que quisieras decirme en persona?»

«Enzo», las mejillas de Aurora se pusieron de un rojo brillante mientras se alejaba de mí.

«Dilo», caminé hacia ella hasta que quedó atrapada entre el apoyabrazos del sofá y mi cuerpo.

«Dijo que te mataría».

«¿Cuántas veces necesito decirte que puedo manejarlo? Nunca tendrás que preocuparte por mí», acaricié su mejilla, «pasé siete meses pensando que estabas muerta. No quiero volver a pasar por eso jamás. Prefiero verte feliz con otra persona que en una zanja», ella puso su mano sobre mi corazón. «Nunca podría dejar de amarte».

«No pensé que pudieras», presioné mis labios contra los de ella.

Ella gimió suavemente, dejando que su cuerpo cayera pesadamente hacia mí. Profundicé el beso y ni siquiera me importó que todos mis chicos probablemente estuvieran mirando. Tres días habían sido mucho tiempo para estar lejos de ella.

«Enzo», ella se apartó primero y lanzó una mirada hacia Angelo, que ahora estaba atado en el suelo, disparándole dagas con los ojos.

«¿Estás preocupada por este tipo?», señalé a Angelo. «No le debes nada».

«Tengo algo que enseñarte», ella tomó mi mano entre las suyas y me llevó hacia las escaleras.

La seguí arriba hasta una habitación justo al lado del rellano. Abrió la puerta y me hizo señas para que entrara. Llegué hasta el centro de la suite antes de darme cuenta de lo que me estaba mostrando. Angelo era un maldito acosador. Él nunca la había dejado ir.

«Él supo de nosotros todo el tiempo», reprodujo un video en la computadora.

Conocía bien esa escena. Esa fue la vez que tuvimos sexo en el estudio de Angelo, la misma noche que anunció su compromiso. Estaba tan cegado por los celos. No me importaba si tomarla en ese mismo momento podría hacer que nos mataran a ambos. O tal vez, en ese momento, no me había dado cuenta de lo peligroso que era Angelo Soprano.

«Me vigilaba todo el tiempo que estuve en España», señaló la pared opuesta.

Caminé hacia el collage, observando cada imagen. Leo de bebé en brazos de Aurora. Aurora paseándolo de pequeño por el parque. Y luego estaba la foto que le había enviado por mensaje de texto hoy, donde parecía que estaban juntos en el pueblo de Rascafría.

«No te diste cuenta de que él estaba allí», pasé mi mano por su rostro sonriente. Su brillo era de puro amor por Leo.

«No», presionó su cuerpo contra el mío. «La Signora Vittoria me dijo que se aseguraría de que todos pensarán que estaba muerta».

«¿Entonces te encontró y decidió dejarte en paz? ¿O fue este su acuerdo con Vittoria?».

«Enzo», besó mi hombro. «Vamos a casa. No quiero pensar más en él. Quiero ver a Leo».

«Ir a casa parece una buena idea», la saqué de la habitación y bajé las escaleras hasta la sala de estar, donde Angelo yacía de costado con las manos y los pies atados. Mis muchachos sabían lo que vendría después. Ya le habían vendado la muñeca y el muslo. Señalé hacia él. «Prepárenlo».

«Vamos, Rory», Santino entró para bloquear a Aurora de mi línea de visión. «Déjalo hacer lo suyo».

«¿Qué? No», Aurora lo esquivó para llegar hasta mí. «Quiero ir a casa. Contigo». Señaló en dirección a Angelo. «Él no es nada».

«Debe ser castigado», tomé sus mejillas. «Por lo que te hizo. Todos esos años que pasaste solo porque este imbécil decidió que le pertenecías. Aspiré su aroma y presioné mi frente contra la de ella. «Debe hacerse. Santino te llevará a casa».

Ella me abrazó fuerte. Después de unos cuantos latidos, me soltó y retrocedió. La expresión de decepción en su rostro me hirió. Pero este era el trabajo. Yo era Don Alfera y Angelo se había pasado de la raya más veces de las que podía contar. Tenía que pagar.

Miré alrededor de la habitación y luego volví a mirar a Aurora. Santino asintió con la cabeza, la rodeó con el brazo y la acompañó afuera. Con el corazón bombeando sangre caliente a través de mí, me quité la chaqueta del traje, me arremangué y luego me quité el cinturón.

Cuando me volví hacia Angelo, estaba sin camisa, de espaldas a mí, colgado de la lámpara de araña. Apreté mi mano alrededor de la hebilla del cinturón y asesté el primer golpe de los que esperaba fueran miles.

CAPÍTULO 36

No cierres tu ojos ahora

AURORA

Las cuerdas de los antebrazos de Enzo se hincharon cuando golpeó la espalda de Angelo con la longitud de su cinturón. Lo llamé, pero ni siquiera escuchó. Enzo reajustó su postura y luego le dio otro golpe a la piel dolorida de Angelo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque sabía dónde Enzo había aprendido a hacer esto. En el fondo, era el mismo chico que conocí en la escuela, pero este mundo lo había cambiado, lo había vuelto duro e insensible. Esto no era algo de lo que una persona pudiera volver atrás.

«Déjalo ser», Santino cerró la puerta de la escena de terror dentro de la casa de playa de Angelo. «Así es como manejamos las cosas».

«¿Cuántos azotes dará antes de que Enzo sienta que su sed de venganza ha sido saciada?». Intenté regresar con Enzo, pero Santino me rodeó la espalda con el brazo y me acompañó hasta la camioneta estacionada en la acera. «Te llevaré a casa».

«No puedes dejar que haga esto. Así no es él».

«Estuviste fuera por mucho tiempo, Rory. Tienes mucho que aprender sobre quién es y quién no es Enzo», me abrió la puerta y luego subió detrás de mí. «Volvemos a la ciudad», le dio una palmadita en el hombro al chofer.

Me quedé mirando el perfil de Santino, buscando al chico divertido e imprudente que conocí en la escuela. No reconocía al hombre sentado a mi lado. Ahora era un Don. ¿Cuánto del viejo Santino dejó ir para convertirse en esto? Con un suspiro, moví mi cuerpo para mirar la casa en la playa que habíamos dejado atrás. ¿Qué había pasado con Enzo?

«No es tan fácil de matar como crees».

Los faros que pasaban zumbando junto a nosotros en el lado opuesto de la carretera iluminaron el perfil de Santino, que estaba medio sumido en la oscuridad. Supuse que así era como vivían sus vidas los Reales. Todo ese brillo y glamour se había convertido en penumbra y desesperación. ¿Cómo podían soportarlo?

«Estoy empezando a ver eso».

«Verás las cosas de manera diferente por la mañana. Lo prometo», puso su mano sobre mi hombro.

«Durante el tiempo que pasé escondido, este mundo mafioso estuvo al frente y al centro de mi vida, todos los días. Pero solo estaba en mi mente y en pesadillas ocasionales», me burlé. «Sin embargo, lo que he visto desde que regresé es real. Es todo demasiado real».

«La vida es dolor. Eso lo aprendemos desde el principio», me apretó los dedos. «Pero recientemente he aprendido que también hay esperanza. No puede haber caos todo el tiempo».

Los neumáticos del auto avanzaban silenciosamente sobre el asfalto irregular. Dejé que el

sonido tranquilizador adormeciera las palabras de Santino. No quería pensar en la Sociedad y todas las complicaciones que conllevaba. Leo me necesitaba ahora más que nunca. No podía preocuparme por nada más en este momento.

Apoyé la cabeza en la ventana y cerré los ojos para no ver los vehículos que pasaban. Cuando desperté de nuevo, el edificio de Enzo surgía a lo lejos. Me dolía el pecho cuando pensaba en Leo allí arriba, solo. No pude evitar pensar en Enzo y también en todo el tiempo que pasó atrapado en esa torre.

«Hay un pequeño ejército vigilando el edificio. Pero si hace que Leo y tú se sientan más seguros, puedo pasar la noche aquí». Santino me devolvió a la realidad.

«No. Está bien. Estaremos bien».

«Bien, entonces», le hizo un gesto a su chofer, quien inmediatamente estacionó la camioneta y se dio la vuelta para dejarme salir.

«Gracias».

«Puedes llamarme en cualquier momento».

Me despedí y me dirigí hacia las puertas dobles de vidrio que conducían al vestíbulo privado de Enzo. El todoterreno, con sus cristales tintados, permaneció quieto hasta que se abrió la puerta del ascensor y entré. Cuando llegué al penthouse, lo único en lo que podía pensar era en asegurarme de que Leo estuviera bien. Las últimas semanas habían sido un infierno para él. Solo Dios sabía qué tipo de cicatrices dejaría esta terrible experiencia.

«Mamá», me llamó tan pronto como las puertas se abrieron. «Mollie dijo que ya venías». Chocó contra mí y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura.

«Papá me encontró».

«Dijo que lo haría. Él lo prometió», enterró su rostro en mi camiseta para ocultar sus lágrimas.

«Se acabó, mi niño», limpié su mejilla mientras le daba un beso en la cabeza. «Se acabó».

«Lo siento mama. No era mi intención huir».

«No es tu culpa. Debería haberte dicho la verdad sobre tu padre cuando tuve la oportunidad. Pensé que te estaba protegiendo al no decírtelo... Levanté la mirada y encontré a Mollie en la sala de estar, apoyada en el reposabrazos del sofá.

«Sé que es un Don. Mamá, él puede matar a todos los malos», me miró con los ojos húmedos.

«Sí, él puede», le sonreí.

«¿Tienes hambre?», preguntó Mollie. «Preparé sopa».

«No, gracias», negué con la cabeza. «Creo que es tarde. Y Leo necesita estar en la cama. Deberías irte a casa, Mollie. Gracias por quedarte con Leo».

«A mí también me gustan los ‘desamparados’», se encogió de hombros y luego regresó a la cocina.

«¿Dónde está tu habitación?», le pregunté a Leo.

«Te mostraré», me tomó de la mano hacia la gran escalera. Cuando se detuvo frente a la antigua habitación de Enzo, levantó la vista y me sonrió. «Espera hasta que la veas. Es enorme».

Hubo un tiempo en el que pensé que Enzo, Rex, Santino y Donata lo tenían todo: un penthouse en la Quinta Avenida, ropa de diseñador, limusinas y tanta gente que atendía todas sus necesidades. Ahora sabía qué clase de demonios acechaban debajo de todas esas riquezas.

«¿Podemos ver una película?», Leo saltó a su cama y encendió la televisión. «Por favor. Solo hasta que me quede dormido».

«Está bien», le sonreí y luego me metí en la cama junto a él. «Esto se parece más a los viejos

tiempos, ¿no?».

«Te extrañé, mamá».

«Yo también te extrañé, mi niño», solté un suspiro. «Quizás algún día me lo cuentes todo. ¿Qué hiciste cuando saliste de España?», tomé su mano y la besé. Mi corazón se rompió en pequeños pedazos cuando vi los cortes en sus cutículas y la aspereza de su piel. «¿Tuviste que trabajar?».

«Sí», asintió, desplazándose por la aplicación de Netflix. «Principalmente, en limpieza», se mordió el labio y luego se volvió hacia mí. «Me volví muy bueno robando carteras».

«Dios mío», lo abracé. «Creo que está bien, dadas las circunstancias en las que te encontrabas. ¿Qué más?».

«Oh, ¿podemos ver ‘Elf’?», apuntó el control remoto a la pantalla y luego presionó reproducir. «¿Recuerdas la Navidad pasada, cuando me tocó la horquilla de hueso de ave?».

«Sí, lo recuerdo».

«Quería conocer a mi papá. ¿Crees que todo esto sucedió porque yo lo deseé?» Se acurrucó cerca de mí.

«No, Leo. Los deseos no funcionan así. Creo que siempre estuvimos destinados a volver a casa. Simplemente fui demasiado testaruda para darme cuenta». Besé su cabeza nuevamente para recordarme que estaba a salvo.

Vi la película mientras lo abrazaba fuerte. Leo se reía de las partes divertidas, incluso antes de que se hubieran desarrollado por completo. Se sentaba un poco más derecho cada vez que Buddy el elfo contaba la historia de cómo tuvo que viajar a través de siete niveles del Bosque de Bastones de Caramelo, solo para encontrar a su padre en la ciudad de Nueva York. En los últimos cinco años, probablemente vimos esta película cientos de veces. Y nunca se me ocurrió que, poco a poco, Leo había alimentado la idea de encontrar algún día a Enzo.

Leo creía que pedir un deseo en una espoleta le traía desgracia. Pero yo lo sabía mejor. Si no hubiera sido una cobarde, habría regresado con Enzo mucho antes. Una parte de mí tenía miedo de dejar que Leo creciera en este mundo. Pero eso era lo que pasaba con la mafia. A nadie se le permitía salir. El fallecido Don Alfera fue el principal ejemplo del caos que seguía a cualquiera que lo intentara.

Cuando terminó la película, Leo ya se había alejado de mí y estaba profundamente dormido. Intenté levantarme, pero no podía soportar la idea de dejarlo otra vez. Puse mi cabeza sobre su almohada y comencé a soñar casi de inmediato.

A la mañana siguiente me desperté con un ligero sobresalto. Principalmente porque no podía recordar dónde estaba. Y despertarme en la antigua habitación de Enzo me hizo preguntarme, por una fracción de segundo, si tal vez el tiempo no había pasado en absoluto. Pero entonces, Leo se movió a mi lado y todos los recuerdos de anoche me golpearon como un tsunami.

Toqué la mejilla de Leo. Cuando se acurrucó más bajo las sábanas, decidí dejarlo dormir hasta tarde. En silencio, crucé de puntillas la habitación y abrí la puerta. «¿Qué demonios?», me tapé la boca y miré al enorme gato negro que me miraba. «¿Peludo?».

Me agaché para acariciarlo, pero salió huyendo. Enzo había mantenido al gato callejero de la escuela. ¿Por qué había hecho eso? “Peludo”, lo llamé y lo perseguí escaleras abajo hasta la cocina.

«Buenos días», Mollie me sonrió. «¿Estás bien?».

«Sí», inspeccioné la habitación. «Había un gato».

«Oh sí. Él volverá», apoyó la cadera en el mostrador. «¿Tienes hambre ahora?».

«En realidad, me muero de hambre», pasé una mano por mi cabello enmarañado. «¿Volviste

a casa?».

«Lo hice. Luego, regresé. No parezcas tan sorprendida. Enzo me consiguió un apartamento abajo. Voy y vengo como quiero». Caminó hacia la estufa y metió la mano en el horno. Rápidamente preparó un cubierto en el mostrador, tomó un poco de la cazuela de huevos en un plato y llenó una taza con café. Cuando levanté las cejas sorprendida, ella se encogió de hombros. «Hago esto todas las mañanas. Por esta misma hora. Enzo tampoco duerme mucho».

«Gracias», tomé un bocado del desayuno. «Vaya, están deliciosos. Gracias».

«No parezcas tan sorprendida. Trabajé en la cafetería de la escuela durante años».

«Claro», asentí.

Midtown High era un bachillerato de élite fundado por las originales familias del crimen. Como tal, nunca hacían nada a medias. Los edificios eran una maravilla arquitectónica. Y la comida que cocinaban sus chefs de primer nivel estaba fuera de este mundo.

Ella se quedó allí y me vio comer. Sin duda tenía un millón de preguntas que hacerme, pero tuvo la amabilidad de dejarme en paz.

«Vine a trabajar para Enzo porque sabía que me necesitaba», espetó.

«¿Qué?».

«Anoche, cuando entraste por la puerta, parecía como si hubieras visto un fantasma».

Dejé escapar una suave risa. «Algo como eso».

«Su papá lo hizo pasar por un infierno. Lo sé. Yo estaba allí. Los días que estaba muy mal, acudía a mí en busca de ayuda. Puedo dar puntos y atención menor de primeros auxilios», frunció los labios y sacudió la cabeza. «Estoy segura de que Michael pensaba que le estaba enseñando a Enzo una valiosa lección de vida».

«Su padre estaba loco».

«Sí. Aquí no hay argumentos», exhalando un suspiro, caminó hacia la cafetera y agarró la jarra. Sirvió dos cafés más que apoyó en la encimera. «Pero eso no fue nada comparado con lo que pasó después de despertar del coma».

«¿Qué pasó?».

«Bueno», chasqueó los dientes. «Tú, por ejemplo. Luego, construyó un muro a su alrededor para mantener alejados a sus amigos. Después, su madre murió de cáncer. Su padre se descarriló. Y él también», bajó la cabeza, «puedes imaginar el tipo de bestia en la que se convirtió Michael Alfera cuando murió su esposa. Fue tras sus hijos, como si fuera su culpa que su madre muriera. Enzo envió a Massimo a Ibiza y se quedó para afrontar la ira de su padre».

«Enzo», las lágrimas brotaron de mis ojos.

«Enzo es más duro de lo que piensas. Y para entonces ya estaba harto de ser el saco de boxeo de su padre. Enzo le hizo pasar un infierno a su padre. Eso fue lo que pasó. Casi lo mata», apretó la mandíbula. «Si hubiera sido por mí, lo habría dejado pudrirse. Pero Enzo me ordenó que llamara a una ambulancia y me asegurara de que Michael recibiera ayuda».

«No tenía ni idea», puse mi mano sobre mi boca. «Siempre tuve la sensación de que Enzo aguantaba a su padre por el bien de su madre. Le gustaba fingir que su familia era feliz. Que estar enamorado de un monstruo hacía que todo estuviera bien». Quise tomar un sorbo de la taza, pero tenía la garganta tan apretada que no podía tragar. «Tuvo una vida difícil, incluso antes de conocerme».

«Duro es una forma de decirlo», levantó la barbilla hacia mí. «¿Y tú, Aurora? ¿Estás enamorada de un monstruo?».

«Enzo es bueno», respondí, sin pensarlo dos veces. Y en mi corazón sabía que era verdad. «Su padre no pudo doblegarlo. ¿Por qué me estás preguntando esto?».

«Porque tienes que tomar una decisión, ¿no? ¿Es esta realmente la vida que deseas? ¿Para ti y para Leo?», ella me ofreció una media sonrisa que decía, *‘pobrecita y lamentable cosa, pobrecita desamparada’*.

«Quiero estar con él. Leo también quiere».

«Entonces, decídete, niña. ¿Qué vas a hacer?», señaló mi cabello enmarañado. «Anoche llegaste hasta aquí sintiendo lástima de ti misma porque la vida te dio otro golpe. Me imaginé que a estas alturas ya sabías que la vida no te debía una mierda».

«Sé que no es así», me aparté el pelo de la cara. «Cuando la Signora Vittoria me despidió, el dolor de perderlo todo me dejó paralizada. Como si el tiempo, de repente, no pudiera avanzar. Me quedé estancada, reviviendo las cosas malas una y otra vez, hasta que quedé demasiado entumecida para permanecer despierta a la vida que me rodeaba. Pero Leo me necesitaba. Tenía que tomar una decisión. No quería quedarme estática. Decidí que Angelo ya no podía hacerme daño. Lo dejé ir todo».

«No cierres tus ojos ahora».

«No».

«Enzo está en algún lugar de los Hamptons atrapado en un infierno que él mismo creó», ella levantó las manos en señal de rendición fingida. «Ahora, no estoy diciendo que estés aquí para salvarlo. Pero tal vez puedas recordarle que no está solo».

«Él nunca estuvo solo, ¿verdad?», le sonreí. «Me alegro de que te tenga».

«Le gusta coleccionar desamparados». Buscó en el bolsillo de su delantal y luego marcó un número en su teléfono. Cuando una voz la saludó al otro lado de la línea, sus rasgos se suavizaron e incluso se sonrojó. «Sí, bueno, Aurora quiere hablar contigo. No se te ocurra ninguna idea», me entregó el dispositivo en mi mano. «Habla».

«¿Hola?», le fruncí el ceño mientras presionaba el altavoz contra mi oreja.

«¿Aurora? ¿Qué pasó?».

«¿Santino?».

«¿Estás bien? ¿Leo está bien?».

«Sí», me encontré con la mirada de Mollie. Ella asintió y entonces supe exactamente lo que tenía que hacer. «Oye, necesito tu ayuda».

«Lo que sea. ¿Qué necesitas?».

«Necesito que me lleven de regreso a los Hamptons. No aceptaré un no por respuesta», respiré profundamente. «Voy a recuperar a mi esposo».

CAPÍTULO 37

En nuestro mundo oscuro

ENZO

La venganza nunca sabe tan dulce como se dice.

Estuve en esto durante horas. Angelo apenas estaba vivo y, aun así, mi sed de esta supuesta venganza no cedía. Mi mente se mantuvo concentrada en todos los años que pasé culpándome por la muerte de Aurora, deseando que ella todavía estuviera conmigo.

Sin importar lo fuerte que dejaba que mi cinturón cayera sobre su espalda desnuda, el dolor se negaba a disminuir. Los gemidos y quejidos de Angelo no me hacían sentir mejor. Su sufrimiento en este momento no se podía comparar con lo que le había hecho pasar a Aurora y lo que yo tuve que soportar todos estos años.

En algún momento durante la noche, me detuve por puro cansancio y repulsión por el hedor de su carne destrozada y empapada de sangre. Me quité la camisa sudada y la camiseta interior y las usé para limpiarme las manchas de cuero de las manos. Me senté en el lujoso sofá y apoyé los antebrazos en las rodillas.

Estaba haciendo esto por Aurora. Este imbécil colgado de sus muñecas en medio de su propia sala tenía que entender que había terminado de meterse con mi familia. A Aurora le alegraría saber que el asesino de sus padres finalmente también había pagado por lo que les hizo. Pensé en la historia de Aurora y en cómo había dicho que Angelo se había parado junto a su cuerpo después de que la apuñalaran en su vientre de embarazada.

Debido a este imbécil, Leo tuvo que soportar la violencia incluso antes de nacer, y nuevamente, cuando aún era un niño. Sí, Angelo merecía una muerte lenta.

«¿Jefe?», Rocco me entregó un vaso de agua.

Cuando levanté la vista, me mostró un segundo vaso lleno de whisky. «Gracias». Bebí el agua y luego intercambié vasos con él. «Asegúrate de que reciba comida y agua. Y déjalo descansar», miré a Angelo. Aunque me daba la espalda, sabía que estaba escuchando. «No quiero que muera antes de tiempo».

«Sí, jefe», Rocco apoyó las manos en las caderas y evaluó mi práctico trabajo. «Podríamos tenerlo listo nuevamente en un mes. Tengo que dejar que se curen los puntos».

«Regresaré en un mes», solté un suspiro. «Tal vez antes, si decido que no está sufriendo lo suficiente».

«¿Nos vamos a casa entonces?».

Una parte de mí quería quedarse aquí y ver sufrir a Angelo un poco más. Solo pensar en esa habitación cubierta de fotos viejas y nuevas de Aurora en el piso de arriba me hacía querer tomar el cinturón nuevamente y encontrar un nuevo lugar en su cuerpo para azotar.

«Aún no», pasé una mano por mi cabello. «Necesito vaciar la habitación de arriba».

«Puedo hacer que los muchachos hagan eso».

«No, yo me encargo», negué con la cabeza. «Eso es algo privado».

«¿Debo terminar con él?», señaló a Angelo.

«No, déjalo», mi necesidad de castigarlo todavía estaba ahí, ardiendo justo debajo de la piel, aplastando mi pecho. «Puedes atenderlo más tarde».

Me levanté y subí las escaleras, pero antes de llegar al final de las escaleras, la puerta se abrió. «Dios mío», Aurora se detuvo en seco con las manos sobre la boca mientras miraba a Angelo con horror.

Bien. Tal vez era hora de que Aurora descubriera en quién me había convertido.

«Es lo que se merece, amor», regresé a la sala de estar. «Matarlo no es suficiente».

«Enzo», se lanzó hacia mí y rodeó mi torso con sus brazos, apoyando su cabeza en mi pecho. «No es necesario que hagas esto».

«Sí», envolví mis brazos alrededor de su cuerpo. «Él te lastimó. Lastimó a nuestro hijo».

«Pero ya se acabó. Ya no puede tocarnos», levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

La serenidad de sus ojos azules me tranquilizó. Aunque no era suficiente para acallar la voz en mi cabeza, obligándome a hacer pagar a Angelo. Ella no debería estar aquí. Era demasiado buena para este mundo mafioso. Pero yo era demasiado egoísta para despedirla. Mi padre estaría orgulloso. Al final, me había convertido en alguien como él.

«Déjalo ir, Enzo», ella tomó mi mano entre las suyas. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras pasaba sus dedos por las ronchas que el cinturón había dejado en mi palma. «Te hiciste daño solo para lastimarlo. ¿Cómo puede ayudar eso a alguien? Al final, cualquier cosa que le hagas no nos devolverá el tiempo que perdimos. O a mis padres. Todo lo que podemos hacer ahora es seguir adelante».

«No puedo seguir adelante», acuné su mejilla. «He vivido con esta sed de venganza durante demasiado tiempo. No puedo dejarlo. No hasta que todo haya terminado de verdad».

Levanté la mirada para mirar a Angelo. Se había girado para mirarnos. A pesar de todo el dolor que le había infligido en las últimas horas, él solo tenía ojos para Aurora. Como una polilla ante una llama, demasiado consumida por su brillo como para siquiera intentar resistirlo. Él veía lo que yo veía en ella. Ella era un rayo de luz en nuestro mundo oscuro como boca de lobo.

Cerró los ojos y presionó sus labios contra los míos. «Estoy aquí ahora, Enzo», ella profundizó el beso. «Estoy aquí ahora».

«¿Viniste aquí para salvarlo?», pregunté entre dientes. «¿Estás suplicando por su vida? El no lo vale».

«No, no lo vale. Tú sí. No estoy aquí para salvar a nadie», dejó escapar una risa suave e incrédula. «Pensó que me estaba salvando. De ti. De esta vida de mafiosos».

«Puedo protegerte».

«Lo sé», tocó con sus dedos mi pecho. «Leo era feliz en España. Durante períodos seguidos, yo también estaba contenta. Estaba en paz porque así lo elegí».

Lo único que quería hacer anoche era irme a casa con Aurora. Pero mi deber para con mi familia me mantenía aquí. Me encontré con la mirada de Angelo. Lo hacía por ellos, para que pudieran dormir mejor por la noche. Excepto que ya estaban contentos. Nunca pidieron esto. Entonces, ¿me estaba mintiendo a mí mismo? ¿Estaba aquí porque Angelo se atrevió a tocar algo que me pertenecía?

Pensé en papá y en todos sus actos nobles, en toda la mierda que hizo por su familia. O, al menos, lo que afirmaba que era para nosotros. Pero yo estuve allí el día que masacró a diez hombres, que lo consideraban un aliado, simplemente porque le apetecía, porque estaba enojado

con mamá por obligarlo a dejar una vida que anhelaba.

«Yo no soy él».

«Nunca pensé que lo fueras», ella sabía que me refería a papá. «Déjalo ir. Ya no puede hacerte daño».

«Mierda», me pasé una mano por el pelo, odiando la idea de que este cabrón pudiera vivir. Pero odiaba más la idea de quedarme en este infierno junto con él. Caminé hasta el final de la sala y llamé a Rocco. Cuando entró corriendo, señalé hacia Angelo. «Bájalo».

«Sí, jefe», señaló hacia los chicos que habían entrado detrás de él.

Observaban a Angelo mientras Rocco cortaba las ataduras de sus muñecas. Luego, lo agarraron y lo colocaron boca abajo sobre la alfombra. Tan pronto como liberaron sus piernas, se giró de costado para mirarme. La confusión en sus ojos mientras buscaba a Aurora en la habitación lo decía todo. ¿Estaba realmente dispuesto a perdonarlo? No sabía la respuesta a eso. Lo único que sabía era que no quería perder ni un minuto más. Aurora y yo ya habíamos perdido mucho tiempo. Tenía que dejarlo ir.

Caminé hacia él y me senté en cuclillas. «Tus hombres están siendo perseguidos como perros. La última vez que revisé actualización, Rex solo tenía cinco para tachar de su lista. Tus cuentas en Estados Unidos y en el extranjero, tus activos...», señalé su lujosa sala de estar, «son ahora propiedad de la Sociedad».

«Si me vas a matar, hazlo ya», escupió en el suelo.

«Mantente alejado de mi familia. Tienes veinticuatro horas para salir del país. No vuelvas nunca o te dispararán en cuanto te vean», respiré profundamente.

El horror en su rostro era una visión satisfactoria. Durante años, había disfrutado de una vida privilegiada porque contaba con el apoyo del rey. O, mejor dicho, el difunto Don Valentino estaba demasiado asustado para perder su corona, así que dejó que este imbécil lo manipulara haciéndole pensar que alguien como Aurora necesitaba morir. Incluso la Signora Vittoria tuvo que andar de puntillas alrededor de Angelo y llegar a un acuerdo con él para que Aurora pudiera vivir en paz con nuestro hijo.

«Uno de mis hombres elegirá para ti un país modesto, donde vivirás una vida humilde y casta. La Sociedad te estará vigilando durante el resto de tu patética existencia».

«No puedes hacerme eso. Yo era un soldado leal al Rey. A la Sociedad».

«Sácalo de mi vista», me puse de pie y luego me volví hacia Rocco. «Llámame cuando esté listo».

«Lo haré, jefe», asintió con la cabeza a los chicos.

Tan pronto como sacaron a Angelo de la habitación, me quitaron un gran peso de encima. Ya no era mi problema. Aurora se acercó a mí y me dio un beso en la espalda.

«Vamos a casa», me di vuelta y capturé su boca. «Si no quieres que piense en él, tendrás que mantenerme ocupado».

«Creo que puedo encargarme», ella me sonrió y luego miró hacia el piso de arriba. «Espera, ¿qué pasará con la habitación espeluznante?».

«Volveremos este fin de semana y revisaremos las fotografías. Conozco las de la escuela. Pero quiero que me hables de las de España», por extraño que pareciera, las fotos del acosador de Angelo nos iban a ayudar a superar el tiempo que habíamos perdido. «Quiero saberlo todo».

CUANDO REGRESAMOS a nuestro penthouse en la ciudad, Mollie estaba saliendo y nos dijo que

Leo ya estaba en la cama. Fue lo mejor. No quería que me viera así. Ser Don era una gran parte de mi vida, pero no lo era todo. Podría hacerlo mejor como padre y esposo. Lo sabía ahora.

«Necesito darme una ducha», me volví hacia Aurora mientras la subía por las escaleras. «Únete a mi».

«Es demasiado tarde», lanzó una rápida mirada hacia la puerta de Leo cuando pasamos por ella. «Necesitas descansar».

«También necesito una ducha», besé su cuello y cerré la puerta de nuestra suite de una patada. «Y no fue una solicitud», presioné mi erección contra su coño.

«Enzo», sacudió la cabeza una vez, como si quisiera negarme otra vez. Aunque ella era la que ahora me empujaba hacia la ducha. «Te extrañé».

«Quítate la ropa», me desabroché los pantalones y abrí el grifo del agua caliente.

Cuando hubo suficiente vapor adherido a la puerta de vidrio, entré para meterme debajo del agua. Hice un trabajo rápido con la espuma para quitar el hedor de la casa de la playa. Aurora me había visto en mi peor momento esta noche y no se había escapado. Eché un vistazo por encima del hombro, a tiempo para verla gloriosamente desnuda.

Me acerqué a ella y luego la acompañé hasta que su espalda tocó el azulejo. «¿Es aquí donde quieres estar?».

«Quiero estar contigo», acarició mi mejilla. «Una vez te dije que iría a cualquier parte contigo. Me pediste que lo demostrara».

«Lo recuerdo», pasé mi mano por la curva de su cintura y luego hasta la curva de su culo perfecto.

«Aquí estoy».

«Aquí estás».

Capturé su boca. En el momento en que nuestras lenguas chocaron, una chispa de lujuria se apoderó de mí. Con cada sabor de ella, mi deseo se hacía más intenso y fuerte, hasta que no pude pensar en nada más que estar dentro de ella. Más que eso, quería reclamarla como mía.

«Date la vuelta», jadeé en su oído. Cuando lo hizo, el frío azulejo hizo que sus pezones se fruncieran. Amasé sus pechos para calmarlos y luego entré en ella por detrás. «Mierda. Te sientes muy bien», chupé con fuerza su hombro desnudo, mientras golpeaba mis caderas contra sus nalgas. Su cuerpo se amoldaba al mío mientras tomaba mi pene, desde el eje hasta la base. «Ojalá pudieras ver lo bien que se ve tu trasero tomándome por completo».

Cerró los ojos con fuerza y se estiró hacia atrás para frotar mis muslos, mis abdominales, mi cara y cualquier otra cosa que pudiera alcanzar. «Enzo».

«Creo que te encantaría. Mirándome, follándote así».

Asintió y presionó su frente contra los riachuelos que corrían por el mármol. Por la forma en que se mordió el labio inferior, me di cuenta de que se lo estaba imaginando y la estaba volviendo loca de deseo. Quería darle esto. Mis pelotas se apretaron dolorosamente contra mi cuerpo cuando salí y di dos pasos hacia la puerta de vidrio para abrirla.

El vapor había estado contenido dentro del cubículo, por lo que el espejo frente a nosotros ahora mostraba claramente todo su cuerpo. Moví mechones mojados de su cabello hacia un lado, para que ella también pudiera apreciar sus tetas. Las acaricé, dejándolas pesadas en mi mano antes de convertirlas en picos.

«Podría pasar el resto de mi vida jugando este juego contigo», señalé su hermoso reflejo, que ya estaba medio cubierto de vapor. «Córrete para mí antes de que ella se vaya».

«Dios mío, Enzo», ella se miró a sí misma.

Su boca se abrió por completo, mientras me veía bombear mi pene un par de veces. Entré en

ella lentamente, para que pudiera ver lo bien que se veía. Agarrando sus caderas con una mano, me estiré y enterré mis dedos en sus pliegues.

«Tienes un coño tan bonito», presioné mis labios contra su oreja.

Clavó sus uñas en mi brazo y lo hice de nuevo, sacando mi miembro por completo. Dejé que mi eje provocara su entrada por un momento antes de empujar de nuevo. Repetí el proceso, alargándolo mientras ella trabajaba impotente para mantenerme dentro de ella. Con cada embestida, no podía evitar ir cada vez más rápido, hasta que me perdí en el juego y la mujer del espejo desapareció.

Besé su nuca. Cuando sus paredes se apretaron alrededor de mi erección, lo liberé todo. Ella me llevaba al borde de la locura con la forma en que se rendía al placer de su orgasmo. Ella no tenía miedo de la conexión que teníamos. Y yo tampoco. Por ella, lo admitía. Entré con fuerza en su interior, mientras mi corazón latía con fuerza en mi garganta y pecho. Cada toque, cada beso que compartíamos, hacía que el tiempo que pasábamos separados pareciera más corto.

«Te amo», murmuró, todavía en medio de su clímax.

«Yo también te amo».

CAPÍTULO 38

Larga vida al rey

AURORA

Me desperté de nuevo con un ligero sobresalto, igual que ayer. La luz que entraba por las altas ventanas proyectaba un aspecto de ensueño en la suite de Enzo. Por un segundo, tuve que detenerme y hacer un rápido inventario de dónde estaba y por qué. Quién sabía cuánto tiempo pasaría antes de que dejara de esperar que algo malo sucediera. Estar de regreso en Nueva York con Enzo y Leo era un sueño al que había renunciado hace mucho tiempo. Con un suspiro de alivio, cambié mi peso para ver de frente a Enzo.

Verlo me dejó sin aliento. Incluso con sus rasgos completamente relajados, sus voluminosos músculos parecían estar listos para luchar. Observé su perfil. La nariz recta, el corte de su mandíbula y las largas pestañas descansando sobre sus mejillas.

«¿Por qué tienes que ser tan guapo?», extendí la mano para tocar su pecho, pero luego me detuve.

«No pares», dijo en voz baja.

«¿Mmm?».

Con los ojos cerrados, tomó mi mano debajo de las sábanas y la colocó sobre su pecho. Mi corazón latía con los extraños latidos habituales, donde latía rápido, luego lento, y luego rápido otra vez. Su piel ardiente me calentó hasta lo más profundo. Y entonces, allí estaba de nuevo, como siempre ocurría cuando nos tocábamos. La habitación se llenó de una especie de energía pura. Lo deseaba tanto.

Apretó mis dedos y luego los deslizó por sus abdominales hasta su polla. Dios, estaba tan duro y grande que se me hizo agua la boca. «Toma lo que necesites, amor».

Negué con la cabeza, pero me acerqué más a él de todos modos, apretando mi puño a lo largo de él. Cuando lo hice, se hundió más profundamente en el colchón. Me encantó provocar ese efecto en él. «¿Ahora qué?», besé su hombro musculoso, luego los pectorales de su pecho.

«Lo que quieras».

Me reí porque la elección era difícil. Quería poner su dura polla en mi boca, pero también quería sentirlo dentro de mí. Como si pudiera escuchar mis pensamientos o leer mi dilema en mi rostro, se rió entre dientes.

«Estuviste tan bien el primer día. Tómallo».

«¿En serio? No tenía idea de lo que estaba haciendo. Lo único que sabía era que lo quería».

«Mmm», un gemido gutural escapó de su garganta. «Hazlo ahora». Quitó las sábanas para revelar su impresionante cuerpo. «Me vuelve loco cuando me miras así». Incluyó la cabeza hacia un lado y me miró.

La lujuria en sus ojos envió una ráfaga de adrenalina inducida por el deseo a través de mí. Mi

mente se quedó en blanco mientras me deslizaba hacia abajo y lamía tentativamente su eje. El hombre tenía un pene precioso. Pasé la lengua desde la base hasta el eje y luego me lo llevé todo a la boca.

«Tan jodidamente bueno», pasó sus largos dedos por mi espalda y luego ahuecó mi trasero. «Así».

Cuanto más lo chupaba, más gritaba mi dolorido clítoris pidiendo atención. Me detuve para mirarlo y él me dedicó una sonrisa sexy, como si pudiera, una vez más, leer mis pensamientos. «Súbete».

«¿Cómo sabes siempre lo que estoy pensando?».

«No. Quizás simplemente queremos lo mismo», me tomó por la cintura y me guió, hasta que estuve a horcajadas sobre él. «Quiero verte montada en mi polla». Agarró mis nalgas y me colocó sobre su erección.

Su charla sucia tenía una manera de prender fuego en mí. Pero sentirlo en ese momento era alucinante. Tenía el control total de él. Mi mirada pasó de su ombligo a sus abdominales y su amplio pecho. El hombre era increíblemente hermoso.

«Sin reglas, amor. Simplemente haz lo que te haga sentir bien». Sus palabras salieron tensas, como si estuviera usando todo su autocontrol para quedarse quieto y dejarme tener este momento.

«Todo se siente tan bien», jadeé, apoyando mis palmas en su pecho.

Con sus manos en mis caderas, me guió a un ritmo suave. Cada vez que me elevaba hacia él y luego bajaba, una chispa de deseo giraba profundamente dentro de mí. Podía sentirlo crecer y estirarse como el fuego. «Enzo». Apreté mis muslos a lo largo de sus lados suaves. «Te sientes muy bien».

Él sonrió, masajeando mis dos pechos durante varios latidos, antes de meterse uno en la boca. Él, chupando mi pezón, me empujó al precipicio. El orgasmo que parpadeaba en mi centro se apoderó y convirtió la chispa allí en una combustión total que recorrió el resto de mí en espiral de un solo barrido.

«Esa es una buena chica», metió su mano entre mis piernas y frotó mi clítoris.

Para mi sorpresa, nuevas cintas de placer surgieron de mi centro en ondas abrasadoras. «Dios mío».

«Quédate conmigo, amor», envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me puso boca arriba. Me montó fuerte y rápido hasta que el fuego que ardía dentro de mí se apagó, dejándome exhausta y débil. «Ay, joder», se sumergió en mí por última vez mientras encontraba su propia liberación.

«Buenos días», le ofrecí, justo antes de que se desplomara encima de mí.

«Buenos días», murmuró contra mi cuello.

«¿Es esta nuestra vida ahora?», pasé mis dedos por su suave cabello. «Antes tenía miedo de que desaparecieras. Pero realmente estás aquí».

Apoyó sus antebrazos a cada lado de mí. La lujuria que había encontrado antes en su mirada ahora se había convertido en puro amor y serenidad. «La pesadilla ha terminado», se inclinó para plantar un suave beso en mis labios. «Ya estás en casa».

«Me gusta el sonido de eso», le rodeé el cuello con mis brazos. "Creo que me va a gustar el sexo matutino».

«A mí también», él se rió. Nuestras miradas se cruzaron, mientras permanecíamos abrazados. Ninguno de nosotros tenía la energía ni el deseo de moverse. Pero entonces, su teléfono vibró en la mesa auxiliar. Parpadeó lentamente y presionó su frente contra la mía. «Ignora eso».

La vibración cesó. Un segundo después, una notificación de mensaje sonó con fuerza. «Parece como si alguien estuviera intentando comunicarse contigo. Podría ser importante».

«Aún no hemos terminado aquí», me besó y luego cruzó la cama para agarrar su teléfono. «Mierda».

«¿Qué es?», me senté.

«Oh», se pasó una mano por el pelo, sonriendo. «Quizás mierda no sea la palabra correcta. Mi propio hijo es el que nos está interrumpiendo».

«¿Qué es lo que quiere?», me reí.

«Mollie dice que está abajo esperándonos, para que podamos desayunar».

«Pobre bebé. Actúa con dureza. Pero sigue siendo un niño». Saqué mis piernas del costado de la cama. «Será mejor que bajemos».

«Esperaba una ronda más», lanzó una mirada a su erección.

«Más tarde. Tenemos todo el día», le sonreí y luego me dirigí al baño para lavarme.

Enzo se unió a mí en la ducha. Parecía la cosa más natural del mundo prepararse uno al lado del otro, haciendo cosas que hacen las parejas normales. ¿Era eso lo que éramos? ¿Una pareja normal? Miré a Enzo mientras se enjuagaba el champú de su cabello oscuro. El simple esfuerzo hizo que sus bíceps se hincharan. No, no pensé que alguna vez podríamos ser normales.

Llegamos hasta el final de las escaleras antes de que el teléfono de Enzo volviera a sonar. «Jesús», buscó en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje. «Tengo que tomar esto. Podría ser la oficina».

«¿Es trabajo? ¿Tienes que hacer trabajo de mafioso hoy?». Sinceramente, no tenía idea de cómo pasaba Enzo sus días. «Espera. ¿Tienes una oficina?».

«Sí. Hay tantas cosas que no sabes sobre mí. Te daré un recorrido mañana». Tocó la pantalla. «Aquí Enzo», escuchó durante unos segundos y poco a poco su sonrisa se desvaneció. «¿Cuándo ocurrió esto?».

«¿Qué pasa?», articulé, acercándome a él.

«No, confío en ti. Tengo un día ocupado hoy. Llámame cuando esté listo». Terminó la llamada y luego guardó el teléfono en su bolsillo.

«No me gusta la expresión de tu cara en este momento. ¿Qué pasó?», pregunté.

«Angelo se ahorcó esta mañana», dejó escapar un suspiro. «Rocco le dejó usar el baño para lavarse antes de partir hacia el aeropuerto. Cuando regresó, encontró a Angelo con mi cinturón alrededor del cuello».

«Ay dios mío», puse una mano sobre mi boca. «Eso es terrible. ¿Por qué tuvo que hacer eso? Lo habías dejado libre».

«La vida en el exilio no es para personas de mente débil». Tomó mi mejilla y pasó su pulgar por mis labios. «Él sabía que nunca sería tan fuerte como tú».

«Se ha ido»

«El equipo de limpieza está en camino. Será como si nunca hubiera existido».

«¿Tienes que irte entonces?», pregunté.

«No, Rocco se encargará de ello. Yo confío en él», se inclinó y me besó. «No perdamos ni un minuto más con él. Vamos. Leo está esperando».

Todavía estaba aturdido por la noticia cuando entré al comedor. Pero entonces Leo me abrazó y me olvidé por completo de Angelo y su muerte autoinfligida. Enzo tenía razón. De ahora en adelante, sería como si nunca hubiera existido.

«¿Empezaste sin nosotros?», le limpié la mermelada de la mejilla.

«Tardaron una eternidad», regresó a su asiento y continuó trabajando en su plato de huevos,

tocino y una enorme pila de panqueques de arándanos.

«Nunca hubiera pensado que Mollie fuera del tipo que mima a los niños», me senté al lado de Enzo.

«Ella tiene sus momentos», levantó ambas cejas mientras observaba a Leo desayunar. Sacudiendo la cabeza, sirvió café en mi taza y luego en la suya.

«¿Realmente nos quedaremos en esta mansión?», preguntó Leo.

«No es una mansión. Es un penthouse, pero sí», Enzo asintió, «¿quieres que sea así?».

«Sí, pero ¿qué pasa con nuestro apartamento en Rascafría?», me preguntó.

«Conseguiremos que alguien traiga nuestras cosas», había tenido una buena vida allí con Leo, pero no quería volver allí pronto.

«Está arreglado, entonces», Enzo bebió de su taza, examinando mi rostro. «Ahora que estás en casa, ¿qué quieres hacer?».

«Bueno, necesitaremos una escuela para Leo. Definitivamente necesitará ropa nueva. Donata me trajo una maleta llena de trajes de diseñador, pero debería devolverlos. Y...».

«Sí, nos encargaremos de todo eso. Quiero decir, ¿qué quieres hacer? Dejaste tu vida en suspenso cuando te fuiste, ¿qué pasará ahora?». La ternura en sus ojos derretió mi corazón. Realmente quería que esto funcionara para nosotros, hacerme sentir como en casa.

«Cuando pensé en volver, siempre pensé que volvería a la escuela. El tiempo se me escapó. No sé. ¿Aún podré hacer eso? ¿Es demasiado tarde?», me reí. «¿Una chica de veintinueve años que va a la universidad?».

«Puedes hacer lo que quieras. Columbia era el sueño, ¿no? Tengo que hacerlo. Tú también deberías».

Mis ojos se llenaron de lágrimas. «¿Hablas en serio? ¿Puedes hacer que entre a Columbia?».

«¿En serio me estás preguntando eso?», arqueó una ceja. «Haré la llamada. Considéralo hecho».

«Gracias», me puse de pie y le rodeé el cuello con los brazos. «Parece que tomamos el camino más largo. Pero finalmente llegamos aquí. ¿No es así?».

«Lo hicimos», sacó este teléfono y dejó escapar un suspiro. «Supongo que, si estoy haciendo llamadas, también podría hacer una que he estado posponiendo durante algún tiempo».

«¿Rex?», pregunté.

«Lo alejé durante tanto tiempo. Es hora de hacer las paces», tocó la pantalla.

El teléfono sonó un par de veces antes de que la voz de Rex resonara por el altavoz. «Aquí Rex».

«¿Están todavía disponibles para esta tarde?».

«¿En serio?», Rex se rió entre dientes.

«Es hora».

«Me alegro de tenerte de vuelta, hermano».

«Veremos cómo te sientes después de que limpie el campo contigo».

Rex se rió entre dientes. «Confirmado, viejo», terminó la llamada.

«¿A qué se debió todo eso?», pregunté.

«Cuando estábamos en la escuela, solíamos pasar el rato en el campo de fútbol todos los fines de semana. Jugábamos hasta que no podíamos mantenernos en pie». Se frotó su sexy barba. «Después de toda la mierda con papá, los tres tomamos caminos separados. El año pasado, Santino y Rex retomaron el tema. Me han invitado varias veces, pero fui demasiado imbécil para aceptar».

«¿Jugabas al fútbol?», Leo miró a Enzo con ojos grandes. «Me gusta el fútbol».

«¿En serio?», Enzo me miró y luego a Leo. «Deberías venir entonces. Y conocer la escuela».

«Espera. No», levanté la mano. «Leo habla del fútbol. No tiene idea de lo que es el fútbol americano», hice una mueca y sonreí al mismo tiempo. «Lo siento. En España solo hay fútbol. Los deportes no estaban en lo más alto de mi lista».

«Por supuesto», se recostó en su silla. «Pero eso está bien. Podemos arreglarlo».

«Sé lo que es el fútbol americano», Leo se encogió de hombros de una manera arrogante que lo hacía parecerse mucho a Enzo. «Puedo intentarlo. Aprendo rápido».

«Bien», Enzo se frotó la nuca. «Para empezar, simplemente lo llamamos fútbol».

«Está bien, fútbol», Leo se retorció en su asiento. «¿Podemos ir ahora?».

«Mmm», Enzo miró su reloj. «Seguro, ¿por qué no? Eso me dará tiempo para enseñarte algunas cosas antes de que aparezcan el tío Rex y el tío Santino».

En quince minutos, salimos y nos dirigimos a Midtown High, la escuela donde conocí a Enzo Alfera, en mi último año. También fue el lugar donde tuve que decirle adiós hace tantos años. Por alguna razón, mi corazón se aceleró en el momento en que las altas puertas se abrieron para dejar pasar nuestra camioneta.

Por supuesto, no importaba que la escuela estuviera cerrada los domingos. Todo lo que Enzo tuvo que hacer fue llamar al decano y explicarle que estaba de humor para practicar en su antigua escuela. El decano estuvo más que feliz de hacerlo. Nuestro auto giró levemente a la derecha y siguió el camino de grava hacia el costado de la escuela, donde el campo de fútbol parecía intacto por el tiempo.

«Se ve exactamente como lo recuerdo», apoyé la mano en la ventana. Asistí a Midtown High por solo unos meses. De alguna manera, fue lo único que permaneció conmigo mucho después de que pasé por alto todos mis recuerdos del Upper East Side y de los Reales. «Creo que la extrañé».

«Yo te extrañé», Enzo besó mi mano sobre la cabeza de Leo.

Cuando nos detuvimos, Leo prácticamente saltó sobre mí para salir y corrió hacia el césped más verde. «Adelántate», sacudí la cabeza, riendo. «Quiero caminar un rato por la escuela».

«No te alejes demasiado», Enzo guiñó un ojo y se inclinó para dar un beso.

Tenía toda la intención de hacer un recorrido rápido por la escuela, pero no podía separarme de Enzo y Leo. Con los brazos cruzados, seguí a Enzo a distancia. Alguien ya había preparado un montón de equipo para que él lo usara. Lo tomó como si acabara de terminar de practicar el día anterior. Aunque sabía que habían pasado años para él. Leo estaba asombrado por el hombre formidable que era su padre y estaba ansioso por absorber cualquier conocimiento futbolístico que Enzo tuviera que enseñarle, incluso si era el fútbol equivocado.

«Larga vida al rey», su voz envió un escalofrío por mi espalda.

«Signoria Vittoria», me volví para mirarla.

CAPÍTULO 39

Tía Vittoria

ENZO

«Eso está mejor», me reí entre dientes mientras me esforzaba por recuperar el aliento. No esperaba que la pelota me golpeará tan fuerte. «Tienes un buen brazo, chico. Nada mal».

Le hice hacer algunos ejercicios más para calentar. Llevábamos menos de media hora haciendo esto y ya parecía lo más natural del mundo enseñarle a mi hijo cómo ejecutar una entrada adecuada. Ser padre no era la carga que papá pretendía que era. Leo se parecía mucho a su mamá. No eran solo sus grandes ojos azules. Él también tenía su energía, ese relajante charco de satisfacción y serenidad. Eso era lo que Aurora y Leo aportaban a mi vida, luz y paz.

«Alguien viene», Leo corrió a mi lado.

Mis entrañas se retorcieron en un nudo de ira porque sabía que pasaría mucho tiempo antes de que Leo dejara de tener miedo de los extraños. Me di vuelta y rápidamente vi a Rex caminando por el campo.

«Está bien», puse mi mano sobre su hombro y saludé a Rex. «Él es un amigo».

«¿Me recuerdas?», Rex se acercó a nosotros e intercambió una mirada conmigo.

«No», Leo negó con la cabeza.

«Nos conocimos hace unos días. Pero no te preocupes», Rex extendió la mano. «Soy Rex. Encantado de conocerte».

«Encantado de conocerlo», Leo estrechó la mano de Rex y luego levantó la mirada. «¿Otro amigo?».

«Parece que todos tuvieron la misma idea esta mañana», apoyé las manos en las caderas y llamé a Santino. «Llegaste temprano para engrasar esas viejas articulaciones tuyas».

«Algo como eso», se rió entre dientes. «Hola, chico. ¿Te acuerdas de mí?».

Leo puso los ojos en blanco. «No».

«Bueno, soy Santino. Amigo de tu papá» le ofreció la mano a Leo.

Leo la sacudió con exagerada determinación, como si quisiera no tener miedo de los dos hombres grandes que se alzaban sobre él. Por un momento, la ira se revolvió en mi estómago, como ocurría cada vez que pensaba en cómo sería mi venganza por Angelo. Pero al mirar los ojos brillantes de Leo, me di cuenta de que era una pérdida de tiempo.

Mi hijo no necesitaba que matara por él. Aunque estaba dispuesto a hacer precisamente eso, si alguien se atrevía a causarle daño. Más que nada, Leo necesitaba un padre.

«Tiene buen brazo» sonreí a Santino y a Rex. «Espero que presenten su mejor juego».

«Dormí muy poco», Santino me sonrió. «Tengo buen juego, pero dame un minuto para calentar».

«Hablando de dormir poco», Rex hizo un gesto hacia las gradas. «La estás perdiendo de vista

tan pronto».

Inspeccioné el campo y los SUV en el estacionamiento, buscando a Aurora, luego miré mi reloj. «Dijo que quería ver la escuela. Pero ya hace tiempo que se fue».

«Dijiste que esta escuela era el lugar más seguro», Leo se tensó a mi lado.

«Estoy seguro de que ella está bien», apreté su hombro y luego me volví hacia Rex y Santino. «Voy a echar un vistazo. Por si acaso».

«Adelante», Rex asintió una vez. «Nos quedaremos con Leo».

Caminé por el campo hacia los SUV. La expresión de preocupación en mi rostro debía haberlo dicho todo porque en el momento en que llegué a la acera, mi guardaespaldas y los otros conductores vinieron a recibirme.

«¿Cuándo fue la última vez que viste a Aurora?».

«Hace aproximadamente media hora. Dijo que quería dar un paseo», señaló hacia el salón principal. «Y ver la escuela».

Tal vez estaba haciendo una tormenta de la nada, pero no me gustó que Aurora pudiera desaparecer tan fácilmente y justo delante de nuestras narices. «Quédate con él», hice un gesto hacia Leo. «Voy a revisar el ‘Adaline’».

De camino al comedor, llamé a Rocco. Tenía que admitir que pasaría mucho tiempo antes de que me sintiera cómodo con la idea de que Angelo estaba muerto. El miedo a perder a Aurora era paralizante.

«¿Dónde está?», pregunté cuando Rocco respondió.

«¿Jefe?».

«Angelo, ¿dónde está?».

«Entrando en el incinerador mientras hablamos», se aclaró la garganta. «¿Todo bien, jefe?».

Joder, por supuesto que así era. «Sí. Envíame un mensaje de texto cuando haya terminado», terminé la llamada y abrí la puerta.

Los paneles de madera y las obras de arte del pasillo me llevaron a mi adolescencia. Después de graduarme al final del semestre de otoño, seguí regresando con la esperanza de ver a Aurora deambulando por el campus. A medida que los meses pasaban y entendía que ella no volvería, este lugar se convirtió en un doloroso recordatorio de todas las cosas que había perdido.

Por eso no podía imaginar la idea de jugar al fútbol con Rex y Enzo los domingos. Este lugar dolía demasiado. O solía hacerlo. Reduje el paso y percibí el aroma a ámbar en el aire. Cuando abrí el siguiente par de puertas, vi a Aurora sentada en lo que solía ser la mesa de la realeza. La adrenalina me recorrió cuando la Signora Vittoria desvió su mirada para encontrarse con la mía. Ella había estado ausente todo este tiempo. Y ahora que todo estaba bien, ¿aparecía de repente otra vez? Incluso si sus métodos fueran jodidamente maquiavélicos, estaba agradecido de que ella mantuviera a mi familia a salvo. Pero eso no significaba que confiaba en ella.

«Angelo está muerto», dije, tan pronto como ella estuvo al alcance del oído.

«Eso me dijeron», se puso de pie lentamente.

Donata me dijo una vez cuánto odiaba la Signora Vittoria mirar a la gente, especialmente a nosotros, a quienes conocía desde que éramos niños. Personalmente odiaba que ella todavía nos considerara niños a los que podía manipular hasta el entendimiento de su oscuro corazón.

«Puedo darme cuenta de que estás enojado». Aurora corrió a mi lado. «Ella me explicó todo. Está de nuestro lado».

«Ella te alejó de mí», apreté la mandíbula. «Si fuera un hombre...».

«Si yo fuera un hombre, habría dejado que Angelo la atacara como el animal que era». Ella levantó la voz, lo suficiente para dejar claro su punto. Vittoria no era de las que perdían la

compostura. Ni siquiera ahora, cuando estaba luchando por no golpearle la cara. Se acercó a mí. «Eras demasiado joven y demasiado estúpido en el amor para ver el juego tal como era. Tuve que intervenir y tomar el control. Dios sabe que a los otros Don no les importa en lo más mínimo la longevidad de la Sociedad y nuestro futuro, y mucho menos una joven cuyo único pecado fue enamorarse de uno de los nuestros».

«Estuve en coma durante meses cuando no era necesario. Ese eras tú», la señalé con el dedo.

«No estabas listo. Y ella tampoco», ella relajó su postura. «¿Cuánto tiempo después de que ella se fue permitiste que tu padre siguiera golpeándote?».

«Eso no es asunto tuyo».

«Es asunto nuestro».

«Le permití proteger a mamá y a mis hermanos», tragué, lanzando una mirada hacia Aurora. Odiaba la lástima en sus ojos. Aparecía cada vez que hablábamos de papá. «Le puse fin cuando llegó el momento».

«Lo hiciste. Y en ese momento pensé en traerla de regreso», le ofreció a Aurora una sonrisa amable. «Pero entonces dispararon a Don Valentino y Rex necesitó tiempo para ordenar la Sociedad».

«Puedes justificarlo todo lo que quieras. Nuestras vidas no eran para que tú las decidieras», dije con los dientes apretados porque no quería gritarle. Si ella podía mantener la compostura, yo también. «Dejaste que Angelo la acechara durante una década».

«Estaba obsesionado con ella desde el principio», su mirada se llenó de disgusto ante la mención de él. «Todo lo que hice fue para frenar sus deseos. Era como un perro con un hueso. Cuando la perdió por ti, se volvió peligroso e impredecible. Necesitaba un hueso, así que le di uno. Hice un trato con él. Si él no podía tenerla, nadie lo haría. Los mantuvo a ella y a su hijo a salvo».

«Sabes que ella tiene razón», Aurora puso su mano sobre mi pecho. «Ella me visitaba a menudo y me hablaba de ti. Viví con un nivel manejable de miedo gracias a ella. Sé que no es mucho, pero es lo que teníamos».

«Ella nunca estuvo sola. Tenía guardaespaldas vigilándola las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana», Vittoria me miró fijamente a los ojos. No se arrepentía de nada.

«Sí, hicieron un gran trabajo. En el momento en que Angelo decidió que había terminado de esperar, secuestró a Leo y a Aurora justo delante de tus narices», tomé la mano de Aurora entre la mía. «Lamento no haber estado allí para protegerte».

«No lo sabías».

«Hay que admitir que su plan era bastante inteligente», Vittoria arqueó una ceja. «Primero, llegó a uno de mis hombres. Luego convenció a la Bratva para que hiciera el trabajo sucio por él. Eso requirió muchas agallas y una planificación brillante. A esos perros rabiosos no les gusta seguir las reglas. Pero consiguió que estuvieran de acuerdo».

«¿Lo sabías?», fruncí el ceño mientras mi mente formaba una imagen clara de Vittoria en nuestra última reunión de la junta directiva. Había actuado como si no tuviera idea de lo que Angelo estaba haciendo. ¿Cómo podría no saberlo? «Sabías que se los habían llevado».

«Sí», levantó la mano para hacerme callar, «sé lo que estás pensando. Te pedí que no te involucraras porque ya lo estaba manejando. Tenía motivos para sospechar que la Bratva estaba detrás de esto. Pero no tenía pruebas concretas que demostraran que Angelo estaba involucrado. Y, además, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Aparecer en tu puerta y decirte que después de diez años, Aurora todavía estaba viva, pero posiblemente muerta otra vez?».

«No lo entiendes, ¿verdad?».

«No tenía forma de saber que Aurora estaría en ese club de sexo», ella dejó escapar un suspiro. «Todo era parte de su plan para llegar a ella sin que yo lo supiera. Se volvió más inteligente hacia el final».

«No se puede jugar así con la vida de las personas», me pasé una mano por el pelo con frustración. Como un verdadero genio loco, no tenía ni idea de las personas que la rodeaban ni de sus sentimientos. «No te correspondía a ti decidirlo».

«Ese es el trabajo, Enzo. ¿Realmente no te has dado cuenta de eso? Porque Rex sí». Desvió la mirada hacia las altas puertas dobles del ‘Adaline’. Cuando vio a Leo parado entre Rex y Santino, sus rasgos se suavizaron y le sonrió. «*Il mio piccolo principe*».

Rex asintió una vez.

Estaría de acuerdo con la lógica jodida de Vittoria, principalmente porque había llegado a la misma conclusión la primera vez que salvó a Aurora de Angelo, solo para perderla a ella y al bebé en Italia unos meses después. Ninguno de los dos confiaba en mí para manejar mi propia vida. La peor parte fue que así era como se mantenían con vida. Sus métodos habían hecho posible que la Sociedad prosperara.

«Tía Vittoria», Leo corrió hacia ella y la abrazó.

«¿Qué carajo?», miré a Aurora.

«Como dije, ella nos visitaba a menudo», articuló mover su boca para decir en silencio un “lo siento”.

«¿Ha terminado la inquisición?», colocó su brazo alrededor de los hombros de Leo.

Sus mejillas rojas se hincharon de emoción al ver a Vittoria. Para él, ella era su familia. ¿Cómo era posible que ella siempre estuviera diez pasos por delante de todos nosotros? Si hubiera sido una verdadera inquisición, la habrían declarado culpable. ¿Pero cómo explicarle a mi hijo que tenía que matar a la tía Vittoria, la única familia que había conocido hasta ahora?

«Por ahora», dije.

«Bien, porque ahora tengo un favor que pedir», acarició el cabello de Leo. «¿Recuerdas esa heladería con helado de fresa?».

«Sí, sigue siendo mi favorito», él le sonrió.

«Bueno, este lugar...», señaló hacia la cocina «... avergüenza a ese helado».

«No te creo», levantó la barbilla.

«Descúbrelo tú mismo», ella entrecerró los ojos, desafiándolo a ir a mirar. «Es el refrigerador grande detrás de la fuente de refrescos».

«Mamá, ¿puedo ir?», se volvió hacia Aurora. «Así podrán tener la charla de adultos».

«Está bien».

Tan pronto como Leo entró corriendo a la cocina y estuvo fuera del alcance del oído, me volví hacia Rex, que tenía la misma expresión de incredulidad en su rostro que Santino y yo. «¿Un favor? Tienes que estar bromeando».

«Enzo te debe una mierda, Vittoria, y lo sabes», Rex apoyó las manos en las caderas.

«¿Qué podrías necesitar de nosotros?», Santino la fulminó con la mirada y cruzó los brazos sobre el pecho. «Parece que te va bastante bien por tu cuenta».

«Sí. Pero a Donata no», ella encontró mi mirada. «Quería que dejaras en paz a los rusos porque quería encargarme de ellos yo misma. He tratado con ellos antes. Jesús, sabía que esto sucedería», se frotó las arrugas de la frente y de repente pareció mayor y cansada. «Mi sobrina está en problemas».

«¿Qué quieres decir?», me acerqué a ella.

«Los rusos se la llevaron», hizo una pausa para lograr el efecto. «En represalia por lo que les

hiciste».

«Esos imbéciles tenían la información que necesitaba», me alegré de que Leo se hubiera ido. No necesitaba saber que había secuestrado y torturado a un par de rusos para llegar hasta él. «Lo hecho, hecho está».

«De acuerdo», el tono de Vittoria estaba mezclado con un, “*¿Ves lo que quiero decir? Hacemos lo que debemos*”.

«Para que conste, habría aceptado ayudar sin importar nada porque Donata es una de nosotros. No tenías que actuar a mis espaldas para tener a mi esposa de tu lado».

«Enzo», Aurora presionó su cuerpo contra el mío. No apreciaba la manipulación, aunque sabía que nunca podría decirle que no. Todo lo que tenía que hacer era pedirlo.

«¿No es de eso de lo que estaban hablando ustedes dos cuando entré?».

«Le estaba diciendo que nunca le darías la espalda a Donata», ella besó mi mejilla. «No te enojés. Nuestra amiga nos necesita. Deja que el pasado sea el pasado».

Intercambié una mirada significativa con Rex y Santino. Cuando ambos asintieron con la cabeza, continué, «la encontraremos».

«La Bratva nunca había atacado a un Don», el tono de Vittoria cambió a uno de negocios.

Ella estaba aquí para que se hiciera el trabajo. Las emociones eran un lujo que ninguno de nosotros tenía. No cuando se trataba de tratar con una organización rival.

«Si ahora se están volviendo arrogantes, tiene que ser porque tienen información privilegiada. ¿Quizás Angelo dijo demasiado?», pregunté.

«Eso exactamente pienso», Vittoria asintió. «Donata aún no es un Don. Pero si tengo algo que decir al respecto, ella lo será algún día. La Bratva no tendrá piedad. Son crueles y despiadados. Debemos sacarla de allí antes de que...».

«No se atreverían a matar a un futuro Don», Santino se puso de pie. «Estarían iniciando una guerra. ¿Y para qué? Represalias porque dos de sus soldados fueron interrogados. ¿Esto no es exactamente ojo por ojo?».

«No creo que quisiera decir matar», Rex tragó, frotándose un lado de la cara. «Tienen la intención de casarla. Quizá se les ocurrió la idea por ti, Santino».

«Sí, la única diferencia es que Luce quería casarse conmigo», sacudió la cabeza. «Donata, con gran razón, los odia a todos».

CAPÍTULO 4o

Epílogo

AURORA

Cuatro años más tarde...

«Leo», llamé a su puerta, «¿estás listo? No lleguemos tarde».

«Necesito dos minutos más», contestó desde el otro lado y luego abrió la puerta.

Miré la espuma blanca que cubría algunas manchas de su rostro. Sí, mi bebé ahora era más alto que yo y se afeitaba. ¿Cómo habíamos llegado aquí?

«La bebé se ha escapado», Ursula, la nueva niñera de nuestra hija, gritó desde la suite al otro lado del pasillo.

«¿Qué?», me di vuelta justo a tiempo para ver a la bebé Alex salir corriendo de su habitación hacia las escaleras.

Enzo subió corriendo las escaleras y la agarró por el pañal. «¿A dónde se dirige esta niña sin ropa?», se rió, haciéndole cosquillas en el vientre mientras ella se retorció y pateaba.

Su risa llenó la habitación y mi corazón.

«Juro que me di vuelta solo un segundo para probar la temperatura del agua». Ursula se llevó una mano a la frente mientras intentaba recuperar el aliento. «Ella es muy rápida».

«Sí, lo sabemos», Enzo dejó que Ursula llevara a Alex de regreso a su habitación para terminar su baño. «¿Estás listo?», señaló a Leo.

«Dos minutos», Leo levantó dos dedos y luego cerró la puerta.

«Creo que está nervioso», dije cuando Enzo me abrazó por detrás y besó mi cuello. «Hoy es un gran día».

«Es solo la inducción. Estará bien».

Hoy era la plática de orientación del primer año de Leo en Midtown High. Con razón, yo también era un manojo de nervios, como él. Siempre supe que Leo seguiría los pasos de Enzo. Simplemente no pensé que sucedería tan rápido. En verdad, los últimos cuatro años habían transcurrido en un instante.

Terminé mis estudios de arte en Columbia y abrí mi propia galería. Nada parecido al museo en el que trabajé en España, pero era toda mía. Y solo porque no aprendí la lección la primera vez, quedé embarazada en mi último año. Aunque tuve a Enzo y Leo para ayudarme. Atrás quedaron los días en los que tenía que hacerlo todo sola.

«Te amo», me volví para mirar a Enzo.

«Yo también», se inclinó para besarme.

¿Cómo era posible amar tanto a alguien? Dejé que su lengua hiciera su magia mientras deslizaba mis manos por su pecho y por su cabello. Había pasado suficiente tiempo como para que ya no tuviera ese miedo en mi alma de que alguien pudiera quitarme a Enzo. Aunque no

podía imaginar un día en el que no me afectaran sus caricias y sus besos. Este hombre tenía todo mi corazón y mi alma.

«¿Hablan en serio ahora?», Leo apoyó el hombro en el umbral. «¿Pueden llevar eso a otro lado?».

«No, no podemos», le sonreí a Enzo con el corazón todavía un poco acelerado. «Tenemos escuela. Ustedes dos continúen. Me pondré al día. Necesito ver muy rápido cómo está Alex».

«Bueno», Leo se puso su chaqueta de la Casa Alfera y mis ojos se llenaron de lágrimas.

«No hagas eso», tocó mi mejilla. «No es como si me fuera a la universidad ni nada por el estilo».

«Lo sé», hice un gesto hacia la escalera. «Ve».

Me tomé unos minutos para avisarle a nuestra niñera que nos íbamos y luego bajé en ascensor hasta el vestíbulo. Mientras caminaba por el largo pasillo con sus relucientes candelabros, vislumbré a Enzo en la acera. Se quedó allí ajustándose su traje a la medida mientras me esperaba junto al auto. Sacudí la cabeza, sonriéndole.

«¿Era esto necesario?», señalé hacia la elegante limusina.

«Es una tradición», Enzo me hizo un gesto para que subiera al interior.

Me senté al lado de Leo, junto a la ventana, con una sensación extraña en el estómago. Allí tuve la premonición de que la historia estaba a punto de repetirse. Pero no podía ser. Enzo estaba aquí ahora, y Leo estaba a salvo. Mi familia estaba a salvo.

«Toma», Enzo tomó mi mano y envolvió mis dedos alrededor de una copa de champán. «Bebe. Estás poniendo nervioso al chico».

«No estoy nervioso», Leo dejó escapar un suspiro. «Es solo la escuela secundaria».

«Mmm», bebí un sorbo de las burbujas y dejé que el calor corporal de Enzo me atravesara. Cuando las puertas dobles de Midtown High se abrieron para nosotros, el vino ya había hecho su trabajo y no me sentía tan nerviosa.

Nos dirigimos directamente al ‘Adaline’, donde las mesas de inscripción estaban dispuestas por apellido. Por supuesto, en el momento en que entramos, todos los ojos estaban puestos en nosotros. Todos sabían quién era Don Alfera. Y aunque habíamos logrado mantener a Leo alejado del mundo de la mafia, en su mayor parte, la gente sabía cómo era.

«Supuse que tenía que mostrar oficialmente su rostro en algún momento», me encontré con la mirada de Enzo mientras esperábamos en la fila.

«Él está bien. No te preocupes por eso».

A nuestro lado, una chica de mejillas rosadas y una larga cola de caballo, miraba a Leo con la boca ligeramente abierta como si no pudiera creer que él estuviera aquí.

Cuando Leo se giró para mirarla, se rió entre dientes. «Eres tú».

«Sí», ella sonrió al suelo por un momento antes de mirarlo. «¿Tú también empezarás aquí?».

«Sí», su mirada se detuvo en ella.

Un momento después, llegamos al frente de la fila. Leo avanzó, pero siguió mirando a la chica que estaba en la fila junto a nosotros. La mujer sentada detrás de la mesa grande, se lamió el dedo y luego revolvió un montón de carpetas.

«¿Nombre, cariño?», ella levantó la vista y luego se quedó helada.

«Leo», Leo apoyó la mano sobre la mesa. «Leo Alfera».

La confianza que exudaba procedía de haber superado todos los obstáculos cuando era solo un bebé. Recientemente le habíamos contado toda la historia de cómo acabamos en España. Sabía sobre Angelo y cómo había intentado matarlo antes de que naciera. Sabía que estaba secuestrado a pesar de que la mujer que se lo llevó le hizo creer que la idea de huir había sido

suya. Leo entendió lo que significaba ser un Alfera y un Real. Y sabía, sin lugar a dudas, que era un superviviente.

«Bien. Mmm», la mujer detrás de la mesa asintió, frunciendo el ceño. Fijó sus ojos en Leo como si intentara memorizar sus rasgos o intentar conciliar las historias sobre Leo Alfera y el chico que estaba frente a ella. «¿Cuál casa?».

«Casa Alfera», Enzo intervino.

«Dios, por supuesto. Ha sido un día largo y loco», sacó una carpeta blanca. «Aquí tienes. Bienvenido a Midtown High».

«Gracias», Leo tomó los papeles y luego se enfrentó a la chica que lo había mirado dos veces cuando dijo su nombre completo.

¿Ya se conocían?

«Tú eres ese Leo», apoyó las manos en las caderas y sacudió la cabeza como si se sintiera traicionada por la noticia.

«Yo soy ese Leo», soltó él un suspiro. «Debería habértelo dicho antes».

«Estoy segura de que tenías tus razones». La arruga entre sus cejas se hizo más profunda. «Tengo que irme. Mis padres están esperando», las mejillas de la niña se pusieron de un rojo brillante y luego prácticamente salió corriendo del comedor.

«Es linda. ¿Quién es?», usé mi tono casual de mamá, aunque no importaba ya que básicamente le hice la pregunta a la parte posterior de la cabeza de Leo.

Leo parecía haber olvidado que estaba aquí con nosotros. Sin despedirse, se abrió paso entre la multitud, cautivado por la chica que había desaparecido por las puertas dobles.

«¿A qué se debió todo eso?», pregunté a Enzo. «La mujer de allí parecía como si hubiera visto un fantasma».

«La escuela no ha visto un Real en quince años», acunó mi mejilla. «Tiene mucha importancia. Vamos, busquemos a Leo antes de que se convierta en un imbécil real. Cuando se trata de chicas que se escapan, las cosas se salen de control muy rápidamente. Yo sé de eso», me rodeó con el brazo y me dio un fuerte beso en la sien. «Estará bien».

Fuera del comedor, nos encontramos con Santino y Rex. Santino también tenía una sobrina y un sobrino que asistían a Midtown. Mencionaría que vendría a mostrar su apoyo. Pero ahora me di cuenta de que todos habían venido para asegurarse de que los nuevos miembros de la realeza fueran vistos como tales.

«Tío Rex», Leo apartó la mirada de la chica que estaba parada en el patio con sus padres. «Viniste».

«Es un gran día», Rex lo abrazó.

«No dejes que nadie te moleste», Santino se acercó para recibir uno de sus abrazos de oso. Todavía era unos centímetros más alto que Leo, pero estaba seguro de que era solo cuestión de meses antes de que Leo los alcanzara a todos.

«Tengo esto», Leo se encogió de hombros mientras su mirada se dirigía hacia la chica.

Continuó asintiendo mientras Rex le daba más consejos sobre la escuela. Al poco tiempo, tanto Rex como Santino se dieron cuenta de que habían perdido toda la atención de Leo y decidieron dejarlo en paz. Todos nos quedamos allí y lo vimos avanzar hacia el patio.

«¿Deberíamos advertirle o algo así?», no pude evitar mi puchero. «No quiero que le rompan el corazón tan pronto».

«No, tiene la cabeza sobre los hombros», Enzo pasó su brazo alrededor de mi cintura. «Él sabe que no debe enamorarse de una chica bonita en su primer día de clases».

«Claro», me burlé. «Porque tú no hiciste eso en absoluto».

«Ja, y...», Santino se rió, «ahí va su cabeza».

Me giré justo a tiempo para ver a Leo tocando a la chica en el hombro. Sacudiendo la cabeza, me presioné la frente con la mano. Fue como ver a Leo pisar el acelerador mientras conducía directamente hacia el borde del acantilado. «Tenía la esperanza de que las cosas fueran diferentes para él».

«Déjalo que lo resuelva por sí solo», Rex me sonrió, «nosotros lo hicimos».

«Los problemas pueden ser divertidos» Santino me guiñó un ojo.

«Si te hace sentir mejor», Rex ni siquiera se molestó en bajar la voz. «Puedo enviarte su expediente completo».

«¿Tienes uno?», no debería sorprenderme que Rex tuviera ese tipo de poder.

«Aún no», metió la mano en su bolsillo. «¿Ella es de la Casa Salvatore?».

«Eso parece», Santino también envió un mensaje de texto a su teléfono. «Lo consultaré con Donata».

«Está bien, pero solo por su propia seguridad», le ofrecí a Enzo una sonrisa tímida cuando sacudió la cabeza hacia mí por literalmente entrometerse en los asuntos de Leo, incluso antes de que comenzaran las clases. Quizá Vittoria me estaba contagiando.

«Por supuesto», Enzo se rió.

«Es imposible detener el tiempo. ¿No es así?».

«Todo lo que podemos hacer es aprovecharlo al máximo», besó mi mano. «Vamos a salir de aquí. Creo que nuestro trabajo aquí está terminado», echó un vistazo hacia una de las mesas donde ahora Leo y la sobrina de Santino se habían reunido.

«Creo que tienes razón».

Enzo metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje y sacó su teléfono. Tocó la pantalla y presionó el altavoz contra su oreja. «Estamos listos».

«¿Qué está sucediendo?», pregunté.

«Ya lo verás», se despidió de Leo con la mano, lo que lo impulsó a levantarse de la mesa y unirse a nosotros.

«¿Está bien si pasó el rato aquí?», Leo me entregó su carpeta. «Vamos a encontrarnos con nuestros maestros. No se permiten padres».

«Ay», crucé los brazos sobre mi pecho.

«Lo siento mamá», Leo me abrazó fuerte. «Te veré más tarde».

«No te quedes fuera demasiado tiempo».

«El chofer se quedará y te esperará. Llámalo cuando estés listo», Enzo lo atrajo para darle un apretón rápido. «Mamá y yo tenemos planes de todos modos».

«Nos vemos», Leo se despidió y desapareció en el mar de estudiantes emocionados.

«¿A dónde vamos?».

Tan pronto como hice la pregunta, el motor de una Ducati retumbó justo al otro lado de la puerta. Entonces, llegó Rocco en la moto de Enzo. La estacionó y luego saludó con la mano en nuestra dirección.

«Ese es nuestro viaje», Enzo me sonrió, jalando mi mano. «Gracias, Rocco. Yo me encargo desde aquí».

«Sí, jefe», Rocco tragó y luego se aclaró la garganta. «El SUV está a la vuelta de la esquina. ¿Debería seguirlos?».

«Podemos dar un paseo rápido por Manhattan», Enzo le dio una palmada en el hombro. «Estate atento a Leo. No dejes que te vea».

«Ya lo tiene, jefe», Rocco asintió y se fue.

«Súbete», Enzo pasó la pierna por encima del asiento y ajustó su peso. «No muerdo. Lo prometo».

«Todos están mirando», me deslicé detrás de él y puse mis manos sobre su estómago.

«¿Te importa?», se veía atractivo sentado así en una moto, la forma en que sus muslos abrazaban los costados con fuerza distraía mucho.

«No», miré hacia el mar de estudiantes que se comían con los ojos la Ducati de Enzo.

O tal vez tenían curiosidad por nosotros.

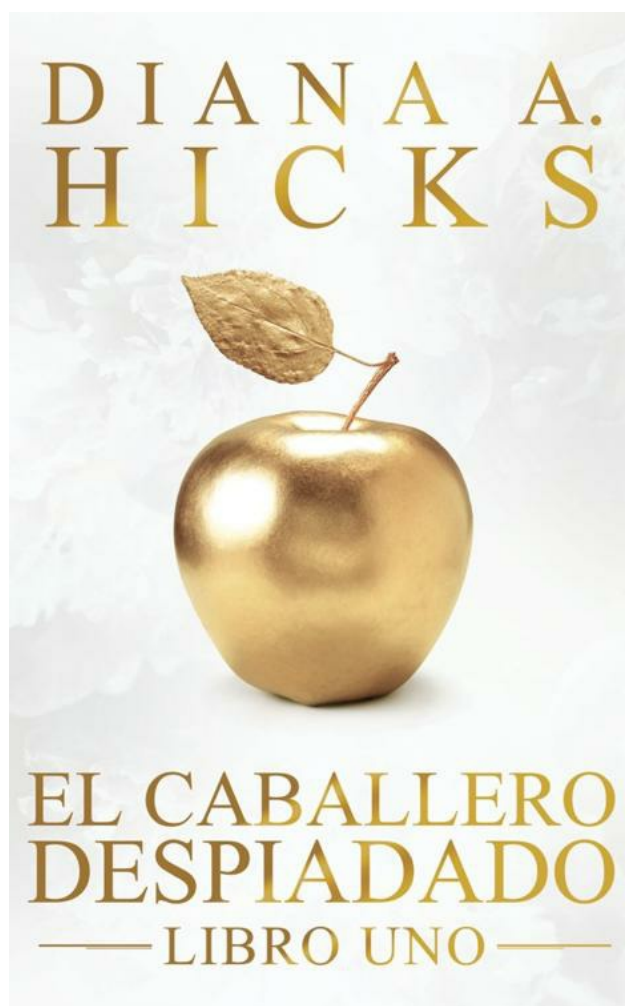
Algunas cosas nunca cambiaban.

«Vas a tener que aferrarte a mí», me lanzó una sonrisa de complicidad por encima del hombro. «Mucho más fuerte que eso, Aurora», agarró mis piernas y las enganchó sobre sus muslos. Justo como lo había hecho cuando estábamos en la escuela, la primera vez que acepté salir con él, la primera vez que dije sí a ser suya. «Siempre».

«Y para siempre», presioné mi mejilla contra su espalda.

Se alejó de la acera y se incorporó al tráfico. Conducir por las calles abarrotadas, con el viento en la cara y mi cuerpo tan cerca del de Enzo era un sueño hecho realidad. Ningún otro hombre se comparaba con mi maravilloso esposo. Ningún otro amor se comparaba con el suyo. Porque ahora sabía, sin lugar a dudas, que nadie jamás me amaría tanto como Enzo Alfera.

Estaba en casa.



MUCHAS GRACIAS por leer el **Dúo de Cuervo Caído**. Espero que hayas disfrutado de la historia de los amantes desamparados Enzo y Aurora. Si fue así, considera dejar un comentario. ¡Todos los **comentarios** ayudan a otros lectores como tú a encontrar mis libros!

La próxima entrega de la serie de la Sociedad del Crimen continúa con el **Dúo del Caballero Despiadado** un oscuro romance de un multimillonario protagonizado por Donata Salvatore y Luca Gallo. He incluido los primeros tres capítulos para que los disfrutes.

[Descarga El Caballero Despiadado \(Dúo Caballero, #1\) ¡Hoy!](#)

El guapísimo profesor Luca Gallo no tolera a la notablemente mimada Donata Salvatore. La última vez que sus caminos se cruzaron, ella casi le arruinó su vida con sus mentiras. Ahora ella está en su salón de clases pidiendo favores y una nota fácil. El profesor Gallo tiene una lección para Donata. Una que él se asegurará de que ella nunca olvide.

¿QUIERES LEER MÁS romances de la Mafia Oscura? Si disfrutas de las lecturas apasionantes,

considera dejar un comentario amable. Eso me permite saber que te gustaría leer más libros como este.

El Caballero Despiadado

DÚO CABALLERO, LIBRO UNO

CAPÍTULO 1

Mi dulce abeja reina

DONATA

Ocho años antes. Columbia University

«Entonces, ¿cómo estuvieron tus vacaciones?», usé mi voz alegre para llamar la atención de Enzo. Había estado rumiando su tostada desde que nos sentamos a desayunar. Miré abiertamente los puntos en sus nudillos mientras servía más fruta en mi plato. «¿Me perdí de algo divertido?».

«No», mordió su tostada. «Pasé dos noches enteras en Brooklyn con mi madre y mi padre, el exmafioso. Puedes imaginar cómo fue eso».

«Ay, Enzo. ¿Tu padre intentó algo?», alcancé su mano herida.

«¿Qué? No», él puso los ojos en blanco. «Es un hombre cambiado. Ahora somos una gran familia feliz».

«La tía Vittoria dice que fue bueno que don Alfera renunciara. Las cosas están mejor ahora que tu papá ya no es parte de la Sociedad. No digo que la devastación que dejó a su paso estuviera justificada, pero hay un lado positivo aquí».

«Estos días, simplemente es Michael Alfera». Enzo encontró mi mirada. «Y puedes decirlo, mi padre es un monstruo que no tenía por qué ser el jefe de una sociedad secreta con acceso a una organización multimillonaria».

«Sí, en realidad, eso es lo que dijo tía Vittoria». Alcancé su mano, pero luego me detuve. Los puntos en sus nudillos parecían dolorosos. «Entonces, ¿qué pasó con tu mano?», me recosté en mi silla, deseando poder hacer algo más que hacer preguntas estúpidas. Sabía lo que le había pasado. Desde que Aurora murió en el incendio, él había estado saliendo solo en busca de problemas y golpeando a los chicos. Aunque sabía que solo había una persona a la que quería lastimar: su padre. Enzo quería que su papá pagara por lo que le había hecho a Aurora. Bebí mi café. «Más mierda de Batman».

«¿Mierda de Batman?», frunció el ceño y se rió en tono de burla. No una risa feliz, más bien una risita oscura. «No empieces, Donata».

«Sé que haces eso. ¿Este tipo se lo merecía?».

«Sí, así fue», él asintió. «Estaba tratando de subir a un taxi a una chica borracha. Ella le dijo que no tres veces».

«Bueno», inhalé. «¿Quién te curó?».

«Mollie, mi nueva ama de llaves», se miró los nudillos. «Lo hizo muy bien».

«Sí, es un trabajo fantástico. Parece que el Dr. Frankenstein te encontró una nueva mano. Jesús, Enzo. ¿Lo mataste?». Quería decirle que tenía que parar. Pero luego, ¿qué? Se quedaría en casa pensando en los últimos dos años sin Aurora. «No estoy diciendo que las mujeres de Nueva York no aprecien tus servicios de vigilante. Pero si sigues buscando problemas, un día de estos

los problemas te encontrarán».

«Tengo muchas ganas de que llegue ese día. Y no, no lo maté. Lo dejamos en el hospital. Justo en la puerta principal». Bebió el resto de su café. «¿Qué tal estuvieron tus vacaciones?».

«Lo mismo de siempre», me encogí de hombros. «Esquiar en Vail con tía Vittoria fue realmente muy relajante. Ya sabes que a ella no le gusta mucho la Navidad. De todos modos, probablemente deberíamos irnos. Tengo como cinco clases hoy».

«Columbia es ridícula. ¿Por qué seguimos haciendo esto?». Dio otro mordisco a su tostada.

No lo parecía, pero esto era un progreso. Enzo hablaba conmigo, comía y, aunque todavía se quejaba, iba a la universidad a tiempo completo. Debería estar enojada con Santino y Rex por abandonarlo para ir a Wharton. Pero en su defensa, Enzo los cortó primero. Culpaba a Rex por la muerte de Aurora. Y a Santino, por apoyar a Rex. Era como si mamá y papá se hubieran divorciado. Santino se fue con Rex. Yo, me quedé con Enzo.

«Es bueno tener un propósito, Enzo. Lo que me recuerda que tengo un seminario de miniseries sobre *Cogs*, Ciencias Cognitivas. Es este viernes por la noche. Y tú vendrás conmigo».

«¿Por qué?».

«Porque quiero que lo hagas», me encogí de hombros.

«¿Tú?». Dejó que el resto de esa pregunta quedara en el aire. ¿Estaría usando esto como excusa para mantenerlo fuera de las calles este fin de semana?

«Sí. No hay mucho que puedas hacer con esa mano», me puse de pie. «Arriba, vámonos».

Él gruñó, pero hizo lo que le pedí. Un día cercano, descubriría cómo vivir sin ella. Hasta entonces, tenía toda la intención de estar aquí para él, para recordarle que debía respirar, para recordarle que valía la pena vivir su vida. Tomé su mano entre las mías y lo acompañé desde su comedor hasta el ascensor de su penthouse. De alguna manera, me había mudado allí después de que Rex y Santino se fueron. La tía Vittoria estuvo de acuerdo en que era una buena idea. Y Enzo no tuvo fuerzas para alejarme. O tal vez, reconocía que en realidad no quería estar solo.

Abajo, en el garaje, me subí al asiento trasero de su todoterreno y esperé a Enzo. Se movía como si su cuerpo pesara una tonelada, como si el simple acto de respirar lastimara cada parte de su cuerpo. En los últimos dos años, había aprendido a simplemente a esperar. Esperar una respuesta a mi pregunta, esperar a que él caminara a mi lado, esperar a que se subiera al auto.

«Entonces, ¿cuándo es este seminario tuyo?», preguntó reclinándose en su asiento.

«Te lo dije. Viernes por la noche. Te lo recordaré», le sonreí porque esa era su manera de decirme que sí. «Quizás aprendas algo. Es una conferencia sobre las fronteras de la ciencia, impartida por un profesor invitado, que se supone que es reconocido en el campo. Pensé que podríamos aprovecharlo y cenar después. ¿Sí?».

«¿Haría alguna diferencia si digo que no?».

«Ni siquiera un poquito», me incliné hacia él y le di un rápido beso en la mejilla.

Desde Aurora, no le gustaba que lo tocaran. Pero poco a poco, me dejó entrar en su mundo de sombras. No del todo, pero lo suficiente para demostrarle que no tenía por qué estar solo. Siempre lo imaginaba sentado en su habitación oscura, deseando cosas que no podían ser. Me dolía verlo así.

«Esto está bien», Enzo dio un toque a su chofer en el brazo cuando giró hacia la calle ciento dieciséis. «Caminaremos desde aquí».

Tan pronto como el auto se detuvo, Enzo salió corriendo. Presioné mi frente contra el respaldo del asiento del pasajero y luego me volví para mirar al chofer. «Se ve mejor, ¿verdad?».

«Así es».

«Está bien, eso pensé», dejé escapar un suspiro. «Te enviaré un mensaje de texto cuando estemos listos».

«Que tenga un buen día, señorita Salvatore».

«Tú también».

LA PRIMERA SEMANA de regreso después de las vacaciones transcurrió sin incidentes. Para mi alegría, Enzo asistió a todas sus clases. No tan convencido, pero él sabía que yo tenía razón acerca de permanecer en la escuela. Era mejor que estar de mal humor solo en casa sin un propósito a la vista.

Cuando llegó el viernes, estaba de mejor humor para acompañarme a mi mini seminario. Ni siquiera tuve que ir a casa y sacarlo a rastras. Él vino por su propia voluntad. Sí, esto era un progreso. Cuando caminé hacia el edificio, inmediatamente lo vi sentado en los escalones de la entrada principal. Por supuesto, un grupo de chicas se encontraba cerca de él, aunque Enzo no se daba cuenta de nada de eso. Le quedaba un largo camino por recorrer antes de llegar al punto en el que pudiera mirar a otra mujer.

«Hola», le di una patada a su zapato. «Viniste».

«Terminemos con esto de una vez», lentamente, se puso de pie y luego me ofreció su mano. «Fronteras de la ciencia, ¿eh?».

«Sí, será genial».

Tan pronto como entramos, Enzo se volvió hacia mí. «¿Me estás tomando el pelo?», señaló la fila para entrar al auditorio, que cubría todo el pasillo.

«Es una clase obligatoria. Debería haber suficientes asientos. No te preocupes». Lo llevé hasta lo que parecía ser el final de la fila. «Llegamos lo suficientemente temprano».

«¿Qué carajo?». Los ojos verdes de Enzo se volvieron negros insidiosos. «¿Qué está haciendo él aquí?».

«¿Quién?», seguí su línea de visión y luego me quedé paralizada. «Dios mío. ¿Qué está haciendo aquí?».

«Te acabo de preguntar eso».

«Espera», dejé mi mochila en el suelo y rebusqué entre mis carpetas hasta que encontré el programa de estudios de esta clase. «Oh, mierda. No pensé en revisarlo antes. Estaba muy preocupada por terminar la lectura». Levanté la vista justo cuando Enzo se enfocó a Luca Gallo. Nunca me había movido tan rápido en mi vida cuando me puse de pie y le impedí dar otro paso. «Él está dando esta clase. Mira», le empujé el programa de estudios en la cara. «Es el profesor invitado».

«¿Cómo?».

«No sé. Debe ser bueno en lo que hace», presioné mi cuerpo contra el suyo. Tenía miedo de que, si me apartaba del camino, él iría tras Luca. «Por favor, no hagas nada. Por favor».

«Donata, tengo que hacerlo. Ese imbécil es...».

«No», puse mi mano sobre su boca. «No lo digas».

«Un depredador», murmuró, así que agregué otra mano.

«No digas una palabra más», presioné más fuerte. «Shh», eché un vistazo por encima del hombro para ver si alguien se había dado cuenta de que Enzo estaba hablando de nuestro ilustre profesor de *Cogs*.

«Donata», dijo Enzo con los dientes apretados.

«Toma», agarré mi mochila y lo sujeté por el codo. «Ven conmigo», pasé junto a un grupo de estudiantes para salir de la fila y me dirigí hacia el baño. Una vez dentro, revisé todos los cubículos. Cuando confirmé que estábamos solos, cerré la puerta con llave. «Él no es un depredador como dijiste».

«¿Qué?», me miró entrecerrando los ojos. Tenía las mejillas tan sonrojadas que apuesto a que todo lo que vio fue rojo. Su mandíbula se flexionó y luego continuó, «el tipo te atacó cuando tenías quince años. Era tu maestro y no le importó. Tuvo relaciones sexuales con una menor. Entiendo que somos mafiosos, pero tiene que haber una línea, Donata».

«No tuvimos relaciones sexuales», mi corazón se aceleró porque me di cuenta de que había llegado el momento de confesar. Sabía que en algún momento tendría que contarle a mi mejor amigo lo que había pasado con Luca Gallo. Pero si fuera honesta, pensé que para entonces ya seríamos viejos, muy, muy viejos. Mierda. «Escúchame».

«No, Donata. No importa. Él se equivocó».

«Mentí», miré por encima del hombro, aunque sabía que estábamos solos.

«¿Qué quieres decir? ¿Sobre qué mentiste?».

«Eh», inhalé. «¿Todo? Sí, todavía soy virgen. Y Luca y yo nunca tuvimos relaciones sexuales. Nos besamos. Bueno, lo besé. Él no me devolvió el beso. Él me empujó. Estaba enojada porque me rechazó, yo, eh, ya sabes».

«No, Donata, no lo sé. Di las palabras», arqueó una ceja.

«No me odies», las lágrimas corrieron por mis mejillas. «Sé que lo que hice fue terrible. Inexcusable. Ésa es la palabra que usó tía Vittoria».

«Dilo».

«Luca nunca intentó nada conmigo. Es inocente».

«¿Estás diciendo que inventaste todo? Mentiste acerca de que él tomó tu virginidad en su salón de clases. ¿En su escritorio?». Me miró con mucho disgusto en sus ojos. «Intentaste tener sexo conmigo el año pasado. Jesús, Donata».

«Para hacerte sentir mejor. Tú eres mi mejor amigo», presioné mi mano contra mi frente. Lo había arruinado a lo grande. Lo sabía. «Lo siento mucho. Me arrepentí. Por eso recuperé su trabajo en la escuela».

«Lo acosé por eso durante todo el último año», frunció los labios. «Él nunca se defendió. Ahora sé por qué. Te estaba protegiendo».

«Le pedí disculpas. Y tía Vittoria prometió hacer que valiera la pena si no decía nada», me limpié las mejillas, «ahora sé lo malo que fue eso. Pero él me rechazó y me sentí muy herida».

«Eres la definición de una perra furiosa».

«Enzo».

«Deja de hablar», levantó la mano. «Entonces, ¿por eso está aquí? La signora Vittoria lo llevó a Columbia para que diera clases».

«No lo sabes». Crucé los brazos sobre mi pecho. «Tal vez entró por mérito propio».

«Tal vez. Pero gracias a ti, él nunca lo sabrá. Jesús», caminé hacia la puerta y abrió la cerradura.

«¿Adónde vas?».

Estaba tan enojado. Tenía miedo de que fuera a la ciudad y empezara a golpear a la gente para aliviar el dolor. Debería haberles dicho toda la verdad justo cuando sucedió. Pero yo era un cobarde. No quería que me miraran de la forma en que Enzo me estaba mirando ahora mismo. Sí, no se me pasó por alto la ironía: no quería que mis mentiras arruinaran mi reputación de la misma manera que habían arruinado la carrera académica de Luca en nuestra escuela secundaria.

«A clase», me sonrió. «¿No es por eso que estamos aquí?».

«No voy a entrar allí».

«Sí, lo harás, mi dulce abeja reina. Y estaré ahí contigo. Esta es la oportunidad de Luca de hacerte la vida imposible. No voy a interponerme en su camino». Abrió la puerta y me hizo un gesto para que saliera.

«No puedes usar tu mierda de Batman conmigo. Luca no necesita que lo defiendas», me mantuve firme.

«Si no entras allí, tú y yo ya no seremos amigos».

«¿Qué? Estás siendo injusto».

«Tú». Alcanzó mi codo y me atrajo hacia él. «Arruinaste la vida del hombre. Su reputación. Su dignidad. Eso no es justo. Que vayas a su clase ahora mismo es justicia». Se dirigió hacia el auditorio agarrándose firmemente del brazo.

«Te refieres a la venganza».

«Puedes llamarlo como quieras».

«Enzo», intenté liberarme, pero luego me di cuenta de que tenía razón. Le debía a Luca Gallo su momento de gloria. Aunque conocía a Luca, nunca lo aceptaría. Era uno de los buenos. «Puedo caminar por mi cuenta», aparté mi brazo de él.

Enzo abrió la puerta y me llevó adentro. Todos los asientos del lugar estaban ocupados, lo cual estuvo bien para mí. Estaba bien si quedábamos parados hasta atrás. Tal vez podría pasar las próximas seis semanas sin que Luca se diera cuenta de que estaba en su clase. Eso podría suceder. Éramos muchos.

«Hay un par de asientos en la primera fila», Enzo me ofreció su mano.

«Dios mío, ¿qué? No».

«Vamos», Enzo me tomó de la mano y me acompañó hasta el frente.

La adrenalina me recorrió con tanta fuerza que sentí que me iba a desmayar. Lentamente, levanté la mirada y me obligué a mirar al hombre que estaba en el escenario junto al podio. Era más alto de lo que recordaba. Su enigmática presencia todavía tenía el mismo poder sobre mí. Incluso desde la distancia, su energía pura me atraía y amenazaba con no soltarme nunca.

Por favor, no me recuerdes. Por favor, no me recuerdes.

Repetí el mantra mientras ocupaba el asiento. Y entonces, sucedió lo peor. Luca examinó la habitación rápidamente. Su mirada recorrió la primera fila y siguió adelante. Por un segundo, pensé que no me había notado. Pero por la forma en que su sonrisa cayó y sus ojos se entrecerraron, solo pude suponer que sabía que yo estaba aquí. No se había olvidado de mí ni de todas las terribles mentiras que había dicho sobre él.

CAPÍTULO 2

Una 'F' grande y gorda

DONATA

«¿Puedo entrar?», Enzo llamó a la puerta de mi habitación por cuarta vez esta mañana.

Todavía estaba enojada con él por haberme hecho sentar durante una hora y quince minutos completos en la conferencia de Luca. Por supuesto que sabía que le había hecho algo repugnante. Yo era una niña cuando eso sucedió, una niña obsesionada con su maestro. ¿Había cambiado eso? Me gustaría pensar que sí. Ya era mayor, casi tenía edad para beber. ¿Estaba todavía obsesionada con él? Sí, pero después del fiasco de la escuela, cumplí mi palabra y no lo acosé más.

Excepto por una vez en nuestro último año cuando tuve una pequeña recaída. ¿Por qué me sentía así por él? Cada vez que él estaba cerca, sentía que estábamos destinados a estar juntos. Sentía que me pertenecía. Me enamoré. Levanté la vista por un momento y miré al techo antes de ceder ante lo que quería hacer.

Durante las últimas tres horas, había estado trabajando en la tarea que Luca había asignado a nuestra clase el viernes pasado. Pero en lugar del trabajo de clase, todo lo que quería hacer eran algunas búsquedas en línea. Extrañaba su rostro. No me había dado cuenta de cuánto hasta la semana pasada, cuando volvimos a estar en la misma sala.

«No puedes estar enojada conmigo para siempre», Enzo estaba al pie de mi cama.

«Sí, puedo», escribí otra frase en mi ensayo.

«Lamento haber sido tan duro contigo. Solo tenías quince años y estabas increíblemente mimada. En todo caso, deberíamos culpar a la Signora Vittoria», me guiñó.

«No estoy mimada», lo miré a través de mis pestañas.

«Eso es exactamente lo que diría una niña rica y mimada».

«Yo tampoco soy una niña. Soy una mujer de veinte años», me senté un poco más erguida en la cama.

«Bueno. Entonces lo eres», caminó y se acostó a mi lado. «¿En qué estás trabajando?».

«Tarea de Cogs. Debe entregarse hoy antes de la clase», y escribí otra frase. Cada vez que pensaba en la tarea que Luca nos había encomendado, no podía evitar imaginarlo con su traje de tres piezas, la barba incipiente en sus mejillas y esa voz pecaminosamente grave. «Estoy enamorada de él».

«No, no lo estás», Enzo se rió. «Él es el primer chico que te dice que no. Eso es todo. Lamento lo que dije. No tienes que ir a su clase. Fue una tontería obligarte a hacerlo».

«Bueno, en realidad, tengo que hacerlo. Aplacé esa asignatura el año pasado. Si no la tomo ahora, me atrasaré. Está bien. Tengo cinco semanas más y luego pasaremos al siguiente mini seminario. Ni siquiera me importa si obtengo una 'B' en esta parte de la clase», me encogí de

hombros.

«¿Realmente eres todavía virgen?», Enzo se inclinó para mirarme a los ojos.

«No es gran cosa», traté de no dar importancia.

«Pero, en el primer año del bachillerato, teníamos ese pacto de perder la virginidad. Todos los locos juegos sexuales posteriores a eso fueron idea tuya». Me miró expectante, aunque no había hecho ninguna pregunta.

«Mentí sobre todo el asunto. Yo era la única chica del grupo. Quería que pensarán que era genial. Pero tía Vittoria me advirtió sobre el sexo. Ella siempre lo ha visto como una herramienta política. Me asusté. Ni siquiera entiendo por qué. No era como si tener sexo con alguien significara que pudiera reemplazarme como Don».

«El sistema de puntos que desarrollaste era bastante sofisticado. No conocía algunos de esos movimientos que se te ocurrieron», se rió y fue un gesto genuino. Él iba a estar bien. «Tuve que buscar en Google algunos de ellos. ¿Como la Torre Eiffel?».

«Oh, sí», me reí, sacudiendo la cabeza. «Me encontré con ese mientras buscaba en Google las gafas romanas. Le dediqué mucho tiempo y esfuerzo. Realmente quería que ustedes pensarán que era interesante y sofisticada».

«Siempre pensamos que eras genial. ¿Cómo conseguiste que todos esos tipos mintieran por ti? Pensé que habías tenido sexo con cinco tipos diferentes».

«Nunca me acosté con ellos. Ni siquiera tuve que pedirles que mintieran por mí. Una vez que comencé el rumor, simplemente lo aceptaron. ¿Quién perdería la oportunidad de tener una aventura con la abeja reina? Supongo que eso demostraba el punto de vista de la tía Vittoria. Para ellos nunca fui más que un miembro de la realeza. Nunca me vieron, por mí». Cambié mi peso para enfrentarlo. «Contigo, hubiera sido diferente».

«Donata», sacudió la cabeza, «te mereces un chico que piense en ti cuando esté contigo».

Esta era la razón por la que amaba a Enzo. No tenía miedo de decir la verdad, de mostrar lo herido que estaba por haber perdido a Aurora. Apoyé mi cabeza en su pecho. Sería muy fácil amarlo tal como había dicho tía Vittoria. Pero Enzo y yo solo podíamos ser amigos. Lo amaba demasiado como para arruinarlo con sexo.

«Me alegra que hayas dicho que no», me senté. «¿Lo ves? Luca no es el único que me ha dicho que no».

«Excepto que yo no te hago ponerte en modo acosador, como lo hace él».

«¿De qué estás hablando?».

«¿En serio?», tomó la computadora de mi regazo y abrió el navegador y las siete páginas que tenía de Luca. «Caso demostrado».

«No seas idiota», contesté cerrando la computadora.

«No te equivocas acerca de él. Mantuvo tu secreto durante años. Es un tipo honrado».

«Estoy segura de que tía Vittoria lo amenazó de alguna manera. Pero estás en lo cierto. Es un tipo honrado. No lo conoces como yo», pasé mi mano por mi computadora portátil, deseando poder tocar al hombre real.

«Tú tampoco lo conoces», se rió entre dientes, lanzando su pierna por el costado de la cama. «Vamos, tengo hambre. Vamos a comer algo en algún lugar».

«No puedo. Tengo que terminar este ensayo antes de la clase de esta noche».

«Aún tienes que comer», se puso de pie y me sacó de la cama.

Dejé que me arrastrara fuera de la casa y a una cafetería cerca de la escuela. Por primera vez en dos años, Enzo no tenía esa mirada en sus ojos como si estuviera a punto de saltar de un edificio. Tal vez ver mi jodida vida le hizo darse cuenta de que su vida no era tan mala. Aunque

definitivamente no podríamos comparar tragedias. Había perdido al amor de su vida. Yo, simplemente no pude conseguir que el amor de mi vida me hiciera caso.

Cuando me acompañó al auditorio para una segunda ronda de amor no correspondido, tenía un nuevo plan para mantener la cabeza gacha y terminar la clase de Luca de una sola pieza. Todo lo que tenía que hacer era entregar las tareas a tiempo y evitarlo a toda costa. Tampoco acosarlo más en línea.

«¿Vas a estar bien?», Enzo me abrió la puerta. «Me quedaría, pero tengo este grupo de estudio».

«Estoy totalmente bien. Tú sigue. ¿Nos vemos aquí después?».

«Hecho», se inclinó y besó mi mejilla. «Pórtate bien».

«Siempre», le guiñé un ojo y avancé por el pasillo.

Tan pronto como entré, me di cuenta de que los estudiantes estaban más o menos sentados en los mismos sitios que la semana pasada. Y, por supuesto, la mayoría de ellos ya estaban reservando lugares para sus amigos. Con un suspiro, caminé hacia el escenario, deseando haberle rogado a Enzo que viniera conmigo. Nunca había sido de las que se echaba atrás en una lucha, pero Luca tenía una manera de hacerme dudar de toda mi existencia.

Estaba bien sentada frente al podio hasta que él entró, luciendo tan atractivo como siempre. Toda la charla sobre sexo con Enzo me había puesto de mal humor. O tal vez no era yo. ¿Y si Luca estuviera intentando seducirme de verdad? ¿Por qué si no deambularía hacia el borde del escenario y luego se quitaría la chaqueta del traje?

No te lo imagines desnudo. No te lo imagines desnudo.

Demasiado tarde.

Apuesto a que bajo el chaleco y la camisa abotonada estaba como una roca. Lo miré mientras se arremangaba y luego regresaba al podio para coger su micrófono. Sí, también babeé por su trasero redondo. Dios mío. Esto no iba a ser tan fácil como pensaba. Todo lo que quería hacer ahora era saltar al escenario, como una admiradora, y lanzarme sobre él.

Apretando mis piernas para aliviar el dolor allí, agarré mi computadora portátil y abrí un documento de Word. Comencé a escribir pensamientos aleatorios, solo para dejar de pensar en Luca y su rostro perfecto y su intensa mirada de ojos marrón oscuro. Oscuro, todo en él era oscuro: su cabello, sus ojos, su energía.

«Pongan atención», su voz retumbó por los altavoces.

¿Me estaba diciendo eso a mí?

Miré hacia atrás mientras el resto de los estudiantes se dejaban caer en sus asientos y el silencio se apoderaba del auditorio. Por supuesto que estaba hablando a toda la sala. Ni siquiera se había molestado en mirar en mi dirección. Su desdén era pura tortura. En este punto, me habría conformado con una de sus miradas de desaprobación.

«Un recordatorio rápido. La calificación que obtengan en mi clase contará por el cuarenta por ciento de su calificación en la clase de Cogs del Dr. Patel. Si aún no han entregado su ensayo de la semana pasada, tienen hasta el final de la clase para hacerlo». Caminó hacia mí, aunque su mirada permaneció enfocada en algún lugar por encima de mi cabeza. «Mi horario de oficina está en el plan de estudios. Si tienen alguna inquietud, pasen a verme».

Mi corazón dio un salto mortal cuando su mirada se dirigió hacia mí. Fue solo por una fracción de segundo, pero estaba segura de que me había mirado. Crucé las piernas e hice lo mejor que pude para no pensar en lo fuerte que me corrí la última vez que me toqué pensando en él y su voz pecaminosa.

La temperatura en la habitación subió unos grados. O tal vez las luces del techo provocaban

mucho calor aquí. Dejé mi computadora portátil a un lado y me quité la chaqueta y luego el suéter. Mi blusa se sentía húmeda en mi cuerpo. Desabroché un botón para dejar entrar un poco de aire, pero no sirvió de nada. Mierda. No había manera de que pudiera aguantar otra hora de esta miseria erótica.

Volví a mirar a Luca. Me mostró su perfil mientras daba una conferencia sobre una cronología de la medicina moderna. Escribí una nota rápida en mi pantalla para recordarme que debía buscar la lectura más tarde esta noche. Enfócate. Mi mirada se dirigió a sus musculosos antebrazos. Estaba un poco bronceado, a pesar de que estábamos en pleno invierno. Un momento. ¿Había ido a la playa durante las vacaciones?

Carajo. ¿Había ido solo?

No me importaba. Luca era libre de vivir su vida como quisiera.

Mierda.

Antes de que pudiera convencerme de no hacerlo, ya tenía mi navegador activado y Google había arrojado un montón de resultados. Hice clic en el tercer enlace, que hablaba de una conferencia reciente en la Riviera francesa. Había pasado un largo fin de semana en Niza.

Y así, fui dando vueltas por la madriguera del conejo de Luca Gallo. Pasé el resto de la hora cambiando entre el Luca real en el escenario y el de Internet. Parecía que durante los últimos años Luca había logrado hacerse un nombre en el mundo académico. Dirigía un equipo de investigación que ya había recibido múltiples elogios.

Tal vez no había arruinado su vida después de todo. Tal vez.

El hombre era inteligente, muy atractivo e influyente. Estar relacionado con la mafia italiana tampoco le había hecho daño. Si no hubiera sido por mí, ahora mismo podría estar dirigiendo un departamento completo. Ni siquiera le había pedido disculpas. Esa fue otra mentira que dije. Cuando tía Vittoria me preguntó si me había arrepentido, dije que sí. Aunque era demasiado cobarde para siquiera intentarlo.

Enzo tenía razón. Solo las mocosas mimadas actuaban como lo había hecho yo. Quería pensar que había cambiado. Que ya lo había superado. Pero sentada aquí, disfrutando de la energía pura de Luca, sabía que todavía estaba enamorada de él. Mi obsesión por él no había disminuido ni un poco.

«Parece que se nos acabó el tiempo. Concluiremos esta sección el próximo viernes. Que tengan un buen fin de semana», se despidió y luego se quitó el micrófono.

Se agarró al costado del podio con sus dedos largos y casi salté de mi asiento. Tenía que salir de aquí antes de hacer algo estúpido. Respiré profundamente y luego comencé a arrojar mis libros y mi suéter en mi mochila. Antes de apagar mi computadora portátil, apareció una notificación en la pantalla. Mi nota para el ensayo había llegado.

Hijo de puta.

¿Me había reprobado? ¿Por qué?

Hice toda la investigación. Respondí todas las preguntas. Y Enzo revisó todo durante el almuerzo. ¿Qué hice mal? Me senté de nuevo e hice clic en el enlace para ver si había dejado algún comentario o nota al margen. No había ninguno. Solo una 'F' grande y gorda, nada menos que en tinta roja. Reconocí su escritura. Él personalmente me había calificado y reprobado.

Estaba siendo injusto. ¿Sería esto venganza por lo que hice? No podía hacer eso. Me puse de pie y caminé hacia el escenario, pero él ya no estaba. Regresé a mi asiento y rebusqué en mis carpetas para encontrar el programa de estudios. El horario de oficina del profesor Gallo comenzaría en diez minutos. Sin pensarlo más, le envié a Enzo un mensaje de texto rápido.

Yo: Oye me quedo unos minutos más. Me faltan algunas notas. Pero aquí hay una chica que

me está dejando copiar las suyas.

Enzo: Bien, ¿debería esperar?

Yo: No, te veré en casa

Antes de perder la determinación, recogí mis cosas y salí. La oficina temporal de Luca estaba en el mismo edificio, tres pisos más arriba. Primero pasé al baño para orinar, pero también para calmarme y echarme un poco de agua en la cara.

Cuando miré mi reflejo, jadeé. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo sudoroso pegado al cuello. Dios mío. Ese tipo tenía una manera de desquiciarme. Ir a su oficina ahora mismo era una mala idea. Pero necesitaba una mejor calificación. Tenía que entender.

Me recogí el pelo en una cola de caballo y me envolví el suéter alrededor de la cintura. Me alegré de haber usado una falda con medias. De lo contrario, estaría ardiendo. Más de lo que ya era.

«No seas cobarde», le dije a la chica en el espejo. «Puedes manejarlo. Es solo otro tipo más. No es gran cosa», cogí mi bolso y fui en busca de la sala cuatro veinticinco.

Me imaginé caminando afuera de su oficina mientras subía las escaleras hasta el cuarto piso. Pero para mi sorpresa, tan pronto como llegué allí, llamé a la puerta de inmediato. Cuando dijo ‘adelante’, giré la manija y entré.

CAPÍTULO 3

Había una vez

DONATA

Cerré la puerta detrás de mí con manos temblorosas. Ahora que estaba aquí, mi ira había disminuido y no podía recordar qué me había poseído para venir a discutir con Luca Gallo sobre mi nota. Lentamente, levanté la mirada y me limpié las palmas de las manos en la falda. Esperaba que me mirara con el ceño fruncido como le gustaba hacerlo. Pero en cambio, estaba concentrado en los papeles que tenía delante.

¿Lo había escuchado mal? Quizás no me había dicho a mí cuando dijo la palabra ‘adelante’. Joder, ¿acababa de irrumpir en su propia oficina... otra vez? Bueno, esta vez era diferente. Antes, cuando tenía quince años, estaba decidida a entregarle mi virginidad. Esta vez se trataba de algo mucho más importante. Mi carrera académica en Columbia.

«No te demores. ¿Qué deseas?», preguntó, sin levantar la vista de su lectura.

«Ehhh», miré alrededor de su gran oficina para calmarme.

Parecía que los profesores invitados recibían un trato de alfombra roja. Mi profesor de química compartía oficina con otro colega y esa sala ni siquiera era tan grande como esta. Había algo de la vieja escuela y lo varonil en el espacio. ¿Había traído Luca todos los muebles y libros de cuero? Incluso tenía un rincón de lectura frente a la ventana, con vista a un patio escondido más allá. Seguramente estas eran todas sus cosas, cuidadosamente organizadas y ubicadas estratégicamente.

¿Significaba esto que planeaba quedarse más allá de su asignación temporal? Las mariposas revoloteaban salvajemente en mi vientre. Todavía me quedaban dos años más de licenciatura. Sería bueno tenerlo tan cerca.

Me acerqué un poco más para echar un vistazo a lo que fuera que tuviera toda su atención. ¿Quién diablos era Ava Conti? ¿Y por qué tenía una foto de ella? Por alguna estúpida razón me dolió el pecho. Esa voz en mi cabeza que siempre me hacía hacer locuras para llamar su atención se hizo más fuerte. Me vi claramente quitando todos los papeles de su escritorio y lanzándome hacia él.

Un momento, no, no podía hacer eso. Levanté la vista y encontré su mirada molesta. ¿Cuánto tiempo había estado aquí parada como una idiota, comiéndome con los ojos su oficina y todas sus cosas?

«Ehhh», se puso de pie, «no es una oración real, señorita Salvatore».

Ay, entonces, sí se acordaba de mí. Mierda. Mierda.

«Quiero decir, vine a hablar de mi calificación. Parece haber un error», me puse más erguida.

«¿Un error? ¿Qué tipo de error?», dio vueltas alrededor de su escritorio.

Definitivamente era más alto de lo que recordaba. Lo miré. Luego, bajé la mirada. Mierda.

Ya sabía que eso no funcionaba con él. Para aumentar mis nervios, alcanzó mi blusa con esos largos dedos. Contuve la respiración mientras cerraba los dos botones superiores de mi blusa. Oh no, no estaba tratando de seducirlo. ¿Él había pensado eso? Vaya, si lo había hecho. Este era un claro no. No tenía ningún interés en ver ninguna parte de mí.

«Inténtelo otra vez», respiró hondo como si se le estuviera acabando la paciencia.

«Me dio una ‘F’», levanté mi barbilla con determinación.

«Sé que lo hice», se sentó en el borde del escritorio con las piernas extendidas frente a él. «¿Está aquí para darme un recuento de todas las calificaciones que entregué hoy?».

«No», me acerqué a él. «Creo que su calificación es injusta. Respondí todas las preguntas correctamente. Hice mi investigación. Y un amigo lo revisó para detectar errores».

«¿Alguien más hizo el trabajo por usted?», me fulminó con la mirada.

«No. Enzo solo lo leyó para detectar errores de ortografía y esas cosas».

«Enzo», apretó la mandíbula. «Por supuesto que él también está aquí».

«No estamos aquí para causar ningún problema. Lo prometo».

Quería decir que lo sentía por lo de antes. Pero parecía muy enojado. Mis instintos me decían que no fuera allí en absoluto. Permanecer en el presente era lo mejor que podía hacer. Esa ‘F’ que necesitaba cambiar por al menos una ‘B’ era la única razón por la que estaba aquí, a solas con Luca Gallo. Al pensar en nosotros solos inmediatamente le siguieron un montón de ideas realmente malas. ¿Cómo sería si me hiciera el amor ahora mismo en su escritorio? ¿Por qué no quería?

«Entonces, ¿por qué está usted aquí, señorita Salvatore?».

¿Por qué tenía que ser tan pesado? «Ya le dije», levanté la voz. Interpretar a la chica buena e inocente no funcionaba con él. Y yo también estaba perdiendo la paciencia. «Estoy aquí porque la calificación que me dio y que es injusta. Merezco al menos una ‘B’».

«¿Es así?», se frotó la barba incipiente de su mandíbula cincelada. «Algunas cosas nunca cambian»

«¿Qué se supone que significa eso?».

«Significa...», se puso de pie en toda su altura, «que era una mocosa mimada en aquel entonces y todavía lo sigue siendo. Obtuvo la calificación que se merece. Este es el mundo real, señorita Salvatore. No puede simplemente gritar ‘lobo’ y que la aldea aparezca para ayudarla».

«Oh».

Mierda.

Seguía enojado por toda la situación de acoso sexual entre estudiante y maestro que comencé cuando él me rechazó.

«Lo siento»

«Disculpe».

«Lamento haberlo involucrado en ese escándalo. Sé que estuvo mal», solté un suspiro, sintiéndome más ligera. «Debería haberme disculpado hace mucho tiempo. Simplemente no sabía cómo. Me asusta».

«¿Qué?», se rió, un sonido sexy que hizo que mis pezones se endurecieran. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo mientras pasaba una mano por su cabello oscuro y ondulado. «¿Qué es? ¿La excito o la asusto?».

¿Qué?

«Ambos», Jesús, ¿qué me pasaba? «Quiero decir. Me asusta. Lo lamento. No debería haber venido aquí. Lo haré mejor la próxima vez. Lo prometo», hice un gesto extraño con la mano, como un adiós y una señal como para restar importancia.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. La abrí, pero luego se cerró con un ruido sordo. Cuando miré cinco centímetros a mi derecha, vi los largos dedos de Luca en la puerta. Extendió la otra mano y giró la cerradura.

Mis respiraciones salían de forma errática, principalmente porque mis pulmones dejaron de funcionar, estaba segura de que me había provocado algún tipo de fiebre. ¿Por qué si no tendría tanto calor con esta blusa tan fina como el papel?

«Deberías haberte disculpado en ese entonces. Deberías haberme dejado en paz cuando te lo pedí», su cálido aliento en mi cuello envió largos zarcillos de deseo hasta mi centro.

¿Realmente no sabía que lo estaba empeorando? Yo era una adicta cuando se trataba de él. No me había recuperado de mi última recaída. ¿Por qué pensaría que estar tan cerca de mí curaría de repente mi deseo por él? Incluso ahora quería sentir sus dedos dentro de mí. Sabía mucho sobre sexo gracias a toda mi investigación cuando estaba en el bachillerato y jugaba juegos tontos con mis amigos. Sabía exactamente lo que me estaba perdiendo. Sabía lo que quería de él.

Quería saber cómo se sentía la realidad.

«Profesor Gallo», mi voz ronca no sonaba como la mía. Tenía algo que quería decir, pero por mi vida, no se me ocurría. Entonces mi frase terminó ahí con solo su nombre y una promesa silenciosa.

«Srita. Salvatore», inhaló. «Debería castigarte por lo que hiciste».

«¿Qué?», me di la vuelta tan rápido que no tuvo tiempo de alejarse.

Nuestras miradas se cruzaron. Se había quitado el chaleco y la chaqueta del traje. Cada vez que tomaba una bocanada de aire, mis duros pezones se frotaban contra su camisa abotonada. Juraría que el calor corporal que emanaba de él nunca había estado allí antes. ¿Realmente quería castigarme? No, no quería eso. No era una chica estúpida a la que necesitaba que le dieran una lección.

«Usted arruinó mi vida, señorita Salvatore», su mirada se oscureció.

Y eso me asustó muchísimo. Luca era intimidante como el infierno. El enfadado Luca era francamente desalentador. El peligro rezumaba de él. Incluso su olor llevaba una advertencia. Tenía que salir de aquí.

«Tengo que irme», agité el pomo de la puerta.

«Por supuesto. Pero primero voy a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo».

Me agarró del codo y me apartó de la puerta. Retrocedí varios pasos, manteniendo mi mirada en él mientras él caminaba hacia mí. En el fondo de mi mente, tenía una idea de lo que él quería hacer. Pero la parte lógica de mi cerebro me decía que él nunca se atrevería. Yo era Donata Salvatore, la siguiente en la fila para ser Don.

«No soy una chica tonta que necesita un castigo y lo sabes», me puse de puntillas para poder mirarlo apropiadamente.

«Y, sin embargo, eso es exactamente lo que necesitas», me tomó por la cintura y me arrojó sobre su escritorio.

Parpadeé varias veces para concentrarme en lo que estaba pasando. Esto no podría ser real. Estaba afuera en el pasillo soñando despierta con él, como siempre lo hacía. Esto no podía ser real. No estaba boca abajo en su escritorio, con el trasero en el aire y la falda sobre la espalda.

No se atrevería.

En el momento en que tuve el pensamiento, su mano descendió sobre mi trasero.

Fue fuerte y rápido. No me había recuperado del todo cuando volvió a bajar. Y luego otra vez. Levanté los talones para alejar mi trasero de él, pero su palma volvió a bajar con tres azotes

más. En el último, dejó que sus dedos permanecieran sobre mi coño durante varios segundos.

Mi corazón latía en mis oídos. Ni siquiera escuché lo que dijo cuando terminó.

Me quedé allí, inclinada sobre su escritorio, demasiado excitada para estar enojada con él y demasiado sorprendida para moverme. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué se suponía que debía hacer con esto?

«Vaya a casa, señorita Salvatore», su voz sonaba tensa.

Lentamente, me bajé la falda y me volví para mirarlo. Me sequé las lágrimas de la cara, tratando de reconciliar mis sentimientos con sus acciones. ¿Merecía los azotes por lo que le hice? Seguro. ¿Pero quién se creía que era? Yo no era su pupila. Ni siquiera era su novia. No tenía ningún derecho a tratarme así.

«Eres un animal», fruncí los labios.

«Finalmente. Los ojos bien abiertos», dijo con los dientes apretados.

«Voy a contarle a tía Vittoria sobre este asalto. Nunca volverás a trabajar en esta ciudad». Intenté pasar junto a él, pero me agarró del hombro y efectivamente me detuvo en seco. Lo miré. «Déjame ir».

«No».

«¿Por qué no?».

«Porque, señorita Salvatore, es necesario que le enseñen una lección», tomó mi cara y luego movió sus manos hacia mi garganta. «¿Qué pensaste que iba a pasar cuando decidiste venir a mi oficina? ¿Que me derretiría en un charco de miseria a tus pies como todos los demás chicos de tu escuela?».

«¿Qué? ¡No!», le fruncí los ojos. «¿Qué chicos?».

«¿Quieres una mejor calificación? Tengo una nueva tarea para ti. Y debe entregarse el próximo viernes antes de que terminen las clases», me sonrió.

Su mirada se posó en mis labios y, durante un minuto más largo, pensé que iba a besarme. ¿Entonces este era su castigo? ¿Un juego tonto? Bueno, el profesor Gallo tenía otra cosa por delante porque yo era la reina de los juegos tontos.

«¿Cuál es la tarea?».

«Vaya a casa, señorita Salvatore. Le enviaré un mensaje», hizo un gesto hacia la puerta. Y luego, como si no me hubiera humillado con una ridícula paliza, deambuló alrededor de su escritorio y reanudó la tarea en la que había estado trabajando cuando entré por primera vez.

«Eres una bestia».

Levantó la vista y se quedó mirando durante varias respiraciones. «Lo sé».

Abrí la boca para insultarlo de nuevo, pero no se me ocurrió nada ni medio inteligente. Maldito sea. No quería que pensara que era una chica estúpida y eso fue exactamente a lo que me redujo hace un momento. Giré sobre mis talones y salí furiosa de su oficina. Corrí hacia la escalera y luego salí por la puerta principal. No me detuve hasta que puse suficiente distancia entre el edificio de Luca y yo.

¿Cómo se atrevía?

Un fuerte bocinazo me devolvió a la realidad. Cuando levanté la mirada, vi a Enzo saliendo de su camioneta y corriendo hacia mí. «Jesús, Donata, ¿qué pasó? ¿No te estás congelando?», se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros.

Traté de acomodar mi mochila y me di cuenta de que la había dejado en la oficina de Luca, junto con mi chaqueta y mi suéter. Mis mejillas ardieron al recordar a Luca inclinándome sobre su escritorio y exponiendo mi trasero solo para poder azotarlo. Dios mío. Nunca más podría volver a mirarlo a los ojos.

«Nada», lancé una mirada por encima de mi hombro. «Hubo una conmoción en el edificio. Me asusté y salí corriendo».

«Hiciste lo correcto. Vamos, vámonos a casa», me rodeó con su brazo y me acompañó hasta su auto. «¿Quieres parar y comer algo?».

Tenía que parecer un completo desastre para que Enzo estuviera tan preocupado por mí. Tía Vittoria me enseñó a mantener siempre mi ingenio, a nunca bajar la guardia. Pero de alguna manera, Luca lograba quitármelo todo. Me dejaba desnuda y expuesta.

«No, estoy cansada», me abracé a mí misma.

«Bueno».

«¿Por qué viniste a buscarme?», apoyé mi cabeza en su hombro.

«No sé. Una corazonada», se rió entre dientes. «Supongo que mis sentidos hormigueaban».

«Ese es el Hombre Araña. No Batman. Ordena bien a tus superhéroes», me reí.

Tan pronto como llegamos a casa, Enzo me acompañó a mi habitación y me arropó. Realmente era como un superhéroe. Él sabía exactamente lo que necesitaba para sentirme mejor. A diferencia de otros idiotas que conocía. Enterré la cara en la almohada y grité, «Te odio, Luca Gallo. Te odio», lo dije una y otra vez.

Cuando lo dejé salir todo, me senté y tomé el agua que Enzo me había traído.

En algún momento de la noche, también trajo un paquete dirigido a mí junto con mi mochila. Abrí la caja y me quedé boquiabierta. Dentro encontré un teléfono y un pequeño vibrador. No tuve que abrir la nota para saber que Luca me había enviado estas cosas. Lo miré durante unos minutos antes de tomarlo y comenzar a leer.

Tarea #1: enciende el teléfono, ve a la carpeta de archivos.

«Bien», hice lo que me pidió.

Debajo de la carpeta de archivos, encontré una serie de tareas para las próximas cuatro semanas. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer con esto? ¿Realmente seguir adelante con esto? ¿Qué pasaría si no lo hacía?

Fui a la aplicación Mensajes del teléfono y, efectivamente, recibí un mensaje del profesor Gallo que decía: léeme. Hice clic en él y leí.

Profesor Gallo: si no completa las tareas, reprobará mi clase.

Escribí una respuesta rápida tan pronto como me vino a la cabeza.

Yo: eso es muy injusto.

Presioné enviar y luego maldije en voz baja. Necesitaba encontrar mejores respuestas para él. Sonaba como la mocosa rica y mimada que él pensaba que era.

Profesor Gallo: La tarea número 2 vence esta noche.

Yo: no puede ser tan rápido

Profesor Gallo: No se adelante, señorita Salvatore.

¿Qué?

Yo: ¿Planeaste esto?

¿De qué otra manera tendría un teléfono y un vibrador esperándome cuando llegara a casa? ¿Y cómo diablos sabía que ahora estaba viviendo con Enzo? El imbécil me había reprobado a propósito, solo para poder castigarme. Bien. Abrí el documento titulado Tarea #2. Tuve que continuar la historia en la lectura asignada.

Había una vez una niña rica. Ella era innegablemente atractiva. Pero como todas las criaturas hermosas, estaba increíblemente mimada y podrida hasta la médula. Una noche decidió salir a caminar en plena noche...

¡Descarga hoy “El Caballero Despiadado” (Dúo Caballero, #1)!